FRANCISCO NARLA

ZE

HIELO Y VIENTO

Lectulandia

Dhumbria es un lugar remoto y oscuro, rodeado de una mar que engulle a quienes intentan abandonarlo y donde los hombres llevan su historia tatuada en la piel.

Ze, un humilde pescador, ha regresado de las Montañas Azules con un único propósito: vengar la muerte de su amada.

Dispuesto a derrotar al mismísimo gobernador del reino y a sus terribles criaturas, Ze está solo en su lucha hasta que una misteriosa figura se cruza en su camino. Sin embargo, incluso los aliados del bien guardan sus propios y peligrosos secretos…

La fantástica odisea de un hombre capaz de dar la vida por amor. Una épica historia de aventuras inspirada en las míticas leyendas de los marineros del norte.

Un reino inclemente. Una odisea épica. Un hombre dispuesto a todo por amor.

Francisco Narla

Ze

Hielo y viento

ePub r1.0
diegoan 24-04-2026

Título original: *Ze. Hielo y viento*
Francisco Narla, 2025
Ilustraciones: Isa Loureiro & Guillem H. Pongiluppi

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Ze

I. Las sombras del pasado tejen el presente

- Capítulo 01
- Capítulo 02
- Capítulo 03
- Capítulo 04
- Capítulo 05
- Capítulo 06
- Capítulo 07

II. La ordalía

- Capítulo 08
- Capítulo 09
- Capítulo 10
- Capítulo 11

III. El rastro de los condenados

- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

IV. Las arenas del tiempo

- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27

V. El peso de la voluntad

- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

VI. La forja del deber

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

VII. El precio de la venganza

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

VIII. Cadenas en el hielo

Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

IX. Hielo y viento: la prueba

Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59

X. El secreto del pacto

Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66

XI. La última traición

- Capítulo 67
- Capítulo 68
- Capítulo 69
- Capítulo 70
- Capítulo 71
- Capítulo 72
- Capítulo 73

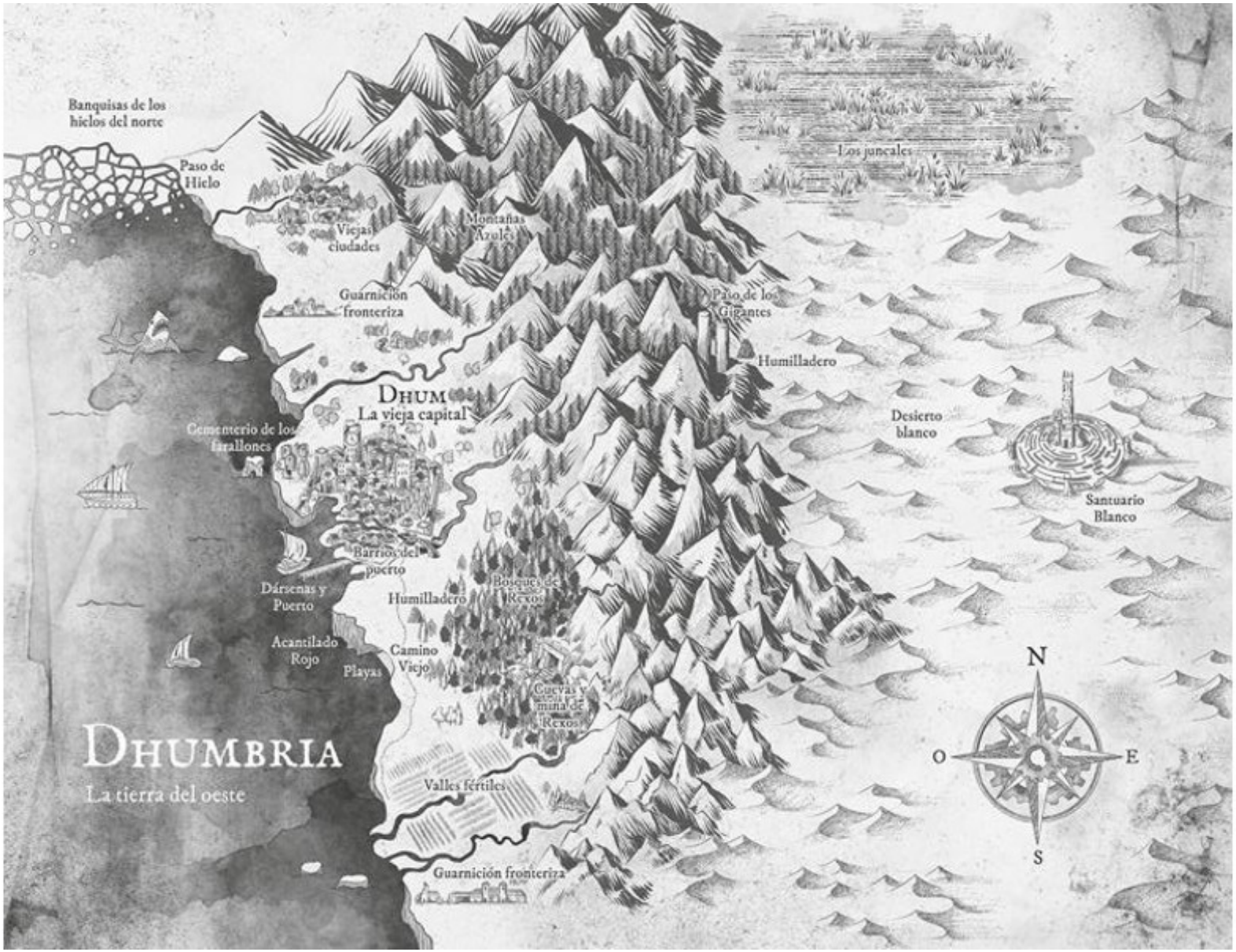
Tras la marea

Sobre el autor

Gracias, como siempre, muchas gracias, de corazón. A los lectores, a los libreros, a los editores, a los periodistas. Sin vosotros mis historias no serían más que tinta y papel. Gracias.

Para ellas. Ellos lidiaban con la muerte en los mares del norte. Ellas se quedaban junto al hogar, viudas en vida. Esperaban, rezaban para ver cabecear en la bocana del puerto al maldito barco. Para ellas. Vuestros miedos, vuestros recuerdos, vuestras confesiones sirvieron para escribir este cuento.

Para ti, pardal, que llegaste para marcharte antes de que pudiéramos enseñarte el río bajo tu hogar. Y para ella, mi linda niña, como siempre, para siempre. Porque eres el faro que me guía en las noches de galerna.


Banquisas de los hielos del norte
Paso de Hielo
Los juncales
Montañas Azules
Viejas ciudades
Guarnición fronteriza
Paso de los Gigantes
Humilladero
DHUM
La vieja capital
Cementerio de los farallones
Desierto blanco
Santuario Blanco
Barrios del puerto
Dársenas y Puerto
Bosques de Rexos
Humilladero
Acantilado Rojo
Camino Viejo
Playas
Cuevas y cascos y minas de Rexos
DHUMBRIA
La tierra del oeste
Valles fértiles
Guarnición fronteriza
N
O
E
S

I

Las sombras del pasado tejen el presente

En las tumbas se leían los nombres. Y todos eran de mujeres y de niños. Viudas y huérfanos.

En aquel cementerio la muerte no se ocupaba de los hombres.

En Dhumbria, de los hombres se hacía cargo la mar.

No siempre fue así. Hubo días mejores. Pero el tiempo feliz de las máquinas y los reyes había quedado atrás. Y también los años oscuros del hierro, el hambre y la peste. Ya no eran más que viejas historias que los hombres espejo contaban al amor de la lumbre en las noches de invierno. Ahora, la mar escribía sus destinos.

—No te fallaré.

Las palabras resonaron en el camposanto. Porque allí, en el acantilado, entre el mar y las montañas, no había más que tumbas y arena. Nada más.

Excepto él.

Una figura solitaria. Recortada al sol de la mañana. Ningún otro había ascendido el largo trecho desde la ciudad para llorar a los suyos.

—No te fallaré —insistió.

Era un hombre fornido, de hombros cargados por los remos. Y aún podía advertirse su fuerza, aunque la edad lo hubiese vapuleado. La muestra de los años la tenían sus tatuajes, que ya eran viejos. Allá donde las cicatrices no los emborronaban, la tinta se había apagado; ya no era más que azul desvaído, comido por el salitre.

—No esta vez —su voz sonó bronca, cargada de rencor—. No. ¡Esta vez lo conseguiré!

Vestía las prendas deshilachadas de un pescador, apenas una camisola sin mangas y unos pantalones ajados que no llegaban a los tobillos. Los colores se los habían llevado las mareas. Eran del gris encapotado de los cielos lluviosos. Iba descalzo. Y llevaba el único de sus lujos prendido en la oreja izquierda, como mandaba la tradición que algunos se empeñaban en olvidar. Era la prueba de que había vuelto con vida del norte, uno de los pocos que lo había

conseguido y vivía para recordarlo; era una tachuela de nácar que le atravesaba la carne.

—Lo conseguiré…

Estaba arrodillado frente a una de las lápidas. Una cuidada con esmero, limpia de malas hierbas. Una de las que estaban al borde del acantilado, colgando sobre la rompiente. Cien brazas más abajo, rugía el mar.

Era una de las tumbas que solo podían permitirse los allegados del nordés. Y él tenía una de sus manos apoyada en la losa.

—Te quiero —dijo apretando la palma encallecida contra la piedra—. Eres el viento en mis velas…

Con los dedos recorrió los símbolos tallados en la estela. Deletreando con caricias la inscripción. Susurrando un nombre de mujer entre labios agrietados. El odio había dado paso al dolor. El sufrimiento combaba su voz.

—Sin ti… Te echo tanto de menos. ¡Tanto! —La exclamación tembló en su garganta—. No me olvides, por favor, no me olvides…

Hubo una pausa. Se llenó de recuerdos y la pena huyó.

—… El sombrajo está lleno de flores… Precioso. Estoy seguro de que… Si pudieras verlo…

Necesitó un momento para tragarse la culpa. Luego prosiguió, como si ella escuchase.

—… Inaz me hace mucha compañía —logró hablar sin titubeos—. Viene a faenar conmigo casi todas las noches…

Hubo un intento de sonrisa. Pero el remordimiento se la arrancó de los labios.

—… La temporada no está siendo mala. Hay días mejores y peores. Pero voy tirando, como siempre —consiguió ahogar un suspiro—. Todo iba bien hasta que ese malnacido… Hasta que ese desgraciado decidió que podía arrebatarnos una cosa más…

Negó sacudiendo la cabeza con fuerza. Algo ardía de nuevo en su interior. Cobró ánimo. Sus ojos, del color plomizo de los temporales, relampaguearon.

Se alzó, apoyándose en el canto de la lápida. Fue un gesto crujiente, como una rama al partirse bajo la nieve. Pero no echó a

andar. Se quedó en pie. Miraba hacia la tumba con expresión intensa. Fiera. Roja.

Demasiado absorto para percatarse de que alguien observaba desde el otro extremo del cementerio; allí donde las fosas de los más pobres se amontonaban en un caos de piedra y líquenes.

—No permitiré que ese malnacido se salga con la suya —el tono grave forjaba la promesa—. No, esta vez no ganará. Se lo impediré. ¡Lo juro! Cueste lo que cueste.

Acompañó las palabras sacudiendo el mentón de nuevo, y sus cabellos, cenicientos, canosos, bailaron sobre las cejas. Luego miró al horizonte, calculando el tiempo que tenía antes de la recepción, y se puso en marcha, con solo un último vistazo atrás; a la tumba de la mujer.

Se alejó pendiente abajo, hacia el recodo de la muralla que enlazaba la parte alta de la ciudad con el camposanto.

Había llegado solo. Sin embargo, alguien más iba a acompañarlo en su descenso a la vieja capital.

Ya se había apagado el eco de sus pisadas cuando el extraño echó a andar hacia donde el marinero se había arrodillado.

Pese al buen tiempo, iba embozado. Llevaba el rostro cubierto por las sombras de una capucha, al modo de los montaraces que venían del nordeste de tanto en tanto. Y su juventud se adivinaba en sus pasos.

Se detuvo en el mismo lugar. Leyó el mismo nombre. En la misma lápida. Y también las inscripciones que contaban la vida de la mujer. Pues en Dhumbria todos tenían el derecho a ser recordados y a que su historia se contase. Todos menos los cufelos, los pobres desgraciados que pasaban hasta el último de sus días hirviendo calderos de agua marina para obtener sal.

Y, aunque conocía bien lo que decían aquellos símbolos, se tomó su tiempo. Como si necesitase leerlos más de una vez para creer. Al terminar, hurgó en su grueso abrigo hasta sacar algo que sus ojos, en la penumbra de la capucha, examinaron con atención. Al mover su mano, llena por algo que sostenía con delicadeza, un destello de cristal se escapó. Suspiró largamente y, con resignación, lo devolvió al forro del gabán.

Finalmente, igual que el remero había hecho, el montaraz también miró al horizonte, limpio de nubes. El sol ya se encaramaba en lo alto de un mediodía radiante. Y supo que el momento que tanto se había esforzado por evitar había llegado.

Cuando siguió camino tras el pescador, junto a la huella de su bota quedó también algo más.

Un pellizco de arena empapada. El testimonio de una lágrima que aquel forastero dejó tras de sí.

Cangrejos verduzcos correteaban entre las madejas de algas, prendidas en las lapas y los puñados de mejillones. La marea columpiaba costuras de espuma enredadas en las negras rocas de la orilla. Mar adentro, del agua batida sobresalía el esqueleto de un madero que había sido la quilla de un barco. Junto a él, envenenado por algún pescador avaricioso, iba y venía con el oleaje el cadáver emplumado de un cormorán.

Incluso bajo la serena luz de aquella mañana, Dhumbria era una tierra melancólica. Engendrada con piedras afiladas, arenas grises y sueños rotos. Era la tierra del oeste, el fin del mundo conocido. Más allá solo quedaba el océano infinito.

La costa, hecha trizas por las dentelladas del mar, corría de norte a sur. Vista desde un bote hecho a la mar, parecía una sucesión de despeñaderos que, salidos de los abismos del océano, iba quebrándose, alzándose para tomar altura en el este y convertirse en las Montañas Azules. Tras ellas, se extendían las mesetas del desierto, donde, en tiempos antiguos, se habían cultivado quintales y quintales de cereal, pero que ahora no eran más que tierras baldías, cubiertas por los huesos de los desesperados que murieron de sed al intentar cruzarlas. Y para quien se aventurase más lejos solo quedaban lugares devastados por las viejas guerras. Tierra adentro había poca o ninguna esperanza. Era la costa la que cuajaba a las gentes y a los tiempos. Quizá por eso se la conocía como Costa de la Muerte.

Allí, sobre aquel panorama de mar y roca, enmarcada por las altas sierras sembradas de bosques y cimas nevadas, destacaba la mano del hombre. Quedaba un testigo de la era pasada, de cuando la piedra se domeñaba y el metal se fundía. De cuando el trigo y el centeno llegaban desde el este. La gran muralla que los reyes habían construido seguía en pie. Y su imponente mole resguardaba una ciudad que había visto tiempos mejores. Era Dhum, la antaño orgullosa capital de Dhumbria.

Cobijando las casas apiñadas, el Templo de Rinlo, la barriada alta y el castro por entero, las hiladas de piedra del enorme muro

descendían con el paisaje, desde las lomas hasta el nivel del mar. Y en todo su camino, cada pocos cientos de pasos, un aliviadero se abría en los sillares para desaguar al océano la multitud de canales que atravesaban la ciudad.

Y, bajo el sol que arañaba la muralla, descendía también una de las grandes travesías. Había sido conocida como el Paseo de los Arimios, aunque de los majestuosos árboles ya no quedaban más que tocones astillados. Por allí caminaba el remero.

Él se dejaba ir con la pendiente, rumbo a su redención o a su condena.

Se llamaba Ze. Y, aunque no vivía dentro del recinto amurallado, todos lo conocían. Su triste leyenda lo acompañaba. Nadie había olvidado su gesta: el único perdedor que había vuelto con vida.

No se topó con chicuelos andrajosos que saliesen corriendo al verle, para señalar con dedos sucios las cicatrices que habían dejado los marrajos. Tampoco oyó cuchicheos, ni siquiera de las viudas enlutadas, porque ninguna de ellas se había sentado esa mañana en sus viejas sillas frente a las puertas de sus casas encaladas, con la labor de encaje claveteada frente a ellas y el rumor de los bolillos corriendo entre sus dedos.

A través de la puerta de la muralla que miraba a los pantalanes del puerto, vio todas las naos atracadas, un bosque de mástiles en el agua; desde las chalupas de los pescadores más humildes a las recias goletas de los cangrejeros, pasando por los ágiles jabeques de los segadores. No había un solo marino, ni siquiera un grumete baldeando cubiertas. Tampoco había tejedoras que, sentadas en los pilones del puerto, arreglasen las redes. Las puertas de la cofradía estaban cerradas. Y no se veía ni uno solo de los tabardos negros de los guardias de la Casa del Nordés.

Dhum estaba desierta. A excepción de los desahuciados, todos estarían en el Gran Salón, asistiendo a la audiencia. Y hacia allí se dirigía también él; si no lo apresaban antes.

Aunque primero debía hacer una parada. Por eso había dejado atrás la amplia avenida que llevaba al castro y había seguido cuesta abajo.

El tufo de los despojos rancios de pescado lo sacudió a medida que descendía hacia las playas, poco más allá del puerto, donde desembarcaban sus cargamentos los rapidísimos lanchones de los contrabandistas que se atrevían con el estraperlo.

Atravesó el arco de piedra en el que estaba inscrito el censo de patrones que tenían permiso del nordés para faenar. Allí había también una plazoleta donde los cepos castigaban a los furtivos y a los que escatimaban con los diezmos de la faena. Y, colgando de uno de ellos, aún quedaban los restos de un desgraciado muerto de sed días antes. Los segadores habían dejado allí el cadáver, pasto de gaviotas, para que sirviera de escarmiento a cualquiera que intentase estafar a los recaudadores de la Casa del Nordés. Sin más que un vistazo misericordioso, Ze lo dejó atrás.

Pasó junto al edificio alargado de la cofradía. Por un día, no se oía la algarabía de los regateos de la lonja, pegada a los almacenes de los patrones y con su propia puerta abierta en la muralla, para que los estibadores pasaran a las subastas las cajas de pescado. Las nasas estaban apiladas, las redes amontonadas sobre piedras cubiertas de verdín, las liñas pulcramente enrolladas, nadie anudaba las sogas para los repuestos de las bateas. Toda faena había sido abandonada. Solo se movían las gaviotas, que se disputaban el cielo con los charranes, trazando círculos sobre la cima del Acantilado Rojo, el solitario peñón que resguardaba el puerto de los embates del océano.

Un poco más allá, tras sortear una montonera de aparejos para capturar barnaolas, giró a la izquierda, alejándose de la muralla y del mar. Y se perdió en la primera bocacalle.

Apenas batieron unas cuantas olas cuando el forastero encapuchado dobló por la misma esquina. Tras el remero. Y un perro callejero que se había quedado sin raspas que mendigar los vio pasar a los dos.

Al rato, temeroso de recibir una patada malhumorada, salió corriendo. El tintineo de las hebillas era inconfundible, y el chucho había sabido, antes incluso de olerlos, que una patrulla de segadores se acercaba.

La taberna era un tugurio, escondida tras un soportal en una de las calles del barrio más humilde de Dhumbria; en la zona baja de la ciudad, la que rodeaba al puerto y quedaba anegada en los temporales. Era un arrabal de tullidos que mendigaban, de gatos famélicos que sobrevivían gracias a tripas de pescado. Plagado de los restos herrumbrosos de las máquinas abandonadas en los viejos días.

Desde la entrada, un brazo fuerte podía lanzar hasta el mar uno de los lastres para los palangres. Pero si el trayecto se hacía caminando, había que tener paciencia. El local estaba enredado en el dédalo de callejuelas que desembocaban en la puerta de la muralla abierta a los muelles, y para llegar hasta la taberna había que doblar en más de una docena de cruces revirados.

No era más que un antiguo almacén de aperos reconvertido con despojos: barriles, un par de timoneras, una portañola. Era otra de las tristes historias de aquel tiempo. La de una viuda que no pudo mantener un negocio que apenas daba para comer.

La puerta, hecha de tablones ahumados que fueran el mamparo de un barco, estaba entreabierta. En el quicio, colgando de un clavo oxidado, pendía la habitual caña de saúco, ahuecada y rellena con hojas de laurel para espantar los aojamientos. Bajo ella, sobre el suelo, yacía desvanecido uno de los desdichados que espantaba la realidad royendo hierba de sal. Por las comisuras de su boca aún se veían churretones verdosos.

—Vas a hacerlo, ¿verdad?

Asustado por el remero, el mascador apenas había dado un respingo cuando la pregunta, impaciente, ya llegaba desde la barra del local.

Ze, tras cuidarse de no pisar al desgraciado, cruzó el umbral y miró a su amigo. Las arrugas junto a sus párpados revolvieron los tatuajes que contaban los logros de su vida.

No respondió, se limitó a cerrar la puerta procurando no pillar la cabeza del perdido. Que soltó un reniego entre dientes mientras se retrepaba en su incómodo asiento.

—¿Vas a negarlo?, piensas ir a la audiencia…

Tampoco tenía nada que decir. Ya lo habían hablado.

—Ah, claro, sí. ¡La gran recepción! —anunció pomposo el tabernero—, en los lindes del castro, en la guarida de ese bastardo, ¡por supuesto! Yo también iré. Me estaba poniendo mis mejores galas —dijo con socarronería, señalando los andrajos que vestía con una pasada de su única mano—. ¡La recepción! Tardo solo un instante. No ves que no doy abasto con tanta clientela —terminó haciendo un amplio ademán que abarcaba las estrecheces de su negocio.

Siguiendo el gesto, el remero observó las mesas vacías y los taburetes, sin posaderas bajo las que cojear. No había más parroquianos que unas cuantas moscas.

Ze mantuvo su silencio y el tabernero retomó su discurso.

—Lo vas a hacer. ¿Verdad? Lo decías en serio. No me tomes por imbécil. No tengo que sentarme en una olla de aceite hirviendo para saber que va a doler —insistió el bodeguero—. ¡Llámame adivino si quieres!

Niobel, que a tal nombre respondía el tabernero, miraba con genuino disgusto. Llevaba la cabeza afeitada para no preocuparse por las liendres que acompañaban a buena parte de su clientela. Y en su rostro solo destacaban dos cosas, una enorme nariz bulbosa y un par de ojos oscuros como el carbón. Era un hombre nervudo, más bajo y enjuto que Ze, pero su evidente mal humor parecía darle coraje de sobra para lanzarle pullas al remero, aunque este le doblase en tamaño.

—¡Estás loco! ¡O poseído por algún espectro del bosque! No lo consentirá, lo sabes, ¿verdad? Si te acercas siquiera al portalón del castro… ¡Firmarás tu sentencia de muerte! No llegarás al Gran Salón. Ese malnacido se encargará de que acabes en los infiernos. De que los dos acabemos en los infiernos. ¡Y antes nos despellejará!

Tenía menos tatuajes que el remero, y más sencillos, no le había dado tiempo a ganárselos. La desgracia se le había echado encima demasiado pronto. Era un lisiado. Se había quedado manco intentando izar un gigantesco bonito. La polea que recogía el palangre se había enganchado y, al intentar librar la liña, el brazo del tabernero había terminado aplastado de mala manera.

Inútil a partir de entonces para las faenas del mar, Niobel había tenido que buscarse el sustento tan lejos del agua como la morriña le permitió. Era de los pocos hombres de Dhumbria, al menos de los pocos de origen humilde, que no alimentaba a su familia jugándose la vida en la mar. Aunque su vino ayudaba a los marineros a olvidar las galernas. Y, en ocasiones, también proveía de tripulación a los patrones sin escrúpulos que iban en busca de los patudos de enormes pinzas que se escondían en las profundidades de las aguas heladas. Por una pequeña comisión, se llevaba a rastras a los beodos inconscientes hasta la pasarela del barco a punto de zarpar. Porque había que estar muy borracho o muy desesperado para llegar hasta los hielos del norte. O eso, o estar dispuesto a participar en la regata.

—Sabes a qué he venido —le habló el remero al cabo.

Sin otra réplica, Niobel suspiró con resignación.

—Tienes los sesos más podridos que ese mascador de ahí fuera —le repuso con el ceño fruncido para, acto seguido, darse la vuelta tras el mostrador—. Cuando me pediste que lo guardase no me preocupé. ¡Nunca imaginé que el nordés o sus hombres viniesen a buscarlo! Era evidente —seguía hablando mientras se alejaba hacia la trastienda y su única mano se revolvía con aspavientos—. ¿A quién se le iba a ocurrir volver a intentarlo? No saldrá bien… ¡Es imposible!

En la mirada del tabernero no había miedo por su propia vida, sino por la de su amigo.

—Nosotros la recordaremos siempre, ¡siempre! Ese cabrón… Ese bastardo engendrado en los avernos no puede quitarnos eso. ¡No puede! ¿Qué importa lo demás? —el azul profundo de los ojos de Ze se agitó, y Niobel reconoció que ni siquiera él mismo se lo creía.

Le importaba, y mucho. La sola idea de que el nordés se saliera con la suya lo atormentaba.

—¡Es una injusticia! Lo sé, pero, por Navia, ¡por todos los dioses! Por los nombres de tu linaje…

Concluyó desesperado. Aquel último ruego era el más serio que se podía utilizar en Dhumbria, nada había más importante que la memoria de los muertos.

—Dámelo —se limitó a repetir Ze conciso—. No queda tiempo.

El tabernero se detuvo y se volvió para mirar a su amigo. Su expresión hosca se fue deshilachando.

—Yo, por ti, haría cualquier cosa —dijo Niobel compungido—. Lo sabes, ¿verdad? —Y Ze lo sabía, de no ser así, su amigo no habría accedido a acompañarle—. Pero ella no va a volver. Que te juegues la vida no va a hacer que…

Ambos eran conscientes de que estaban a punto de embarcarse por última vez. Uno dispuesto a morir por sus recuerdos, y el otro por lealtad. Sin embargo, el tabernero tuvo que callar, porque antes de poder sincerarse, la puerta se abrió.

Junto a los reniegos del mascador de hierba, bajo el dintel, apareció un montaraz. Y el forastero entró en la taberna tras la mirada interrogadora de los dos hombres.

Mientras el montaraz se acodaba en la barra, Niobel siguió caminando hacia la trastienda.

—Enseguida te atiendo —dijo hacia sus espaldas.

Ze se acomodó en la mitad cortada de un barril que hacía las veces de asiento. Cruzó una inclinación de cabeza con el recién llegado. Y se giró a tiempo de ver a su amigo entrar en el almacén. Niobel desapareció tras una puerta cuajada de dardos viejos y, a través de la tablazón, cubierta de dianas pintadas con tiza, se pudo escuchar el cacharrear que siguió.

No tardó mucho en regresar y ponerse a la altura del remero.

—¡Aquí tienes! —le dijo Niobel lanzándole un saquito de cuero que parecía pesado.

Con el montaraz presente, en lugar de seguir porfiando, se limitó a resoplar de mala gana.

—¿Qué va a ser, forastero? —preguntó el tabernero.

Para sorpresa de todos, esa nueva conversación también quedó interrumpida. Alguien más apareció.

Se oyó algarabía en la entrada. Se gritaban órdenes y parecía que afuera reñían. También se escucharon golpes secos. Y solo podían tener un destinatario: el mascador de hierba.

Ze ya miraba por debajo de sus cejas, con el rostro inclinado. Mientras, se ataba al cinto el cordel de la faltriquera que el manco le había tirado.

—¡Como en los viejos tiempos! Con los problemas en los talones —gruñó Niobel viendo como uno de los guardias del nordés abría la puerta.

La profusión de hebillas, el uniforme negro, el característico sombrero de tres picos y el par de hoces a la cintura. Todos parecían iguales. Tenían la piel cobriza, el pelo negro como ala de cuervo y los ojos, almendrados, eran siempre de un inconfundible color ambarino. Alguno de los reyes oscuros había aceptado en los días de la guerra una alianza con uno de los clanes del oriente. Venidos de más allá del desierto, aquellos mercenarios crueles se habían acostumbrado a Dhumbria y al dinero de los nordestinos.

Y, desde aquellos tiempos perdidos en la memoria, eran los hombres de la guardia. Inconfundibles. Muchos les llamaban segadores, porque desde que empezaban a gatear eran instruidos para manejar, con endiablada destreza, el par de hoces afiladas que siempre llevaban al cinto y con las que no dudaban en decapitar a quien les diera la excusa. Porque a lo largo de los años en los que Xallas se había sentado en el escaño de Dhum, los segadores habían terminado por auparse con más poder del que jamás soñaran. Algo que habían conseguido no solo por ser guardias eficaces de pocos escrúpulos, sino también porque eran los únicos en toda Dhumbria que aún conocían los secretos del hierro y cómo forjarlo. Aquellos de entre los segadores que superaban el aprendizaje y se hacían herreros eran adorados por los suyos y se convertían en líderes.

El que entró en la taberna todavía gesticulaba hacia sus espaldas: órdenes para que dos de sus compañeros llevasen al mascador hasta los calabozos, en los sótanos del castro.

—¿Está aquí Ze, el hijo de Zas, de los Zíes?

Nadie respondió. Y no hacía falta.

Allí estaba Ze. Y el guardia lo miró componiendo la expresión más severa que pudo.

La luz que entraba por las ventanas sucias era más que suficiente. Era él, el perdedor, aquel que había regresado del norte medio muerto. Sentado sin más junto a la amura que hacía las veces de barra en la más sucia de las tabernas del puerto. Inconfundible. El rostro curtido. La tachuela de nácar. Los fornidos brazos cruzados sobre el pecho. Los músculos tensos haciendo ondular los tatuajes que representaban los caminos de las estrellas; esos que el segador no sabía leer, pero que los marinos usaban para orientarse en las noches claras.

—El nordés nos envía para evitar la tentación de un escándalo —anunció ufano el segador en cuanto, tras él, entró el par que no se había ocupado de llevarse a los calabozos al mascador de hierba—. Tenemos orden de retenerte hasta pasado el mediodía; así que ¿vamos a hacerlo fácil o difícil?

Hablaba con la confianza inconsciente de la juventud. Y el manco, cuya diplomacia consistía en la que tenía que emplear con los borrachos, no tuvo recato y se echó a reír ruidosamente.

—Hijo —le tascó condescendiente cuando las carcajadas le dejaron—, será mejor que te vayas antes de que puedas lamentarlo.

Era apenas un muchacho espigado, con barba escasa que solo apuntaba maneras en mejillas lampiñas. Su indumentaria y su aspecto no dejaban dudas. Era un segador, pero muy joven; demasiado.

Ze había supuesto que el nordés intentaría impedirle que llegase a la audiencia, pero allí había gato encerrado.

—Chico, tú ni siquiera habías nacido cuando todo esto empezó —le espetó el tabernero en tono severo, dando un par de pasos para ponerse a la altura de Ze—. No te interpongas. Y eso también va por vosotros —añadió para los otros dos que se mantenían detrás.

—Tengo órdenes, y pienso cumplirlas —replicó convencido el guardia—. Este despojo inútil —añadió con desprecio, señalando vagamente al remero—, este fracasado no se va a mover de donde está hasta que la audiencia haya terminado.

Al remero no le molestó el insulto. Nada ni nadie podía castigarle más de lo que él mismo lo había hecho a lo largo de los años. El guardia no era el primero y no sería el último. Ze simplemente mantuvo la calma. Pero el tabernero, con menos paciencia y más ímpetu, parecía capaz de liarse a golpes, convencido de que él era el único con la potestad de impedirle a su amigo hacer lo que se le antojase. Aunque a él le pareciese una locura.

El montaraz, algo más cabal, simplemente se puso en pie, sin pronunciar palabra. Y Ze se dio cuenta con agrado de que el forastero, a pesar de su aspecto liviano, parecía dispuesto a ayudar.

—Así que vamos a quedarnos todos aquí, muy tranquilos —dijo el joven segador en un falsete amable.

Le echó un vistazo cargado de desprecio al montaraz. Se adelantó para tomar asiento a una mesa hecha con los restos de una bitácora, y gesticuló hacia sus compañeros para que se quedaran flanqueando la puerta.

—Estoy seguro de que entre tanta morralla —continuó mientras se acomodaba en un taburete—, habrá alguna jarra de buen orujo.

Niobel, que apretaba con tanta fuerza su único puño como para que los nudillos le blanquearan, no lo había comprendido. Pero Ze había caído en la cuenta.

Se inclinó sobre la barra y le susurró al tabernero:

—¡Cálmate! Míralos, ¿por qué crees que han mandado a estos muchachos?

El guardia se mantuvo al margen, estirando el espinazo e hinchando el pecho, como si estuviese revestido de una autoridad incuestionable. Demasiado importante para concederle crédito a unos cuantos cuchicheos. Y el tabernero escrutó las casacas negras y las jóvenes caras.

—Es una trampa; ¿acaso crees que Xallas no hubiera podido mandar a otros? A Rundo por ejemplo.

De reojo, el tabernero volvió a mirar a los guardias.

—Ese malnacido —susurró el posadero.

La expresión de Niobel se iluminó. Si apaleaban a esos chicos, entonces el nordés tendría el pretexto que buscaba para encerrar a Ze. Todo habría acabado antes incluso de empezar.

—¿Viene o no viene ese orujo? —gritó el guardia desde la mesa.

—¡Claro que sí! —exclamó Niobel con un dejo mucho más cordial—. Siempre guardo el mejor bebercio a buen recaudo —añadió meloso—. Reservado para los buenos hombres al servicio del nordés Xallas.

El montaraz, muy atento hasta entonces, pareció dar por finalizado el espectáculo y se volvió a acodar en la barra. A la espera de acontecimientos.

Por un buen rato todos se quedaron donde estaban. Sin más. El guardia tamborileaba sus dedos limpios sobre la mesa cochambrosa, con una sonrisa torcida en los labios. Niobel, con expresión de genuino interés, aparentaba buscar en los estantes ese orujo especial. El remero, todavía con los brazos cruzados, observaba a los dos apostados en la puerta. Y el forastero miraba de un lado a otro bajo las sombras de su capucha.

Las únicas que se movieron fueron las moscas, que revolotearon entre las migas de pan reseco salpicadas por el suelo.

En tanto, el sol seguía avanzando, el mediodía se acercaba. La única oportunidad de Ze para redimirse se diluía.

A no ser que alguna de las brujas escondidas en las cuevas de Rexos acudiera en su ayuda, solo se le ocurría un modo de llegar a tiempo al castro: pasando por encima de los secuaces del nordés. Y eso significaría perderse la regata.

El joven guardia captó la feroz tensión en el rostro del remero. Y sonrió satisfecho. Ingenuamente confiado en sus posibilidades, estaba deseando que le dieran la excusa que necesitaba para entrar en acción.

—Aquí está —dijo de pronto Niobel, reuniendo sobre una bandeja sobada la jarra que tanto había buscado y tres tazas achatadas de porcelana desportillada—. El mejor orujo de sarmientos, ¡traído desde las destilerías de las Montañas Azules!

Ze apenas lo escuchó. Se preparaba para la pelea. Si tenía que ser por las bravas, lo sería. Estaba a punto de alzarse cuando Niobel le puso su única mano en el hombro.

—Pues probémoslo entonces, veamos si es tan bueno como dices —propuso el segador.

—En los tiempos oscuros no había ley ¡No había justicia! Los hombres se mataron unos a otros. Y las fieras de las montañas buscaron carroña en los campos de batalla, encharcados de sangre. Estuvimos condenados. ¡Malditos! ¡Recordadlo!

La voz atronaba en el Gran Salón. Era una estancia enorme, nadie capaz de construir algo semejante seguía con vida. Y aun desportillado, comido por los años y abarrotado como estaba, seguía siendo el lugar más esplendoroso al que tenían acceso las gentes de Dhumbria. Muchos niños, aupados a los hombros de sus padres, miraban embelesados hacia la bóveda sobre sus cabezas, donde colgaban restos oxidados de las antiguas máquinas; ruedas dentadas, calandrias, levas y pistones competían por el espacio con gigantescas lámparas que ya no funcionaban.

Las paredes se alzaban más de diez cuerdas, y estaban coronadas por arcos apuntados que se asentaban en parteluces contra los que encajaban los pocos vidrios que la codicia de los hombres había respetado. Cubiertos por entero de cal desconchada, en los muros había grietas que dejaban ver hileras bien alineadas de sillares de granito. Y, desde los rodapiés hasta los ventanales rotos bajo los aleros, no había un solo rincón desnudo. Al sol de la mañana, que se filtraba desde lo más alto, relucían cantoneras que habían sido engarzadas en oro, delicadas espirales que tejían un entramado de símbolos desconocidos, molduras de curvas sensuales. Y sobre su decadencia, llenándolo todo, grabada con los signos de la lengua nueva: la ley. De un extremo a otro del Gran Salón. La ley de Dhumbria.

—Sin la ley, el caos reinaría. Los espectros regresarían, las bestias enloquecerían, las cosechas se pudrirían, el mar se secaría. ¡Obedecemos la ley! Y la ley es justa. Recordamos los tiempos oscuros y vivimos para no caer de nuevo en las tentaciones —apuntilló con tono ominoso y lúgubre, antes de volver a alzar la voz para ofrecer redención a los pecados del pasado—. Por esa razón, porque recordamos, todo el que lo desee tiene la oportunidad de gobernar en Dhumbria. No como antes. No como

en el tiempo de los reyes, cuando no había justicia. ¡Hoy la ley imparte justicia!

El más joven de los hombres espejo, maestro de ceremonias de la audiencia, gritaba con tanta fuerza como le permitían sus pulmones. Su inmensa papada temblaba a cada exclamación. Y el esfuerzo pintaba con sudor su grotesco cuerpo, obeso hasta la deformidad. Vestido únicamente con un taparrabos, los tatuajes que cubrían por completo la enorme extensión de su piel relucían.

E hizo una pausa en la que dio un paso al frente en el estrado, concediendo tiempo a todos los presentes a ver la tinta que llenaba de dibujos su gigantesca barriga.

Desde los dedos de los pies hasta su coronilla afeitada, no había una pulgada de pellejo que no hubiera sido tatuada. Él, como muchos otros, había sido elegido cuando no era más que un niño. Y engordado como un animal de corral, pues se le había escogido para conocer y contar la historia de Dhumbria. Para llevarla teñida en su piel. Para que perdurase por siempre. Porque, si se olvidaba el pasado, el hambre y la peste volverían.

Obligados a obedecer a los sacerdotes de la Orden de Rinlo, los siete hombres espejo vivían para una sola cosa: recordar. Cada galerna, cada naufragio, cada nacimiento, cada muerte. Y, como no podía ser de otro modo, cada regata.

—Hoy es el día. ¡Ha llegado! ¡Esa es la ley! —Tuvo que parar para cobrar resuello—. ¡Es la ley! —insistió alzando los dedos rollizos de su mano para señalar las paredes del Gran Salón—. Hoy conoceremos a los remeros…

En ese instante, la dorada claridad que se colaba a través de las vidrieras empezó a menguar y, aunque la mañana lucía limpia como agua de manantial, se apagó poco a poco. La temida oscuridad fue creciendo, engulléndolo todo.

Y muchos pensaron en las viejas historias. En los monstruos que rondaban en las cuevas de la costa. En las brujas que patrullaban los bosques de las montañas. Un chiquillo empezó a sollozar asustado. Una mujer gritó.

El día se hacía noche.

El eclipse había comenzado.

—… Porque no olvidamos lo que sucedió. Y cumplimos la ley. ¡Hoy es el día! Solo el mejor de todos los hombres de Dhumbria tiene derecho a decidir su propio destino. ¡A convertirse en nordés…!

Estalló la ovación. Aunque la mayoría fingía. Todos, desde los que cultivaban los campos al sur hasta los que trepaban a los acantilados del norte para arrancar barnaolas, todos conocían las consecuencias si no aparentaban devoción.

A nadie se le hubiera ocurrido permanecer en silencio. Y, ante el alboroto, el aludido sonrió satisfecho.

Sobre el estrado, apoltronado en un enorme escaño de madera labrada con grandes sierpes marinas, el nordés presidía la audiencia. Sobre su cabeza, en la decoración del asiento, estaban engarzadas las treinta y cinco piedras de los nordestinos, las rocas de hielo, las pruebas de los vencedores en las regatas disputadas hasta ese mismo día.

Como testimonio de su condición, vestía ropas ampulosas, terciopelos con ribetes de piel de tuso y buena camisa de lino. De su cuello colgaban cadenas engastadas con cuentas y pequeñas ruedas dentadas de las viejas máquinas. En su oreja izquierda llevaba una tachuela de nácar, pero no una pieza tallada sin más en la dura concha de una barnaola, sino un lujoso engarce de oro. Y, merecidos o no, los tatuajes cubrían su cuerpo.

Era fornido, y sus más de cincuenta inviernos lo empujaban con aplomo. Miraba hacia la concurrencia con ojos oscuros, tanto como madera de noceda, atractivos. Tenía un rostro anguloso, alineado con cejas pobladas, cubiertas por el mismo matiz blancuzco de su pelo, crespo y cargado de aceites.

Su mano derecha tamborileaba sobre el reposabrazos. Los fríos de la anterior regata le habían rebanado los dedos menores. Los hielos y las ventiscas los habían convertido en un amasijo putrefacto de carne amoratada.

Desprendía confianza. Se le veía sereno.

Era Xallas, el nordés. Y estaba completamente seguro de que su voluntad se cumpliría. Ze no podría impedirlo.

Tras él, sumisos, haciéndole la corte, estaban sentados el resto de los hombres espejo, apretando sus grasas a lo largo de un banco

inmenso que sufría bajo sus cuerpos. Y a su lado, en un asiento cargado de filigranas que dejaba ver los privilegios de su posición, se acomodaba el bispo, el elegido de la hermandad de sacerdotes. Un hombre ceniciento con pintas de ave rapaz que contenía con el dorso de su mano huesuda los regüeldos de su dispepsia matinal. Era el más poderoso de Dhumbria tras el nordés, y también el más temido tras el mismo Xallas. Él era quien ejecutaba las órdenes más oscuras. Quien exprimía a los segadores para que mantuviesen el orden. Era la mano derecha del nordés.

Todos vestían sus mejores galas y lucían semblantes afectados. Además, para que a nadie entre el público se hiciera el valiente, estaban escoltados; por guardias muy distintos a los jóvenes enviados hasta la taberna de Niobel.

Contra aquellos lujos, las gentes de Dhumbria se abrigaban con paños humildes. Algo de lana, un poco de lino y mucho ingenio con los remiendos. Ellos con pantalones cortos para no mojarlos en las faenas de a bordo, con camisas recias arregladas con cinchas y coderas, algunos con chaleco. Ellas con faldas amplias y delantales. Las viudas de negro y con paños atados bajo el mentón para recoger sus cabellos, pintados de canas por los disgustos. Los críos, con lo que heredaban de sus hermanos. Y las gorras de todos, apretadas entre manos nerviosas, dejaban en sus frentes la marca morena del trabajo bajo el sol. Eran gentes sencillas.

—Han pasado treinta y un inviernos desde la última vez, pero hoy, de nuevo, ¡una vez más!, se cumple la ley —vociferó el hombre espejo abarcando con sus brazos obesos la oscuridad que reptaba por la bóveda del Gran Salón—. ¿Quién está dispuesto?

La pregunta sonó como el rugido de una de las bestias sobre las que deliraban los montaraces ancianos. Esos que, borrachos de meslum, malvivían en el puerto de Dhumbria después de que sus clanes los expulsaran porque se habían hecho viejos para cazar.

Y todos en la sala conocían la respuesta.

Sabían que solo habría un candidato.

Nadie más tendría el coraje de hacerlo. Porque no solo había que estar dispuesto a jugarse la vida yendo al encuentro de los hielos del norte, sino que también había que aceptar el riesgo de enfrentarse al nordés. Tiempo atrás, la regata había servido para

que los más fuertes y nobles tomaran el gobierno de Dhumbria. Así habían dejado atrás la corrupción de los reyes, y el hambre, y la peste. Pero los vientos habían rolado. Ya nadie podía aspirar a competir sin temer que lo encontrasen degollado en alguna esquina de la barriada del puerto.

El eclipse se había comido la luz del día, en el Gran Salón reinaba la penumbra. Y por algún encantamiento, las antiguas lámparas empezaron a funcionar cautivadoras, una luz que revoloteaba surgió en los extremos de los radios que formaban los candeleros y un aura rojiza sobrevoló la sala. Los más jóvenes, los que estaban allí por primera vez, imbuidos por el efecto, casi querían creer que era verdad. Quizá, si se presentaban, tendrían la opción de sentarse en el escaño, de sacar a sus familias de la miseria. Más de una madre susurró nerviosa al oído de su hijo adolescente, con la furia del miedo y la prisa del odio guiando sus palabras. Riñendo en voz baja para que su retoño olvidara la locura que, por un instante, se le había ocurrido.

—¿Quién está dispuesto? —volvió a preguntar en tono más bajo, haciendo que su voz reverberase.

Xallas se levantó. El hombre espejo lo miró.

—Tu nombre —le pidió.

—Xallas, hijo de Xiá, de los Xanceda.

El hombre espejo peleaba con sus nervios y le costó hacer la siguiente pregunta del ritual.

—¿Irás al norte, Xallas?

El nordés sonrió y el gesto fue una grieta abriéndose en la pizarra bajo la cuña del cantero.

—Iré —respondió escuetamente.

El hombre espejo asintió y las grasas de su papada retemblaron. Luego se volvió hacia los miembros de su consejo para escrutarlos con la mirada. No hubo objeciones. Y paseó sus ojos oscuros hasta el bispo, pero este no se inmutó.

Como era de esperar, aquel cuervo esquelético no puso pegas a su señor.

Así pues, no haría falta que el candidato probase su valía. Al fin y al cabo, ese era uno de los párrafos de la ley que no se ponía en práctica desde que a los hombres espejo empezaran a embutirlos

como a capones. Hacía muchos años, muchos, que nadie se sometía a la ordalía.

Y, sin objeciones al candidato, el hombre espejo continuó con el ritual.

—¿Quién será tu timonel?

—He elegido. Será Leomel, hijo de Landra, de los Leiro. Él será quien gobierne el timón —respondió Xallas siguiendo la fórmula tradicional.

Un murmullo de sorpresa revoloteó por el Gran Salón. Nadie lo conocía.

De entre las sombras del estrado, más allá de los hombres espejo, emergió una figura.

Era un sureño. Alguien de los valles, uno de los que se ganaban la vida cultivando la tierra. Su fosco pelo negro y sus grandes ojos pardos lo delataban. Era un sureño, y era grande como un buey.

Llevaba el torso desnudo, ancho y fornido, fortalecido por años de labranza. La piel aceitunada, casi sin tatuajes, brillaba bajo las lámparas. Avanzaba con pasos que pesaban diez piedras. Y, por si alguno de los presentes lo dudaba, al plantarse junto a Xallas le dedicó una respetuosa inclinación de cabeza.

Hubo quien se atrevió a murmurar su disgusto por lo bajo, pero nadie tuvo el valor de alzar la voz para protestar. Aunque todos sabían lo que estaba sucediendo. El nordés pensaba pelear contra la juventud que se le había escapado y torcía la ley a su conveniencia. Había buscado al más fuerte, al más capaz de soportar el castigo.

—Yo soy Leomel, hijo de Landra, de los Leiro. Y yo seré su timonel —logró decir con voz atiplada, siguiendo la tradición.

El destino de Dhumbria quedaba sellado una vez más, al menos hasta que llegara el siguiente eclipse.

—Así sea —corroboró el hombre espejo como colofón mientras el nordés se sentaba de nuevo—. Si regresas con vida —añadió dirigiéndose a su señor—, tuyo será el derecho al escaño del nordés. En tus manos estará el gobierno de Dhumbria.

Todos sabían que había gato encerrado. Cuando llegase el momento, Xallas designaría a un juez para la regata y, fuera quien fuese, no pondría objeciones a que el mismo Xallas hubiese elegido como timonel a alguien capaz de tirar de los remos como una

yunta de bueyes. Pues la ley era la ley solo hasta que la voluntad del nordés decidía moldearla.

Finalmente, el hombre espejo hizo una grotesca reverencia que amenazó con arrastrar su enorme corpulencia hasta derrumbarse sobre la turbamulta apiñada junto al estrado.

—¿Hay alguien más? ¿Alguien más está dispuesto? —logró decir cuando pudo enderezarse.

Era evidente que solo preguntaba porque la ley se lo exigía. Nada más. Nadie se atrevería.

Un chiquillo escuálido, que veía en su padre al héroe que los años todavía no habían derrumbado, tironeó de la manga sucia de la camisa más allá de la mano callosa que lo sujetaba por el hombro, y le preguntó con ojos inocentes por qué no iba él. La negación asustada que le devolvió su padre no la entendería hasta muchos años después.

—¿Alguien más está dispuesto? —insistió.

Todos conocían la ley. Todavía volvería a preguntar una vez más. Tres eran las oportunidades que tenían los valientes y los desesperados.

Algunos ya se habían dado la vuelta e intentaban abandonar el abarrotado espacio.

—¿Hay alguien dispuesto a ir al norte?

Aguardó un instante, carraspeó, y estaba ya a punto de volcarse en el grandilocuente discurso que tenía preparado, cuando un rumor empezó a extenderse por la sala.

Desde su atalaya en el estrado, incluso en la oscuridad del eclipse, el hombre espejo pudo percibirlo. En el extremo más alejado, junto a las puertas, la gente se apartaba, moviéndose como la marea. Dejaban un espacio libre.

Alguien venía.

—Yo estoy dispuesto…

Cientos de personas se volvieron al unísono como una sola. Y todos lo reconocieron.

Era Ze, el remero.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el montaraz sin poder contener por más tiempo su curiosidad.

Niobel gruñó por el esfuerzo y no contestó, en su lugar soltó los pies del guardia con un último empellón. El cuerpo cayó entonces con un fuerte chapoteo y quedó tirado junto a los otros dos, también inconscientes. A su alrededor, hojas secas y porquerías gateaban en la escasa corriente que dejaba la temporada seca en los canales de Dhum.

—Con un poco de suerte no despertarán hasta mañana.

—¿Cómo lo has hecho? —porfió con un susurro quedo, impropio de alguien criado por los clanes de las Montañas Azules.

Tras escrutar las sombras bajo la capucha del montaraz, el tabernero pareció considerar la situación. Pocos había en los alrededores que tuvieran simpatía por los segadores o por el mismo nordés. Así que lanzó un reniego y confesó, imaginando que no lo delatarían.

—Es por culpa de los cangrejeros, los patrones que van al hielo pagan bien.

Aquella respuesta no pareció satisfacer al forastero, que revolvió sus dedos estilizados para animarle a continuar.

—Les di una mezcla especial, de la casa —aclaró con una sonrisa retorcida en los labios—, digamos que era un meslum aderezado.

—¿Un qué?

—Meslum, ya sabes…

El silencio del montaraz arqueó las pobladas cejas de Niobel. Todo el mundo conocía el abominable meslum. El brebaje que los taberneros preparaban con los fondos de los vasos y con cuanto quedaba en una mesa después de que los parroquianos marchasen, incluso aunque algún cliente vaciara la cazoleta de la pipa en su taza. Era miserable, pero barato. Y lo único a lo que podían aspirar quienes no tenían más que un par de antiguas piezas de cobre en el bolsillo.

Cuando tenía que resolver una rencilla, deshacerse de un cliente escandaloso o darle una lección a un mal pagador, Niobel recurría a una jarra de meslum a la que había añadido unas gotas del aceite que se extraía al majar raíces de matabueyes. Bastaban un par de tragos para que el infeliz despertase en las bodegas de alguno de los pocos patrones con arrestos para ir en pos de los patudos que se escondían en los cantiles del norte. O, como en el caso de los segadores, para abrir los ojos en un canal de la ciudad al día siguiente.

De modo que, extrañado, el tabernero estaba a punto de cuestionar al montaraz cuando este, mirando al sol, se dio cuenta de que se le hacía tarde y salió corriendo sin siquiera despedirse.

—¡Qué diablos! —exclamó perplejo Niobel, rascándose la coronilla.

Lo vio alejarse. Giró en la misma esquina que había tomado el remero justo después de agradecerle su ayuda con los guardias.

—Si no lo veo, no lo creo…

Turbado, el tabernero no olvidaba que también tenía prisa, así que sacudió el mentón con incredulidad y se dispuso a seguir, precisamente, el mismo camino. Hacia el castro.

Iba a dar el primer paso cuando algo lo retuvo.

—Pues esto tampoco me lo hubiera creído —reconoció mirando con una sonrisa sardónica la mano que le apresaba el tobillo.

—Malnacido —logró balbucir el segador sacudiendo la somnolencia a cabezazos—, ¿qué diantres nos has dado?

Los otros dos seguían inconscientes, tirados en el fondo del canal, rodeados de regueros sucios que prendían desechos en las hebillas de sus tabardos. Pero este, el joven pretencioso que tan ufano había pedido algo de beber, parecía haber recobrado fuerzas con el chapuzón. Y el tabernero, consciente de que se le hacía tarde para llegar al Gran Salón, sacudió con toda la fuerza que pudo la pierna para liberarse. Pero el segador aguantó.

—Vas a pudrirte en los calabozos —dijo soportando las embestidas del tabernero.

Niobel había usado aquel mismo meslum para enviar a más de veinte desgraciados a las tripulaciones de cangrejeros, y nunca

había tenido una sorpresa como aquella. Quizá había bebido poco, o podía ser que fuera un tipo excepcional.

—¿Qué nos has dado? —insistió sin soltar su presa al tiempo que se erguía.

No era el momento de dar explicaciones, así que, como única respuesta, el tabernero lanzó un puntapié con su pierna libre.

—Parece que hoy todo el mundo tiene un especial interés en mis bodegas…

Manco y viejo, Niobel sabía que, incluso contando con la ventaja del matabueyes, sus posibilidades de salir bien parado eran remotas.

Aun así, se dispuso a pelear.

Ze había cruzado el portalón del castro, engastado con forjados que representaban batallas ya olvidadas. Y tras pasar junto a las galerías de los tatuadores, vacías después del trajín de los muchos que habrían querido dejar en su piel testimonio del gran día, había atravesado los Jardines de la Reina, convertidos por los años en poco más que una colección de matojos. Luego había caminado por los puentes de los dos grandes canales, pasado bajo la sombra de la Torre del Reloj y, al fin, accedido a la sala donde se celebraba la audiencia.

Todos los guardias le habían mirado con desdén, pero no lo habían detenido. La ley decía que todo el mundo tenía la obligación de presentarse en la audiencia y el remero llegó a su destino.

—Yo estoy dispuesto…

Justo a tiempo. El eclipse se diluía en la mañana, poco a poco las sombras que estiraban los grabados de las paredes se iban desvaneciendo. Las viejas lámparas perdían fuerza ante los reflejos dorados que atravesaban las cristaleras. La luz envolvió al remero y una marea de exclamaciones recorrió el Gran Salón.

En pie, en el claro abierto por la muchedumbre estupefacta, bajo el palio de un rayo de sol. Allí estaba el remero. La expresión feroz, los viejos tatuajes de sus mejillas, la mirada fría. Todos sabían quién era. Y aun así pocos creían lo que veían.

Mientras el eclipse se deshilachaba, el silencio lo cubría todo y más de uno aguantaba la respiración. En la fila que rodeaba al remero, un chicuelo de rizos rubios, con una mano aferrada a la falda grasienta de su madre y la otra aguantando los mocos que le colgaban de la nariz sucia, miraba pasmado al hombre.

A nadie le parecía bien lo que el nordés haría si ganaba de nuevo la regata. Ella había sido querida por todos. Y pese a las terribles circunstancias, no había un alma en Dhumbria que pudiera recriminarle una falta. Todos habían escuchado el bando de los pregoneros. Aunque nadie había esperado que Ze tuviera el arrojo de oponerse.

—¡Yo estoy dispuesto! —rugió desafiando al nordés y a sus acólitos.

Perduraría para siempre en la memoria de Dhum. Se contaría durante años.

Ze dio un paso más hacia el estrado.

Una joven se desvaneció sin que su prometido, boquiabierto, pudiera reaccionar.

El hombre espejo titubeó. Confuso, sacudió su cabeza sobre el obeso cogote. Echó una mirada cautiva hacia su señor. Y no encontró ayuda. Había apariencias que guardar y, al poco, comprendió que solo había una cosa que pudiera hacer: seguir el dictado de la ley.

—Tu… Tu nombre —logró decir con un esfuerzo que echó el sudor a correr sobre su abultado vientre.

—Ze, hijo de Zas, de los Zíes —respondió vehemente.

Las gentes de Dhumbria se iban apartando a medida que el remero avanzaba hacia el estrado.

—¿Irás al norte, Ze?

El remero había llegado ya al pie del estrado. Justo bajo las dudas del hombre espejo.

—Iré al norte.

Siguiendo la tradición, como había hecho poco antes, el hombre espejo se volvió hacia los suyos, expectante. Y pudo ver al nordés inclinarse para susurrarle algo al bispo.

Esta vez habría objeciones.

El viejo cuervo escuchó a su señor, asintió y se puso en pie con crujir de huesos. Se intuía la ira. Y los lugareños, temerosos de quien había abrazado los secretos de Rinlo, dieron un paso atrás.

Aliviado al verse relevado, el hombre espejo se hizo a un lado.

Tras carraspear, el elegido de la hermandad de sacerdotes, mano derecha del gobierno de Dhumbria, habló:

—Y dinos, Ze, hijo de Zas. Todos conocemos tu historia, todos la recordamos, ¡está escrita! —esa era la ley, en la gran roca bajo el Acantilado Rojo, donde se habían inscrito las crónicas de las regatas, viviría por siempre aquella hazaña—. Nadie querría acometer una tarea así de nuevo. Así que ¿cómo sabemos que no eres un espectro encarnado que intenta engañarnos?

Esta vez, habría ordalía.

Ze no habló, pero un rumor se extendió rápidamente en la sala, solo los más ancianos recordaban las pruebas que se exigían a los remeros en los viejos tiempos. El ritual se había obviado con Xallas, el bispo jamás hubiera rechazado al candidato. Pero esto iba a ser distinto.

El nordés contenía su rabia. No iba a permitir que Ze se saliera con la suya. Adhara sería olvidada, no quedaría una sola inscripción, talla, grabado o tatuaje que la recordara a ella, a su nombre o a su vida. No solo ella, sino todo su linaje, todo su pasado. Como si Adhara nunca hubiera existido.

Xallas, todopoderoso señor de Dhumbria, no sabía cómo aquel desgraciado se las había apañado para presentarse en la audiencia, más tarde ajustaría cuentas con los segadores. Pero lo que sí sabía era que no se lo consentiría. Ze no sería uno de los remeros.

En voz baja, con el asombro pegado a las palabras, algunos de los mayores explicaban a los pequeños lo que iba a pasar a continuación. Y a los chicuelos se les escapaban resoplidos admirados.

—No soy ningún espectro —respondió sereno—, y lo sabes —concluyó sin dejar de mirar al nordés.

Resuelto, Ze deshizo el nudo de su cinto, lo dejó caer al suelo y cogió con las manos cruzadas las costuras destejidas del dobladillo de su camisola, para quitársela.

Su torso desnudo fue enseguida el centro de todas las miradas. A pesar de la edad, los músculos seguían viéndose fuertes, delineados. El enjambre de sus tatuajes contaba una historia que unos admiraban y otros envidiaban. Pero si robó la atención de la muchedumbre no fue por ninguna de esas dos razones, sino por las terribles cicatrices que recorrían su piel.

Una maraña de costurones le cruzaba la espalda, parte del vientre y uno de sus hombros. Tenían el matiz nacarado de las heridas viejas, de las que sirven para dormir con pesadillas hasta el día en que uno emprende el camino final.

El bispo, con sus aires de carroñero, fue el que antes se recobró al ver la leyenda hecha carne. Tambre, que así se llamaba aquel

cuervo engreído, movió su cabeza angulosa, como picoteando grano y, tras mirar al nordés, habló de nuevo:

—Entonces tendrás que demostrarlo —le dijo a Ze mientras le apuntaba con un dedo sarmentoso.

Y el remero tendió la mano, esperando.

Sin embargo, el elegido de los sacerdotes no le ofreció una hoja afilada, tal y como rezaba la ley.

—Será mejor que lo haga yo mismo…

Todos se dieron cuenta de la animadversión que el bispo le profesaba al remero. Su expresión destilaba castigo. A nadie se le escapó que, de no ser por las apariencias, el propio Tambre hubiera arrastrado al remero escaleras abajo, hasta las catacumbas bajo la Casa del Nordés, para ahogarlo en la fuente que manaba de la piedra de Rinlo; para condenarlo por siempre a vagar en la compaña de espectros negros.

II

La ordalía

Un murmullo atónito se volvió a dispersar por la sala. Pero Ze se mantuvo impertérrito. Se limitó a saltar ágilmente al estrado, aupándose con las palmas en la madera carcomida.

Tres pruebas, esa era la ley. Y era el turno de la primera de ellas.

Frente a frente, el bispo hurgó en las profundidades de su capa y el inmenso llavero que colgaba de su cinto tintineó. Al poco, de algún lugar en aquellos entresijos de penumbra, sacó una navaja de cuyo mango pendían plumas de rapaz.

—Si no eres un espectro, entonces eres de carne y hueso —declaró conteniendo apenas un regüeldo—. Y si eres de carne y hueso, entonces corre sangre por tus venas. ¡Veámosla!

Sin más preámbulos movió su mano con sorprendente rapidez y cruzó el pecho de Ze con un tajo profundo. La ley solo pedía que el candidato mostrase cómo podía sangrar cuando era herido, nada decía sobre infligir semejante tortura.

El remero no protestó.

Solo le preocupaba fallar en la tercera de las pruebas, y si lo hacía, pensaba lanzarse hacia el nordés y estrujarle el pescuezo hasta arrebatarle la vida. Sería lo último que haría; los segadores lo matarían, pero se habría asegurado de que aquel malnacido no siguiera causando desgracias.

Como no podía ser de otra manera, de la carne abierta empezó a manar sangre. Y el bispo no tuvo más remedio que reconocerlo.

Unos pocos se atrevieron a jalear al remero. Felices de ver que alguien se oponía al nordés. Aunque el silencio de aquellos que los rodeaban los llenó enseguida de miedo, que calló sus ansias de animar a Ze.

—Está bien, eres carne y eres hueso. Eres sangre. ¡Esa es la ley! Pero eso no es todo —apuntilló con un brillo zaíno en la mirada—. Es solo una de las tres. Aún debe saberse si tienes coraje suficiente. ¡Veámoslo!

Había llegado el momento de enfrentarse a la segunda de las pruebas.

Ze, que ni tan siquiera se había molestado en limpiar los chorretones de sangre que empapaban la cinturilla de sus pantalones, se giró hacia el público.

Contuvo la sonrisa que quiso abrirle los labios, y señaló con la mano abierta a un chicuelo andrajoso que roía un currusco duro con tan pocos dientes como para hacer de la tarea algo colosal.

—El cinto —le dijo en tono neutro.

Y el zagal, pensando ya en las miradas envidiosas de sus amigos, se apresuró a recogerlo del suelo y lanzárselo.

Trasteando con las manos, Ze deshizo el nudo y cogió la faltriquera conseguida en la taberna de Niobel.

De nuevo hubo preguntas murmuradas. Casi nadie recordaba haber conocido el fuego en la piedra. Solo las historias de los grandes engendros mecánicos que escupían humo como si el mismo infierno les ardiese en las entrañas.

—Aquí tienes —le gruñó al bispo tendiéndole el contenido de la bolsa.

Se decía que, en el tiempo de los reyes, los caminos hasta Dhum eran un continuo ir y venir de máquinas estrambóticas henchidas de tan valioso material. Como míticas bestias de carga, llevaban hasta la ciudad lo que los hombres arrebataban a las minas.

Se decía que la misma capital se había levantado sobre las cenizas del fuego de piedra.

Airoso, el bispo cogió el pedrusco y lo alzó para que todos pudieran ver. No era más que un pedazo negro y reluciente de roca.

En el público todos se preguntaban si sería verdad. Nadie pensaba que hubiera alguien capaz de ir más allá de las Montañas Azules para cruzar el desierto y encontrar fuego negro. Algunos avispados empezaron a envidar apuestas y un cuchicheo excitado fue creciendo en la sala.

Hubo que esperar, hacía mucho mucho tiempo que un remero no era sometido a las pruebas.

Pero, tal y como marcaba la ley, tras un rato, uno de los segadores trajo de algún rincón un pebetero prendido. En el cuenco de hierro forjado ardían brasas, como escarabajos de brillantes caparazones moviéndose con pereza entre las volutas de humo.

Una vez la lumbre estuvo en el estrado, con aspavientos y murmuraciones, llenando el aire de las jaculatorias que su orden le exigía, el bispo lanzó la piedra en las ascuas.

Al principio nada ocurrió. Y muchos asintieron, era imposible que aquel viejo loco de Ze hubiera cruzado las dunas interminables.

El nordés rumiaba su furia apretando los dientes con fuerza. No concebía cómo el remero podía tener un pedazo de fuego negro, sus guardias habían estado pendientes de él, incluso habían registrado su chabola en más de una ocasión. Aunque hubiera tenido tiempo para cruzar el desierto, no había tenido oportunidad para guardarlo. Era imposible y, sin embargo, allí estaba.

Algo siseó en el pebetero. Tímidas llamas empezaron a lamer la piedra negra. Mientras el bispo se limpiaba los dedos, sucios del oscuro polvo que desprendía el pedrusco, el fuego negro se hizo verdad y la piedra ardió con intensidad.

Esta vez hubo muchos más que jalearon al remero. Muchos más, y los segadores echaron mano a sus hoces. Pero, arropados en la multitud, hasta los más tímidos se atrevieron. De entre las gentes de Dhumbria surgía el calor del ánimo por la empresa imposible en la que el remero se embarcaba.

—¡Silencio! —berreó el bispo con fuerza inusitada—, ¡silencio!

Ze no dijo nada, ni siquiera sonrió para agradecer el apoyo del público.

La herida de su pecho seguía sangrando. Un velo rojo, drapeado por sus músculos, le cubría el vientre, y tampoco mostró dolor.

Se mantuvo impertérrito.

—Está bien, tienes el coraje. Pero eso no es todo —añadió, con una pausa que colgó malicia en sus palabras—. ¡Falta una más! Así reza la ley. Y ya no eres un muchacho… ¿Tienes la fuerza necesaria? ¡Veámoslo!

Bien podía ser que, en los viejos días, cuando se instauró la regata para que solo el mejor de los hombres de Dhumbria pudiera gobernar, muchos lo intentaran y otros tantos murieran. Quizá por eso había quedado escrito, para saber si aquellos tan locos como para intentarlo tenían o no la oportunidad de lograrlo.

Como antes, no fue rápido, hacía mucho desde la última ordalía.

Y eso le vino bien a los apostadores. Porque tanto los que habían ganado como los que habían perdido, picados por el vicio del juego, volvieron a ligar sus fondos al destino del remero.

Finalmente, se oyó un crujido metálico. Los goznes de alguna puerta en algún almacén polvoriento. Y Ze, conocedor del tormento que se le venía encima, cerró los ojos. Acudió a sus recuerdos, su tesoro más precioso, y aspiró de su memoria cuanta voluntad pudo. Cada sonrisa, cada beso, cada caricia. Las curvas insinuadas en un vestido largo. La suave melena trigueña. Las palabras de consuelo, los susurros cálidos bajo las mantas.

Lo hacía por ella. No iba a flaquear.

Abrió de nuevo los ojos cuando el volumen de los cuchicheos subió y pudo ver a dos segadores enfundados en sus recios tabardos negros. A través de los portalones de entrada, avanzaban por el hueco que la multitud abría al apartarse. Arrastraban con esfuerzo un carromato, y se veía en sus rostros congestionados que no era tarea fácil. Traían el remo.

Era una de las reliquias de Dhumbria. Ya nadie sabía cómo fundir el metal para conseguir algo así. Probablemente había pertenecido a una estatua gigantesca que adornara los muelles en los tiempos de gloria. Quizá fuera el ejercicio de vanidad de alguno de los reyes del pasado. Nadie lo sabía. Ni siquiera los hombres espejo conocían aquella historia, no estaba escrita en ninguna de las piedras, nadie tenía tatuajes que la contaran. Pero era la ley. El enorme y pesado remo servía, justamente, para la tercera de las pruebas.

Tambre, elegido por la hermandad, responsable de velar por la justicia, agitó sus brazos. Su capa aleteó tras su magro cuerpo y su voz cavernosa ordenó:

—En la marca.

Las gentes de Dhumbria se alejaron de una de las paredes del Gran Salón para apelotonarse en el lado opuesto.

Ze saltó ágilmente del estrado y caminó hasta el lugar que había quedado libre, allí, descendiendo por el fuste de uno de los altísimos contrafuertes que servían de nervadura a los muros,

estaba inscrita la ley. Y bajo los párrafos había también la silueta de un remo grabada en la cal decadente.

—¡Once pasos! Ni uno más ni uno menos, ¡esa es la ley! —exclamó el bispo, levantando la voz para hacerse oír.

Dos guardias más se acercaron al carromato. Y entre los cuatro segadores, dos a cada extremo, alzaron el remo.

Cubierta por los años con un espeso robín verduzco, la pieza tenía una longitud de más de tres brazas. Del grosor de uno de los calabrotes que se usaban para amarrar los grandes barcos. Pesaba tanto como un hombre corpulento, quizá más. Los más viejos susurraron que pasaba con creces de las quince piedras.

Sosteniendo entre los cuatro el enorme remo, los segadores avanzaron con esfuerzo. No tardaron en colocarse a ambos lados de Ze y entonces, con un gruñido por toda señal, soltaron aliviados su carga sobre los hombros del remero, como si le pusieran el yugo a un buey.

Procuró disimular, pero Ze no pudo evitar que se le escapase un resoplido. Enseguida sintió como si empezase a encoger, ceñido por el gigantesco remo. Rebabas del metal comenzaron en ese mismo instante a morderle la piel, y el espinazo protestó con un latigazo de dolor.

—¡Once! —gritó de nuevo el bispo.

Ze respiró hondo. Cerró de nuevo los ojos y pensó en Adhara, con todo su corazón.

Levantó el pie derecho. Luchó contra el peso del remo balanceándose. Un reborde afilado del metal le abrió una nueva herida. Sus pulmones pidieron aire.

Consiguió dar el primero de los pasos.

Ahora, con una pierna atrás, la terrible carga se hacía más difícil de equilibrar y levantar el pie retrasado sin caerse necesitó de cuantas fuerzas le quedaban.

El sudor se mezclaba con la sangre que aún vertía la herida abierta en su pecho. Era un martirio.

Pensó en ella y se olvidó de todo lo demás. No sintió. No escuchó. No vio. Todo su mundo era ella y siguió adelante. Preocupado tan solo por poner un pie delante del otro.

Cuando su talón se apoyó para completar una nueva zancada, alguien se atrevió a gritar:

—¡Cuatro!

El nordés, al oírlo, salió de su abstracción. Miró en derredor, buscando a quién señalar para que se lo llevaran los segadores. Había perdido toda compostura. Se le salían los ojos de las órbitas.

Demasiado pendiente del ritual, el bispo no se dio cuenta. Él también iba contando los pasos, solo que en voz baja.

—¡Cinco!

Esta vez se unieron más voces. Las agallas se iban repartiendo por la audiencia. Y al nordés le faltaban dedos para apuntar, le salían espumarajos por la boca.

—¡Seis!

Fue una multitud la que rugió y los guardias, con sus hoces en alto, ya no supieron a quién debían amenazar. Dudaron. Y eso dio fuerzas a los pusilánimes para aunarse en rebeldía.

De pronto, Ze regresó de entre sus recuerdos. Escuchó el clamor de la gente, de los hombres y las mujeres, de los niños. Volvió a la realidad.

Le dolían los tendones. Sus piernas temblaban con el esfuerzo. El tajo abierto en su pecho ardía, carcomido por la sal del sudor. Gruesas gotas resbalaban por el puente de su nariz y caían al suelo polvoriento. Empezaba a tambalearse. Con cada vaivén los músculos amenazaban con acalambrarse.

Consiguió dar un paso más y la multitud volvió a rugir bajo la mirada hirviente del nordés.

Sin embargo, Ze apenas se percató. Su pie derecho, vencido por el impulso, había ido más lejos de lo debido. Había cometido un error. Y su torso se torció empujado por el lastre, empezó a inclinarse peligrosamente.

Iba a caerse.

Cientos de suspiros ahogados se oyeron.

Xallas se olvidó de los lenguaraces y miró al remero. Estaba a punto de desmoronarse.

—¡Nueve!

El montaraz escuchó el rugido de la gente, pero no supo qué sucedía hasta traspasar las puertas del Gran Salón.

Entonces lo vio. Aplastado bajo aquel peso. Envuelto en sangre y sudor. Con el rostro congestionado. Sufría.

Nadie advirtió que alguien más había entrado. Todos miraban hacia aquel penitente que, sin saberlo, cargaba también con las esperanzas de todo un pueblo.

Bajo la luz dorada que volvía a bañar el Gran Salón, la estampa resultaba estremecedora.

—¡Diez!

Lo vio tambalearse, resoplar. Las rodillas parecían a punto fallarle. El remo se balanceó de nuevo.

Algunos apretaban los puños. Unas cuantas mujeres tenían los ojos cerrados. Otros pasaban monedas de mano en mano finiquitando apuestas. Y la impaciencia era evidente en el rostro del nordés, que, ansioso, no perdía detalle del tormento.

El bispo había levantado uno de sus largos dedos. Uno, solo faltaba un paso.

Uno más.

Ella lo era todo, principio y fin. Su amor se lo había dado todo, y su amor se lo había quitado todo. Entre los dientes apretados, paladeando el sudor que se escurría hasta la comisura de sus labios, transido de dolor, se le escapó a Ze un susurro que nadie oyó.

—No me olvides…

La agonía vivida. Aquella tortura. La melancolía de sus noches solitarias. Lo que aún estaba por llegar. La sola posibilidad de que el bastardo del nordés se saliera con la suya. No significaban nada. No eran nada comparados con el sufrimiento de haberla perdido.

Y su recuerdo le dio fuerzas. Ella le ayudó.

—¡Once! —corearon cientos de voces al unísono—, ¡once!

La ovación fue unánime. Y hasta los incrédulos que sacudían sus cabezas sonreían.

El remero había vuelto a hacerlo, había vuelto a convertirse en leyenda.

Empapado en sudor, sus músculos palpitaban en agonía. Con un último esfuerzo juntó los pies y se alzó. El remo cayó a su espalda, con estruendo. Sonó como una de las viejas campanas del Templo de Rinlo, igual que en los temporales, cuando un rayo las alcanzaba.

Y todos en Dhumbria sintieron el juicio de la historia planeando sobre ellos. Aunque no adivinaron que sus vidas no volverían a ser iguales. Su mundo estaba a punto de cambiar para siempre.

Todos lo miraban, a excepción del nordés. Desde su rostro, desmoronado, no podía ver otra cosa que los pliegues de sus lujosas ropas sobre el regazo.

El rumor se fue apagando poco a poco. Y el bispo supo esperar hasta que se apaciguó por completo. Cuando al fin habló, lo hizo con dejos de preocupación.

—De acuerdo —admitió sin poder hacer otra cosa—, irás al norte. No eres un espectro. Has reunido el valor para hacerlo. Y has demostrado tener la fuerza para enfrentarte a los hielos. Competirás en la regata…

Una nueva ovación lo interrumpió, pero Tambre recompuso el gesto con rapidez y continuó con el ritual sacudiendo su nariz picuda.

—¿Quién será tu timonel? —preguntó sin más preámbulos.

Apenas capaz de respirar, Ze procuraba mantenerse en pie sin desfallecer. Y antes de responder miró de un lado a otro, buscando a Niobel.

No estaba.

Pudo ver al montaraz que se había presentado en la taberna. Pero su amigo no aparecía por ningún sitio.

El silencio del remero hizo que el nordés alzase el rostro, en su expresión se percibía la esperanza. Vio a Ze mirar a todos lados sin encontrar a quien buscaba. Y Xallas pensó que aún podía salirse con la suya.

En tanto, sin darse cuenta, la audiencia empezó a dar pasos hacia atrás, apretándose contra las paredes. Nadie quería ser el timonel.

—¿Quién te acompañará al norte? —insistió el bispo con impaciencia.

Todo sueño y esperanza de Ze pasaron por su mente en un parpadeo, y no pudo creerse que cuanto había logrado estuviera a punto de irse al traste.

En el rostro del nordés se abrió una sonrisa felina.

Era la ley, el bispo solo preguntaría una vez más. La tercera. Y si no había respuesta, todo habría sido en balde.

Quizá fuera injusto haber llegado tan lejos para fracasar ahora. Pero Ze no podía hacer más que apretar los dientes y apelar a su ingenio. El problema era que no se le ocurría cómo salir de aquel atolladero.

Algo le había pasado al tabernero, Niobel nunca le hubiera fallado. Era su amigo, leal más allá de toda duda. Y, sin embargo, no había llegado a tiempo.

—¿Quién será tu timonel?

Era la tercera. Tenía que hacer algo. Lo que fuese. Entonces, antes de que Ze abriese la boca para hablar sin saber qué decir, el montaraz avanzó hacia el estrado.

—Yo seré su timonel.

Fue poco más que un susurro. Pero, uno a uno, todos los presentes se volvieron hacia el forastero y un murmullo de preguntas sin respuesta corrió de un extremo a otro de la sala.

El bispo, intentando mantener un porte regio, ocultó su sorpresa lo mejor que pudo. Le bastó una sola mirada de soslayo al nordés para recomponerse y se dirigió a Ze.

—¿Es cierto?

Hubo un instante de duda que todos los presentes percibieron con intriga.

—Sí —respondió el remero sin saber qué otra cosa hacer.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó el elegido de los sacerdotes con palpable disgusto.

Ze no sabía qué contestar. Permaneció en silencio, ideando una respuesta tras otra, pero sin decidirse por ninguna. El aire en el Gran Salón reverberara con la expectación.

Entre todos los presentes solo una silueta se movió. El montaraz, envuelto en las largas prendas con las que combatían el frío los suyos, dio un paso al frente.

Desde el estrado, sobre su nariz ganchuda, el bispo observaba la novedad como un buitre a punto de abalanzarse sobre carroña.

—¿Cuál es su nombre?

Todos los ojos estaban puestos en el montaraz, que siguió avanzando hasta situarse junto a Ze. Y entonces, sin previo aviso, retiró la capucha con un gesto fluido y su rostro quedó expuesto.

En aquel día lleno de inconcebibles sorpresas todavía hubo una más.

Era una mujer.

—Mi nombre es Aldair —dijo la forastera sin titubeos.

Bajo las telas recias de los montaraces no se había podido intuir su silueta. Sus ropas habían escondido los rasgos. Sin embargo, era una mujer. Alta, casi como el remero. Y voluptuosa, tanto como para llenar sus prendas y pasar por hombre. Tenía un rostro agraciado, de líneas finas que se estrechaban hacia un mentón delicado. Su boca, de labios llenos, estaba tallada con determinación. Y sus ojos, del azul claro de las mañanas de verano, brillaban con fuerza. Llevaba la larga melena castaña recogida con un cordel y su pelo, brillante en la luz que cubría la estancia, caía como agua en el regazo de la capucha. No podía tener más de veinte inviernos.

El estupor fue tal que el tiempo pareció detenerse. Nadie se había imaginado que Ze tuviera el arrojo de presentarse para contradecir al nordés. Y no habían esperado que la antigua ordalía de los remeros se volviera a presenciar. Pero ahora todo aquello parecía insignificante. Jamás en toda la historia de las regatas había participado una mujer.

Indeciso por primera vez en años, el orgulloso bispo no supo qué decir. Miró hacia el nordés y titubeó. Tan evidente era su desconcierto que ofuscó a su señor.

—¡Una mujer no puede correr en la regata! —rugió Xallas.

Ante la inacción del sacerdote, creyendo de repente que le brindaban la excusa para desbaratar los planes de su enemigo, se había levantado.

—¡Nunca ha habido una mujer timonel! ¡Ella no correrá!

Su expresión era tan vehemente como su voz. El nordés había tomado una decisión y parecía inapelable.

—¡Y Ze tampoco! No puede participar sin timonel…

Muchos se desilusionaron, pero era cierto. Ni uno solo de los nombres grabados en el Acantilado Rojo era de mujer. La regata era cosa de hombres: locos, ambiciosos, desesperados, valientes o estúpidos. Pero hombres.

Durante apenas un instante, Ze había olvidado que no sabía nada de Niobel y había albergado esperanzas. Sin embargo, los barboteos del nordés las estaban destruyendo.

Tambre y todos los hombres espejo asentían llenos de convicción, dándole la razón a su señor.

—¡Señaladme el lugar! —gritó de pronto la montaraz.

Xallas calló. Algo en aquella voz lo retuvo. Y lo que no llegó a saber fue que, como a él mismo, al remero también le trepó un escalofrío por la espalda. Un eco lejano.

—¿Dónde está escrito? —preguntó la joven sin dirigirse a nadie en particular, con el mentón gacho y las mejillas arreboladas, intimidada por su propia osadía—. ¿Cuál de los párrafos de la ley reza que una mujer no puede competir en la regata? —cuestionó abarcando con ambas manos las paredes del Gran Salón—. ¿Cuál?

El nordés estaba a punto de rebatir aquellas palabras, pero desde el fondo de la multitud una voz anónima se atrevió a decir lo que muchos pensaban.

—¡Es cierto!

Uno de los hombres espejo, el que había ejercido de maestro de ceremonias hasta ser relevado por el bispo, se asustó tanto que, al echarse instintivamente hacia atrás, a punto estuvo de caer.

—¡Vivimos acorde a la ley! ¡Y la ley está escrita! —insistió la joven Aldair volviendo a gesticular hacia las paredes del Gran Salón—. Y sin la ley volverán los tiempos oscuros. Regresarán el hambre y la peste —aseguró señalando al hombre espejo que intentaba volver a sentarse—. En Dhumbria vivimos acorde a la ley, y para ser timonel solo hace falta cumplir dos condiciones: estar dispuesto a ir al norte y ser elegido por el remero. Yo estoy dispuesta y…

Miró entonces hacia Ze esperando que el marino comprendiese. Y Ze tuvo que sacudirse la perplejidad antes de entender el gesto.

—Guiado por los espíritus del hielo he elegido a mi timonel —acudió cómplice el remero—. Será Aldair…

Y guardó silencio. No conocía el linaje de la joven. Pero importó poco que no terminase la fórmula tradicional.

De nuevo surgió la ovación en la multitud, emocionada por la esperanza de que, tras años de tiranía, hubiese alguien capaz de luchar por hacerse con el gobierno de Dhumbria.

Los ánimos se habían desbordado. Demasiado tiempo contenidos por el miedo, eran ahora como una crecida arrasando los campos. La muchedumbre rugía extasiada y coreaba los nombres del remero y la timonel.

Los segadores retrocedieron, impresionados por el clamor de las gentes. Y la marabunta aprovechó la ocasión. Nunca se hubieran atrevido a algo así. El nordés no lo hubiera consentido. Pero los acontecimientos habían desatado sus ansias.

Unos cuantos marineros se acercaron hasta Ze y lo alzaron a hombros. Un grupo de sus mujeres hizo lo mismo con la joven montaraz.

El nordés pensaba tan rápido como podía, buscando objeciones. La multitud bramaba. Los segadores, amedrentados, se contenían. Los hombres espejo bisbiseaban sin encontrar la excusa que sirviese para rebatir las razones de la montaraz. Y el bispo, por el bien de su señor, comprendió que lo único que podían hacer era guardar una vez más las apariencias. O terminarían enfrentándose a una rebelión.

—Gracias al nordés Xallas —intentó hacerse oír por encima del barullo—, se ha cumplido la tradición, ¡se ha cumplido la ley! Aquel que lo desea puede aspirar al escaño de Dhumbria. ¡Se correrá la regata! La primera luna después de la primera nieve, ¡esa es la ley!, ¡entonces partirán los remeros!

Aullaba a todo pulmón. Pero nadie lo escuchaba, ya se dirigían al exterior. Llevaban a hombros al remero y a su timonel. Coreaban sus nombres.

La turbamulta, exaltada, canturreando consignas, ya cruzaba los puentes bajo la Torre del Reloj. Y nadie prestó atención a los dos hombres taciturnos que se escondían en las sombras resecas de los Jardines de la Reina, desde donde observaban el improvisado espectáculo.

Uno de ellos era el resultado de un tocón de palo de fierro tallado durante largos años por las mareas, parecía hecho de sal y tormentas; un viejo lobo de mar con el rostro cuajado de tatuajes, cicatrices y arrugas. Su pelo raleaba a no ser por las abundantes patillas y parecía meditabundo mientras se atusaba los largos bigotes canos con aire indeciso. El otro, espigado y revenido, tenía el aspecto anguloso de un andamio coronado por un cepillo de pelo recio y oscuro; una sonrisa exultante le cruzaba el rostro y se veía tan brusca que recordaba a una grieta.

—Te lo dije. Te dije que se presentaría —comentó el más alto con satisfacción.

Y el que era, sin duda, uno de los pocos patrones que se aventuraban en el norte para acechar cangrejos, se limitó a asentir, casi a regañadientes.

—Es nuestra oportunidad, mira a la gente. Ese malnacido de Xallas ni siquiera se ha atrevido a soltar a sus perros de presa —dijo entonces el otro, echando el mentón hacia delante para señalar a un segador que miraba anonadado cómo el tropel pasaba ya por la explanada entre las galerías de tatuadores.

—Nunca he dudado del remero —repuso el viejo patrón defendiéndose—. Pero sigue sin gustarme, hay demasiados cabos sueltos.

—Pues no habrá otra oportunidad mejor. Debemos seguir adelante. En cuanto empiece la regata y Xallas se pierda en el horizonte, ¡ese será el momento!

El patrón se tomó su tiempo cavilando.

—Está bien, supongo que tienes razón —admitió con el tono de no llevarlas todas consigo—. Ha llegado la hora. Hay que preparar las armas y reunir cuanto podamos y a cuantos podamos.

Los ánimos se desinflaron, casi tan rápido como se habían desbordado. Las gentes de Dhumbria se encontraron de pronto bajo la luz de la mañana, entre los canales de la capital, junto a las sombras que se escurrían de los viejos edificios dejados por los reyes, inmersos en la decadencia de la ciudad; y se dieron cuenta de que la efervescente sensación de libertad que los había embargado era falsa. Hoy también, como cada día en los últimos treinta años, seguían amenazados por el nordés y los largos tentáculos de su tiranía.

Una vez fuera de los terrenos del castro, ya antes de llegar al Paseo de los Arimios, apenas quedaban unos cuantos. Rodeaban al remero y a la montaraz en un corro difuso. Entre dichas de buenaventura y sonrisas cohibidas, palmeaban los hombros de Ze o miraban con curiosidad a la joven. Pero las palabras de ánimo se acabaron pronto. La regata no sería hasta el invierno. Y sabían que ese era tiempo más que suficiente para que el nordés ajustase cuentas con quienes apoyasen la rebeldía del remero.

—¡Que todos los dioses estén contigo! —le dijo con aparente sinceridad un pescador de barnaolas con el que Ze se había topado alguna vez en la taberna de Niobel—, ¡suerte!

El remero estrechó la mano que le tendían y vio alejarse a aquel hombre. Cada par de pasos miraba a un lado y a otro buscando segadores que pudieran delatarle.

Se quedaron solos. A lo lejos chilló una gaviota. Y, en el silencio que siguió, él escrutó a la montaraz.

—¿Sabes en lo que te has metido? —le preguntó con seriedad.

Aldair cruzó los brazos delante del pecho y alzó el mentón con aire disgustado.

—¿No irás a decirme tú también que una mujer no puede competir en la regata? —repuso airada.

—No. No voy a hacerlo —negó Ze, impertérrito ante la pulla.

No lo dijo, tenía muy presente que le debía la vida a una mujer, a una que hubiera hecho empequeñecer a marineros bragados. Y aquella joven también había demostrado tener coraje.

—Está bien —concedió sin más el remero—, entonces; gracias —añadió solemne.

La montaraz asintió satisfecha. Miró en los ojos profundos del remero y, relajando el semblante, se apresuró a hablar:

—Es una larga historia. No me creerás —dijo con aire enigmático—, pero llevaba tiempo buscándote. He venido de muy lejos para ayudarte, obligada por un juramento —su tono era cercano y su expresión amable, como si el deber que había adquirido no le pesase—. Supongo que tendrás muchas preguntas —aventuró ella—, pero debes confiar en que…

Ante el gesto que hizo el remero, Aldair calló.

—No es el momento, ya habrá ocasión. Tenemos que dar con Niobel —reconoció, preocupado por la ausencia del tabernero—. Ahora tenemos prisa —concluyó Ze con un suspiro.

Y echó a andar hacia el sur.

Aldair, desconcertada, tardó en reaccionar. Finalmente, sacudiendo la cabeza, sonrió afable y se dispuso a seguir al remero.

Pasaron entre los cepos resecos de los arimios que habían dado nombre a la gran travesía. Descendieron desde la parte alta de la capital, y al poco se encontraron entre las modestas casas de los pescadores, en la barriada del puerto. Allí dejaron a la derecha la puerta de la muralla que se abría a las dársenas, un marco pintado por mástiles de velas arriadas, nasas apiladas y estachas enrolladas.

Tras ellos quedó la mole del Acantilado Rojo cuando franquearon la muralla por el sur, por la que llamaban Puerta de los Traidores; allí se abría a una plaza enorme donde, según los hombres espejo, se habían construido cadalsos en los que ahorcar a renegados y conjuros.

Abandonaron la capital por el Camino Viejo, el mismo que usaban los sureños para entrar sus cosechas a la capital, traídas cada Navir para venderlas en el mercado que se instalaba todas las semanas en la jornada que debía su nombre a la diosa Navia.

A su izquierda, las montañas; a su derecha, las playas, vacías ese día de mariscadoras que rastrillasen los arenales con pesados angazos. Más allá, el mar, calmo como una balsa de aceite, salpicado por docenas de bateas.

Los acantilados y la ciudad iban quedando lejos, hacia el norte, y el bosque junto al camino se espesaba. Los tojos crecían al borde mismo de los adoquines. Los viejos carvallos entrelazaban sus ramas. Había fresnos también. Incluso castaños, llenos de verdes erizos que prometían un otoño de magostos. Y, de tanto en tanto, despuntaba el tronco recto de algún palo de fierro, con sus hojas aceradas y su corteza oscura.

Entrada la tarde, llegaron al final del Camino Viejo; más allá, la senda se dividía en ramales de tierra pisada que se desperdigaban por las tierras de cultivo sureñas.

Allí, señalando el lugar, la humedad de Dhumbria atesoraba musgos sobre las piedras de un humilladero. Era un hito sagrado, parada de los cortejos fúnebres que se dirigían al cementerio del acantilado. Y, desde que los recién nacidos debían ser bautizados con el agua de Rinlo, también era el lugar donde las madres desesperadas enterraban a los bebes que no habían llegado con vida a la capital para la ceremonia.

Treinta años antes, la ley había cambiado. Las órdenes del bispo rezaban que nadie recibía sepultura en el cementerio si antes no había sido bendecido con el agua santa del manantial bajo el templo. A los hombres les dio igual, su tumba era el mar. Pero a las madres les dolió en el fondo del alma, porque las familias humildes no siempre tenían modo de pagar el diezmo que exigían los sacerdotes de Rinlo. Y el humilladero se había convertido en su único recurso.

Allí descansaban para siempre los pequeños que se habían ido demasiado pronto. Por eso había piedras con inscripciones bastas que guardasen su memoria. Y por eso se decía que, en las noches claras, al pie del humilladero, se escuchaban llantos infantiles.

Pasaron de largo y, cuando Aldair se sacudía los escalofríos del lugar, el remero señaló vagamente con el brazo hacia las Montañas Azules.

Espantaron unas cuantas lagartijas que corrieron entre raíces de mimbreras y comenzaron el ascenso. Se adentraban en los pedregosos bosques de Rexos, donde se decía que aún quedaban brujas.

A medida que la luz se hacía noche, treparon por veredas cada vez más estrechas. Fue entonces cuando, llegados a un pequeño claro, Ze habló.

—No sé si Niobel habrá llegado. Habíamos quedado en encontrarnos aquí si las cosas se torcían… Pero, antes, debemos presentarte. Ella estará haciendo guardia —le dijo en tono severo, inmediatamente antes de soltar un largo silbido.

A lo lejos ululó un autillo que llamaba a su pareja para alimentar a los polluelos. El verde que los rodeaba se apagaba. Con la noche acercándose era fácil imaginar por qué las brujas repudiadas habían elegido aquel preciso lugar para su exilio.

—¿Ella?, ¿cómo que ella? ¿Quién es ella?

Desconcertada, disgustada incluso, Aldair estaba a punto de volver a preguntar sobre aquella misteriosa mujer, cuando advirtió algo.

—Deja que te huela —añadió Ze sin dar más explicaciones.

—¿Cómo…?

Algo se movió en el bosque y, antes de poder identificarlo, la montaraz descubrió dos resplandores gemelos.

Una bestia se acercaba.

—Pero ¿qué…?

—Chist, ¡silencio! —recalcó Ze—. No le gustan los extraños.

Las zarzas se abrieron con un susurro, pero Aldair tuvo el cuajo de quedarse donde estaba.

El rey Breo, allá en los tiempos oscuros, había domesticado una de aquellas fieras para cargar junto a él en batalla, esa era una de las historias de los hombres espejo. Y de un extremo a otro de Dhumbria, todos temían a aquellas criaturas de la noche.

Aldair solo había visto bestias semejantes en los tapices que colgaban en el castro. Pero la reconoció al instante. Una imponente hembra de tuso caminaba hacia ellos.

Con algo de zorro, un poco de oso y mucho de lobo. Apoyaba sus zarpas con los aires elegantes de un gato montés. Tenía las patas largas y estilizadas, ancladas con gruesos tendones. De la cabeza, alzada, sobresalía un hocico poderoso. Y la pelambre, espesa, hecha para el frío, pincelaba mechones que hacían despuntar las orejas y que salían de entre sus garras.

Injustamente, el lustroso pelaje de los tusos los había condenado, quedaban solo unos pocos en las Montañas Azules. Esparcidos en manadas raquíticas que daban cuenta de los venados y los terneros de toros salvajes. Sus pieles, que iban desde el negro más profundo hasta los tonos de la pizarra húmeda, habían sido durante generaciones capricho de los poderosos. Sin embargo, en las crines de esta no había asomo de gris, tal y como contaba la leyenda del rey Breo. Era completamente blanca.

—Hola, pequeña —le dijo la joven a la fiera sin rastro de miedo en la voz.

—No suele mostrarse amigable con extraños…

Y, tras un momento de duda, confundido por la serenidad de la montaraz, añadió algo:

—Se llama Inaz.

Con el ocaso a su espalda, Aldair podía ver en la puesta de sol el brillo del Lucero del Oeste, la primera estrella en las noches claras de verano durante la penumbra del crepúsculo. Los viejos que aún conocían palabras de la lengua muerta la seguían llamando Inaz. Tras asentir, Aldair dio un par de pasos acercándose.

—Hola, me alegro de conocerte —le habló con dulzura.

El animal, que la miraba, pasó junto a Ze. Le rozó las piernas con el lomo arqueado y, pese a la corpulencia del remero, este tuvo que echar un pie atrás para que el arrumaco no lo tirase al suelo. Pesaba al menos cinco piedras.

No le dijo nada a la bestia, pero le acarició el cogote con cariño, y el animal reaccionó apretándose contra los dedos encallecidos.

—La he criado desde cachorra —confesó con un dejo de orgullo.

—Pues parece que has hecho un buen trabajo —repuso la montaraz—. Eres una chica preciosa —le dijo al animal admirando los penetrantes ojos plateados.

Inaz recibió el cumplido contenta e, inexplicablemente, se echó a los pies de Aldair con aires amigables.

—Creo que nos llevaremos bien —declaró la joven rascándole la tripa a la bestia—, muy bien.

Perplejo, Ze renegó antes de hablar:

—Busquemos a Niobel —acotó conciso sin dejar de sacudir la barbilla.

Avanzaron los tres como si fueran a meterse en una escarpadura que se podía ver por encima de las copas de los árboles y, al poco, oyeron un largo rebuzno.

—Parece que sí, que lo ha conseguido —aventuró Aldair con una sonrisa maliciosa a la que el remero no respondió.

Algo más allá, tras las ramas de un joven abedul que tuvieron que apartar, pudieron ver la entrada de una covacha junto a la que un borrico, atado por los arreos a una piedra, miraba con ojos desorbitados hacia la bestia del remero.

Susurrándole palabras conciliadoras al asno, Ze se acercó.

Escucharon un ruido hacia el que Inaz miró con interés y, en la boca de la cueva, apareció Niobel.

El tabernero, maltrecho, traía un brazo atado en un precario cabestrillo. En su rostro hinchado se secaba la sangre de varias heridas. Apenas pudo dar un paso antes de derrumbarse.

iii

El rastro de los condenados

Tambre apretó los dientes, afinó sus labios de alambre y encerró bajo el paladar la acidez que le subía por las tripas. Después de revolverle el estómago, su enfermedad le trepaba por la garganta clavando uñas afiladas. Y sus nervios, a flor de piel, no ayudaban.

La hermandad, su hermandad, se había aupado al poder gracias a Xallas. Había sido él quien, una vez convertido en nordés, había dado la espalda a los frailes de Caldas para volverse hacia los hermanos de la Orden de Rinlo. Y, en los treinta años pasados, los viejos monasterios habían caído en el olvido arrastrando consigo la fe. Los fondos, los diezmos y los antiguos impuestos se seguían recaudando, pero ahora eran la Casa del Nordés y el Templo de Rinlo quienes los gastaban. Ya no había beneficencia, ya no se acogía a repudiados en el Santuario Blanco. Con hebras de corrupción se habían construido un nido confortable. Y Tambre, casi tanto como el mismo Xallas, temía que todo terminase si el loco de Ze ganaba la regata.

—Voy a arrancarle las uñas con tenazas al rojo vivo. A descuartizarlo…

Con pasos rápidos, yendo de un lado a otro en sus fastuosos aposentos, el nordés Xallas rumiaba su odio. Escupía insultos. Soltaba patadas que astillaban sus vistosos muebles. Maldecía todos y cada uno de los días que el remero había vivido. Incluso conjuraba los salmos de la lengua muerta para verter males de ojo. Mientras, lidiando con sus ardores, el bispo esperaba. Más que a ninguna de las leyendas oscuras, Tambre temía la ira de su señor.

—Clavaré su pellejo en las puertas del Gran Salón. Su carne será pasto de moscas y gusanos.

Había terciopelos tejidos en los extintos talleres de Vival, preciosas alfombras llegadas a Dhum entre los enseres de los primeros segadores, muebles taraceados por los ebanistas de Furelos. Eran las habitaciones del nordés y Xallas, como muchos otros antes que él, jamás había escatimado.

Al norte, aneja al Gran Salón, generaciones de nordestinos habían transformado aquella ala del Castro de Dhum, que dejó de

ser la Morada del Rey y pasó a convertirse en la Casa del Nordés. Con un patio interior en el que había fuentes talladas en piedra y setos de brezo, dos tramos de soportales sostenían los aposentos para el nordés y los suyos. Y en el extremo occidental, mirando al mar, junto a la Torre del Reloj, estaban los despachos de Xallas.

—Le haré beber plomo hirviendo…

Al fondo, vacía a no ser por una capa de ceniza, abría su hogar una chimenea. Enmarcada con sierpes que luchaban contra quimeras salidas de los abismos del océano. Y, entre los dos hombres, una enorme mesa hecha con tablones ahumados de castaño demostraba la artesanía de los antiguos carpinteros de Dhum; una de sus patas, vendida al mejor postor, hubiera servido para llevar comida a los platos de una familia durante años.

—Le rajaré el vientre, le ataré las tripas a un poste y lo obligaré a correr…

La pared oeste se abría en un ventanal que aún conservaba sus vidrios, en la más oriental colgaba un gigantesco tapiz que había sido confeccionado para celebrar la victoria del nordés en la última regata. Con colores vivos, un rejuvenecido Xallas, favorecido por el miedo de los tejedores, alzaba las manos al cielo, y sus músculos relumbraban con pequeñas puntadas de hilo blanco. Estaba a los pies del Acantilado Rojo y, junto a él, colgado en la borda, aparecía el cadáver de su timonel. Toda una multitud lo miraba. Desde las dársenas del puerto, desde el adarve de la muralla, todos retratados con expresiones embelesadas.

—Esto no quedará así —dijo al fin sin aliento, derrumbándose en el gran sillón que había tras su mesa—. ¿Me oyes? No quedará así…

El bispo entrecerró los ojos. Su señor lo había hecho llamar y Tambre sabía que de nada le servirían las excusas. Si el nordés decidía culparle de que Ze se hubiera presentado, entonces su vida acabaría antes de que cayera la noche.

Sin resuello, el nordés miraba hacia el mar que podía verse más allá de las ventanas. El sol se agazapaba sobre las olas y aquel aciago día llegaba a su fin.

—Quiero que convoques a las ánimas.

Tambre dio un respingo, en parte por la sorpresa de no haber oído su sentencia de muerte y, en parte, porque hacía mucho mucho tiempo que nadie mentaba a los espectros negros.

—¡Esa es la solución! —exclamó el nordés levantándose para hurgar en un armario y servirse una generosa ración de orujo de sarmientos en una copa de plata—. ¡Esa es!

Calló por un momento.

—Si envío a los segadores a buscarlo…

Cavilaba en voz alta. Aprovechó para echarse un largo trago al coleto.

—… Si hago que lo maten estaré sembrando las semillas de una revuelta. ¿Has visto cómo lo jaleaban hoy en la audiencia? ¿Lo has visto? No, no puedo alimentar esa devoción que sienten por él. Si les doy un mártir, yo me convertiré en su demonio. No —repitió convencido—. Ese no es el camino.

Aliviado, el bispo se apresuró a agitar el pico que tenía por nariz para darle la razón.

—No les regalaré un mártir… Convocarás a las ánimas —se reafirmó el nordés—. Los descarnados se encargarán de él. Desaparecerá. Y cuando no se presente a la regata todos verán la verdad. A los ojos del pueblo se convertirá, al fin, en lo que siempre ha sido: un cobarde.

Pactar con los espectros de los penitentes que no habían cruzado el río del olvido era arriesgado. Los fantasmas negros podían volverse en contra de aquel que los llamaba. No les gustaba que perturbasen su existencia, preferían seguir vagando sin rumbo por los bosques cuando caía la noche, buscando viajeros despistados a los que atormentar. Sin embargo, Tambre estaba dispuesto. Haría lo que fuera con tal de librarse de la ira del nordés.

—Así se hará —aseguró el bispo.

E iba a marcharse cuando le pareció ver que algo se movía bajo la alfombra. Incluso estuvo a punto de advertir a su señor, pero se lo pensó mejor, no era el momento de anunciarle al nordés que se había colado un ratón en sus aposentos. Así que se dio la vuelta arropado por los aleteos de su capa negra y abandonó la estancia.

Tras él quedó Xallas, que seguía mirando fijamente el horizonte en tanto echaba tragos a su orujo. Vio aparecer el Lucero del Oeste sobre las líneas oscuras que revoloteaban en el encuentro del océano y el cielo.

—Morirá —dijo en un susurro.

La sonrisa macabra que mudó sus labios destilaba determinación. Estaba acostumbrado a salirse con la suya. Siempre había sido así. Nadie le había hecho flaquear, solo Adhara. Y lo poco de ella que aún vivía desaparecería pronto. En cuanto volviese a ganar la regata, entonces se aprovecharía de la ley para extirpar cualquier recuerdo de ella. Y haría lo mismo con Ze.

—Morirá —repitió—. Y también borraré todo rastro de su vida. ¡Todo! —gritó descargando un puñetazo en la mesa—. Nadie recordará a ese bastardo. Ni a ella —su sonrisa se ensanchó para dejar ver sus dientes—. No quedarán ni las cenizas.

De pronto se sintió reconfortado. Seguro.

—Será como si esos dos malnacidos no hubieran existido jamás.

—Dile a ese bicho que no vuelva a lamerme, tiene la lengua más áspera que el pellejo reseco de un marrajo. Creo que no volverá a crecerme la barba —bromeó Niobel mirando con suspicacia a Inaz.

La bestia, que parecía comprender cada palabra que escuchaba, resopló con desdén y se apartó con aires ofendidos. Fue a tumbarse en el rincón opuesto de la cueva, lejos del maltrecho tabernero y sus quejas.

Ante la escena, Aldair sonrió. Estaba fascinada por la docilidad del animal.

—Será mejor que me encargue yo de esas heridas —propuso sin decidir si se lo decía al hombre o al animal—. Por cierto, me llamo Aldair.

En tanto, Ze se afanaba con asuntos más domésticos. Usaba eslabón y pedernal para prender yesca y encender una hoguera con la que calentar la estancia.

La noche empezaba a cerrarse y, allí dentro, en las tripas de la montaña, tanto la humedad como el frío se dejaban notar. Además, ellos no tenían otra luz que la de una antorcha improvisada. Así que, mientras el remero trabajaba bastándose él solo, Aldair se hizo cargo de las magulladuras, raspones y golpes del tabernero.

Se sirvió agua de los odres que había cargado el borrico, echó mano de unos cuantos chorretones de orujo y utilizó jirones de algunos trapos. Pero a Niobel la curiosidad le urgía más que ponerle remiendos a la golpiza que había recibido. Apenas hacía unos instantes que había recobrado la consciencia y, sin embargo, ya tenía preguntas que esperaban respuesta.

—Y tú, ¿quién diantres eres?

—Soy Aldair —repitió ella—. La hija de Milian…

De soslayo, el tabernero percibió la agitación de su amigo, que a punto estuvo de derrumbar el nido de ramas que construía sobre las primeras llamas; ambos conocían el nombre.

—¿Milian de Teo?, ¿la que fue camarera de la Casa del Nordés? —preguntó Niobel para asegurarse de que hablaban de la misma

persona.

—Sí, ella —afirmó sin alzar la vista del vendaje que ingeniaba—. La que sirvió a Adhara durante los años en que ella… La que intentó…

—Ya, ya… Tú eres la hija de aquel pobre muchacho… Del sastre.

Aquella era otra más de las historias que demostraban la calaña del nordés. Y, como casi todas, tenía su ración de pena y dolor.

—Sí, así es. Aldro es mi padre —reconoció ella con tristeza.

Parecía que le costase encontrar las palabras. Pero como bien sabía el tabernero, las dudas de la joven eran comprensibles.

—Bueno, supongo que ya conoces esa parte. Así que cuando el bando del nordés anunció…

—Entiendo —atajó Niobel—. Te sentiste obligada por la memoria de tu madre, ¿no? Imaginaste que este descerebrado intentaría algo y creíste que se lo debías… Si va a resultar que soy adivino de verdad —añadió con ironía mirando a Ze.

—Mi madre siempre decía que Adhara había hecho todo lo posible por ella —admitió la montaraz—. Y fue también Adhara la que intercedió por mi padre. De no ser por lo que ella hizo, mi padre hubiera sido ejecutado…

Hubo un silencio incómodo. Y el remero aprovechó la pausa para acercarse hasta Inaz y ofrecerle unas caricias. Luego libró de los arreos al borrico, que, sin dejar de mirar de tanto en tanto a la hembra de tuso, expresaba su disgusto por semejante compañía resoplando con fuerza a cada poco. Aunque la conocía desde los días en que Ze la había alimentado con trapos empapados en leche, el asno seguía sin fiarse.

—Después del destierro —intentó explicarse Aldair—, fueron…

Su malestar le trastocaba la voz. Y Ze decidió que no había motivo para hacer pasar a la muchacha por el trance de revolver su pasado. Todo Dhumbria sabía de cómo el nordés había truncado las esperanzas de una familia.

—Ella se presentó en la audiencia —interrumpió el remero, haciendo un gesto hacia la montaraz y usando un tono apremiante que ocultaba sus buenas intenciones—. Ella hizo el juramento. Y ella será mi timonel.

El comentario surtió efecto. Niobel dio un respingo e intentó levantarse, pero solo consiguió desgranar una retahíla de muecas de dolor. El tabernero se olvidó enseguida de la historia de Aldair.

—Pero ¿qué diablos?, ¿qué estás diciendo? —balbució entre quejidos—. Yo pensé que habías venido hasta aquí para que huyéramos. Estaba convencido de que no habías llegado a tiempo, de que te habían impedido… ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

Ze, contento de haber librado a la joven del mal trago, abrió una de las alforjas. Hurgó en su interior con parsimonia y, finalmente, encontró lo que buscaba. Envueltas en lienzos limpios, había unas cuantas raciones de pulpo secado al sol. Cogió para él mismo y luego repartió el resto.

—No hay mucho que contar —declaró con su habitual parquedad—, yo seré el remero y ella la timonel. La regata comenzará en la primera luna después de las primeras nieves —concluyó con retintín—. Es la ley.

Atraída por el olor de la comida, Inaz se había acercado hasta dejarse caer pesadamente junto a Ze, sentado frente a la hoguera. Y, mientras esperaba que compartiesen con ella la cena, sus ojos brillaban a la luz temblorosa de las llamas. El remero no tardó en tenderle uno de los trozos. La fiera lo tragó sin masticar y, con aire lastimero, apoyó su cabezota en el muslo de su amo, mirándolo con devoción.

—¿Y el nordés? No lo entiendo, ¿cómo ha sido?

Para el remero el asunto parecía carecer de importancia. Sin embargo, Aldair había visto la reacción de las gentes en la audiencia y había sentido la rabia del nordés.

Fue ella la que hizo un relato de lo sucedido. Sin escatimar su admiración por la proezas del remero.

—Eso no importa, ya está hecho —rebatió Ze rascándole el cogote a la bestia, incómodo por los halagos de Aldair—. ¿Qué pasó con los segadores? ¿Los mataste? ¿Somos fugitivos?

Niobel miraba al remero y a la montaraz alternativamente. En su rostro tumefacto se adivinaba el desconcierto. Aunque logró reponerse para contestar.

—No, no lo creo. Uno de ellos se despertó después de que los tirásemos al canal —aclaró señalando con el mentón hacia

Aldair—. No sé cómo lo hizo. Supongo que ese condenado brebaje lleva demasiado tiempo en las estanterías de la taberna, a lo mejor ya no es tan fuerte como debiera. No sé.

»En fin. Ella se había marchado a toda prisa; supongo que para llegar a la audiencia y liar este enredo —apuntilló cínico—. Y yo tuve que pelear con ese malnacido. De no haber sido por el matabueyes, créeme, no lo habría conseguido, ¡ya no soy un muchacho!

Mascó un poco del pulpo antes de proseguir.

—Comprendí enseguida que se avecinaban más problemas —continuó—. Si los encontraban durmiendo la mona, tal y como habíamos hablado —dijo mirando con intención al remero—, lo más probable es que todo quedase en que unos jovenzuelos no habían sabido comportarse. Pero después de romperles las narices… ¡Todo se había ido al traste! Y estaba convencido de que tú no lo habrías conseguido —afirmó sin querer reconocer que siempre había albergado la esperanza de que Ze no se saliera con la suya—. Solo se me ocurrió una cosa. Preparé el carro, le eché las bridas al borrico, agarré lo que pude para huir, embutí las alforjas y me los llevé hasta el malecón. Los dejé caer en la furnia… Y vine como pude.

Podía ser cierta la leyenda que hablaba de un congrio de dimensiones tan enormes que devoraba a cualquiera que cayese en sus dominios, o bien podía ser que las mareas succionaran todo lo que era arrojado por aquella gruta entre las rocas del puerto. Sin embargo, tanto si el mito era verdad como si solamente se trataba de un fenómeno natural, lo que acababa en la furnia del malecón jamás volvía a aparecer.

El remero digirió la información y meditó unos instantes mientras seguía ofreciéndole arrumacos a Inaz, que había empezado a ronronear complacida.

—Bien —dijo al fin—. Entonces no creo que debamos preocuparnos.

—Pero cómo no vamos a tener que preocuparnos —aulló el tabernero haciendo aspavientos con su única mano—, alguien pudo verme mientras me deshacía de los segadores. El nordés siempre ha

pagado bien a los delatores. Y aunque salgamos bien parados de algo así, ¿qué más da? Todo se ha ido al garete.

Ninguno de sus dos compañeros abrió la boca.

—Habéis perdido el juicio —dijo entonces el tabernero—. ¿Acaso crees que ese bastardo de Xallas se va a quedar de manos cruzadas? No solo te has presentado en la audiencia, sino que también has conseguido que toda Dhumbria jalee tu nombre. Como si pretendieses liderar una rebelión. ¡Y delante de sus narices! Te lo hará pagar…

Por toda respuesta, el remero se encogió de hombros.

—¡Te matará! ¡Nos matará a todos!

Ze lo miró fijamente.

—Me importa un carajo si hay una revuelta o no. Y no me va un bledo si el castro arde hasta convertirse en cenizas —declaró con voz gélida—. Haré lo que tenga que hacer, incluso morir en el intento —en su expresión había amargura—. Todos estaban en la audiencia. No creo que te viesen con los segadores… Nos esconderemos hasta la regata. Y una vez zarpemos… Una vez zarpemos la suerte estará echada.

El tabernero titubeó. Si seguían con vida para entonces podía ser que el nordés no se atreviese a acabar con ellos en plena competición. En medio de tanta expectación, los ánimos de las gentes podían terminar en revolución con la excusa adecuada. Era algo que llevaba gestándose años, y Aldair debía saberlo bien. Había sido la rebeldía de su padre la que había roto su familia.

Niobel no las tenía todas consigo, pero quizá su amigo llevara razón en eso. Aun así, sus problemas iban mucho más allá. Había flecos sueltos.

—Y aunque fuera cierto. Aunque consiguiéramos aguantar con vida hasta la regata, ¿piensas disputarla? —preguntó agitado—. Esta de aquí no ha manejado un timón en su vida. Y tampoco las velas. ¿Me equivoco? ¡Mira sus manos! Suaves como el culo de un bebé. ¿Vas a poner tu vida en ellas? Estás chiflado. Los dos estáis chiflados —añadió señalándolos a ambos—. Si el nordés no nos despelleja antes, moriréis en el norte. No sobreviviréis. Y a mí me colgarán en la Puerta de los Traidores. Seré comida para cuervos…

El tabernero, dolorido, calló. Respiraba entrecortadamente. Y miraba hacia la joven montaraz esperando de ella un atisbo de razón. Pero Aldair guardaba silencio.

—No podemos quedarnos cerca de la ciudad —dijo Ze desoyendo las protestas—. Tenemos que cambiar nuestros planes. Descansad un poco. Al alba, partiremos —afirmó sin reconsiderar por un instante sus convicciones—. Y tú te encargarás de enseñarle a ella lo que tiene que hacer.

Dicho lo cual, se levantó, animó con un gesto a Inaz para que lo siguiera y salió hacia la noche dejando a sus dos compañeros mirándose con incredulidad.

—¿Adónde iremos? —preguntó Aldair.

Estupefacto, Niobel no se molestó en contestar.

—¡Fantástico! Nos libramos de las brasas y caemos al fuego… ¡Maldita sea! Cuéntame otra vez lo que pasó en la audiencia —le pidió a la montaraz ocultando el orgullo que en realidad sentía por lo que su amigo había hecho.

Aldair terminó de apretar el último nudo del vendaje. Se acercó a la fogata con las manos extendidas y, dejando a un lado sus propias preguntas, le relató de nuevo al tabernero lo sucedido.

Mientras tanto, lejos de aquella cueva en las estribaciones de las Montañas Azules, un pálido Tambre empezó el ascenso desde las catacumbas del templo anejo al castro, donde la Orden de Rinlo albergaba su poder y lo poco que conservaban de la magia.

Los viejos peldaños estaban tan gastados que había que orillarse para hacer pie en firme, pues, en el centro de las huellas de cada uno, la piedra estaba tan comida por las suelas que no había modo de asentarse para usar la escalera.

El candil que llevaba en su mano temblaba, la grasa chisporroteaba bajo la llama y desprendía un fuerte olor a rancio. El enorme aro que colgaba de su cinto tintineaba al entrechocar las viejas y gruesas llaves.

Había descubierto algo inimaginable, algo que no pensaba decirle ni tan siquiera al nordés. Llegado el caso, aquello podía servirle de mucho. Pues tendría una recompensa que ofrecer a las ánimas.

Por el momento, cumpliendo las órdenes de Xallas, el bispo había abierto la puerta a los infiernos y el elegido de la hermandad de los sacerdotes temía las consecuencias.

Había convocado a los muertos.

El bosque de las Montañas Azules no dormía. Hasta la cueva llegaban murmullos de las hojas que revolvían los topillos, los repiqueteos de los grillos en la hierba, el tamborileo de los conejos mordisqueando las jaras, incluso el silencio de los depredadores al acecho. Y, de tanto en tanto, también se oía al tabernero despotricar por lo bajo, quejándose de que no encontraba el modo de tumbarse sin que alguna de sus muchas heridas le molestase.

La fogata crepitaba y el olor acre del humo acariciaba las piedras. Les daba un aire a hogar, a recuerdo. Y a la montaraz le gustaba la sensación que la envolvía, incluso se había acostumbrado a los reniegos de Niobel. Sin embargo, el sueño la eludía. Aunque podía sentir el cansancio mordiéndole cada rincón del cuerpo, las emociones vividas le hacían imposible dormirse.

Estaba acostada en una de las frazadas que trajera el borrico del tabernero. Todavía despierta. Y al cambiar de postura, buscando acomodarse, vio brillar los ojos de Inaz en la entrada.

Ze regresaba. No dijo nada. Miró hacia la montaraz, observó durante un rato el sueño inquieto del tabernero y, al poco, se tumbó al otro lado de la hoguera después de arrimar unas ramas a las brasas.

Con el remero de vuelta, Aldair sintió al fin cómo sus párpados se rendían.

Su sueño no duró mucho. Un ruido extraño la sobresaltó. Algo que no reconoció la había despertado. Abrió los párpados.

Descubrió que la noche era ya cerrada. De la fogata solo quedaban los esqueletos carbonizados de los maderos. En el resplandor anaranjado vio al remero y a su bestia, él sentado y ella en pie. También lo habían oído.

Prestó atención. Le pareció la carrera apresurada de un animalillo. Entonces, mientras dudaba si ponerse en guardia o preguntarle al remero, Inaz bostezó con desgana y se tumbó entre gestos aparatosos.

Aldair miró al remero y lo vio sonreír.

—Tenemos visita —le dijo él.

Eso no respondía a las muchas preguntas que se le ocurrían a la montaraz. Como tampoco ayudó el tabernero, que se había despertado con el repentino trajín.

—Si es ese condenado Mandeo, dile que se mantenga alejado de mis monedas —soltó Niobel malhumorado.

Y antes de que el remero pudiera hablar, la réplica llegó desde la entrada de la cueva. Como si de un largo cuesco se tratara, alguien soplaba aire entre labios apretados.

—Si quisiera, me llevaría hasta los calzones de ese avaro malcarado. Y sin que se enterase. Os podría robar hasta los dientes. Solo me habéis oído porque he querido. Si me lo propongo, puedo ser más sigiloso que un gato cazando ratones en el hórreo. Os hubierais despertado desnudos. ¡Más pobres que destripaterrones sureños!

Fue una voz aguda, como la de un niño. Y a la joven le pareció que, quienquiera que fuese su dueño, se acercaba. Aunque no pudiese verlo.

No tardó mucho más en distinguirlo. Ze echó un par de ramas en los rescoldos y las llamas prendieron enseguida. Bajo su luz temblorosa apareció el descarado que amenazaba con quitarles cuanto tenían de valor.

—Sí, seguro. Y hubieras enseñado a ese condenado bicho a que te siguiese cargando el botín —repuso con hastío Niobel señalando hacia Inaz.

Aunque Aldair apenas escuchó. Boquiabierta, miraba de arriba abajo, recorriendo la escasa altura del visitante con ojos pasmados.

Era un trasgo.

—Si me lo propongo, ten por seguro que sería capaz. Incluso de mucho más —continuó el pequeño ser al tiempo que tomaba asiento en una de las ramas apiladas junto a la fogata y extendía sus bracitos al frente para robarle calor a las llamas.

Nunca antes había visto uno. Pero conocía los cuentos que toda madre sabía contar a sus hijos antes de acostarse. Lo había reconocido al instante.

—¿Y esta quién es? —preguntó con descaro, inclinando la cabeza hacia la montaraz.

—Mi nueva timonel —le contestó Ze.

Los pequeños ojos verdes se abrieron. La boca se contorsionó en una mueca indescifrable. Y, de pronto, todo el costillar, más pequeño que una caja de anzuelos, empezó a sacudirse. Las mejillas pecosas y las orejas picudas se arrebolaron de color. Escapándose del gorrillo que vestía, las greñas pelirrojas se sacudieron y en su garganta burbujearon carcajadas tan fuertes que sonaban impropias para una criatura de su tamaño.

—Claro, si se ve a la legua que lleva toda una vida bregando en la mar —logró decir sin sofocarse—. Tan buena como el mismo Palas —añadió refiriéndose al mítico ganador de la primera regata.

—Algo parecido dije yo —intervino el tabernero, complacido de que le dieran la razón—. Pero me temo que es cierto. Ella será su timonel.

El trasgo apagó sus risas y miró a la montaraz durante largo rato.

—Estáis locos, siempre lo he sabido. Ya me lo decía mi abuelo, no hagas tratos con los hombres, no los hagas porque están todos chalados. ¡Qué razón tenía! —exclamó fingiendo resignación.

Ze no se molestó en comentar aquellas palabras. Se limitó a hacerse con un pedazo de pulpo que ofreció a su invitado. Después, miró a Niobel con intención y asintió. Gesto que movió al tabernero; hurgó en su bolsa con los dedos de su única mano y sacó una pieza de cobre que lanzó al trasgo.

—Y los vuestros no sois más que una bandada de urracas venidas a menos —le espetó mientras el pequeño Mandeo atrapaba la moneda con asombrosa agilidad y se la echaba en el zurrón que llevaba—. Perdéis la cabeza en cuanto veis algo brillante.

—Claro, claro. Por supuesto. Ahora va a resultar que tú emborrachas de balde a los que visitan tu taberna, ¿no? Y los cangrejeros se juegan el pellejo en el norte porque son muy considerados con los gustos de la Casa del Nordés; les encanta traerle los mejores patudos.

Con los pequeños brazos en jarras y el labio superior alzado, el trasgo parecía dispuesto a batirse en duelo con Niobel.

—Al menos nosotros podemos anteponer la amistad a los cuartos —le repuso airado el tabernero.

El remero palmeó el aire para pedir calma e intervino en la discusión:

—Estoy seguro de que no has venido hasta aquí para esto —le dijo Ze al trasgo.

Mandeo le echó un último vistazo a Niobel, algo que hizo sonreír a la montaraz, y después de pensárselo, terminó por soltar un resoplido, lanzarle un mordisco al pulpo y torcer su pequeña cabeza hacia el remero.

—Es cierto. He venido para advertiros.

Con un par de gemidos, el tabernero logró acercarse hasta Ze. Y Aldair terminó de incorporarse. Todos menos Inaz, que bostezó y se derrumbó sobre un costado, centraron su atención en el trasgo.

Al percatarse, Mandeo carraspeó, infló el pecho y adoptó una postura digna del mismo bispo durante una audiencia. Estaba encantado al verse, de pronto, revestido de tanta importancia. Y, por si había quedado alguna duda, el pequeño ser dobló los dedos de su mano derecha y le sacó brillo a sus uñas diminutas frotándolas contra la solapa de su chaquetilla, hecha de remiendos y puntadas bastas.

—¡Habla! Por Navia, ¡habla! O te ensarto en una rama para hacerme un espeto —urgió Niobel.

Con gesto severo, Ze miró a su amigo para reconvenirle. Pero Mandeo no se había dado por aludido. Miraba con atención el trabajo hecho, y no fue hasta que pareció satisfecho con el resplandor que dijo algo.

—El nordés le ha ordenado a ese pajarraco de Tambre que convoque a los espectros negros…

—¡Cabrón revenido! —no pudo evitar interrumpir Niobel.

—Eso no es todo —aclaró Mandeo.

El remero lo animó a seguir con un ademán.

—Estaba escondido bajo una alfombra de sus aposentos. La Casa del Nordés es vieja. Hay un montón de grietas para colarse —declaró el trasgo con aires ufanos—. Pude escucharlo todo. No quiere enviar a los segadores, por miedo a una rebelión si la gente lo descubre. No quiere una ejecución pública que aliente a los descontentos. ¡Por eso ha enviado tras vosotros a las ánimas! Si os atrapan, desapareceréis; como mucho os convertiréis en uno de

esos rumores que se comparten en las encrucijadas de los caminos —el tono de su voz delataba el miedo que sentía hacia los espectros—. Pero hay más… Cuando gane la regata…

Los otros tres creían saber lo que el trasgo iba a decir. Una vez revalidado su título, el nordés tenía la venia de la ley, la dispensa para cambiar la historia. Esa era la única ocasión en la que un hombre podía hacer que las inscripciones, las tallas en la piedra, los relatos de los hombres espejo cambiasen. Esa y ninguna otra, porque en Dhumbria la ley se había escrito para preservar el pasado, para guardar los viejos tiempos, para evitar que volvieran el hambre, la peste, el hierro y la guerra.

Y se borraría la memoria de Adhara; ese había sido el texto del bando con el que todo había empezado. La mujer que había puesto al nordés en ridículo, la que se había negado a amarlo para escarnio de Dhumbria, la que había pasado años a su lado, pero que había vivido recordando al hombre del que la habían obligado a separarse, recordando a Ze.

Y hacia el remero miró Mandeo antes de continuar.

—No solo quiere acabar con cuanto queda de Adhara. Quiere hacer lo mismo contigo.

Aldair dejó escapar un gemido. Niobel empezó a maldecir. Acorde a la ley, no había mayor desgracia posible. Ser olvidado era peor aún que morir.

Ze se limitó a asentir. No pareció afectarle, como si aquella fuera una noticia esperada.

—Eso es lo de menos —dijo el remero—. Solo debemos preocuparnos por una cosa: cómo seguir con vida hasta la regata.

El ronquido, como los anteriores, sonó tan fuerte como el rugido de un dragón de Trasulfe. Si no supiera la verdad, Aldair hubiera podido creer que estruendo semejante solo podía salir de las narices de un gorrino de más de treinta piedras rezongando en la pocilga. Sin embargo, por increíble que fuera, aquellos tronidos los producía el pequeño trasgo. Echado de cualquier manera, a un palmo de la hoguera, con su morral por almohada, Mandeo dormía despatarrado.

Aunque había conciliado algo de sueño, despierta y retemblando con aquellos ronquidos, Aldair se convenció de que mejor era levantarse.

Se acodó sobre la manta de lana y vio salir a Ze. Inaz, entre bostezos, lo seguía. Afuera, la mañana empezaba a descubrir los colores del bosque. Y en el aire se esparcían tonos rojizos de un amanecer que presagiaba el fin del buen tiempo.

—Ni siquiera las máquinas de antaño armaban tales escándalos —dijo de pronto el tabernero, quitándose las legañas que aún quedaban en las comisuras de sus ojos con un pellizco sobre la nariz.

En el rostro de Niobel apareció una mueca, un gesto a medio camino entre la sonrisa por los gruñidos del trasgo y el fruncir de labios debido a los dolores que le malograban el cuerpo.

—Espero que no se le haya ocurrido ir al cementerio —añadió refiriéndose a su amigo—. Aunque nunca puedes estar seguro con ese chiflado… Tiene la costumbre de hacer lo que menos le conviene —reconoció el tabernero empujando el mentón hacia la salida, tras Ze.

Siguió un silencio que Aldair usó para despabilarse, pero que a Niobel le sirvió para recordar.

—Me salvó la vida —comentó entonces con aire soñador.

El tabernero lo había dicho como si no le hablase a nadie en particular. Sin embargo, la montaraz comprendió que su nuevo amigo, tras todo lo sucedido el día anterior, necesitaba desahogarse. Estaba dolorido, ceniciento y, además del color azul

de sus tatuajes, distintos tonos de morado iban extendiéndose por su piel. Pero lo que más le dolía era no haber llegado a la audiencia a tiempo para ser el timonel.

—¿Por qué no me dejas revisar esos vendajes? —le propuso ella antes de ponerse a la tarea, brindándole el silencio a Niobel para que lo aprovechase.

—Éramos unos críos —empezó Niobel—. Al principio solo nos permitían cebar los anzuelos del palangre con casca de millo, pero los dos poníamos voluntad. Esa era la vida que nos esperaba, como a cualquier otro muchacho…

Tuvo que callar un momento para morderse la lengua y ahogar un quejido. La montaraz ponía cuidado en su faena; lamentablemente, el segador había hecho un buen trabajo. Había encontrado algo de árnica en la boca de la covacha y, tras triturarla, la extendía en las heridas antes de cubrirlas.

—La mar era nuestra única oportunidad —continuó—. Y lo sigue siendo —reconoció con una sonrisa amarga—. No creo que haya un solo chico en las calles de Dhum que no sueñe con trabajar duro, tener algo de suerte y convertirse en patrón. Eso mismo era lo que nosotros ansiábamos. ¡Maldita sea! Estábamos convencidos de que lo íbamos a conseguir. ¡Qué poco sabíamos!

Aldair alzó la vista y miró a los ojos del tabernero. Por encima de aquella enorme nariz se destilaba la amargura de los recuerdos.

—Entonces aquella maldita polea se trabó —agregó Niobel—. Y yo fui tan estúpido como para hacerme el valiente… Lo siguiente que recuerdo es el dolor y a ese chiflado de Ze gritándole al patrón para que pusiese rumbo a puerto. Nunca he vuelto a verlo así. Le sacaba más de una cabeza a aquel cabronazo paticorto, pero el muy bastardo no estaba dispuesto a abandonar la pesca por un marinero malherido… Y entonces Ze hizo algo impensable…

Sin decir una sola palabra, la montaraz había terminado sus improvisados trabajos de sanadora. Y aunque no parecía posible que el trasgo se despertase, comenzó a cacharrear con el mayor sigilo para preparar unas gachas con las provisiones que había cargado el borrico. Gracias al miedo de Niobel, las alforjas del asno incluían un poco de todo lo necesario para acometer una huida, incluidos harina, sebo y un cacillo renegrido.

—Le sacudió al patrón —dijo sacando el brazo del cabestrillo y lanzando al aire su única mano—. Con esos puños grandes como yunques… Ya por aquel entonces era como un toro —en sus palabras, a pesar de los años, se seguía notando una mezcla de incredulidad, admiración y agradecimiento—. Lo mandó rodando hasta la borda. Luego echó un bote al agua, a mí en el bote y, como si no hubiera tenido más que cruzar el estrecho del puerto, remó durante todo el día. Ese bendito loco me salvó la vida… Me desperté en una de las mesas de la cofradía, donde las mujeres atan los palangres, y él seguía a mi lado. Junto a aquel condenado matasanos… ¿Cómo se llamaba? El que se mató mascando hierba de sal, ¿cómo era?

Las gachas se espesaban en el fuego. Mandeo se había despertado al fin, e incluso el trasgo, capaz de percibir la situación, acalló sus impulsos cínicos y permaneció en silencio. Acomodado en un asiento improvisado con un pedrusco sobre el que había echado unas hojas secas, miraba cómo Aldair le daba vueltas al desayuno.

—Así fue cómo conoció a Adhara. Bueno, todos habíamos oído hablar antes de ella; la muchacha más linda de Dhum —declaró con grandilocuencia—. No había rapaz en la capital que no hubiese escuchado los rumores sobre ella. Lo malo era que ese malnacido de Xallas también…

Con sigilo, Mandeo se había ido acercando hasta las gachas y, sin más que un par de gestos para hacerse entender, Aldair le sirvió una ración comedida en el más pequeño de los cuencos. No imaginó que el apetito del trasgo podía ser tan grande como sus bravuconadas, y pronto tuvo que añadir unas cucharadas más.

—Era la hija de un cangrejero y una de las atadoras de la cofradía —continuó rememorando Niobel—. Y era el orgullo de su padre, pero la belleza no lleva pan a la mesa. Tuvo que ponerse a trabajar con su madre, empatando los anzuelos en las liñas de los palangres. Supongo que en la cofradía se armó un revuelo de mil demonios, lo cierto es que no me acuerdo —sonrió antes de continuar—. Pero, creo que Adhara se enamoró de ese mentecato aquel mismo día. Y él… Bueno, estoy seguro de que tardó aún menos en beber los vientos por ella.

El trasgo, a grandes bocanadas, había terminado su segunda ración con pasmosa velocidad. La de Aldair se mantenía tibia junto a la del tabernero, ambas servidas en escudillas viejas que ella había colocado entre las piedras que rodeaban la fogata.

—Ze se pasó allí, conmigo, las dos semanas siguientes. Hasta que el barco llegó a puerto y el patrón lo denunció a los segadores. Aunque estoy convencido de que si Adhara no hubiese trabajado en las mesas de atado, ese condenado loco no me habría prestado tanta atención…

Un largo suspiro se escapó de los labios del tabernero. Miraba sin ver hacia la boca de la cueva. Revivía el pasado.

—Entonces llegó el invierno, y con el invierno la nieve, y con la nieve la regata —continuó bajando el tono a casi un susurro—. Y Ze estaba tan loco como para navegar hasta el norte. Dispuesto a jugarse la vida por ella. No sé si para conquistarla, o simplemente para que Adhara se librara del juramento que Xallas pensaba cumplir si vencía. Así que a ese chiflado no se le ocurrió otra cosa para escapar de los calabozos, ¿puedes creerlo? Se plantó en la audiencia, escoltado por los mismos segadores que lo habían encarcelado. Esa es la ley, cualquiera puede presentarse como remero. Y ese loco lo hizo; por ella. Creo que no lo pensó dos veces.

Entonces el tabernero calló un instante. Y la montaraz pudo ver la angustia bailando en sus ojos.

—Yo aún no me tenía en pie. No pude ser su timonel. ¡Le fallé! Como también le he fallado esta vez…

Niobel negó una vez más para espantar sus remordimientos.

—El resto de la historia quedó tallada en el Acantilado Rojo. Y los hombres espejo la siguen contando…

El trasgo sacudió su pequeña cabeza con asentimientos rotundos, dándole la razón al tabernero.

—Él volvió medio muerto. Pero Xallas solo lo consiguió porque hizo trampas, nunca se pudo demostrar, lo sé, pero hizo trampas. ¡Así fue! Estoy convencido. Solo con trampas pudo ese malparido convertirse en nordés… Y a ella no le quedó otra opción que obedecer —explicó con evidente pena—. La ley es la ley, y ese hideputa lo sabía. Se la arrebató, tal y como había jurado. El gran

nordés se casó con la más linda muchacha de Dhum… Y Ze, aún herido, prisionero de sus remordimientos, se marchó…

Sin que pudiera evitarlo, lágrimas amargas hicieron brillar las mejillas de Aldair. Incluso el insolente Mandeo parecía atrapado por la pena.

—Desapareció. Se fue a las Montañas Azules —dijo el tabernero como si él no estuviera allí también, como si fuera un lugar lejano y distante—. Y a medida que ese malnacido de Xallas iba haciendo más y más perrerías, la leyenda del remero que había sobrevivido a la regata fue creciendo… En los tiempos en que los rumores hablaban de tu padre y su rebelión —se giró entonces para mirar a Aldair—, muchos decían que Ze debía convertirse en nordés. Muchos… Pero él no regresó…

Niobel pareció perderse unos instantes en alguno de los atolladeros de su memoria.

—No regresó —repitió—. No lo hizo hasta que Adhara murió. Seguramente la consumió su pena… ¡Pobrecilla! Así lo contarán los hombres espejo cuando ese malnacido de Xallas se esté pudriendo en su tumba y alguien cabal se siente en el escaño del nordés —aclaró con rabia—. Ese bastardo. Cagajón comido por moscardas…

Sacudió la cabeza para dejar a un lado el odio y logró retomar el hilo:

—No averigüé cómo lo supo. —Mandeo se contuvo y no intervino para contarle a Niobel que había sido en aquellos días cuando había trabado amistad con el remero—. Ze volvió. Sin más. Una noche entró en la taberna, ¡como si no hubiera pasado nada! Se construyó un chamizo cerca de las Piedras de Agua, lejos de todo. Y se echó al mar para ganar lo suficiente como para no morir de hambre… Malvivía. Malvive —se corrigió Niobel—. Pero lo único que le preocupa es ocuparse de la tumba. Desde su regreso no ha faltado un solo día, ni uno solo. Cada amanecer va al cementerio del acantilado… A hablar un rato con ella, así lo llama él… Todos los días. Hasta que se leyó el bando que proclamaba año de regata… Y que anunciaba cuál sería la primera orden del nordés, entonces todo cambió…

Aldair se secaba las lágrimas con el dorso de una mano. Hacía un esfuerzo por no sollozar. Conocer de antemano la historia no le había servido para paliar sus sentimientos.

Sin embargo, más pragmático, aprovechando el silencio del tabernero, Mandeo no pudo ahogar el impulso irrefrenable de decir algo:

—Esta vez le dará una lección a Xallas —afirmó convencido—, esta vez ganará y el nordés morderá el polvo…

—No seas majadero —le interrumpió encendido el manco—. No se trata de eso. No arriesga la vida por romperle los dientes al nordés, ¿no lo entiendes? No es eso… Lo hace por ella… Por su recuerdo —insistió emocionado—. Te equivocas —le dijo malhumorado a Mandeo—. El único… —dudó un momento acunando su cabeza de un lado a otro—. El único motivo, ¡el único!, por el que se va a jugar el pellejo es para evitarlo. Para impedir que ese cabrón de Xallas haga desaparecer lo que aún vive de Adhara… Porque eso, su recuerdo, es lo único que le queda a Ze…

Escuchar de labios del tabernero aquella declaración de amor hizo aflorar de nuevo las lágrimas de Aldair. La montaraz estaba segura de que Niobel nunca sería recordado como poeta. Pero, conociendo al rudo remero, había estado tentada de pensar lo mismo que el trasgo y escuchar cómo Niobel lo desmentía despertó en ella emociones que no pudo contener.

—Por eso me necesitaba más que nunca. Tenía que haber estado en la audiencia…

Las gachas ya estaban frías.

—Y una vez más le he fallado. No seré su timonel, no estaré a su lado… Pero, si encontramos el modo de seguir vivos para la regata, si lo conseguimos… Puedes apostar hasta tu última pieza de cobre a que tú harás un buen papel —le dijo a la montaraz señalándola con su única mano, presa en el cabestrillo—. Vas a sufrir. Te dolerán hasta las pestañas. Creerás que estás a punto de morir en más de una ocasión, pero me ocuparé de que lo hagas tan bien como lo hubiera hecho yo…

Parecía que aún tenía algo más que decir, sin embargo, no pudo seguir con su admonición, porque en ese momento entró trotando

Inaz. La bestia se tumbó junto a la montaraz, esperando que alguien tuviera la idea de compartir con ella unas gachas.

Al momento, apareció Ze en la boca de la cueva.

El remero observó con atención la escena, pareció tomarse un tiempo para interpretar lo que veía. Pero no hizo comentario alguno. Se limitó a hablarles de sus planes para evitar a los espectros negros.

—No nos han dejado opciones…

Permitió por un momento que el silencio pesase lo suficiente como para que todos los presentes comprendieran. Tenía razón. Él y Niobel habían planeado meticulosamente cómo se prepararían para la regata tras la audiencia, pero ahora no podían apegarse a sus previsiones. No solo cabía la posibilidad de que fuesen fugitivos, sino que además habían enviado tras ellos a los espectros negros.

—Iremos al desierto, como los peregrinos de los viejos días. Nos acogeremos a sagrado, en el Santuario Blanco.

El anuncio desconcertó al tabernero. Si la leyenda era cierta, si el monasterio seguía en pie, si existía siquiera; entonces podía ser que allí se librasen de la persecución de los manes que Tambre había convocado. Siempre y cuando aún quedase algo de fe atrincherada entre las piedras del lugar.

—Claro, al desierto —repuso—. Será como dar un agradable paseo…

Si acaso quedaba algo más del templo que escombros, llegar hasta él les llevaría días. Y tendrían que atravesar los bosques de las Montañas Azules. Y leguas de arenas calcinadas.

—Desde luego —intervino Mandeo con sorna—. Además, el desierto es el lugar perfecto para preparar una regata. ¡Perfecto!

IV

Las arenas del tiempo

No podía creerlo.

—¿Estás seguro?

Y el trasgo, sentado en el cuello del borrico, recibió las dudas de Aldair con desdén. La miró lleno de condescendencia, como un padre dándole una lección a un niño testarudo. Y se explicó con aire cansino.

—Es cierto, pocos conocen este lugar. Pero son las habladurías sobre meigas las que mantienen a la gente lejos. Aunque no entiendo por qué, a fin de cuentas, ellas te dejan en paz siempre que no las molestes —aclaró como si fuese una verdad evidente—. Y sí, estoy seguro —se reafirmó soltando las crines y señalando al frente—. Es la mejor opción.

Aldair volvió a mirar hacia donde le indicaban.

—Prepararé unas antorchas —anunció el remero moviéndose ya hacia la espesura que los rodeaba.

—Como mucho, os encontraréis a algún cufelo huido. Una vez consiguen escapar de los cocederos de sal, si tienen suerte, acaban por aquí y viven escondidos. Nada más. Lo cierto es que jamás he visto a los segadores por estos pagos. Jamás he visto a nadie rondar por aquí…

Las palabras del trasgo parecían sensatas, todo en derredor lucía abandonado. Y, aunque la huella del hombre estaba presente todavía, el bosque había recuperado buena parte de sus dominios.

La montaraz, sin embargo, no las tenía todas consigo y quería pensar que habría otro camino más halagüeño que ese. Por la mañana, cuando se habían planteado cómo llegar hasta el Santuario Blanco, cada idea sugerida había terminado desechada. Siempre por la misma razón. Cualquiera de las rutas posibles a través de los pasos de las Montañas Azules ofrecía el mismo problema: quedaban desguarnecidos en cuanto cayera la noche. Y eso era lo que debían evitar si no querían que los espectros negros los atrapasen. Porque la compaña, como la llamaban los ancianos, solo patrullaba en busca de desdichados una vez se ponía el sol.

De modo que allí estaban, ante la gran idea que Mandeo había tenido. Y la montaraz, frente al desolado panorama, titubeaba.

Guirnaldas de zarzas se enredaban en grandes piezas de metal. Había enormes ruedas dentadas que parecían haber servido para arrastrar largas cinchas, hechas de algo negro y viscoso que brillaba con fuerza pese al abandono; colgaban de sus soportes como lenguas sin vida de bestias gigantescas. También se veían vigas y riostras que debieron sostener parapetos hechos de mallas fundidas en moldes perdidos. Aparecían esparcidas planchas onduladas que el óxido se comía. En el viento que subía del valle aleteaban jirones de sacos, cordajes y lonas enceradas. Todo punteado por helechos en los que ya se entreveraban hojas marchitas por el final del verano.

Y, bajo la sombra de los inmensos árboles de palo de fierro, aquel naufragio en tierra apuntaba, de forma sutil, a una trinchera abierta en las carnes de la montaña. Por ella se colaban raíles, retorcidos por el tiempo y cubiertos por la herrumbre. Podían ver los topes donde nacían, y también cómo se internaban en la tierra, pero no adónde se dirigían. Solo una boca oscura y húmeda hacia la que se volvían los brotes de las milenramas, testigos del camino que conducía hasta aquel claro y que continuaba hacia las profundidades.

El panorama causaba desasosiego.

—Debió ser una mina —dijo el trasgo descolgándose por las crines del asno antes de saltar ágilmente al suelo—. Quizá era de aquí de donde sacaban el alquitrán que movía las máquinas —aventuró acercándose a Aldair—. O puede que fuego negro. ¡Nadie lo recuerda!

El tabernero, recostado en las angarillas que habían improvisado para que el borrico tirase de él, se incorporó para mirar.

—¿Y no será peligroso? —preguntó.

Mandeo ya había hablado de ello con el remero y, tal como había acordado con Ze, mantuvo el secreto y calló lo que sabía.

—Yo diría que no tanto como cruzar estos bosques en plena noche con los espectros negros pisándoos los talones…

—Si él asegura que el túnel termina al otro lado, yo le creo —intervino el remero, que volvía con una brazada de ramas.

—Y no es que tengáis muchas otras opciones —apuntilló el trasgo.

—No me gusta —dijo Niobel—. No me gusta nada…

—¿Se te ocurre alguna otra solución? —le preguntó el remero conociendo de antemano la respuesta—. Pues entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

Callando sus propias dudas, Aldair se limitó a acariciar el cogote de Inaz. La bestia había hecho estupendas migas con la montaraz y, de tanto en tanto, se separaba del remero y acudía a la joven para robarle unos mimos.

—Bien —dijo resoluto el trasgo—. Yo me vuelvo a Dhum. Si descubro algo importante, os lo haré saber. Y, si no hay novedad, entonces os avisaré con las primeras nieves —dijo mirando a Ze para refrendar lo acordado—. ¡Suerte!

Y, sin más, se dio la vuelta para echarse a andar con aire ufano, más como un gigante que como un ser del tamaño de una ardilla.

Aldair lo vio alejarse hasta que desapareció. No supo si se perdió en la distancia o si había empleado alguna artimaña mágica propia de los trasgos.

De su abstracción la sacó el tintineo del pedernal en las manos del remero. Con maña, Ze prendía el hato de yesca y trapos viejos que había insertado en la hendidura abierta en una rama con el único cuchillo de sus bastimentos.

En cuanto traspasaron el umbral se les echó encima un hedor profundo y amargo, rancio. Años de soledad cubiertos de mugre. Ante ellos, rota sola por la luz cimbreante del hachón que Ze llevaba, se extendía la oscuridad más absoluta.

El remero abría camino. Inaz lo seguía olisqueando el aire con desconfianza. Aldair guiaba al borrico. Y el asno cargaba con las alforjas y tiraba del tabernero.

A sus espaldas quedaba aquel amasijo de hierros retorcidos. Frente a ellos, lo desconocido.

Según el trasgo, tardarían cuatro jornadas en llegar al corazón mismo de la mina. Desde allí, en lo más profundo de la montaña, otras seis en ascender penosamente a través de la más amplia de las galerías y desembocar en las mesetas.

Llevaban ya dos días en las tripas de aquel monstruo de piedra. Siempre descendiendo. Sin otra guía que las advertencias de Mandeo.

Cuando llegaban a un cruce, seguían el consejo del trasgo y tomaban el ramal que bajaba. No había a quién preguntar; solo murciélagos, ratas y bichos acostumbrados a la oscuridad que huían con carreras apresuradas.

Sin el sol para regir sus días, caminaban hasta que el remero decidía que había llegado el momento de descansar, comer algo y, si era posible, conciliar el sueño.

—Nos engañaste…

Cansados, sucios y cubiertos de un pegajoso olor a moho, acababan de hacer un alto. Estaban sentados alrededor de una hoguera alimentada con restos polvorientos de andamios; tan secos que apenas desprendían humo y que servían de poco para calentarse. A duras penas entibiaban una sopa aguada hecha con tasajo y un par de nabos. Inaz, acurrucada junto a la montaraz, recibía caricias. De todos ellos, la bestia parecía ser la única a la que no inquietaba perderse para siempre en aquel laberinto de túneles.

—Dime la verdad —insistió el tabernero con voz cansada mientras probaba su único brazo fuera del cabestrillo—. No solo se trataba de escapar de la compaña, ¿no?

Ze le dio un par de vueltas más al contenido del cazo renegrido. Pensando en si agregar algo de harina para espesarlo.

—No había otra opción —le dijo con sinceridad, mirando a los ojos a su amigo—. No la había… Pero es cierto que aprovecharemos el viaje.

El tabernero sopesó las palabras, el tono. Y se sintió de inmediato culpable por haberle hablado así al hombre que le había

salvado la vida. La vio en el azul abisal que se abría en los ojos de su amigo. La verdad. Y supo que a Ze no se le hubiera ocurrido meterse en aquel entuerto si no hubiera sido por las ánimas.

—Supongo que tienes razón —concedió con un suspiro—, pero ¿no podríamos limitarnos a cruzar hasta el otro lado?, sin más.

—Si Mandeo no se equivoca, la encontraremos en la gran sala. La que está en lo más profundo. Y según él no hay otro camino.

—Entiendo, nos toparemos con ella nos guste o no —asumió Niobel—. Una vez más, nos libramos de las llamas para caer en las brasas. Evitamos a la compaña, pero nos enfrentaremos a algo aún peor. Aunque —precisó con aire pensativo—, si salimos de esta y conseguimos arrebatárselo… Si conseguimos engañarla… Tendrías una enorme ventaja —admitió con mezcla de pesar y emoción—. Va a resultar que ese bastardo de Tambre nos ha hecho un favor enviando a por nosotros a esos cabrones de los espectros negros… Si volvemos a ver la luz del sol tendré que agradecérselo —concluyó con sarcasmo.

Ze sonrió con cinismo y le dio otra vuelta al comistrajo que haría las veces de cena.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Aldair, sin poder contenerse por más tiempo.

Los dos se giraron hacia ella.

—Pues de que este mentecato piensa que podemos atravesar estos túneles, llegar al Santuario Blanco, librarnos de los espectros y, de paso, hacernos con unas buenas brazas de hilo de Rexos —le contestó Niobel de corrido.

—¿Hilo de Rexos?

—El mejor de todos. El más resistente y el más ligero. El mismo que usó el propio Palas cuando ganó la primera regata… Al menos eso dice la leyenda…

—No recuerdo esa historia —reconoció Aldair.

—Ah, no importa, vas a conocerla de primera mano —le dijo Niobel con sorna.

—¿Y qué tiene de peligroso?

Los dos hombres se miraron. Ze empezó a servir el fiasco de sopa. Inaz se levantó para acercarse a la escudilla, olisqueó el contenido, resopló con descontento y, tras mirar a su amo, pareció

comprender que no había donde elegir, así que empezó a comer su ración.

—Pronto lo descubrirás —le contestó el tabernero de forma enigmática—. Muy pronto.

Ninguno de ellos lo advirtió, pero, arropados en la oscuridad, había ojos que los observaban.

Cualquiera en Dhumbria con dos dedos de frente sabía por qué los árboles de palo de fierro llevaban ese nombre. Del color de la ceniza húmeda, la madera que aquellos gigantes entregaban a los carpinteros era la más dura; casi tanto como los viejos artilugios de metal.

Y no solo eran apreciados por la excepcional calidad de sus troncos. Además, aquellos árboles prodigiosos tenían muchas otras virtudes. De sus hojas aceradas se podía extraer una tintura que, bien cocida, ahuyentaba moscas y mosquitos, o servía para darle a los paños de tela un tono gris profundo. Y sus brotes, que solo nacían uno de cada dos años, podían hervirse para liberar vapores que abrían los pulmones de cualquier enfermo de romadizo. Sin embargo, no entregaban fácilmente sus dones.

Los enormes palos de fierro tardaban eones en crecer. Y eran seres retraídos. No permitían a ningún otro árbol, arbusto o hierba más que crecer tímidamente en derredor; toda planta en torno suyo se quedaba raquítica y pobre. Eran los señores del bosque. Y entre sus abultadas raíces daban cobijo a las madrigueras de incontables bestias, pero cualquier hombre que se echase a dormir al pie de uno de ellos corría el riesgo de no despertarse jamás; por culpa del aceite que, como lágrimas, caía de sus hojas.

Y justamente era aquel aceite el que, en las mañanas de bruma, si el sol se atrevía a pelearse con la niebla, hacía que toda la sierra cobrase un vaporoso color añil. Tan intenso que a nadie le extrañaba el nombre de Montañas Azules. Tan intenso como peligroso, porque en amaneceres así, ni un solo leñador hubiera osado cruzar el bosque, por miedo a desorientarse y perderse. O peor aún, a quedarse adormilado en algún recodo olvidado del bosque y ser presa de los tusos, los osos, los lobos o cualquier otra alimaña, pues todas menos el hombre parecían inmunes a la magia de los árboles de palo de fierro.

Eso lo sabían todos, incluso Buon, de quien su padre decía que no tenía muchas luces pero que era bueno con el hacha.

Aquella mañana había amanecido enrojecida por el mal tiempo que se presentía en el horizonte, allá sobre el mar. Así, los pocos que tenían los arrestos de ganarse la vida con la tala de palos de fierro, reconocieron que más les valía terminar sus tareas ese mismo día.

Y, para cuando caía la noche, empapada la franela de sus ropas en sudor, cubriéndose con un capote que había guardado en seco para no enfriarse, Buon, el hijo más joven de Beovan, que era el leñador más viejo de las Montañas Azules, volvía a casa con la satisfacción del deber cumplido. Trabajando duro desde el alba, sin detenerse para otra cosa que comer con prisas un currusco de pan y unas cortezas de queso endurecido, había sido capaz de echar abajo un inmenso palo de fierro. Uno de los verdaderamente grandes, uno cuyo tronco no hubieran abrazado tres hombres.

De camino a la choza de su padre, con el hacha a un hombro, las cinchas y la sierra al otro, Buon pensaba en la audiencia del día anterior. Conocía el sendero que seguía y apenas miraba donde pisaba, más bien recordaba admirado el valor de Ze y se hacía ilusiones de grandeza que hubieran disgustado a su padre.

Buon era grande como un buey. Fuerte como los palos de fierro. De rostro cuadrado y anguloso, tan rudo como sus anchos hombros. Tenía puños como plomadas para las redes. Y sus ojos, del color de las avellanas maduras, eran soñadores; alegraban su alma sencilla y su espíritu fantasioso. Lo cual no resultaba extraño, pues, como muchos en Dhumbria durante los últimos años, conocía el hambre y la miseria.

En las estribaciones del bosque le esperaba su hogar. Apenas una cabaña alzada con esfuerzo, donde él y sus tres hermanas compartían techo con Beovan, un padre severo pero justo, y la cansada Vila, una madre de sonrisa fácil y manos curtidas por culpa de cocer en agua las cenizas de palo de fierro hasta obtener la preciada lexía, que las niñas vendían en el mercado los días de Navia.

Por cumplir el encargo de su padre de terminar la tala, se le había hecho tarde, sin embargo, Buon no temía la oscuridad que empezaba a extenderse por el bosque, era demasiado joven para que las razones de la edad vencieran a sus impulsos, se sentía

seguro. Y, mientras caminaba, tarareaba. Se imaginaba en la regata, venciendo, convirtiéndose en nordés, sacando de la pobreza a su familia. Nunca más tendría su padre que partirse el espinazo a golpes de hacha, jamás volvería su madre a despellejarse los dedos, las pequeñas vestirían maravillosos vestidos de encajes y volantes. Tendrían criados que lavarían la ropa. Y comida, tanta como quisieran. Buon no vería de nuevo cómo su madre fingía no tener hambre mientras servía las magras raciones de la cena.

Y así, caminando de anochecida entre los altos palos de fierro, fue cómo Mandeo vio al leñador.

Descansando, a horcajadas en una rama seca que hacía equilibrio entre dos pedruscos, columpiando los pies y sacando brillo a su gorra, el trasgo captó enseguida el aire fantasioso del joven que apareció tras la loma del camino. Y la tentación le pudo. Al fin y al cabo, el porvenir de los suyos se había labrado siempre a base de timos. Porque no había trasgo en todas las tierras conocidas que no supiera engañar a los hombres.

Y en aquel que se cruzaba en su camino, Mandeo advirtió una presa fácil. Por sus maneras era evidente que no había mucho que sacarle, pero un trasgo que se preciara no debía renunciar a la oportunidad de hacerse con unas piezas de cobre, por pocas que fueran. Podía venderle semillas mágicas de plantas que crecieran sin fin, o quizá un mapa que lo llevase hasta los tesoros enterrados de la Gran Señora de Rexos, o una cura infalible para las mordeduras de lagarto.

Estaba pensando en ello cuando una ráfaga de aire frío le revolvió las greñas pelirrojas y Mandeo, absorto, dejó la gorra en sus rodillas y tiró de las pequeñas solapas de su chaquetilla para abrigarse el cuello. Sin dejar de pensar en cuál de las muchas artimañas que conocía iba a emplear para desplumar al leñador.

Con las notas que el viento sopló, el bosque, melancólico, calló de pronto. El silencio lo llenó todo. El ocaso se hizo completo y apenas una esquirla de luna sirvió para distinguir las sombras.

Buon percibió el cambio. Se detuvo. Escrutó la oscuridad. Se había criado allí, corriendo entre los troncos de los palos de fierro. Supo enseguida que algo iba mal.

Una lechuza pasó sobre él, batiendo en silencio sus alas blanquecinas. Topillos y ratones salieron corriendo para ocultarse en la hojarasca. Y una garduña, que andaba al acecho de un lebrato desprevenido, se olvidó de la caza para trotar hacia su madriguera.

Todo el bosque percibió el peligro. Y la noche, que aún era débil y no hacía más que estrenar su manto, se llenó con un rumor pesado. Un murmullo de mortaja arropando un cuerpo. Oscuro y ominoso. Y se acercaba.

Muchas eran las historias que Buon había escuchado al calor del fuego en las largas noches del invierno. Y muchas fueron las razones que se le ocurrieron para explicar el escalofrío que le heló el espinazo. Sin embargo, lo que el leñador no supo adivinar, lo acertó al instante el pequeño Mandeo, que, sin ser consciente de ello, buscó en el bolsillo de su chaleco el amuleto hecho con madera de boj que siempre llevaba consigo. Todos los trasgos creían en la ventura y en el poder de los talismanes, aunque jamás lo reconociesen.

Ahora bien, había algo que cualquier trasgo admitía sin pudor, y era que nunca se había visto ni se vería a ninguno de ellos enzarzándose en un lío. Los trasgos eran oportunistas capaces de estafarle a una viuda su última moneda, pero no eran héroes. Por eso mismo no tardó más que un instante en tomar la única decisión que le pareció razonable.

Cuando se escabullía para desaparecer por alguno de esos recovecos que solo los suyos conocían, Mandeo echó la vista atrás. Entonces percibió a sus espaldas un resplandor neblinoso. Ascendiendo la loma se movían los reflejos de la luna. Enredados en humos blancuzcos que reptaban por el suelo y rodeaban las raíces de los árboles.

Miró hacia el leñador. El hombre titubeaba. Mandeo le vio dar un paso atrás cubierto de miedo. Y el trasgo negó con la cabeza antes de desaparecer.

Años atrás, cuando todavía no era más que un muchacho y siempre acompañaba a su padre, antes de recorrer el bosque en solitario, Buon y Beovan habían visto pasar una manada de lobos. Aquella noche el niño leñador había creído descubrir el mayor de sus miedos cuando el macho, enorme y majestuoso, se había vuelto

hacia él con los belfos arrugados y los colmillos brillantes de saliva. Ahora comprendía que se había equivocado. Había cosas peores.

La compaña. Los espectros negros. Los manes. La procesión de ánimas malditas. El nombre no importaba. Frío intenso le recorrió el cuerpo en oleadas. Se le puso la piel de gallina. Sintió una presión gélida en la boca del estómago.

Aquel resplandor informe se acercaba, crecía en la pendiente que él mismo había trasegado poco antes. Y crecía el tamborileo de voces en un coro siniestro; sonaban al lamento agónico de plañideras rodeando un féretro.

Fue entonces cuando lo escuchó, cuando lo sintió. Hubiera jurado que ninguna voz atravesó la noche, y aun así la pregunta se le clavó dentro. Como una pesadilla. Desbordando su mente, inconfundible, rasposa y profunda. Serrándole los sesos.

—¿El remero?

A Buon se le cayeron los trastos. Se derrumbó. Quedó como un pelele, apenas capaz de mantenerse en sus rodillas.

—¿Dónde?

Entre la niebla pudo ver la primera de las siluetas. Se acercaba. Y tras ella venía otra más. Y otra. En macabra procesión. Y otra.

—¿El remero?

Eran apenas rasgos translúcidos de figuras ennegrecidas. Descarnados. A través de las calaveras, de las quijadas, de los costillares, se veían los troncos de los palos de fierro.

El leñador extendió una mano temblorosa y arañó la tierra para trazar un círculo en derredor. Eso era lo que recordaba. Y rogó a todos los dioses.

—¿El remero?

Pero de nada le sirvieron sus oraciones.

Su padre seguiría rompiéndose el espinazo a golpes de hacha. Las manos de su madre seguirían despellejadas por las aguas de lexía. Sus hermanas jamás se vestirían con elegantes encajes. Aunque en la pequeña choza en las estribaciones del bosque pasarían, desde esa noche, un poco menos de hambre.

Tendrían una boca menos que alimentar.

Inaz gruñía. Tenía erizada la pelambre del lomo. No le gustaba lo que acechaba al frente, en la oscuridad de la mina.

Niobel hacía cuanto estaba en su única mano, todavía débil, por contener el espanto del borrico. El pobre animal intentaba recular mientras piafaba con terror.

—O cruzamos por aquí o nos enfrentamos a la compaña —dijo el remero en tono firme, sin ambages, girándose para mirar a su amigo.

—¿Te he dicho alguna vez que resultas encantador? ¡Siempre tan halagüeño! Da gusto… En fin, sea lo que sea lo que nos aguarda ahí delante —repuso Niobel señalando con el mentón—, me da que va a ser igual de malo hoy que mañana, así que, ¡vamos allá!

Ante ellos solo había negrura, la misma que los había acompañado durante días. Sin embargo, como sus animales, ellos también lo presentían; allá adelante, algo los esperaba.

Estaban inmersos en un bochorno pesado. Lleno del olor dulzón de la tierra abierta. Y sus ropas apelmazaban el sudor con el polvo que los cubría de pies a cabeza.

Aldair, presa de la inquietud, se aferraba al relato que el tabernero le había hecho de las hazañas de Palas; y la montaraz quería pensar que si un hombre lo había conseguido ya, ellos también podrían hacerlo. Aunque no sabían a qué se había enfrentado el héroe.

Con cada paso, la pendiente se suavizó. El angosto pasadizo se ensanchó. Las paredes, irregulares, cubiertas de pedruscos incrustados en la tierra sobre los que crecía un légamo maloliente, se abrían. Y a lo lejos distinguieron, por primera vez, una claridad difusa.

Se anticipaba al frente una cámara amplia, llena de una calima espesa que brillaba en la oscuridad impenetrable de la mina. Los raíles, que los habían acompañado durante su larga caminata, murieron contra restos desmadejados de un tope hecho con

maderos oscuros que ya no servían para más que albergar los agujeros de carcoma.

Sin darse cuenta, Ze fue bajando la antorcha que les servía de guía, la penumbra se deshacía frente a ellos. Niobel mordía nervioso su labio inferior, atrapando los caños de la barba desatendida y tirando de ellos con los dientes.

Mayor aún que el Gran Salón del Castro de Dhum, la cámara más profunda de la mina abarcaba de un extremo al otro de cuanto podían ver.

En sus paredes brillaban gemas traslúcidas de una belleza incomparable, como adornos colocados con el mayor mimo por el más cuidadoso de los canteros. Y entre ellas, tan preciosas que eran quizá el motivo por el que en los viejos tiempos los hombres habían arriesgado la vida descendiendo a las profundidades, colgaban los cabos de una inmensa red tejida con miríadas de cordeles finos, casi transparentes, que se iban uniendo y trenzando, juntándose y espesándose. Formaban un embudo que engullía el camino y que albergaba en su centro un orbe de luz blanca que arropaba la cámara. Y aquella claridad se dispersaba en todas direcciones siguiendo todos y cada uno de los hilos. Era una visión tan arrebatadora como intimidante.

—Supongo que hemos llegado —aventuró Aldair, extasiada por la incómoda belleza del lugar.

—Ya veremos si vivimos para contarlo —repuso Niobel, a punto de descoyuntarse el pescuezo de tanto mirar hacia arriba para averiguar dónde quedaba el techo de la cámara.

Fue entonces cuando aquel inexplicable entramado de cordeles vibró con una nota sorda. Todos se volvieron hacia aquel misterioso resplandor.

Y la vieron aparecer.

Una silueta recortada al contraluz.

—Quizá aún estemos a tiempo de darnos la vuelta —sugirió el tabernero deshaciendo el nudo de su garganta.

No le respondieron. Incluso Inaz y el borrico prestaban atención a la figura que avanzaba hacia ellos. Como un sueño, surgía desde el centro mismo de aquel cadejo de hilos resplandecientes.

Les separaban más de cien pasos, e incluso desde semejante distancia quedaron enseguida prendados de lo que veían. Un aura de inexplicable atractivo la rodeaba. Parecía un encantamiento. Niobel incluso parpadeó confuso, intentando despejar sus ojos incrédulos.

—Es ella —se le escapó en un susurro—, tiene que ser ella.

A medida que se aproximaba, Aldair no supo si se trataba de celos, admiración o envidia. Jamás había visto, siquiera imaginado, una mujer así. Tan intimidante le resultó, que la joven montaraz se sintió de inmediato insegura y, sin poder evitarlo, se irguió. Estiró la espalda y recompuso del mejor modo que pudo su melena sucia. Incluso echó de menos un baño, prendas más elegantes, afeites y lazos.

—Es preciosa. Grandiosa… No me extraña que Palas se enamorase hasta las trancas —balbució Niobel—, ¡yo me estoy enamorando!

Caminaba hacia ellos, firme, un pie delante del otro y, una eternidad más arriba, surgían las caderas, rotundas, y estas contoneaban la estrecha cintura, que crecía hacia un pecho lleno y sensual. Era una promesa de lujuria. Apreciaban cada curva de aquel cuerpo provocador en la tela ceñida que tejía el increíble vestido, de un carmesí brillante; y desconocido, pues no había tinte en Dhumbria que pudiera convertir trapo alguno en prodigio tal.

Iba descalza y sus pies estilizados e inconcebiblemente limpios asomaban bajo el ruedo del amplio vuelo con el que la tela ondeaba en sus tobillos. Las mangas, acampanadas, se prolongaban hasta la evanescencia. Caían a los costados en un fruncido que llameaba a cada paso. Y el escote no era más que un tajo en la tela brillante que, para lamento del tabernero, nada dejaba ver; terminaba en dos pliegues abrazados a un cuello esbelto, donde se asentaba el rostro más bello que jamás hubieran visto, rodeado por espesos rizos negros que caían por los hombros y la espalda. Sus ojos, también negros, los miraban.

Aldair, amedrentada, bajó la vista. Solo de reojo se dio cuenta de que Ze, al contrario que Niobel, no parecía encandilado. La rotunda mandíbula del remero, apretada, delataba pura

determinación, no lascivia. Y aquello consiguió que la montaraz recuperase la compostura.

—Os estaba esperando.

Su voz resultó sensual y profunda, clara como agua del deshielo. Cautivadora.

Ze se arrodilló y pegó la barbilla al pecho.

—Mi señora.

La montaraz y Niobel lo imitaron. Hasta el borrico e Inaz parecían embobados. Todos rendían pleitesía.

—Os conozco —continuó la aparición—, escapáis del nordés, de los espectros negros —les dijo, revelando que sus artes mágicas le permitían saber de cuanto ocurría allende las fronteras de su reino de oscuridad—. Sois unos locos. Peor aún, sois locos y estúpidos. Estúpidos que han caminado hacia su condena guiados por el peor de los pecados… El de la avaricia.

—Pero, mi señora, por favor, escúchanos —se apresuró a responder Niobel entre balbuceos—. No teníamos opción…

Se atragantó con el codazo que Ze le propinó.

—Solo queremos justicia, igual que Palas —intervino el remero.

Fue entonces cuando Aldair comprendió. El héroe que se convertiría en el primer nordés había traído la paz a Dhumbria gracias al hilo que la Reina de Rexos le había otorgado como prenda de amor. Pero aquella historia feliz tenía también su lado oscuro. Palas había sucumbido a los encantos de la señora del bosque de las Montañas Azules, pero había faltado a su palabra porque, una vez en el poder, no había regresado a buscarla, y ella, maldita por entregar los secretos de sus labores, había quedado presa en las más profundas cuevas.

Inexplicablemente, estaba mirando a Tarexa, la tejedora condenada a la oscuridad. Joven y resplandeciente, aunque hubiera debido morir siglos antes, cuando se fundieron los tiempos oscuros. Atrapada en la mina por mor de la magia y, a cuenta de lo que veía, también por el odio. Palas la había traicionado. Y era evidente que la dama no había hallado el perdón en su alma.

—¡Palas buscaba la gloria! No justicia —repuso la Reina de Rexos en tono gélido—. ¡Como tú! —añadió señalando al remero con uno de sus elegantes dedos—. ¡Como todos los de tu calaña!

La montaraz sintió la marea de rencor. Vio como aquellos ojos se fundían para convertirse en esferas negras, vio como los miembros se fueron estirando, oscureciendo. Vio el mal alimentándose del odio. La silueta, perfecta, se desbarató para hincharse de modo grotesco.

—Todos sois iguales. Mentirosos. Codiciosos —le dijo a Ze, a Niobel, a todos los hombres, nacidos, muertos y por vivir, con una voz que se transformó en un sonido chirriante—. No saldréis de aquí. No lo consentiré. Pagaréis el precio de vuestra osadía.

Aldair advirtió que el remero sacudía la cabeza con resignación. En el gesto intuyó que Ze ya había previsto que no tendría otro modo de salir de la mina que no fuera por las bravas.

Y él se alzó, echando la mano a las alforjas del borrico antes de que el animal huyese espantado. Se hizo con un cuchillo; el único que tenían, quizá el mismo que había usado Niobel en sus tiempos de marino, una hoja que había pasado mareas clavada en la amura de algún barcucho, rodeada de las tripas del cebo. Bueno para cortar liñas enredadas, pero no para jugarse la vida.

La dama, lo que quedaba de ella, desfigurada, cayó al suelo. Sus brazos eran deformidades que pulsaban y se dividían. Sus piernas ya no eran esbeltas, parecían los restos de una cacería sangrienta. Se transformaba ante ellos. Y el engendro en el que se convertía avanzó.

Inaz salió corriendo. Entre los belfos abiertos, sus colmillos relucientes despedían espumarajos de furia.

Ze la llamó angustiado, pero la bestia no hizo caso, estaba dispuesta a morir dando la vida por su amo. Su instinto le gritaba que debía cuidar de los suyos, de su manada.

Galopaba hacia la pesadilla que tenían delante. Y no le importaba lo formidable del enemigo.

—¡Inaz, no! ¡Aquí! —le gritó Ze rozando la desesperación.

Aldair contuvo la respiración.

Aquella pesadilla seguía avanzando hacia ellos mientras su mutación continuaba. Brazos y piernas se convertían en largas patas, nudosas, cubiertas por una pelambrera hirsuta, del color sucio de la tierra marchita. El abdomen medraba y se convulsionaba. En el rostro transfigurado aparecieron colmillos de color, tan aguzados como el mejor trabajo de los herreros de Guitirin.

Inaz se dio impulso en su carrera y saltó con las fauces abiertas, lista para morder. Despedazar.

Antes de hincar sus dientes en el engendro, recibió el terrible golpe de una de aquellas horribles zancas que sostenían al monstruo. Sonó como el hacha en el cepo. Y se siguió un gañido de dolor.

Salió despedida. Como un pelele, se estrelló contra las paredes de la mina. Y la monstruosa criatura silbó de placer entre los palpos barbudos que rezumaban de sus deformes quijadas.

Ahora ya se adivinaba lo que era aquel delirio: una araña.

Oscura, deforme y grotesca. Pero reconocible. Una gigantesca araña cubierta de amenazas.

Ze, movido por el lamento de Inaz, reaccionó; echó también a correr. Hacia aquella aberración que alzaba sus patas sarmentosas preparándose para la lucha.

Y la montaraz estuvo segura de que el remero sufriría la misma suerte que la bestia. Un viejo cuchillo de pescador era lo único que se interponía entre él y aquel engendro.

Moriría.

No le cupo duda. No saldrían de allí con vida. Incluso lo vio a él, despedazado por aquella hija de los infiernos. Apenas le faltaban unas pocas zancadas, le bastaba con sortear una montonera de aquellas piedras traslúcidas, un poco más y estaría al alcance de aquella monstruosidad.

—¡No! ¡No!

Nadie le hizo caso. El borrico salió despavorido, soltando coces, rebuznando. Niobel cayó al suelo con restos de una brida atrapados entre nudillos blancos.

Y aquel endriago espeluznante se complacía en el horror que causaba. Se había plantado en las uñas grimosas que ponían fin a sus zancos. Esperaba al remero agitando los colmillos. Dispuesta a matarlo.

Aldair pudo oler la sangre, las vísceras recién abiertas. Ver los ojos de Ze apagarse en aquel rostro curtido por las desgracias.

—¡No! —volvió a gritar con todas sus fuerzas.

Desesperada. Las lágrimas bañaron sus mejillas. No podía perderlo. No ahora, después de cuanto había pasado para estar junto a él.

—Es por amor. ¡Por amor! —chilló Aldair con desesperación.

Dio unos pasos al frente, recordando la historia de Palas, comprendiendo que solo la verdad los sacaría de allí con vida. Dispuesta incluso a poner en riesgo su secreto.

—¡Correrá por una mujer! ¡Para salvar su recuerdo!

Se oían los siseos del engendro. Y aunque Aldair no se daba cuenta, también su llanto viajaba en los ecos de la mina.

Niobel tiró los arreos rotos y se volvió hacia ella con pasmo. El tabernero no comprendía, y Aldair se percató, aunque no le importó. Ella tenía la certeza de que él no entendería jamás el dolor de la herida abierta en el alma de la Reina de Rexos. Ella sí. La montaraz lo sabía bien.

Pero la enorme araña no escuchó. Movía sus colmillos, tentaba con sus patas, se preparaba para repeler la acometida del remero. Iba a matarlo.

—¡Por el recuerdo de la mujer que ama! ¡Para salvarlo! No es por la gloria ni la fama…

Qué más decir para apelar a la misericordia de la dama de la mina. Poco más le quedaba, a no ser desvelar su propio secreto.

—Lo hace por Adhara —aulló conteniendo la esperanza de que la historia del perdedor que había regresado de entre los hielos hubiera llegado hasta aquellas profundidades—, por el recuerdo de Adhara —le gritó al monstruo entre sollozos.

Desesperada, con los puños apretados hasta que las uñas se clavaron dolorosamente en sus palmas, Aldair cayó de hinojos. Porque el odio parecía haber engullido cualquier rastro de piedad en aquel engendro sibilante de cuyas fauces deformes manaban esputos ponzoñosos.

—¡Adhara! Ese es el único motivo. Por su recuerdo…

Fue entonces cuando el monstruo apartó su mirada de la presa que se disponía a devorar. Aquellas cuentas negras como el alquitrán se olvidaron de Ze y se clavaron en la montaraz. La perforaron. Y la enorme araña quedó quieta, como la más horrible pesadilla que un demente hubiera esculpido.

En el clamor oscuro que había en aquellos ojos, de pronto onduló la vida más humana de la dama. Y la joven se sintió de inmediato atravesada por los deseos, la mente y el poder de la hechicera que se había convertido en la señora de Rexos.

No volvió a abrir la boca, pero supo que la reina no necesitaba escuchar sus palabras. La bruja leyó dentro de ella. Adivinó la falsa historia de la montaraz, la razón de su viaje. Hasta el último de sus secretos. La dama de la mina supo la verdad.

Aldair se sintió vulnerable, pequeña, desnuda. Temió que sus compañeros de viaje la descubrieran, pero los hombres no entendieron lo que sucedía a su alrededor.

—Lo hace por Adhara —añadió en apenas un susurro.

El engendro cabeceó. Gotas de veneno salieron despedidas. De sus tripas manó un bramido que detuvo la mano de Ze, ya alzada para la primera estocada.

Durante un instante solo se movió la enorme nariz del tabernero, de un lado a otro, en tanto su dueño miraba a todas partes sin comprender.

La monstruosidad empezó a retroceder. La claridad se fue apagando. Al poco quedaron a oscuras, bañados por la más impenetrable negrura de las profundidades, en silencio espeso como melaza.

Todo había acabado sin siquiera haber comenzado. Estaban encerrados en la mina. Presos de las tinieblas, del miedo y de sus recuerdos.

Y no había rastro de la gran dama despechada de Rexos.

Aldair no se dio cuenta de que algo la rodeaba. Y cuando notó cómo la envolvían en un manto pegajoso, ya fue tarde para gritar pidiendo auxilio; algo sedoso apretaba firmemente sus labios.

A pesar de sus pataleos la arrastraron lejos de los hombres.

Aldair sintió que la muerte estaba cerca y dedicó su último pensamiento a Ze.

—Es un sacrificio enorme, y un precio muy alto el que vas a pagar.

Aldair parpadeó, confundida. Un escalofrío de asco la recorrió. Palmeó su cuerpo de arriba abajo, intentando sacudirse las ligaduras.

No había nada. Solo sus ropas.

Miró en derredor y comprendió que ella la había traído a su guarida. Era algún recoveco perdido en los abismos de la mina. Estaba cubierto por entero en la seda blanca y luminiscente de la tejedora. No había entrada o salida. Ni pista alguna sobre dónde se encontraban. Pero su instinto le dijo a Aldair que estaban en el centro mismo de la enorme telaraña que cubría de un extremo al otro la bóveda del corazón de las minas.

Y ella, la Reina de Rexos, de nuevo con el aspecto de la mujer más bella imaginable, estaba frente a la montaraz. Envuelta en su imposible vestido de rojo ceñido. Esplendorosa. La miraba con la pregunta prendida en los ojos negros, que volvían a ser tan preciosos como gemas y tan impenetrables como simas profundas.

Estaban solo ellas dos. Y la montaraz creyó que podía hablar sin romper su juramento.

—Mayor es su sacrificio —repuso intentando recomponerse.

Se refería a Ze, y la hechicera lo supo.

—Ya lo perdió todo una vez. Y ahora está dispuesto a perder incluso la vida. Todo por ella, por su recuerdo —insistió Aldair—. Su sacrificio es el mayor concebible.

—El amor de los hombres solo dura lo que su lujuria —repuso la meiga en tono ácido.

—No todos son… —Se tragó el nombre de Palas, que acudió a sus labios—. Él es distinto. Y yo… Yo…

La Reina de Rexos asintió, comprendiendo pese al silencio. Y Aldair no quiso decir más, no podía. Por eso rogó con todas sus fuerzas para que, pasara lo que pasase, la bruja no desvelase cuanto había descubierto. Porque así rezaba el pacto. Su silencio

era uno de los dos pagos que rendían el trato. El que la había traído hasta allí.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, la Reina de Rexos volvió a asentir lentamente. Y Aldair albergó la esperanza de haberla convencido.

Debió ser así, porque, en la pregunta que siguió, el odio cerval se desvaneció para dar paso al dolor patente de los recuerdos.

—Merece la pena, ¿verdad? —cuestionó la dama, casi tan humana como la misma Aldair—. Aunque solo sea por un instante, por un destello insignificante. Merece la pena haber vivido el calor abrasador de sentirse amada, aunque solo sea por un parpadeo fugaz. Amar y ser amada…

Nunca jamás hubiera pensado la montaraz que la poderosa hechicera de Rexos pudiera necesitar consuelo.

—Sí, sin duda. Solo así cobra sentido la vida…

—Lo sé —concedió perdida en su memoria, adornando sus palabras con una sonrisa que lloraba tristeza—. O creí saberlo. Sin embargo, él no regresó, no cumplió sus promesas…

En sus frases ya no había rencor, solo el amargo dolor de la decepción.

—Pero Ze sí regresó, ¿no es así? —continuó la Reina de Rexos sin esperar respuestas—. Contra todo pronóstico, regresó de entre los hielos. Y aun así lo perdió todo. Y aun pese a haberlo perdido todo, no olvidó sus promesas. Y ahora está dispuesto a cumplirlas una vez más…

Entonces volvió a mirar hacia Aldair.

—… Y tú también. Cueste lo que cueste.

La montaraz se limitó a inclinar su mentón tímidamente.

—Me hubiera gustado que ese fuera también el final de mi propia historia. Yo también me sacrificaría —confesó la dama de Rexos antes de callar para sumirse de nuevo en su memoria.

Y como si aquel resplandor blanquecino emanase de la voluntad de la dama, toda la tela que las rodeaba titiló mientras la hechicera tomaba una decisión.

—Te daré la oportunidad que yo no tuve —le dijo al cabo a la montaraz con tono severo—. Le regalaré al remero el mismo don que le concedí a Palas. Y os ayudaré a llegar al Santuario Blanco

sin temor a que os alcancen los espectros negros. Pero ahí termina mi generosidad —advirtió con vehemencia, dejando claro que su confianza en la voluntad de los hombres seguía siendo escasa—. Una vez lleguéis a suelo sagrado, os las tendréis que arreglar por vuestra cuenta. Tanto mientras estéis allí como para regresar cuando caiga la primera nieve.

Se detuvo entonces, dejando calar la idea de que ella se inclinaba a pensar que, llegado el momento, Ze no regresaría a Dhum para correr en la regata. Pero antes de que Aldair pudiera objetar nada, la Reina de Rexos alzó una de sus manos para interrumpirla.

—Bastará con que sigáis a la araña, ella os indicará el camino.

Tampoco pudo pedir más explicaciones. Regresó la oscuridad impenetrable y también la terrible sensación de convertirse en la presa de una rapaz.

Hubo susurros, algo jaló de ella. Y Aldair se sintió desorientada.

Sin embargo, cuando la luz espantó de nuevo las tinieblas, la desconcertada Aldair estaba otra vez bajo la impresionante bóveda de la mina de Rexos. En el mismo lugar en el que había visto a Ze a punto de morir, cerca de la montonera de pedruscos. Pero al otro lado ya no estaba aquella monstruosidad de los avernos. Solo sus compañeros de viaje.

Niobel calmaba al borrico, cuyos ojos amenazaban con caerle rodando por la frente de puro espanto. Y Ze atendía a Inaz; la bestia se había llevado un buen golpe, pero la expresión sosegada del remero parecía anunciar que el animal sobreviviría.

—¿Qué ha pasado? ¿Adónde ha ido esa condenada bestia? —preguntó Niobel.

El remero, tras palmear la cabeza de Inaz al tiempo que le susurraba cariños, alzó la vista con marcada intención para fijarse en la montaraz.

—¿Dónde se ha metido? ¿Dónde? —insistió el tabernero.

—Creo que podemos despreocuparnos —contestó Ze sin dejar de mirar hacia la montaraz—. ¿No es así?

Y Aldair pensó por un instante que quizá había subestimado a Ze, podía ser que el remero hubiera comprendido mucho más de lo que ella había anticipado.

—Sí, creo que estamos a salvo. Al menos por el momento —repuso ella.

Tardaron en recomponer sus maltrechas suertes, pero cuando lo hicieron no necesitaron plantearse cuál sería su siguiente paso. Poco más allá, junto a un abultamiento en la pared que tenía la forma del contrafuerte de un gran templo, encontraron arrollados metros y metros del mejor hilo de Rexos. Y, sobre ellos, una pequeña araña roja que empezó a caminar con aparatosos andares. Desapareció en una rasgadura abierta en el blanco telón que había tejido la reina.

—Pero ¿qué diantres?

—Creo que nos llevará hasta la salida —dijo Aldair dedicándole un sentido agradecimiento a la dueña de la mina.

—Si va a resultar que esta jovencita nos saca de todos los entuertos —bromeó Niobel.

Ni el mejor ámbar gris, ese que de tanto en tanto arrojaban las mareas en las playas al pie del Acantilado Rojo, hubiera servido para paliar el hedor que atufaba los aposentos del nordés.

La mesa, cubierta de migas, salpicada de orujo, pincelada con las pesadas salsas que agradaban al nordés, estaba atestada de jarras vacías, cortezas de pan y papelajos rotos. Las inmundicias caían en cascada para desparramarse por la espléndida alfombra.

Roído por su odio, comido por las noches en vela, el nordés Xallas miraba hacia el mar enrabietado a través de la cristalera oeste de sus habitaciones. Su cuerpo era un manojo de alambres tensos.

Tenía los cabellos revueltos, la barba punteaba las mejillas bajo ojeras pronunciadas, y las arrugas caían por su rostro. Con las manos apretadas a la espalda, el nordés juramentaba por lo bajo y Tambre, temeroso, miraba la nuca de su señor.

—¿Qué sabemos?

El ronco exabrupto sobresaltó al aludido, demasiado concentrado en evitar que sus maltrechas tripas le dieran un disgusto en aquel ambiente opresivo.

—Nada por el momento —contestó Tambre tragando con dificultad—. Se han oído rumores sobre el hijo de un leñador de palo de fierro… Pero aún no hay noticias sobre…

Se le quedó la frase a medias. Conocía bien los arrebatos de su señor. Temía un arranque de ira que diera con sus huesos en los calabozos o con su pescuezo en los cepos del puerto. Él mismo había pasado órdenes a los segadores para castigos peores, como uno de los favoritos de Xallas, que consistía en atar al desgraciado a una batea y verlo chapotear hasta que las fuerzas se le terminaban y el desdichado se ahogaba.

El nordés se dio la vuelta, se plantó con dos pasos junto a la mesa, trasteó sin importarle lo que derramaba y se sirvió una generosa ración que acabó en un largo trago. Tambre, encogido, bajó los ojos para clavarlos en las revueltas que dibujaban la alfombra.

—¡Que traigan a Xalo de la frontera! —ordenó limpiándose con una manga, desastrada ya por gestos similares.

La sorpresa hizo a Tambre picotear el aire con incredulidad. Habían pasado veinte años desde que aquel nombre se pronunciara en voz alta por última vez. Y en todo ese tiempo a nadie se le había ocurrido siquiera insinuarlo en presencia del nordés, pues al último que había tenido una idea tan peregrina se lo habían comido los peces del puerto. Porque, hasta ese mismo día, hacer que el nordés recordase al exiliado servía para acabar troceado en los cubos de cebo que el señor de Dhumbria repartía cada nueve días entre los más pobres como prueba irrefutable de su magnanimidad.

Tambre quedó petrificado. Jamás hubiera imaginado recibir orden semejante, más bien llevaba años preguntándose cuándo recibiría el mandato de encargarle a algún segador que le rebanara el pescuezo a aquel desdichado. Quizá ya hubiese muerto. Y si era así, el nordés podía enfurecerse aún más. Podía ser que él mismo cargase con las culpas por haber sugerido el destierro como solución tantos años atrás.

Ante aquella pasividad, el señor de Dhumbria se pellizcó el puente de la nariz con dedos de uñas mordisqueadas y sucias, se sirvió de nuevo y bebió con ansia. Vertió buena parte del orujo sobre las solapas de piel de tuso que asomaban en su emporcada pelliza.

Entonces clavó en el bispo sus ojos y sintió la satisfacción de ver el miedo bañando a aquel cuervo de pies a cabeza.

—¿Acaso no me has oído? —insistió con el mismo tono sibilante—. Hasta los desterrados tienen la venia de asistir a las regatas.

Aquel bisbiseo, quedo y melifluo, casi sensual, resultaba mucho más peligroso que los gritos de cualquier amenaza.

—Se hará como dices —reaccionó al fin—, enviaré una posta ahora mismo.

—Bien, bien —concedió el nordés con un tono afable que su rostro iracundo desmentía—, así me gusta. Y ahora —su voz fue alzándose con las últimas sílabas—, ¡desaparece! —gritó—, ¡sal de mi vista!

Tambre huyó entre los revoloteos de su capa y encaró las escaleras con tanta prisa que a punto estuvo de romperse la crisma.

Y el nordés consideró seriamente deshacerse del bispo cuando hubiese ganado la regata.

Una vez solo, se volvió de nuevo para contemplar la furia del mar, que batía con desdén contra la costa, lanzando dentelladas a las rocas. Ahora se alegraba de no haber condenado a muerte al muchacho. Estaba seguro de que el remero no podía arrebatarle la victoria, pero no había llegado hasta donde estaba confiando su suerte a los dioses. Él había labrado su propio destino, sin importarle el precio, y no estaba dispuesto a que nadie se lo arrebatase. Por eso, para evitar cualquier posibilidad, por pequeña que fuese, había decidido jugar esa carta.

Porque si llegaba el momento, le bastaría con dejar a Ze conocer la verdad sobre el muchacho.

Entrecerrando los ojos, salieron por fin de la mina y recibieron el castigo implacable de un sol abrasador.

A sus espaldas quedó la salida, excavada en la roca, y, sobre el horizonte, en la lejanía, por encima del terraplén que los rodeaba, podían ver las cumbres de las Montañas Azules.

Pero no tenían adónde ir.

Frente a ellos se levantaba un muro. Una tapia que se prolongaba a un lado y a otro sin que pudieran ver el final. Estaban metidos en una enorme trinchera de tierra calcinada. Encerrados en un corredor de apenas unos pasos de ancho.

—¿Y ahora qué? —preguntó Niobel con sorna.

Habían llegado al Santuario Blanco. O eso creían. Sin embargo, no tenían idea de cómo entrar.

Cumpliendo la promesa hecha, la diminuta araña los había llevado hasta el corazón de las antiguas mesetas. A las tierras baldías.

Lentamente, el camino había ido ascendiendo. Primero abandonaron las profundidades, el dominio de la reina. Luego, el aire había perdido su sabor rancio. Más tarde percibieron cómo el sofoco quedaba atrás. Finalmente, la negrura de las rocas se fue aclarando. Al principio de manera casi imperceptible, pero, a medida que se sucedían las jornadas, sus antorchas iluminaron paredes de una gruta que en nada se parecía a la mina que les enseñara el trasgo. Una nueva clase de piedra, veteada, del color de las conchas de vieiras que se vendían en la lonja, empezó a envolverlos. Y días después de su encuentro con la tejedora, no sabían cuántos, para cuando ya apenas les quedaban provisiones y empezaron a temer el hambre, salieron por fin al aire libre para descubrir lo inesperado.

—Lo tallaron, sin más, en la roca —aventuró Ze con aire circunspecto, pasando sus dedos callosos por la superficie de la tapia, donde no se veían argamasas o juntas.

Mirando en derredor, Aldair creyó que el remero acertaba. No había otra explicación. Sobre ellos, paseándose por el adarve del

murallón, podía sentirse el viento abrasador. Y, curiosamente, allí donde estaban, media docena de brazas más abajo, el calor era soportable. Se encontraban en lo que debía haber sido una salida del monasterio hacia las galerías de las minas. Pero, a un lado y a otro, el muro del templo parecía impenetrable. La zanja continuaba a izquierda y derecha. Sin más. Solo había arena, una arena salitrosa que lo cubría todo. Y, pese al desolador panorama, podían sentir en la boca del estómago el poder del lugar.

—Si estás pensando en que me eche a trepar te aseguró que va a ser más fácil que te líes a darme patadas en el culo —intervino el tabernero agitando su único brazo—. Si coges carrerilla suficiente puede que llegue al otro lado… —Nadie pareció reírle la gracieta, y Niobel, con aire de niño travieso, terminó su discurso bajando la voz—: Con una mano no hay modo de que lo consiga…

—Tampoco con dos —concedió Ze repasando la superficie pulida.

Aquellas rocas veteadas, las mismas que habían encontrado en la mina, habían sido trabajadas con esmero por quién sabía qué canteros. No había dónde aferrarse para escalar.

Niobel abrió entonces la boca para ofrecerse a quedarse atrás, pero su amigo le echó una manaza al hombro y apretó con fuerza suficiente como para que el tabernero entrecerrase los ojos.

—Lo sé —le dijo al manco—, pero esa no es la solución.

En tanto, Aldair vio de reojo como la araña que les había servido tan bien de guía se volvía hacia las entrañas de la mina y desaparecía. Allí terminaba la ayuda de la Reina de Rexos, no más lejos.

—Pues, o los monjes que vivían aquí aprendieron a rezar hasta que les salieron alas, o ha de haber una puerta por algún lado —aseguró Niobel sin convicción.

El borrico, con un largo rebuzno, fue el único que respondió. Tanto la montaraz como el remero miraban de un lado a otro queriendo distinguir alguna mella en el muro, alguna señal. Pero no había nada. El angosto corredor que formaban el santuario y el terraplén se prolongaba con monotonía en ambos sentidos. Parecía inabarcable.

—No tiene sentido —reconoció la montaraz—. Ha de haber algún modo de entrar.

Pasmados como estaban, no se dieron cuenta de que uno de ellos ya había resuelto el misterio.

Inaz, que llevaba un rato trotando de un lado a otro, olisqueando de aquí para allá, se había alejado del grupo. Y ahora se había sentado a esperarlos. Sin embargo, no fue hasta que los llamó que ellos se percataron.

Los tusos eran animales de bosques cerrados y largos silencios, rara vez se les podía oír. Por eso, cuando Ze escuchó aquel cruce entre gruñido y ladrido, supo de inmediato que algo importante les aguardaba allí donde Inaz se había detenido.

—Vamos —les dijo a los otros dos con un gesto expeditivo.

Hasta que estuvieron prácticamente encima de la bestia no comprendieron. Estaba tan bien hecho que solo alguien que supiera de su existencia podía haberse dirigido hacia allí, eso o contar con un olfato tan bueno como el de Inaz.

—¡Buena chica! ¡Bien hecho! —la felicitó Ze dándole unas palmadas afectuosas—. ¡Muy bien!

Aldair dio unos pasos más y se volvió, fue entonces cuando lo entendió.

—No están alineadas, por eso desde donde estábamos no veíamos la puerta. Esa parte del muro —dijo señalando al tramo que los había acompañado hasta llegar a Inaz— oculta esta otra —aclaró apoyando una de sus manos en la entrada.

Quienes hubieran esculpido aquella pared no habían seguido una línea recta, se habían desviado sutilmente, lo suficiente como para ocultar la brecha. Desde donde se encontraba ahora la montaraz podía verlo con claridad, pero, para dar con el acceso al templo había que caminar, precisamente, hasta allí. Porque, en tanto se alcanzaban aquellos quicios labrados en la roca, un tramo solapaba al siguiente creando el curioso efecto de que el muro continuaba hasta el horizonte sin interrupción alguna.

—Pues no creo que saber eso vaya a servirnos de mucho —dijo Niobel desde el otro lado después de haber pasado por aquel umbral tan peculiar.

Aldair veía que el tabernero se había detenido ante otra pared, pero no comprendió el comentario hasta que ella también avanzó a través de la entrada, apenas del ancho de sus hombros. Estaban, una vez más, en un corredor, en esta ocasión entre dos de aquellas tapias talladas en la roca blanquecina del desierto. Sin otro paso a la vista.

Supo de inmediato a qué se enfrentaban. Y suspiró con resignación antes de hablar:

—¡Es un laberinto!

—No deberíamos avanzar sin más —dijo Aldair—. Tiene trazas de ser inmenso. Nos perderíamos.

Y el tabernero, que acariciaba la frente del borrico, cabeceó pensativo.

—Podríamos usar el hilo de Rexos —aventuró con disgusto—. Si lo atamos aquí, a alguna piedra, bastaría con ir desenrollándolo a medida que caminemos. Puede que así…

Ze calló, pero negó con una sacudida de la barbilla. No quería perder aquel regalo de la dama. Planeaba usarlo para la regata, como había hecho Palas, no antes.

—Una vez lleguemos a la salida, al templo o a donde diantres tengamos que llegar… Uno de nosotros podría volver y recuperarlo, bastaría con desandar el camino y regresar recogiéndolo —porfió Niobel imaginando con acierto los recelos de su amigo.

—No es una buena idea, no sabemos qué distancia hay que recorrer —intervino Aldair—. Y no sabemos lo que nos aguarda ahí dentro —reconoció intentando abarcar con un ademán el laberinto que amenazaba con engullirlos—. Si se rompe, podríamos encontrarnos en medio de quién sabe qué, y sin modo de orientarnos…

—Es prácticamente imposible romper el hilo de Rexos —contradijo el tabernero, al que le costaba abandonar su ocurrencia.

—Aun así…

Mientras los dos discutían, Ze avanzó por aquel nuevo corredor con Inaz trotando junto a él. Pronto encontró otra apertura, a través de la cual vio una nueva pared, igual de monótona y eterna que todas las anteriores. La dejó atrás. Siguió avanzando por el mismo pasadizo. Y no le llevó mucho toparse con otros pasos, tan bien disimulados como el primero.

—Pues sigamos adelante —decía Niobel a espaldas del remero—, ¡qué diantres! Si unos frailes mojigatos eran quiénes de

atravesarlo, también nosotros podremos. No será tan complicado. ¡Por Navia! Se supone que es un santuario, ¡no una prisión!

Ya lejos de la montaraz y el tabernero, Inaz levantó el hocico venteando algo en el aire. Rauda, salió corriendo con un brinco a través de uno de aquellos umbrales. Ze, absorto, no le dio importancia.

El remero intentaba comprender. Quizá debían llegar al centro del laberinto para alcanzar el verdadero templo, o podía ser que, para colmo, el santuario estuviese en cualquier esquina perdida en aquel dédalo de corredores. Y no se olvidaba de los espectros negros, se preguntaba si allí donde estaban podía ya considerarse suelo sagrado, o si acaso no estarían a salvo hasta llegar al pie de los mismos altares levantados en algún lugar de aquel galimatías de arena y piedra.

—Puede que esos mojigatos que tú dices tuvieran un plano —contestaba Aldair—. O que conocieran instrucciones precisas. Cuanto se sabía de este lugar se perdió cuando Xallas…

—Sí, sí, ya lo sé, ¡todo el mundo lo sabe! Ese malnacido y los cabrones de la hermandad —interrumpió con hastío—. ¿Y qué? ¡Vamos! No es que tengamos mucho que perder…

—La vida —intervino Ze de pronto, sorprendiendo a los otros dos.

Y los instó a ambos para que mirasen hacia Inaz, que había regresado.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Niobel señalando una extravagante madeja blanca que el animal traía entre los dientes.

Parecían los restos famélicos de un cesto reseco. El tabernero estaba a punto de volverse hacia Aldair, dispuesto a seguir con su disputa, cuando su amigo lo detuvo.

—Es cuanto queda del costillar de algún desgraciado —le contestó Ze.

Podía ser uno de aquellos monjes. O alguno de los miles de peregrinos que concurrieran en tiempos al Santuario. Incluso podía ser más antiguo, quizá uno de los guadañeros que, antes de que las mesetas se volvieran yermas, acudía cada cosecha para ganarse el jornal segando trigo. Pero ahora no era más que un testimonio palpable del peligro que corrían.

—Seguramente, ese también se creyó tan hábil como los frailes mojigatos —tascó la montaraz con un retintín picajoso.

El tabernero bufó por toda respuesta y, con aires malhumorados, centró su atención en el asno, encantado por que Inaz hubiera vuelto a alejarse.

—Lo primero es darle sepultura a lo que queda de este cuitado —anunció Ze zanjando la discusión.

Y no les llevó mucho enterrar los magros restos. Lo que sí requirió algo más de tiempo y esfuerzo fue el grabado que el remero se empeñó en hacer sobre la misma piedra del muro. Para que incluso aquellos pocos huesos tuvieran el beneficio de ser recordados, como cualquiera en Dhumbria.

Estaba terminando la tarea con la hebilla de uno de los arreos cuando se detuvo.

—Ve a buscar las antorchas —le pidió a Aldair antes de retomar el trabajo.

Sorprendida, la montaraz miró al cielo, como si quisiera asegurarse de que aún no había llegado la noche. Y hubo de entrecerrar los ojos ante la fogosa luz de un mediodía cualquiera en el desierto. Así que estuvo a punto de preguntar, pero el eco de las palabras de Ze acudió a su memoria para susurrar una idea.

—¡Voy!

No mucho más tarde estaban mirando atentamente cómo Ze usaba el astil renegrido de una antorcha para trazar una larga línea de carboncillo en el blanco muro de piedra.

—Si marcamos siempre a nuestra derecha, sabremos siempre, por dónde hemos pasado —se explicó regresando hacia sus compañeros—. Cuando lleguemos a un cruce, decidiremos qué camino tomar según lo que veamos en los muros…

—Nunca el que esté tiznado por ambos lados —concluyó Aldair—. ¡Claro!

Pero la contenta expresión de la montaraz no parecía contagiarse en el rostro de Ze. Así que, mosqueado, el tabernero preguntó:

—¿Y cuál es la pega?

—Sabremos por dónde hemos ido y por dónde no —explicó Ze—. Sabremos si hemos recorrido un pasadizo en ambos sentidos.

Servirá para que no nos perdamos. Sin embargo…

—Podríamos caminar por todo el laberinto antes de encontrar la salida —finiquitó una vez más Aldair.

Dándole la razón a la joven, Ze asintió. No se perderían, pero seguirían sin tener idea de dónde estaba su destino y cuánto tiempo tardarían en llegar.

—O sea que, o volvemos sobre nuestros pasos, si es que somos capaces —dijo Niobel pensando que ni en cien años podrían encontrar el camino de vuelta en los cimbres de la mina—. O nos internamos en este laberinto del demonio y acabamos convertidos en huesos calcinados. ¡Pues estamos aviados! ¡Maldita sea mi estampa!

Ze se encogió de hombros por toda respuesta. No dudaba de su elección pero, como siempre, no impondría sus deseos a la voluntad de su amigo. Si era necesario, lo haría solo.

—¿Sabes? Algún día me gustaría que me preguntase si prefiero orujo o vino… Empiezo a estar cansado de elegir entre una muerte atroz o una muerte terrible.

Y Aldair no pudo contener una sonrisa.

—Está bien, perfecto. Pues vamos allá —continuó resoluto el tabernero—, ¿para qué esperar?

En esa ocasión intervino el borrico con un rebuzno quedo.

—Efectivamente, tienes toda la razón —le respondió Niobel cubriendo con guasa sus temores.

Todo parecía decidido. Pero antes de que su amigo tirase de las riendas del asno, Ze añadió algo más:

—Deberíamos hacer acopio de agua y comida.

No estuvieron listos hasta que el cielo empezó a abrigarse con morados, bajo una tímida esquirla de luna. Aun así, pese a la oscuridad, se adentraron en el laberinto, con la esperanza de que el misterioso poder del lugar mantuviese alejados a los espectros negros.

Tras media docena de encrucijadas, en las que fueron girando según les dictó su intuición, Ze decidió hacer un alto en el camino cuando se toparon con una vía muerta.

—Al menos servirá de refugio —señaló el remero refiriéndose al cobijo que les brindarían las tres paredes.

—Es una pena que no tener leña con la que prender un fuego —se quejó Aldair.

Allí no había más que piedra y arena.

—Creo que aún queda algo de orujo de sarmientos —terció entonces el tabernero—. Algo es algo…

Utilizaron todas sus frazadas y vistieron hasta la última de sus prendas. Incluso obligaron a los animales a tumbarse junto a ellos para compartir el calor.

Pero no sirvió de mucho. El frío, trabado e intenso, los alcanzó pronto.

Durante la madrugada, ateridos, Ze decidió usar el aguardiente y, sobre una escudilla, aprovechando los jirones de una manta, preparó un quinqué que prendió con pedernal. La llama azulada del alcohol, quemándose en el centro del corro que formaron, fue su única fuente de calor hasta el amanecer.

Después se siguieron noches peores. Noches en las que el frío se alió con el hambre y la sed.

Los días se sucedieron en una pesadilla monótona. Caminaban sin descanso. Racionaban el agua. Masticaban el mismo mendrugo durante horas, para hacerse la ilusión de que sus estómagos no rugían.

Una tarde se les acabaron los carbones y el remero empezó a usar la misma hebilla con la que había grabado la improvisada lápida.

Cada jornada recorrían leguas de corredores sin marcar. Avanzaban, pero no tenían la más remota idea de cuánto les quedaba por delante. Para colmo, de tanto en tanto, encontraban los restos de algún otro desgraciado que había terminado sus días convertido en un costal de huesos, calcinado bajo el sol del desierto.

De su parte solo tuvieron la creciente seguridad de que allí dentro se habían librado de los espectros negros que formaban la compaña. Pues ni una sola vez sintieron que los descarnados acecharan.

Niobel peleaba contra la adversidad con aquel saco de rijosa ironía que cargaba. Estoico, Ze no se quejó ni una sola vez. Era con diferencia el más fuerte. Y, de los tres, fue Aldair, a partir del quinto día, la que empezó a perderse en sus propias ensoñaciones, azuzada por la sed y el esfuerzo.

Dos noches después, acosados por el frío en uno de aquellos recodos ciegos del laberinto donde habían tomado por costumbre vivaquear, el tabernero se inclinó sobre la llama de alcohol y susurró:

—No creo que aguantemos mucho más —le dijo a su amigo señalando de refilón a Aldair, que dormía inquieta, acurrucada junto a Inaz.

—Lo sé —repuso—. Lo sé.

Conocía muy bien Niobel aquellos aires taciturnos. Sabía que su amigo, su hermano, se devanaba los sesos buscando una solución para sacarlos de allí con vida. Y, lleno de torpeza, quiso encontrar alguna palabra de ánimo, pero no supo hacer otra cosa que apoyar su única mano en el grueso antebrazo del remero.

—Intenta descansar un poco —le dijo entonces Ze, pretendiendo ignorar el gesto para no abochornar al tabernero.

Y Niobel se esforzó en hacerlo, pero albergó por primera vez la certeza de que no saldrían de allí con vida.

A media tarde sus miedos se hicieron realidad.

—Será mejor que hagamos un alto —anunció Ze en tanto procuraba cambiar el improvisado vendaje de sus dedos maltratados.

Primero habían sido dolorosas ampollas, ahora eran llagas sanguinolentas. El esfuerzo de mantener la malograda hebilla contra la piedra mientras caminaban estaba pasándole factura a las manos del remero, aun curtidas como estaban por el trabajo en la mar.

—Ya apenas queda —dijo Niobel haciéndose de lomos del borrico con el último odre.

El escaso chapoteo a través del cuero resultó ominoso.

—Tranquilo, yo no tengo sed —mintió el remero con descaro.

Aldair bebió su pequeña ración entre labios agrietados y, como siempre en los últimos días, se sentó pesadamente junto a Inaz, que había limpiado su escudilla con dos lametones. Las dos cerraron de inmediato los ojos a la sombra de uno de aquellos interminables muros.

Era el final, se les había terminado el agua.

Arena y piedra, y aquel laberinto. Eso era cuanto tenían.

El tabernero juró en la lengua muerta y mentó a todos los dioses de los que pudo acordarse.

—¿Dónde vamos a…? Aquí no hay agua…

Ze sajó el último pellejo, le dio la vuelta y sorbió hasta la última gota que pudo.

Los remordimientos aleteaban a su alrededor. Haberse propuesto ganar la regata no hacía que cualquier precio fuera bueno. Estaba a dispuesto a morir en el intento, pero no a matar a la joven y al tabernero en el camino. Por primera vez, su voluntad flaqueó.

—No, agua no —le repuso limpiándose con el dorso de la mano.

—¿Y qué vamos a hacer?

Respiró para espantar a sus demonios y, con expresión contrariada, el remero se acercó al borrico. Todavía llevaba en la mano el cuchillo con el que había abierto el odre. Apoyó su frente en la del asno y le acarició largamente la mejilla.

Niobel comprendió y lamentó perder al animal que tan bien les había servido. Pero supo también que no tenían otra opción.

—Es una pena.

Ze, sin dejar de acariciar al borrico, miró a su amigo con expresión triste.

El filo del cuchillo brilló bajo el sol del desierto.

Las mesetas yermas servían de frontera hacia el este, solo los desesperados se atrevían a cruzar el desierto en que se habían convertido, allí no hacía falta disponer guarniciones.

El mar envolvía poniente, y ninguna de las historias de los hombres espejo hablaban de pedazo alguno de tierra firme más allá del horizonte, por eso no había en el puerto barcos llenos de hombres armados dispuestos a repeler un ataque.

En cuanto al norte y al sur, el cantar era distinto. En ambos extremos los hombres se habían ocupado de cerrar los caminos que la naturaleza no había bloqueado, en una y otra punta de Dhumbria quedaban los escombros aprovechados de las ciudadelas que se construyeran en el tiempo de los reyes. Y en ellos disponían los nordestinos a sus guarniciones fronterizas.

Al sur, más allá de las tierras de cultivo, cerrando la franja de tierra que entregaban las montañas al mar, había un destacamento de segadores con trabajos escasos. Desde la última vez que un peregrino se había presentado en aquellas puertas habían pasado muchos años, tantos que solo el más anciano de los hombres espejo tenía un tatuaje al respecto. En aquel confín de Dhumbria los guardias vivían plácidamente, sin más preocupaciones que las esporádicas visitas del nordés y las pesadas tareas de mantenimiento que debían acometer casi a diario, a fin de que el destartalado acuartelamiento no se les viniera encima.

Sin embargo, en el linde norte la vida era mucho más miserable.

La sierra de las Montañas Azules pellizcaba allí mismo las orillas. Formaba un despeñadero de rocas ennegrecidas, dentadas como quijadas. Era la que llamaban, con razón, Costa de la Muerte. La frontera septentrional de Dhumbria se alzaba en una sucesión de farallones y picos afilados que pasaba buena parte del año azotada por las ventiscas. A un lado quedaba el mar embravecido, al otro, cumbres aún más altas que se extendían hasta donde se perdía la vista. El sol rara vez era capaz de abrirse camino entre las nubes cenicientas que quedaban atrapadas en las piedras. Y esas nieblas

perpetuas lo cubrían todo con una humedad pegajosa que calaba los huesos. El frío era el único que jamás se espantaba allí. Era el lugar más desdichado de toda Dhumbria. Y, desde los días de Palas, en aquel confín acababan quienes se habían granjeado la ira del nordés.

Tanto era así que los destinados allí sabían que jamás volverían a disfrutar de los lujos del Castro de Dhum. Morirían en la frontera y, con suerte, alguien escribiría sus nombres en alguna de aquellas rocas renegridas. En el norte, la condena era el olvido.

Por eso, Xalo jamás pensó que su padre lo reclamaría de nuevo.

—¿Estás seguro? —preguntó para espantar las dudas.

—El mismo Tambre me dio el recado —aseveró el mensajero procurando que el tono fuese neutro.

El muchacho, todavía sin resuello por el penoso ascenso hasta aquel lugar perdido, incluso temió por su vida. Aquel hombre de rudo aspecto le sacaba una cabeza y, como todos sabían, había sido el único en generaciones capaz de ser aceptado entre los segadores como uno más. Su silencio era solo un poco mejor que una amenaza.

—Debes volver a Dhum —repitió el mensajero, guardándose de que su propio asombro asomase—. El nordés te ha hecho llamar —concluyó.

Xalo estaba desconcertado. No lograba imaginar por qué su padre le había concedido la venia de volver. Aunque tampoco estaba seguro de por qué había sido exiliado en primer lugar.

En aquellos días lejanos no era más que un crío. Un zagal inquieto que vivía con adoración la leyenda que su padre había creado en torno suyo tras vencer en la última regata. Esa era la historia que siempre rogaba escuchar de labios de los hombres espejo que rondaban por las dependencias del castro. Aún podía recordar días felices, sobre todo cuando su madre era capaz de aparcar la melancolía. Por desgracia, todo había cambiado en un parpadeo. El nombre de Aldro salía de boca de su padre entre espumarajos. Los gritos recorrían las estancias llenas de tapices de la Casa del Nordés, los rumores de rebelión acechaban tras los rodapiés. El alboroto llegaba incluso a los escondites que el pequeño Xalo había descubierto en los aledaños del Gran Salón,

donde se había topado, boquiabierto, con la parafernalia para la ordalía de los antiguos tiempos.

Aferrado al enorme remo oxidado de los pretendientes a la regata, lo habían encontrado los segadores.

Recordaba los sollozos incontenibles de su madre. Los alaridos del nordés, cargados con el peso de la ira. También los reproches que no comprendió. Y el odio, que no pudo entender porque desconocía los nombres que se gritaban. Incluso podía acordarse del olor recio de aquel segador, el que lo sujetaba por los hombros para evitar que corriera a refugiarse en las faldas de Adhara.

Se lo habían llevado hasta el norte. Para no volver. Hasta ahora. Y, aunque durante veinte años se había esforzado con toda su alma por alcanzar el reconocimiento de su padre y ser perdonado, le costaba creer que el momento hubiera llegado al fin.

—¿El bispo en persona?

El mensajero, que empezaba a recobrar el aliento, asintió con arrebato.

—El bispo en persona —aseguró.

—¿Y no te dijo para qué me llamaban?

El muchacho titubeó unos instantes.

—Eh… No, no me lo ha dicho.

—Pero te daría una carta o algún mensaje escrito que debes entregarme, ¿no es así?

Antes de contestar, sin poder olvidar con quien estaba hablando, el mensajero tragó saliva.

—Me temo que no. Solo se me dijo que te esperan en la Casa del Nordés.

Xalo rumió todo aquello.

—Está bien —concedió al cabo—, di al segador que hace guardia en la puerta que te den acomodo para la noche y algo que echar al gaznate. Creo que aún queda un cuarto del último venado que cazaron los de la ronda.

—Entonces, ¿no he de llevar respuesta? —preguntó el mensajero.

—No te preocupes, yo llegaré antes —afirmó vehemente.

Cuando se quedó solo, Xalo dejó que sus sentimientos aflorasen. Le costaba tanto creerlo. Había sido llamado, iba a ser perdonado,

después de tantos años de sufrimiento.

Y no fue hasta que se encontró en el camino, rumbo a la capital, que cayó en la cuenta de algo que su ilusión había velado.

Aquel perdón era tan impropio del nordés que, por más doloroso que resultase admitirlo, Xalo hubo de reconocerse que algo en todo aquel asunto olía a chamusquina. Por qué la urgencia. Por qué no le habían dicho el motivo.

Había algo más que se le escapaba. Y eso ensombrecía su ánimo.

—¡Condenados! ¡Malnacidos! ¡Hijos de la gran zorra rabiosa! ¡Majaderos destetados con plomo hirviendo! Sea quien sea el pisaverde que ingenió esta tortura lo pagará, juro por todos los dioses que lo pagará. ¡Lo castraré! ¡No! ¡Primero lo castraré y después le obligaré a comerse los restos! ¡Y lo tiraré al mar en un banco de marrajos!

El tabernero lanzaba puñetazos al aire, patadas a la arena, escupía maldiciones. Miraba al cielo clamando justicia divina. Aquel laberinto estaba logrando desquiciarle.

—No creo que siga con vida —le repuso su amigo más calmado—. Y tampoco creo que matarle nos sacara de esta. Probablemente, a ese hideputa ya lo despellejaron hace tiempo.

—Sí, ¿verdad?, seguro que lo despellejaron —porfió el tabernero con aires de chicuelo travieso—, como poco lo despellejaron.

El remero asintió levemente. Y su compadre, algo más calmado tras desahogarse, cambió de tema.

—Lo despellejasen o no, más vale que lleguemos pronto… Creo que la sangre se ha corrompido —dijo pesaroso.

Sin el borrico, se las habían arreglado para cargar con el hilo de Rexos, un par de escudillas, parte de los arreos, el cuchillo y, por supuesto, los odres de agua, llenos con la vida del pobre asno. También habían ingeniado unas perchas en las que transportaban finas tiras de la carne del borrico. El problema era que aquel aire reseco oreaba el remedo de cecina, pero también estaba echando a perder el único líquido que podían beber.

Como toda respuesta, Ze dejó escapar un gruñido de esfuerzo, era él quien cargaba la mayoría de los útiles.

No había más que decir. Solo podían continuar. Los dados rodaban y el resultado era incierto. El remero se concentró en el monótono ruido de la hebilla tañendo el muro.

Poco después, sin poder ahuyentar sus preocupaciones, echó la vista atrás, hacia sus compañeros. Y, de repente, se detuvo en seco.

A punto estuvo Niobel de estamparse en la espalda de su amigo. Y la montaraz solo lo evitó gracias a Inaz, que mordisqueó sus dedos para obligarla a espabilar antes de darse de bruces.

—¿Qué pasa? —logró preguntar con un rijoso hilo de voz.

Con los ojos entornados, Ze miraba el camino recorrido.

—Hemos llegado —anunció de pronto sin asomo de alegría.

—¿Cómo que hemos llegado? ¿Adónde? ¿De qué demonios hablas? —se atropelló Niobel confuso.

—Mirad —les dijo el remero—. Fijaos bien.

Tras ellos quedaba el interminable corredor. Dos paredes y arena. Las huellas de sus pies malogrados y la clara cicatriz de la hebilla en la piedra.

—¿Cuánto tiempo llevamos sin atravesar una de esas puertas? —preguntó Ze—. ¿Os acordáis?

Demasiado fatigada para pensar en ello, Aldair aprovechó para sentarse y dejar que Inaz le lamiese cariñosamente la cara. Pero el tabernero respondió pronto.

—La última…

Niobel se mordisqueaba la barba tironeando del labio con los dientes.

—La última fue…

En tanto, el remero se movía mirando el camino recorrido, cerciorándose de algo en la lejanía.

—¡Por la mañana!, ¡temprano! —exclamó el tabernero sacudiendo aquella enorme nariz suya—, poco después de ponernos en marcha.

—Eso mismo recuerdo yo —concordó Ze.

—¡Fantástico! Me alegra saber que sigo cuerdo. ¡O que ambos hemos perdido la chaveta en el mismo sitio!, pero ¿qué diantres tiene que ver?, ¿qué significa eso de que ya hemos llegado?

—Fíjate —le respondió el remero señalando hacia el camino recorrido.

El tabernero bizqueó de tanto mirar, pero no comprendió hasta que su amigo dijo algo más.

—No es un trazo recto, se va curvando.

Entonces también Niobel se percató. A medida que se alejaban de su posición, tanto la señal de la hebilla como el rastro de huellas

se combaban, ligeramente. Si se fijaba, incluso podía apreciar el mismo efecto en los muros del corredor.

—¡Claro! —gritó alborozado.

En todo el día habían traspasado un único umbral de piedra y, desde entonces, habían caminado siempre pegados a la tapia de su derecha. Habían recorrido una buena distancia, quizá una legua completa aun pese a su lamentable estado y, aunque no se habían dado cuenta, habían trazado un enorme círculo que no podía sino contener, al fin, su destino.

—Ha de estar aquí dentro, al otro lado de este condenado muro —anunció Niobel dando un paso hasta la tapia y golpeándola con su puño cerrado—. Al otro lado, seguro.

Y se pusieron en marcha con esperanzas refrescadas.

El mediodía pasó arrastrando por los topes de los muros una calima prieta. Y sus ánimos les decían que estaban cerca. Solo un último muro los separaba del templo; una última puerta.

Y no se equivocaban.

Lo encontraron.

Justo cuando la noche caía, una puerta más. Un vano tallado en la piedra. Distinto a los incontables que ya habían atravesado.

No veían lo que había más allá. Estaba labrado en aquella piedra blanqueada que todo lo envolvía. Pulida con tanto esmero que todo era luz; hasta el último de los rayos del sol anaranjado que abrazaba poniente se reflejaba una y otra vez en el pasadizo, bañándolo todo de una claridad sobrecogedora.

En el vano, escrito en la lengua muerta, grabado y teñido con fuego apagado cientos de años antes, estaba el lema que daba la bienvenida a los peregrinos.

Ze lo leyó con la voz remendada por la sed.

—En estos muros no se encuentra la fe.

Y atravesaron el portal. Porque no tenían elección. O regresaban a través del calvario para morir, o continuaban hacia lo desconocido.

Dando el primero de sus pasos, el remero comprendió aquella consigna.

—La fe está en el camino —murmuró para sí mientras el resplandor lo engullía.

Todo era luz.

Tras ellos anochecía. El día terminaba. Sin embargo, en apenas dos pasos se encontraron inmersos en un brillo cegador. Eran los últimos rayos de la anochecida, capturados, revividos y encerrados en aquel paso gracias al trabajo del mismo maestro de obras contra el que tanto había despotricado Niobel.

Cuando Ze no era más que un niño, su padre le había contado como años antes las farolas salpicaban Dhum. En tiempos, habían iluminado las calles de la capital. Ahora, envuelto en aquella claridad, el remero tuvo la sensación de que se había hecho tan pequeño como su amigo el trasgo y que caminaba por el interior de uno de aquellos viejos ingenios.

Incluso el aire estéril del desierto quedó atrás. Acompañando aquel resplandor inexplicable, un aroma fresco los rodeó con una promesa de agua y descanso.

Caminaban. Y aunque sus pies se apoyaban en firme, si miraban al suelo, apenas podían distinguir donde pisaban. Era como bañarse en un mar de luz.

—Es precioso —dijo Aldair con un susurro.

Incrédulo, Ze estiró un brazo y sus dedos rozaron la pared. Nunca había sentido algo así, la piedra, translúcida, estaba tan pulida como el hielo del norte empapado de niebla, sus yemas se deslizaban con facilidad pasmosa. Junto a ellos veían sus reflejos borrosos, repitiéndose una vez tras otra en ambos lados.

El tabernero miraba con recelo. Inaz tenía erizada la pelambrera del lomo y gruñía con aprensión.

Descendieron. Ascendieron. Siempre bañados en aquella luz que manaba de las mismas piedras. Envueltos en aquella aura, salieron al aire libre.

La noche empezaba a desplegarse y el prodigio de luz que los había guiado aún los rodeaba. Estaban en el centro de una inmensidad. Un gigantesco patio rodeado de arcadas. Al mismo nivel que el laberinto, aprovechándose del fresco que anidaba a esas pocas brazas bajo el suelo; era un atrio circular que crecía en todas direcciones en torno suyo. El claustro del monasterio. Y en el centro, justo donde ellos habían emergido, un promontorio hecho altar, tallado también en aquella roca nacarada.

Todo estaba decorado con espirales grabadas que se iban repitiendo una y otra vez, que formaban patrones hipnóticos y se espesaban a medida que el ara ganaba altura. Porque desde allí emergía una torre. Un estilete de piedra, como un arroaz saltando del agua. Un faro con más de dos cuerdas de alto. Y en cuya cumbre, en lugar de un fuego que guiase a los marinos, brillaba un cuarzo gigantesco. Hasta el último hálito de la luz del día parecía converger en la piedra, y se reconducía por el alma de la torre, dibujando en ella un bastón plateado que pulsaba como una vena abierta en la carne.

Si el laberinto había demostrado la habilidad de los canteros del santuario, aquella atalaya la ponía fuera de toda duda. El enorme cristal, fundido en la misma roca, brillaba con fuerza. Reflejaba una y mil veces los últimos rayos de sol. Ahora pudieron comprender cómo la galería que habían cruzado estaba iluminada. No era cuestión de magia, sino del increíble trabajo de artesanos que se habían convertido ya en cenizas.

—Es bellísimo —se le escapó a Aldair en un bisbiseo admirado.

Habían llegado.

—¡Por Navia! —se le escapó también a Niobel.

Con el fin del día, vieron apagarse la cúspide de la torre como una vela sobre la que se sopla con suavidad. Y en la noche diáfana surgieron de pronto miríadas de estrellas que puntearon el cielo.

—¿Y ahora qué? —preguntó el tabernero dando vueltas.

A Ze no se le ocurría qué contestar. Habían traspasado las fronteras de lo conocido.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —los sorprendió una voz.

Aparecido de quién sabía dónde. Allí, junto a ellos, estaba el más peculiar de los mensajeros: un fraile.

Menudo, comido por la soledad, era apenas un pellejo estirado sobre huesos afilados. La melena, cana y revuelta, tan fina como telarañas, le gualdrapeaba en las sienes. El rostro, ajado, estaba empedrado de arrugas que atravesaban mejillas lampiñas. Y sus ojos lechosos parecían ciegos. Era albino, y su piel enrojecida daba testimonio de lo que alguien como él debía sufrir en un lugar así. Vestía el hábito inmaculado que había sido, en tiempos, el sello de los suyos. Y envuelto en aquellas ropas livianas, tan escaso de

osamenta y carnes, aquel monje parecía apenas el esbozo de un hombre.

Era uno de los míticos frades del Santuario Blanco. Y no parecía contento.

—¡Cuánta hospitalidad! —exclamó Niobel con cinismo.

El monje negó. Su pelambrera blanca barrió la punta enrojecida de sus finas narices y descansó en las pecas de las mejillas.

—Este es ahora un lugar prohibido —repuso con aire solemne.

—Pero ¿qué diantres?

Prudente, Ze apeló a la bondad que se le suponía al fraile.

—Venimos en paz para acogernos a sagrado. Y pregunto con todo respeto: ¿somos bienvenidos?

El frade, con evidente contrariedad, revolvió sus labios cuarteados, punteados de pellejos resecos.

—No hay lugar en el mundo que sirva para protegerse de uno mismo —dijo severo, negando con la cabeza—. Y vosotros arrastráis la penitencia de la desdicha. Además, este no es ya el lugar que era.

Después de cuanto habían sufrido para llegar hasta allí, parecía que el fraile fuese a echarlos con cajas destempladas.

—Antes —siguió hablando el monje sin conmiseración—, cuando aún se celebraban oficios en los Caldair, todo el que alcanzaba el Santuario Blanco era bienvenido. Hoy, las cosas han cambiado. Xallas lo prohibió —terminó displicente.

El fraile levantó una mano con ademán admonitorio. Dio un paso dispuesto a increparles. Y solo entonces vio, por primera vez, entre las piernas de los visitantes, un trozo del pelaje de Inaz. En ese instante, su rostro se demudó.

Era blanca. Como la piedra de aquel mismo altar, como sus ropas, como todo cuanto era sagrado allí. Y eso lo cambiaba todo.

—¡Apartaos!, dejadme ver —dijo echándose hacia delante.

Niobel se dio cuenta de la expresión de asombro en los ojos del frade, clavados en el animal.

—Supongo que eso significa que podemos quedarnos.

Aliviada, Aldair palmeó la cabeza del animal, que agradeció el gesto sin saber que había salvado la vida de sus compañeros.

—Es una señal. Una señal divina —murmuraba el fraile.

V

El peso de la voluntad

La arena ondulaba como una colcha sobre amantes revoltosos. El viento, incansable, recorría sus dominios y arrancaba olas en aquel páramo de sed. Juntos, arena y viento formaban el esqueleto desolado de un falso mar, incluso los granos más finos peinaban las crestas igual que los espumillones de una marejada.

Desperdigadas por el horizonte, se veían ruinas, las de alquerías donde antaño hacían alto en el camino los guadañeros que viajaban hasta allí para la cosecha de cereal.

El calor amainaba, la noche era una promesa cercana, y las criaturas del desierto salían de sus escondrijos.

Un grillo parduzco se escapó de un guijarral y corrió de puntillas hacia el este, estirando las finas patas para apartarse del calor que se fugaba del suelo calcinado. Recorrió apenas una vara y llegó hasta un precipicio tallado en la piedra blancuzca.

Se detuvo al borde mismo del abismo. Se atusó las alas con gestos rápidos y miró con indiferencia la obra del hombre. Ante él, bajo el nivel del desierto, se extendía una sucesión imposible de zanjas que moría en la falda de las Montañas Azules.

Aquel mordisco de arena pegado a los lindes del Santuario Blanco era su territorio y el grillo lo conocía bien; allí luchaba por expulsar a sus rivales y allí tocaba largas serenatas para que sus enamoradas se acercasen.

Y desde allí, en medio del sinfín de corredores, podía verse el vacío del gran claustro, encarcelado por cientos de encrucijadas. El esbozo que dibujaba la madeja de pasadizos resultaba hipnótico. Quizá por eso, el grillo no se dio cuenta de que un alacrán se acercaba.

El aguijón entró con un chasquido y el desierto se cobró una vida. No era la primera y no sería la última.

Implacables, así eran las tierras baldías.

Aunque anochecía, ella se estaba achicharrando en el claustro calcinado. Podía notar goterones de sudor recorriendo los surcos de su espalda. Su pelo, empapado, se apelmazaba en la nuca. Capa

tras capa, tela sobre tela, se sentía como una cebolla asándose en el horno.

—Los músculos son cosa suya —dijo Niobel señalando hacia el pórtico—. Él tendrá que deslomarse de sol a sol.

Incómoda bajo tanta ropa, Aldair se giró torpemente para mirar.

El remero aparecía y desaparecía tras las columnas de los soportales, cargaba con viejos pesos de un lagar. E incluso a esa distancia, era evidente que el esfuerzo era una proeza al alcance de pocos. En tiempos de prosperidad, aquellas piedras habían servido para apretar un yugo capaz de exprimir un quintal de manzanas y que así los monjes hicieran sidra con los donativos llegados desde los campos al sur de Dhum, ahora servían para que Ze endureciese su cuerpo para la regata. La montaraz sabía que ella no sería capaz siquiera de alzarlas, sin embargo, él cargaba con una en cada hombro y ya había completado dos vueltas alrededor del gigantesco patio del templo.

—Tú ocuparás mi lugar. Y tu trabajo está aquí arriba —continuó el tabernero señalando la frente de la montaraz con uno de sus dedos, consiguiendo que ella dejase de mirar a Ze—. Debes recordarlo, yo iba a hacerlo con un solo brazo. Y tú tienes los dos, ¿entiendes? Debes hacerlo. Y puedes hacerlo, no te quepa duda.

Aldair, confusa, mezcló un asentimiento con un titubeo. Y Valdriz, que por ese nombre respondía el monje, decidió inmiscuirse.

—No creo que sea buena idea. Se va a romper la crisma…

—Escucha —continuó Niobel desoyendo al frade—, el timón es fácil. Lo complicado es navegar. Y de eso también se encargará Ze, ese loco sería capaz de encontrar su rumbo aunque estuviera ciego, sordo y en medio de una tormenta. Así que no te preocupes por eso. Él te dirá qué hacer con el timón…

Como no le hicieron caso, el fraile blanco, condescendiente, volvió a meter las narices en el libraco que arrastraba de un lado a otro para llevar el consuelo consigo.

Pese a su reticencia inicial, Valdriz les había brindado cuanta hospitalidad podía ofrecer el decrépito templo. No compartió con ellos respuestas, aunque tampoco hizo preguntas, ya que la mera

presencia de Inaz parecía bastarle. Aun así, había quedado claro que era el último de los suyos, y por eso vivía en el santuario como un ermitaño, resignado a aguantar estoicamente hasta que Caldas lo llamase a su lado.

—… Él y yo habíamos trazado un plan —continuó el tabernero, ahogando su lamento por no ser él quien acompañase a Ze al norte—. Yo no podía ayudarle con los remos —apuntó alzando su única mano—, a no ser que el remero muera, eso está prohibido, ¡para evitar esa clase de cabronadas está el juez!

No dijo nada, pero Aldair recordó al timonel de Xallas, fuerte como un buey.

—Pero en los hielos la cosa cambia —continuó Niobel—. Después del paso, cuando el jabeque se quede atrás, los remos no servirán de nada. Allí hay que usar las velas y el fiador. Y en eso sí que podía haberle ayudado —ella asentía, aunque no entendía la mitad de lo que el tabernero decía—. Al menos, eso habíamos ingeniado —reconoció compungido—. Así que, manos a la obra, tienes mucho que aprender.

Se quedó callado, mirándola intensamente con raciones iguales de buenas intenciones y dudas. Y como ella no supo qué decir, optó por guardar silencio.

—Estas pesan mucho más que las que usarás en la regata —siguió Niobel señalando con el mentón hacia las velas arriadas, como si ya estuviera todo claro y no fuera necesario alargarse con explicaciones—. Están hechas con restos de hábitos. Y los cordajes son de esparto trenzado —añadió antes de escupir por el hueco de un colmillo que le había arrancado el derechazo de un beodo años antes—. Era lo único disponible y posiblemente es el peor velamen de la historia, pero te servirá para aprender. Te endurecerá —aseguró mirándola a los ojos.

Y Aldair, tras pasarse el dorso de la mano por la frente para enjugar el sudor, echó un vistazo al esperpéntico trasto que el tabernero había improvisado.

Aprovechando una carreta desvencijada, unos pocos herrajes, algunos restos de la cillería y toda la maña que había podido reunir, Niobel se las había apañado para fabricar un engendro que,

en teoría, funcionaría de modo similar a su embarcación durante la regata.

—Aquí no hay hielo —dijo el tabernero con sorna—, y será muy diferente cuando lo haya, créeme. Pero es lo mejor que tenemos, así que ¡adelante! Inténtalo.

No mucho antes, Niobel había hecho una demostración en la que todo había parecido fácil. De modo que, dispuesta, Aldair asentó los pies en las marcas de la precaria estructura de maderos y sujetó con una mano aquella especie de riendas que el tabernero le tendía.

—Los más pequeños son solo para ayudarte a alzar las velas.

Aldair agitó los cordajes como si arrease una montura y, treinta pasos más allá, dos catavientos se inflaron. Se levantaron por encima de los muros del santuario, y el viento se hizo cargo de ellos.

En cuanto asomaron sobre los adarves, las pequeñas campanas de tela tomaron impulso. Y Aldair enseguida sintió entre sus dedos el trallazo de las liñas al tensarse. Como si manejase una cometa, la montaraz se dejó caer un palmo hacia atrás, para mantener el equilibrio, y fue soltando cuerda de las líneas principales. Tal y como le habían enseñado. Entonces usó la mano libre para hacerse con el travesaño que gobernaba las verdaderas velas, mucho más grandes.

Tan cerca del suelo, sin viento al que aferrarse, colgados de los catavientos, los trapos más grandes se agitaron indecisos por unos instantes, ondeando igual que banderas remendadas. Sin embargo, la fuerza que seguían ejerciendo las dos más pequeñas ayudaba a soltar liña y, poco a poco, también se alzaron. Como los catavientos, en cuanto alcanzaron altura suficiente las mayores dejaron de gualdrapear y, en un abrir y cerrar de ojos, se llenaron con un restallido seco.

Casi se le descoyuntaron los hombros y, de no ser por la argolla que sujetaba la línea que el tabernero le había atado a la cintura, Aldair habría salido despedida.

La velocidad silbó en sus oídos y la arena le golpeó el rostro.

Todo vibraba. La tensión en las liñas le machacaba los dedos. Tras ella quedaron los gritos de ánimo de Niobel. Y de soslayo, a lo

lejos, vio como Ze se detenía para mirarla.

Los ojos empezaron a llorarle y los brazos comenzaron a temblar por el esfuerzo de mantener las líneas libres de enredos y, lo que era más importante según Niobel, las velas bien infladas. En cuanto soltó los catavientos para sujetar con ambas manos el travesaño de madera, se dio cuenta de que solo con mucho esfuerzo lograba mantener el rumbo.

Nunca, ni a lomos del garañón más veloz de las cuadras del castro, había sentido una velocidad así. Cruzaba el gigantesco claustro del Santuario Blanco como una exhalación que dejaba tras de sí una estela de polvo revuelto y ruidos de traqueteo.

Al principio, el miedo quiso hacerse un hueco, pero ella se mantuvo firme. Y fue recompensada con una exuberante sensación de libertad que la obligó a lanzar un salvaje grito de emoción. Se sintió cabalgar en el viento.

—Hay que mantener la tensión —se dijo en un susurro repitiendo las palabras del tabernero—, si no lo haces, se enredarán.

Pero no era fácil, cada soplo del viento hacía bailar las cuerdas y a ella le faltaba experiencia para manejar aquel lío de líneas. Había muchas. Bajo las más menudas, las que parecían riendas y solo servían para los catavientos, había más. Todas las del cabo principal, que era grueso como su muñeca en el extremo anclado al carro. Desde su enganche, el cabo pasaba por la polea y el carrete con el que se largaba o recogía, y desde ahí, se iba dividiendo a través de pasadores hechos con argollas, primero en dos, y luego, cada uno, se convertía en media docena de cuerdas que hacían las veces de drizas para cada una de las velas mayores.

—Este es el fiador —le había dicho Niobel—, todo depende de lo que hagas con él. Debes aprender a quererlo, pero, por encima de todo, debes respetarlo.

Y entre las dos liñas que sujetaban los trapos mayores, estaba aquel separador de madera fabricado con un eje que Niobel había encontrado en el batán del templo. En cada extremo había ojales que mantenían libres las cuerdas para que corrieran según se largaba o recogía línea.

Sujetaba con ambas manos el madero, intentando recordar cada palabra del tabernero. Con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos como la piedra del santuario.

Entorpecida por la capas de ropa, titubeante por la falta de práctica, sin atreverse a dejar de mirar al frente, necesitó un par de intentos antes de acertar con el talón en el pestillo que liberaba el freno del carrete.

—Cuanto más arriba, más viento cazarán las velas —le había dicho el tabernero en su retahíla de explicaciones.

Las velas tiraron de la liña que soltó. Subieron, y el viento hizo su trabajo. El impulso de la prisa se acumuló en los trapos.

Tras ella, Valdriz había abandonado la lectura y miraba embobado cómo aquel endemoniado artilugio devoraba cuerdas y cuerdas sobre la arena del claustro. Nunca en su vida había visto a nada ni a nadie viajar a tal velocidad. Tampoco entendía la necesidad de algo semejante. Junto a él, con menos dudas transcendentales y algo más del viejo y práctico miedo, Niobel gritaba a todo pulmón consejos que la montaraz no podía oír.

Por un momento, pese a las machaconas advertencias del tabernero, Aldair creyó que todo aquello era mucho más fácil de lo que había pensado. Y soltó aún más línea.

—Jamás cruces los brazos, nunca permitas que las liñas maestras se enreden —le había repetido una y otra vez.

Las ruedas traqueteaban, la carreta amenazaba con partirse en dos. Y los brazos parecían a punto de derretirse por el esfuerzo. Sin embargo, Aldair apretó los dientes y siguió. Estaba dispuesta a todo.

Eso era lo que había venido a hacer. Ayudarle.

Y sabía que su tiempo se acababa.

El viaje era largo y él llevaba prisa, aun así, Xalo no pudo evitarlo. Estaba nervioso por descubrir lo que le aguardaba en su destino, mucho más de lo que le hubiera gustado admitir. Sin embargo, ya que había hecho el trayecto sin descanso, decidió que podía permitirse un alto. Al fin y al cabo, hacía veinte años que no pisaba Dhum.

Antes de llegar al alfoz de la capital, se detuvo. En el enorme cementerio de los farallones, para visitar la lápida de su madre.

Y al pie de la sepultura le habló con emoción contenida, como si ella pudiera oírle. Había sido llamado junto a su padre y esa era una noticia que no podía dejar de compartir con Adhara.

La había perdido antes de tiempo y, al fallecer ella, Xalo había sufrido un revés que se sumaría al trato de su padre. Al principio, incluso se había enfadado con ella por irse tan pronto. Luego, los años le dieron el tino para lamentar su egoísmo. Para aprender a echarla de menos.

Ahora, se sentía reconfortado por traer buenas nuevas.

La visita anterior había sido de camino a la frontera; el honor le había obligado a contárselo. Avergonzado, el niño había llorado junto a ella pidiendo consuelo. Ahora, el hombre se sentía exultante.

Y quizá por su mejor humor, o quizá porque el día era uno de esos que a ella tanto le gustaban, de lluvia fina y nubes ligeras que colaban el sol de otoño, se percató de lo cuidada que estaba la tumba. Incluso se conmovió al vislumbrar el cariño de su padre por mantener la sepultura limpia de rastrojos y polvo.

Durmió al raso, junto a ella, como cuando era un niño. Pero con el amanecer se puso en marcha. Atravesó la muralla y empezó a descender por el Paseo de los Arimios.

Aunque no tomó la travesía que lo llevaría al castro y a la Casa del Nordés, continuó hacia los barrios del puerto. Y salió de nuevo de la muralla para quedarse al pie del Acantilado Rojo.

En lo alto del peñón, los hombres de la guardia nocturna abandonaban ya sus puestos. Descendían por las escaleras talladas

en la misma roca y dejaban tras ellos el parapeto donde, durante toda la madrugada, había ardido la hoguera que servía de faro a los navegantes.

Xalo se tomó su tiempo para contemplar las estelas que recordaban a quienes habían regresado del hielo, inscritas en la roca desde la victoria de Palas.

Allí, al pie de la inmensa peña, los carpinteros de la Casa del Nordés empezaban con los preparativos, levantaban un andamio para que los canteros pudieran recoger la crónica de la regata a punto de disputarse. Y, por encima de las cabezas de los artesanos, envuelto en el salitre de la marea, Xalo leyó con orgullo el nombre de su padre.

Se sentía honrado por haber sido llamado de nuevo, y esperaba redimir todos y cada uno de sus pecados. Ni por un momento sintió amargura por su destino, o por las penurias que los segadores le habían hecho pasar antes de admitirlo como uno de los suyos. Si su padre había tomado aquellas decisiones, había sido por su propio bien. Y él solo deseaba descubrir en los ojos de su padre, en un gesto, en unas palabras, la aprobación que llevaba una vida buscando.

Antes de presentarse al nordés hizo una última parada.

Atravesó los portalones abiertos en las defensas del castro, saludó a los segadores que hacían de centinelas, cruzó el patio y se detuvo en las galerías de los tatuadores, las que había antes de los Jardines de la Reina, antes de la Torre del Reloj, antes de la Casa del Nordés.

La mañana, en la que aún persistía el orvallo gris de Dhumbria, acababa de comenzar. Fue el primero de los clientes.

—Hoy, en el mes de la vendimia, el tercer día de Caldair, he sido llamado junto a mi padre, el nordés —dijo conteniendo las emociones, mostrándose como se esperaba de él—, y quiero que se me recuerde por ello.

El artesano, un viejuco cenceño de rostro reseco, grande como una torta de pan, se pellizcó un antebrazo cubierto de tatuajes con dedos manchados de tinta. Lo miró con aire cansino bajo párpados caídos y, después de acercarse con pasos cortos, preguntó:

—¿Dónde lo quieres?

Xalo se quitó el sombrero, se libró del cinto con las hoces, se desabrochó una a una las hebillas, se desvistió del tabardo y se sacó la camisola. De su cuello pendía el saquito con juncia que muchos llevaban para librarse de males de ojo y brujerías. Con un suspiro inevitable, se llevó las manos al cogote y deshizo el nudo para dejar el amuleto junto a su ropa. Al cabo, señaló su pecho, junto al corazón, bajo otro tatuaje que ya tenía unos cuantos años.

—Aquí —dijo con solemnidad.

El vejancón se sacudió la pereza con un largo bostezo desdentado. Luego, con parsimonia, se acercó a mirar su lienzo. El otro dibujo, que reconoció como suyo, explicaba cómo aquel hombre había sido enviado a la frontera. Entonces recordó la historia, incluso pensó con cierta añoranza en los rumores de rebelión que habían llenado los labios de todos, cuando el nombre del sastre había traído esperanzas. Luego resopló, porque ya era viejo; había aprendido que los hijos no son responsables de los pecados de sus padres. Al fin, asintió para aceptar el trabajo.

Xalo cogió la bolsa que llevaba al cinto. Rebuscó en el interior y sacó una pieza de plata, una que le había regalado su madre cuando niño. La acarició entre los dedos con morriña y la ofreció.

—Eso es demasiado —dijo el tatuador con recelo, temiendo una trampa.

—Lo que sobra es para que vayas a una taberna, invites a una ronda, y lo cuentes. Para que digas a todos que a Dhum ha regresado Xalo, el hijo de Xallas, de los Xanceda.

El otro asintió con comprensión. Con una mano ágil hizo desaparecer la moneda y, con la otra, tocó el músculo abultado. Con los dedos palpó la piel, calibrándola para su trabajo.

—¿Quieres usar los antiguos símbolos, como en ese otro? —preguntó señalando con el mentón el más antiguo de los tatuajes.

Ese era el modo de hacerlo relevante, de darle dignidad. En Dhumbria la lengua muerta se reservaba para el magisterio y lo solemne, como las celebraciones en el Templo de Rinlo.

—Sí —repuso Xalo vehemente—, eso quiero.

El viejo trasteó con sus mejunjes. Mezcló cenizas de agallas de carvallo, algas secas y media docena más de potingues hasta que la tinta, oscura como la noche, quedó a su gusto.

Hecho con un hueso del pecho de un cormorán, el peine de agujas comenzó a golpear rítmicamente, con la precisión de la experiencia. El repicar sincopado del instrumento resultaba cautivador. El dolor era un eco lejano que Xalo se esforzaba en relegar a algún lugar perdido. No podía mostrar debilidad. Y quería asegurarse de que el relato del viejuco incluiría el asombro de haber hecho el trabajo sin escuchar el más mínimo gemido.

Cuando uno de los sacerdotes se ofreció a atravesar el Gran Salón y llegarse al templo para avisar al bispo, apenas había caído la tarde. Las sombras de las almenas en la Torre del Reloj se estiraban sobre las piedras del patio de armas.

Aunque se había detenido en el cementerio y en el Acantilado Rojo, Xalo había aventajado en dos días al mensajero que le llevara recado. Nadie lo esperaba tan pronto. Y, mientras la noticia de su llegada se entretenía con diplomacias, la tenaza de los nervios le hizo olvidar el doloroso roce de la tela en su nuevo tatuaje.

Estaba deseando ver al nordés. Ponerse a su disposición como hombre de la guardia; pero más que nada, deseaba sentirse un hijo.

Aguardó en los zaguanes del Gran Salón, no lejos de los almacenes en los que sus fantasías infantiles libraban batallas y conquistaban bastiones.

Tantos años después, estaba de nuevo en el castro, a punto de regresar a la Casa del Nordés, y de nuevo dejaba volar su imaginación. Quizá le aguardaba un nombramiento de peso, podía ser que sus esfuerzos, al fin, se vieran recompensados.

Imaginó mil posibilidades, pero jamás hubiera aventurado que su vida iba a deshacerse en pedazos.

—Allí descansan las reliquias de Caldas —dijo Valdriz.

Con uno de sus dedos señalaba. Y su uña roída apuntaba al centro del lago.

Allí, en medio de aguas tan transparentes que dejaban ver su fondo, incluso a más de una cuerda de la superficie, emergía un impresionante túmulo de rocalla resplandeciente. La piedra, blanca, cuarteada por grietas y marcada por regueros de goteras viejas como los pactos de los reyes, trepaba hasta el techo de la gigantesca caverna. Chantada en medio de la laguna, servía de cimiento a lo que, por encima de ellos, formaba el conjunto del altar y la Torre de la Gema. Miles de símbolos grabados en todo el contorno daban testimonio de los muchos que habían estado allí antes que ellos.

—Él se sacrificó por nosotros. Cuando las mesetas se quedaron yermas, cubiertas por los huesos de los guadañeros. Caldas llegó desde allende el este para traernos las divinas enseñanzas —continuó con veneración—. Sufrió el martirio de la sed en el desierto y murió por nuestra salvación —afirmó el frade convencido, entrecerrando los ojos—. Aquí mismo —ratificó con un golpe de talón—. Aquí es donde Caldas entregó su vida a cambio de nuestra salvación eterna, y aquí sucedió el milagro —su fe resultaba palpable; ser el último de los suyos no le había restado un ápice de convicción—. Aquí manó una fuente que apagó para siempre este infierno en la tierra. Así fue como Eno vino a buscarlo en su barca de piedra y, como prueba de la bondad de Caldas, llevárselo a los cielos.

El monje y Aldair estaban en el descanso donde terminaba la larga escalera que descendía desde los soportales del claustro. Allí, tallado en la roca, había un pequeño andén que servía de dársena a las barcas de fondo plano que los monjes usaban en el lago.

Ella tenía las manos metidas en un barreño con agua, sal y vino rancio, intentando sanar las ampollas que, por culpa de las exigencias del tabernero, cubrían sus palmas desde hacía semanas.

Como venía haciendo desde que ellos llegaran, Valdriz aprovechaba cualquier momento para atraerlos a su redil. La montaraz sospechaba que el frade no se había rendido a ser el último de los albinos del Santuario Blanco. Y, aunque Aldair procuraba escucharlo con consideración, en ese momento, las prédicas de Valdriz eran solo un murmullo de fondo. La atención de la montaraz estaba en otra parte. Dividida entre las punzadas de dolor que subían por sus antebrazos, y el sonido de chapoteo que provocaba Ze.

—¿Cómo es que nunca falta el agua dulce? —había preguntado el tabernero unas noches antes mientras el fraile les ofrecía sopa floja.

La montaraz y Ze se habían mostrado más preocupados por agradecer aquella insípida hospitalidad de monjes y monasterios, con la que uno espantaba el hambre tan bien como la gula. Pero el tabernero, quizá llevado por el oficio, se había interesado por la logística.

—Oh, pues claro que no, ¿por qué había de faltar?

—Y puede saberse de dónde diantres sale, ¿no irás a decirme que exprimes las piedras? —insistió el tabernero.

—Ah, pobre alma descarriada. Claro que no, aquí es donde se obró el milagro —le había repuesto Valdriz con conmiseración—. En este santo lugar descansan para siempre las reliquias de Caldas.

—Pero ¿qué milagro?, ¿de qué demonios hablas?

Y el fraile había suspirado con resignación. Con uno de sus apostólicos gestos perdonó al pagano y la acidez de sus palabras, que sabía sin mala intención.

—Aquí fue donde Caldas murió en nuestro nombre —le había repuesto levantándose.

Los había guiado por los soportales hasta una entrada disimulada como las encrucijadas del laberinto. Y los había invitado a descender con él por los peldaños que llevaban al lago subterráneo.

—¡Que me aspen! Al final ese condenado trasgo tenía razón. Si va a resultar que el desierto es el lugar perfecto para preparar una regata —había dicho Niobel—. Tenéis que jurarme que no se lo

diréis a ese timador de tres al cuarto. ¡Jurádmelo! No soporto que acierte.

Bajo el claustro se abría una gigantesca herida en la inmensidad de la roca.

Además, como en aquel último corredor, de algún modo que ninguno de ellos comprendía, los rayos de sol que atrapaba la gema en la cumbre de la torre no solo servía para iluminar el pasadizo, sino que también lograba esparcirse sobre el lago, llenándolo todo con una luz que ni el mismo mediodía al sol del desierto podía desmerecer.

—En los viejos tiempos —dijo entonces Valdriz—, cuando un peregrino llegaba hasta aquí y aceptaba las enseñanzas, si deseaba unirse a nuestra orden se le pedía que nadase hasta el centro —añadió señalando al túmulo—, hasta las reliquias, y que pasase una noche velando al santo Caldas. Al amanecer había de subir al altar para consagrarse como hermano del Santuario Blanco. Limpio, convertido, obligado por sus sagrados votos y cambiado de por vida —aseguró el frade con melancolía—. Así era como se nacía a la vida transformado en un albo —concluyó con el nombre que los de su orden recibieran en tiempos de los reyes.

Aquel comentario hizo reflexionar a la montaraz, que, mientras se frotaba cuidadosamente las palmas sumergidas en el bálsamo, hizo una pregunta.

—¿Y cómo es que todos los monjes sois… son… eran…?

El pudor la obligó a callar, insegura por si se inmiscuía en donde no debía. Pero Valdriz, menos picajoso, completó la frase.

—¿Albinos?

Aldair asintió. Antes de conocer al fraile, siempre había creído que aquello no era más que un bulo, una exageración que padres temerosos daban en herencia a sus hijos.

—Piensas que es el agua de este lugar —dijo con una sonrisa—, ¿verdad? Que por la mañana, tras pasar la noche bajo el altar, despertábamos así, ¿a que sí? Pues no, no es eso, porque los caminos a la verdad son tortuosos. Es más lento. Sucede según los días pasan en el Santuario Blanco. Es una gracia que Caldas concede a los suyos, un don divino que nos identifica como

hombres de paz allá donde prediquemos. Y ese, chiquilla, es uno de los misterios de Caldas.

La montaraz intuyó que bien podía haber una explicación más terrenal. Quizá no fuera el agua, pero podía ser la eterna sal que emanaba de las rocas, aunque decidió complacer al frade.

—Bendito sea.

Se oyeron entonces pasos en la escalera. Niobel regresaba después de reparar el cachivache que había construido para la montaraz, chisme que, indefectiblemente, sufría algún desperfecto cada día.

—¿Aún sigue ahí? —preguntó refiriéndose a Ze.

Valdriz volvió a enfrascarse en sus lecturas y, con una mirada compasiva al barreño donde la montaraz se enjugaba las manos doloridas, el tabernero se sentó al lado de Aldair.

Aparte del chapaleo que Ze provocaba, todos callaron y, por un momento solo hubo silencio, un silencio pesado, como el que habían conocido en las minas. En aquella extraña luz que se filtraba desde la torre, los reflejos de las ondas en el lago bailaban a su alrededor. El olor azul y limpio del agua lo cubría todo. Se respiraba quietud. Y más que en ningún otro lugar en todo el templo, podía allí sentirse la fuerza que emanaba del Santuario Blanco.

—Si alguien puede conseguirlo —dijo de pronto el tabernero—, es él —aclaró mirando hacia su amigo—. Lleva aquí desde el desayuno. ¡Demonios! Ese condenado loco es capaz de remar hasta los mismos infiernos —en su voz había una extravagante mezcla de perplejidad y preocupación.

Los remos subían, dejaban caer un racimo de gotas de agua y volvían a bajar, una y otra vez, sin descanso.

En algún momento del día, el remero se había quitado la camisa e, incluso desde donde estaban, podían verse los tatuajes, las cicatrices y, bañados en sudor, los poderosos músculos que dibujaban una inconfundible silueta de fuerza y voluntad.

—El secreto está en el ritmo. No se trata de ser más rápido o de tener más fuerza —dijo el tabernero—. Eso es lo que piensan los muchachos que presumen en el puerto cuando van a pescar sepias. No, nada de eso. Lo que hay que hacer es soportar el dolor de los

brazos convirtiéndose en harina a medida que pasan las horas… Que pasan los días. Eso es algo que solo los mejores aguantan —concluyó señalando con el mentón hacia Ze.

Aldair olvidó sus manos. Ahora que estaba tan cerca de él, cuando había logrado tenerlo a su lado, no pasaba un solo día en el que la amenaza de la regata, de volver a perderlo, no se hiciera patente.

Cuanto había quedado atrás, la condena a la que se enfrentaría cuando aquella locura terminase; nada importaba, solo él. Lo único que lamentaba era no poder decirle la verdad. Pero su silencio, ese que había estado a punto de romper la Reina de Rexos, era uno de los eslabones del pacto.

Se secó en los pantalones y echó mano a la bolsa en su cintura. Disimulando para que ni el fraile ni el tabernero se diesen cuenta, acarició el frío cristal del reloj de arena.

El mayor tormento era saber que su tiempo tenía un final. Por más que quisiera, no podría quedarse con él.

Allí, encerrados en el desierto, las primeras nieves no eran más que una quimera que, quién sabía cuándo, pintaría las Montañas Azules.

Uno tras otro, se fueron desgranando los días. Intensos amaneceres rojizos se tendían sobre los muros del laberinto y el sol, implacable, se aupaba en el cielo para calcinar el monasterio antes de fundirse en largos ocasos sobre el horizonte de la sierra. Luego el calor de las tardes se asustaba con el frío de las noches. Y las mañanas ajustaban las cuentas mucho antes del mediodía. Era un ciclo imperturbable. Como si el tiempo se hubiera detenido por siempre al abrigo del Santuario Blanco.

Aquel lugar había sido el mayor templo de todos los conocidos, el marchamo de la gloria de los hombres, la más sagrada entre las casas de piedad. Tan magnífico que aún quedaban migajas de su esplendor. Y, generoso, el santuario les brindó más que hospitalidad. Las reservas del templo los alimentaron. Los viejos útiles sirvieron para los trastos de Niobel, que se llevó la más agradable de las sorpresas cuando encontró un telar que aún marchaba. Y el lago, para que Ze viajase más allá de las fronteras del dolor.

En cuanto a Aldair. Sus manos se fueron curtiendo. Los cabos y las velas se hicieron sus amigos. Aprendió a escuchar el viento en las drizas y los restallidos del trapo. Descubrió cómo entenderse con las tareas de timonel. Incluso se sintió segura manejando aquel cachivache ideado por el tabernero, eso siempre y cuando no intentase sacar toda la liña, porque cada vez que se excedía llegaba el desastre.

Tanto era así que, con el tinte que pudo apañar machacando unos escarabajos, Niobel había pintado marcas en la cuerda a fin de que, según fuera saliendo de la polea, Aldair supiera las brazas de línea que manejaba. Y habían descubierto que cincuenta era un límite insalvable. En cada ocasión que los cinco manchurrones de tinte rojizo aparecían por la primera argolla de la polea, los cabos se enredaban y las velas caían con estrépito.

Sin embargo, pese a aquellas malditas cincuenta brazas, mientras la tensión iba creciendo en sus compañeros a medida que el invierno se acercaba, ella, al menos, era feliz.

Llegó a desear que la regata no fuera más que un mal sueño. Lo tenía a él cerca. Era casi perfecto.

Además, allí sus secretos estaban a salvo. Y, tal vez, solo tal vez, el poder del templo la libraría de cumplir con su parte del pacto.

Muchas noches pensaba en ello y la consolaba mentirse así.

—Espera, más despacio —le dijo en un susurro tímido al reloj de arena.

Los demás dormían. Repartidos en uno de los viejos almacenes del templo, en torno a un fuego mustio de muebles rotos. Inaz acostada junto a su amo, el tabernero con ronquidos que interrumpían sueños inquietos, y Valdriz, que había abandonado su vieja celda para no estar solo por más tiempo, tan sereno como una estatua.

A la luz de las llamas miró los dos lóbulos de cristal y el engarce de plata ennegrecida. Tenía apenas el tamaño de un par de dados, como los que usaban los tahúres del puerto, aunque pesaba de forma inconcebible. La juntura entre las dos lágrimas de vidrio, de tan fina, parecía invisible. Era, al cabo, un misterio. Según como lo mirase, a veces parecía recién salido del taller de un orfebre habilidoso, otras recordaba más bien a lo que un niño hubiera desenterrado en el jardín de una casa abandonada.

Volvió a probar sabiendo que las cien veces anteriores no había funcionado.

Poco a poco, inclinó el reloj, pero el goteo de arena no cesó. Eran granos finos como suspiros, de un color azul, tan intenso que incluso en aquella media luz parecían brillar. Y aunque lo tenía apoyado de través en la palma extendida de su mano, por virtud de algún encantamiento incomprensible, como un hilo teñido de azul, el tiempo encerrado en el interior del cristal seguía cayendo.

Ya lo había intentado antes, y continuó girándolo para ponerlo del revés. Aún así, desafiando las leyes de la naturaleza, inexorable, la arena no se detuvo.

—Más despacio…

Por el momento, apenas había en el fondo una pequeña porción de aquella arena, pero por más monótonos que fueran los días en el monasterio, aquel condenado reloj le recordaba que no se le había concedido más que una oportunidad. Sus días estaban contados, prendidos en la arena de aquel maldito artilugio.

Después, todo acabaría.

Alguna noche, la tentación había sido demasiado fuerte y se había dejado llevar hasta el puerto para timar a marineros cargados de meslum. Pero el resto del tiempo, el pequeño Mandeo había sido fiel a su palabra.

Aparte de esas escapadas, en las que desfalcó unas piezas de cobre, el trasgo había patrullado incansablemente el Castro de Dhum. Siempre ojo avizor, a la espera de noticias. Al fin y al cabo, por muy bribón que fuera un trasgo, una deuda como la suya con el remero no debía olvidarse jamás.

Así que, gracias a su tozuda diligencia, en una de sus rondas por las cocinas, había escuchado una conversación entre dos hombres espejo. Mandeo sabía que aquellos gordinflones solían tener información abundante y debilidad por acechar las despensas. Y sus intuiciones se habían visto recompensadas al descubrirles cuchicheando sobre la visita de Xalo.

Gracias a aquella indiscreción, a la mañana siguiente, entre bostezos y rascamientos, el trasgo se dispuso a hacer guardia sentado a horcajadas en una de las lámparas de los zaguanes. Sin ápice del vértigo que cualquiera hubiese sentido a semejante altura, luchó contra el aburrimiento de la espera recordando viejas historias de grandiosos embaucadores. Y con las primeras luces grises de la mañana, el trasgo vio llegar al joven que se había hecho un nombre entre los segadores.

Supo que era él a quien aguardaba por el tabardo negro, las hebillas y toda la parafernalia. Además, era fácil reconocerlo, porque Xalo había heredado la prestancia de la perdida Adhara.

Al contrario de lo que Mandeo había imaginado, al hijo del nordés le hicieron esperar un buen rato. No fue hasta bien entrado el mediodía que el bispo en persona vino a buscarlo.

Fue entonces cuando Mandeo usó todas sus habilidades de trasgo para desaparecer por los recovecos entre las vigas y escurrirse por esos caminos que solo los suyos conocían. Con tales mañas, se las arregló para aparecerse en los despachos de Xallas

antes incluso de que los otros dos hubieran tenido tiempo de llamar a la puerta.

—Adelante, entrad —dijo el nordés cuando los golpes sonaron.

El joven, que pasó tras los aleteos de la capa de Tambre, traía los nervios escondidos bajo un gesto sereno. Y por lo que Mandeo vio desde su escondite, el tal Xalo era el único en toda Dhumbria que no obedecía al nordés gracias al miedo, sino a la admiración. La mirada cargada de orgullo que el joven echó al pretencioso tapiz colgado en los aposentos se lo confirmó.

—Bienhallado —lo recibió Xallas sin abandonar su asiento tras la mesa.

A Mandeo le dio la impresión de que la falsedad podía palparse, pero él nunca había entendido a los hombres. Capaces de mentirse entre sonrisas y de traicionarse por unas baratijas. Porque los suyos podían estafar, robar y desfalcar, pero nunca cuando la víctima fuera otro trasgo.

—Gracias, padre —respondió el segador haciendo acopio de formalidad.

El nordés ni tan siquiera se había levantado para recibir al hijo que llevaba años sin ver.

—Mi señor. Gracias —dijo Xalo llevándose la mano al corazón para encarnar el ritual de respeto a un gobernante—. Estoy aquí, dispuesto para servir a mi nordés, aquí y ahora.

Pero Xallas parecía no oír, devolvió sus ojos a los asuntos desparramados por su mesa y no contestó.

Lo que menos le gustó a Mandeo de aquel joven fue el hecho de que resultase ser el hijo del condenado Xallas. Porque el aplomo que desprendía hablaba bien de él pese a su edad. Aunque para un trasgo, los años de los hombres eran siempre extraños, ya que los suyos vivían, como poco y siempre que no sufrieran la ira de alguno de sus timados, al menos el doble; a veces incluso el triple. Como había sido el caso del buen Tilidan, que a la brisca le había ganado un buey a un sureño con la provecta edad de ciento cuarenta años.

Un regüeldo del bispo sacó a Mandeo de sus pensamientos.

—El viaje desde el norte habrá sido largo, y duro. Estoy seguro de que, en cuanto tu… En cuanto él sepa cuál es su cometido,

podremos ocuparnos de que se acomode en algún puesto del castro —intervino aquel cuervo de Tambre—. Hasta que llegue el momento…

El nordés, por toda respuesta, compuso una sonrisa enigmática. Y volvió a alzar el rostro para mirar a su hijo con frialdad.

Aun así, la esperanza brilló en los ojos del joven y Mandeo supuso que era natural; después de tanto tiempo, se le abrían de nuevo las puertas de su hogar perdido. Aunque aquello no parecía el encuentro entre un padre y un hijo.

—Como sabrás —empezó a decir Xallas desde el otro lado de su enorme mesa—, este es año de regata.

La pausa sirvió para desconcertar al joven, que se mantuvo callado. Él jamás hubiera corrido contra su padre, además, se podía intuir que estaba convencido de que el nordés seguiría siéndolo por muchos años.

—Y supongo que también sabrás que la ley exige ciertos asuntos al respecto —aventuró con aires interrogativos—. Como, por ejemplo, que de entre los segadores, ha de elegirse a uno.

Se le escapó un respingo al trasgo y el ruido hizo que Tambre mirase distraído hacia la rendija en los rodapiés donde Mandeo se escondía; sin embargo, gracias a sus artes, el pequeño espía logró pasar desapercibido.

El que no pudo hacerlo fue Xalo, que se dejó llevar por la emoción antes incluso de oír el nombramiento.

—Me siento abrumado… Jamás hubiera…

El nordés agitó su mano con condescendencia.

—Tú eres uno de ellos, un segador —le dijo el nordés a su hijo—. Y la ley se cumplirá —vaticinó.

La agitación de Xalo se hizo patente.

—La ley se cumplirá y tú serás el juez de la regata —concluyó el nordés.

—Gracias, muchas gracias —repuso el joven intentando mantener la compostura—. Es un honor que no merezco… Aprovecharé esta oportunidad.

—Así debería ser, se espera mucho de ti, muchacho —le repuso su padre con rudeza.

Siguió un silencio, preso entre las quijadas tensas de Xallas, que miraba fijamente a su hijo.

—No me falles —le dijo entonces en tono amenazador—, no me falles.

Xalo abrió la boca para apresurarse a prometer, pero el nordés no le dejó.

—Puedes retirarte.

Y, desconcertado, el joven abandonó los despachos de su padre.

Cuando se hubo marchado. Mandeo decidió quedarse, al igual que el bispo. Y escuchó algo importante. Aunque no supo entender su significado hasta días más tarde.

—¿Seguimos sin noticias? —le preguntó Xallas al elegido de la orden de sacerdotes.

Tragándose uno de sus gases, el bispo tiró del cuello de su capa con un dedo afilado.

—Me temo que no —reconoció afectado—, pero eso podría significar que no van a presentarse.

—Lo dudo, lo dudo mucho.

Xallas quedó pensativo, inmerso en su mundo, y el bispo no supo si se esperaba de él que dijese algo más o que se retirase. Se limitó a rastrillar la lujosa alfombra con la puntera de sus borceguíes de gamuza. Porque, intuyó Mandeo, algo había que deseaba decir y no se atrevía.

—Ese malnacido aparecerá. Siempre lo hace —aseguró el nordés mirando hacia el mar por el gran ventanal—. ¡Sigue atento! Dispones de cuanto necesites para cualquier soborno, ¡quiero saber qué ha sido de Ze!

—Claro, por supuesto.

—¿Y has averiguado algo de esa tal Aldair?

—Sí, por lo que parece es la hija del sastre —dijo Tambre sin más detalles.

No hacía falta explicarse para saber que se trataba de Aldro, el rebelde que había estado a punto de hacer caer al nordés.

—Pensé que había muerto —dijo Xallas perplejo.

—Bueno… —Tambre titubeó, inseguro—. Según he podido saber, se crio con los montaraces después de que su madre muriese.

El nordés seguía mirando hacia el mar que, aquel día, rugía con fuerza, estrellándose contra las rocas y recordando a los pescadores que él, y no Xallas, era el señor que gobernaba Dhumbria. Probablemente solo los más hambrientos habrían salido a faenar.

—Puedes retirarte.

Indeciso, Tambre se quedó con el ademán de volverse a medias y dejó escapar un susurro:

—El juez tiene potestad para tomar decisiones que…

Dejó la frase en el aire, no quería provocar la ira de Xallas, que prendía fácilmente.

—¿Acaso crees que no lo sé? —preguntó el nordés fríamente.

La acidez de las tripas de Tambre se revolvió en su interior y una mueca de dolor le contorsionó el rostro.

—Yo me ocuparé de eso.

—Es que…

—¿Qué? —cuestionó con voz astillada.

—No solo se trata de si se puede confiar o no en él. También está el asunto de las habladurías… Este nombramiento… Digamos que puede levantar algunas ampollas…

Entre la guardia habría segadores que se sentirían desairados por el desplante de nombrar a un advenedizo.

—No importa —sentenció Xallas—, me interesa tener al muchacho cerca. Puede ser útil llegado el momento. Tanto para hacerlo por las buenas como para hacerlo por las bravas —concluyó de modo enigmático.

El sol se acurrucaba en el mar. La luz del ocaso se esparcía sobre las olas, blandas tras el caos de la tormenta. El cielo, terso, espantaba las últimas cintas grises de unas pocas nubes rezagadas.

Sobre el agua, al capricho de la marea, danzaban puntillas hechas de reflejos dorados. En la orilla se secaba el testimonio de la lluvia.

En el enredo que tejían las ramas del sombrajo, cientos de gotas atrapaban los brillos de la puesta de sol. Se convertían en perlas que presumían entre las diminutas flores blancas del árbol, las únicas que se atrevían a combatir los fríos del cercano invierno.

Los animalillos se habían escondido ante la furia de la galerna y los que no habían encontrado resguardo intentaban, afanosos, secarse. La brisa soplaba cargada de un perfume hecho de hierro, bochorno, tierra empapada y consuelo; el de las mujeres de los marinos que, mientras contemplaban el horizonte despejado desde las ventanas de Dhum, respiraban aliviadas, apretando entre sus dedos enrojecidos por la lexía las cuentas de sus rosarios.

Y, al pie del sombrajo, bebiendo el uno del otro, dos amantes compartían susurros sobre una manta que había quedado empapada sin que les importase.

Él usó sus labios para pintarle la piel de lujuria. Empezó en los tobillos y fue ascendiendo por las curvas de ella, apoyando su boca con dulzura para aletear en cada recoveco y arrancarle suspiros lánguidos que eran promesas inconfesables.

Ella enredaba sus dedos en los recios cabellos de él y sentía la pasión crecer. Con cada beso, corcoveaba como una gata ansiosa y tironeaba de los mechones que sus manos temblorosas podían atrapar.

Se revolvieron entre jadeos hasta que sus bocas se abrazaron con prisas. El ansia por encontrarse los espoleaba, y todas sus manos recorrieron laberintos desconocidos en el cuerpo que abrazaban por vez primera. Apenas pudieron decirse otra cosa que gemidos, porque entre ellos, con llamas que los consumían, ardía el

deseo. Cada caricia era un rastro de sal que quemaba la piel con un pálido dolor dulzón.

Ella paseó sus dedos por la espalda de él. Sintió el abrigo reconfortante de los músculos, que se endurecían y relajaban con cada batir de su amante sobre ella. Percibía la fuerza de él, y también la delicadeza, y se sentía a un tiempo segura, en el refugio de aquellos brazos fornidos, y atemorizada, por la jaula de aquel abrazo.

Él acarició las corvas y revolvió las manos hasta abrirse camino entre los muslos. A ella, la timidez la obligó a temblar, asustada por un instante, juntando sus largas piernas en un reflejo inevitable. Y él, comprensivo, se alejó por un momento y la besó en el valle entre sus pechos.

La lengua caminó por la piel tejiendo brillos. Ella gimió. Él insistió.

Abandonó la cintura y usó las manos para recogerlos suavemente, como a frutas maduras, y sus labios se dejaron besos que fueron ascendiendo hasta que los dientes cogieron uno de los pezones y lo abrazaron. Al instante, ella reaccionó clavando las uñas en su cintura, tiró de él, quiso fundirse con él.

El trabajo había endurecido las manos de él volviéndolas ásperas, pero sus caricias eran lánguidas como miel. Y, cuando ella volvió a corcovear, él recorrió de nuevo los muslos hasta la horquilla donde se unían.

Allí se detuvo una eternidad que fue al tiempo agonía y placer, apretando suavemente su mano en la alcancía de vello ensortijado. Y ella alzó las caderas para que los dedos encontrasen el camino.

Se besaron, tomaron aire, resbalaron en la manta empapada y cuando ella iba a enloquecer de impaciencia, las caricias comenzaron para arrancarle un grito que solo pudo contener enterrando su boca en el cuello de él y mordiendo suavemente la piel tatuada.

Los dedos de él se acunaron en la intimidad de ella. Primero con languidez, luego con ansiedad, finalmente, enfebrecidos. Brotó una humedad cálida que inundó la manta y convirtió la mano de él en un salmón remontando las corrientes de un arroyo.

De pronto, el goce fue tal que los miedos de ella huyeron espantados. No quedó ni un resquicio de timidez, solo deseo. Y, empujada por aquel anhelo, sus propias manos cobraron voluntad. Casi sin creerlo, se descubrió buscando su hombría.

Ella tanteó la piel, los músculos. Recorrió las caderas de su amante moviendo los dedos de puntillas hasta que atrapó el cálido miembro y lo envolvió. Sintió cómo palpitaba, firme y preparado. Lo oyó gemir a él. Y entonces lo guio hasta su interior.

Él empujó suavemente. Y, poco a poco, con la agonía de una tortura, se fue abriendo camino en la carne tibia y húmeda.

Se fundieron. Bailaron como las olas que batían cerca. Un golpe de brisa sacudió el sombrajo y unas cuantas flores cayeron sobre ellos como copos de nieve. El día terminaba envolviendo el horizonte con reflejos dorados. Ellos encontraron el ritmo del amor, que latía al unísono en sus corazones.

Acompasados, como uno solo, aliviaron su lujuria. Se amaron hasta que la noche los envolvió y, cuando el cansancio se aupó como vencedor, se acurrucaron juntos hasta que el frío los obligó a levantarse.

—He de volver —dijo ella en un susurro—. Mi padre se dará cuenta de que falto si me retraso más —su voz destilaba la incertidumbre que sentía entre el deber y el deseo.

Él depositó un beso en su mejilla y asintió comprensivo. Queriendo reconfortarla.

Y ella, abrumada, lo miró con intensidad. Había ido todo tan rápido. El amor se había desbocado desde el primer instante, inundándolo todo a su alrededor. Y sus sentimientos peleaban unos con otros, tan pronto se notaba arder por el anhelo, como el miedo a aquella locura se hacía su dueño. Se puso entonces a recoger sus ropas arrugadas para apartarse de sus temores. Sus manos, presas de los nervios, no respondían como era habitual, pero ella intentó concentrarse en las telas y olvidarse del frío que erizaba su vello.

De pronto, se dio cuenta de que él la observaba mientras se vestía y, aunque acababan de compartir sus cuerpos, las mejillas se le arrebolaron por la timidez de saberse desnuda.

—¿Qué…? ¿Qué miras? —le preguntó al fin con la voz entrecortada.

Él, con perplejidad, tardó en responder. Pero cuando lo hizo, fue sincero.

—A ti —dijo con dulzura—. Eres preciosa.

Solo había tenido tiempo de vestirse la falda. El bochorno se intensificó en el rostro de ella y, sin pensarlo, se cubrió los pechos cruzando los brazos. Todo había ido tan rápido, había sido tan apabullante.

—Cuando te vi por primera vez me odié por cobarde.

Ella logró alzar los ojos para encontrar los de él y preguntarle sin pronunciar palabra.

—Porque me faltó el valor para hablarte. Me quedé allí pasmado, en medio de las mesas de atado, boquiabierto. Pero en ese mismo momento supe… Supe que eras cuanto necesitaba —ella vio batirse las aguas azules que pintaban los ojos de él.

Solo habían pasado unos pocos días desde aquel primer encuentro. Y, juntos, los habían convertido en una vorágine borrosa que los había aupado a un carrusel de emociones del que no deseaban bajarse.

Ella, conmovida, se acercó y acarició con las yemas de sus dedos la recia mandíbula. Sintió el nacimiento de la barba, la firmeza del hueso que definía el mentón. Y, de repente, le asaltó la necesidad de hablarle, de jurarle que le amaba. No se atrevió, porque las palabras pesaban demasiado. Su corazón le gritaba y, sin embargo, ella calló.

Él pareció adivinar una parte de las tribulaciones por las que pasaba su amante y, cariñoso, devolvió la caricia.

—Nos vemos mañana —se atrevió ella—, en la cofradía. Quizá Niobel ya se encuentre mejor.

Apenas las palabras salieron de su boca ella se arrepintió. No era aquello lo que quería decirle. Le habría gustado tanto susurrarle que deseaba pasar el resto de su vida junto a él, que ansiaba convertirlo en el padre de sus hijos. Gritarle que lo amaba con toda su alma.

—Mañana, en la cofradía —repitió él.

Quedaron en silencio por un instante. En el azul de los ojos de él se sacudió entonces una marejada de inquietud.

—El mundo puede cambiar en una sola noche, en un solo instante —afirmó él chasqueando los dedos—. Bastó un parpadeo para que todo cambiase para mí. Lo que creía, lo que deseaba, lo que esperaba. En cuanto te vi. Quería convertirme en patrón, honrar la memoria de mi padre. No tenía miedo a nada… Ahora… Ahora ya no sé… Me aterroriza la idea de perderte —aseguró dejando caer el mentón derrotado—, de no volver a verte… De que te canses de mí.

Ella se sintió abrumada porque sabía que él era hombre de silencios. Quería corresponderle, hablarle de cuánto había llegado a amarle en esos pocos días, pero no tuvo el valor de hacerlo.

—¿Puedo pedirte una promesa? —le preguntó él.

Y como ella asintió, él continuó, afligido por la sinceridad.

—Prométeme que esta noche no te vas a olvidar de mí… Que mañana, cuando despiertes, seguirás pensando en mí. Y el día después, y el siguiente…

Ella sonrió. Aquel hombre podía alzarla con una sola mano. En sus brazos robustos se sentía segura. No había otro marino en todo el puerto capaz de plantarle cara. Era aquel en el que los niños se miraban para encontrar admiración. Y ahora le hablaba como un niño asustado. Él era un hombre curtido en la mar, capaz de enfrentarse a las tormentas, a las peores galernas, a los marrajos. Capaz de arriesgar la vida por salvar a su amigo, sin dudarlo. Y a ella le hablaba llena de miedo. Eso hizo que su corazón se llenase de ternura y compasión, porque ella sentía lo mismo.

—No me olvides.

—Nunca —logró decir ella sin titubear, pero callando las mil palabras que hubiera querido añadir.

—No me olvides.

Empapado, cubierto de sudor frío, Ze despertó.

Abrió los ojos y se sintió perdido. Las olas no resonaban en sus oídos, la brisa no movía las ramas del sombrajo. Adhara no estaba allí, junto a él.

Estaba solo.

Estaba en las mesetas yermas. En el corazón del desierto. En el Santuario Blanco. No había sido más que un sueño. Un refugio en

el que se había cobijado para olvidar la pena. Un bonito cuento con un terrible final.

Tuvieron unos pocos días más de intensa felicidad. Niobel se recuperó para seguir con sus chanzas. Creyeron que serían felices para siempre. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, todo se malogró. Había fallado, la regata lo había derrotado, había fracasado. Y había perdido a Adhara. Para siempre.

—No me olvides —susurró el remero en las habitaciones oscuras del Santuario Blanco.

Se incorporó, sacudió la cabeza para espantar la melancolía de aquel sueño. E Inaz, siempre atenta, le propinó dos cariñosos lametazos con los que la bestia pareció querer decirle que ella jamás le olvidaría, pasara lo que pasase.

Era el primero en despertar. La estancia, aneja a los antiguos almacenes de grano, olía a polvo revenido y estaba llena del aroma seco del cereal. Todo envuelto en la oscuridad tímida de un fuego que, tras la noche, necesitaba que alguien se apiadase de él y echase unos cuantos restos de los muebles rotos apilados junto al telar donde el tabernero trabajaba con el hilo de Rexos.

Antes de hacer otra cosa, preocupado por todos ellos, Ze echó un vistazo a sus compañeros. Niobel, no lejos de las frazadas que usaba el propio Ze, seguía roncando, enrollado en su atado de mantas para mantenerse caliente. El frade, que ya había regresado de sus rezos nocturnos, como friolero empedernido que era, dormía junto a las brasas, en el centro de aquel destartalado campamento que habían montado en la sala del monasterio. Y la muchacha, a la que ya debía tanto, descansaba frente a él, al otro lado de los rescoldos.

Le devolvió los mimos a Inaz y se levantó pesadamente, sintiendo las consecuencias del castigo al que sometía su cuerpo día tras día. Aunque no pensaba rendirse por culpa del dolor. No se rendiría, pasara lo que pasase.

Cogió una escudilla con restos de la cena y engulló un magro desayuno que compartió con Inaz. Echó un último vistazo a sus compañeros y se puso en marcha. Concentrado en el día al que se enfrentaría.

Cuando bajaba las escaleras hacia la laguna subterránea, mientras visualizaba cada golpe de remo, sintió una punzada en su cadera y se le escapó un gemido. Inaz gañó con preocupación y lo empujó suavemente con el hocico.

El dolor fue un aguijonazo intenso en el hueso. Pasó pronto. Siempre pasaba pronto, pero cada vez eran más frecuentes. Y Ze sabía que dentro de poco serían más intensos y tardarían mucho más en apagarse.

—Ya está pequeña, ya está, tranquila.

Continuó su descenso hacia el lago, agradeciendo tener la suerte de su parte. Si la regata hubiera esperado un año más, quizá ya no hubiera podido disputarla.

Aquellos años huido en las Montañas Azules estaban cobrándose su precio ahora. Ze lo sabía. Tenía el mal de las alturas, el que hacía que solo los montaraces pudieran vivir en la sierra. Cualquier otro acababa pagando la osadía. Sus huesos, consumidos por aquellos fríos de los montes, se estaban deshaciendo poco a poco.

—Pero lo conseguiremos —le dijo a la bestia—. Esta vez lo conseguiremos —insistió espantando la enfermedad.

Inaz no respondió, pero miró con genuina preocupación cómo la mano del remero masajeaba la cadera dolorida.

—No dejaremos que ese malnacido se salga con la suya —le dijo a la enorme gruta del lago bajo el templo.

Antes de la primera bogada, apenas se había sentado en la chalupa, el sueño que había tenido volvió a él y Ze repitió una vez más aquellas palabras que tantos años atrás le había dicho a la única mujer que había amado. Las mismas que tantas veces le había dicho a ella, y también a su recuerdo.

—No me olvides.

La amaba. Nada ni nadie lo cambiaría jamás.

Y siempre la amaría.

Todo empezó con el eco lejano de un silbido. Llegó con el viento y se enredó en los soportales del claustro.

Al principio, insomne por sus preocupaciones, Aldair estaba demasiado abstraída. Miraba la arena del reloj, inmersa en aquel pequeño mundo de cristal. Pero pronto alzó el rostro e, intrigada, se olvidó del tiempo que se le acababa. Ladeó la cabeza para intentar descifrar el origen del extraño sonido. Pero, antes de poder identificarlo, llegaron nuevos ruidos.

Se habían instalado en una sala del monasterio junto a la cillería y los almacenes principales, donde aún quedaba parte de las vastas reservas que había albergado el Santuario Blanco. Era una estancia amplia que podían compartir, y tenía la misma forma que una porción de las roscas de maíz que se vendían en el mercado de Dhum los días que festejaban la victoria de Palas. Dos de sus lados se curvaban siguiendo el enorme óvalo del claustro, en el interior había un portalón que daba al patio, en el contrario la roca tallada sin más; y en los otros dos, accesos que permitían comunicar el anillo de celdas que rodeaba los soportales. Frente a Aldair, al otro lado del fuego y más allá del gurruño de mantas con el que se tapaba Niobel, una puerta que conducía a la contaduría. Tras ella, otra algo más grande, dividida en dos y que servía para llegar a las despensas. Y hacia allí giró su cabeza la montaraz.

Aquellos nuevos sonidos parecían provenir del otro lado. Y, de pronto, las hojas de vieja madera apolillada retemblaron contra sus quicios.

Se oía un crepitar, como el de pasos en un bosque de otoño. Las puertas volvieron a temblar.

Aldair estaba a punto de levantarse para advertir a los otros dos de que algo estaba pasando, pero no le hizo falta, las puertas crujieron con un lamento y Niobel se despertó.

Afuera, aquel eco se fue acercando y el silbido subió de tono.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó el tabernero malhumorado.

Antes de que la montaraz pudiera decirle que no tenía idea, la madera de las puertas cedió y cientos de ratones salieron

corriendo, despavoridos, envueltos en una polvareda de salvado y restos de cereal.

—Pero ¿qué…?

Allí dentro sonaban los chillidos de los roedores y el desplome del viejo grano, conservado durante años en la sequedad del desierto; sin embargo, algo crecía fuera. Aquel silbido lejano que había desconcertado a Aldair se convertía en un rugido colosal.

—Es una tormenta de arena —dijo de pronto Valdriz.

—¿Cómo que una tormenta de arena? ¡Por Navia! ¿Y qué diantres significa eso?

Valdriz, cachazudo, suspiró. Y contestó después de echar una mirada condescendiente a los animalillos que huían.

—Pues un modo fantástico de limpiar de ratas los viejos graneros —repuso el frade para fastidio de Niobel.

Para poder oírse empezaron a alzar la voz porque un viento ensordecedor atronaba en el claustro.

Junto a ellos, evitando los restos del fuego, sin olisquear siquiera las sobras de la cena, pasaron ratones, ratas y unas cuantas lagartijas, incluso unos pocos grillos. Se alejaban por los recovecos de las viejas paredes, hacia la contaduría. Y la montaraz imaginó que buscaban cómo adentrarse en el laberinto y poner tierra de por medio con la tormenta que, por la dirección que llevaba aquella turbamulta de pelos, patas y bigotes, venía desde lo más profundo del desierto, dispuesta a arramblar con el santuario y estamparse contra las Montañas Azules.

—¡Muy gracioso! Si salimos de esta te invito a unas rondas en mi taberna para que entretengas a los parroquianos, ¿puedes decirme qué demonios está pasando?

—Oh, no te apures —le contestó Valdriz con media sonrisa en los labios—, acabará pronto. No suelen durar mucho, unas horas nada más.

—¿Cómo que no duran mucho? ¿Acaso son habituales?

—Depende del año, a veces sí, a veces no.

Un tanto desesperado por la ambigüedad del monje, Niobel resopló intentando apañar toda su paciencia.

—A mí, a veces me da por liarme a puñetazos con los frailes y otras me da por liarme a patadas.

Más divertido que molesto, Valdriz cedió y se explicó mientras los últimos topillos y ratones se escurrían por las rendijas de la pared.

—Es una tormenta, sin más, no hay mucho que explicar —dijo enseñando las palmas con impotencia—. De tanto en tanto, llegan. Hacen ruido, dejan todo hecho unos zorros y se van, tal y como han venido —terminó el frade encogiendo aquellos hombros finos bajo la melena blanca.

El viento arreciaba en el claustro y los postigos que daban al anillo de soportales vibraban en sus batientes. Pese a la escasa luz de la fogata, podían ver las fumarolas de polvo y arena que se colaban bajo las hojas de madera.

—Lo mejor que podemos hacer es esperar —afirmó el monje—. Si acaso, poner unas cuantas mantas en las junturas y, simplemente, esperar a que pase. Mientras no salgamos, estaremos a salvo.

De fondo se podía percibir el sonido de la arena arrastrada por aquel embate del desierto. Un siseo descomunal que provocaban los granos lijando las paredes de piedra del monasterio. Las rachas se oían silbar con fuerza, recorriendo las arcadas del patio, revolviéndose en las columnas.

—Tengo una idea mucho mejor —dijo de pronto Niobel mirando hacia Aldair.

Ella entornó el rostro con curiosidad. Entonces lo vio sonreír con un punto de malicia y adivinó enseguida a qué se refería.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

Pero sus protestas no sirvieron de mucho, porque un rato después, bajo una retahíla de admoniciones del monje, se disponían a salir para probar las habilidades de Aldair con las velas.

Daba miedo.

Amanecía, pero el sol apenas traspasaba la arena, que zumbaba enloquecida a su alrededor, que se les clavaba en la piel. Pese a sus precauciones, sentían los aguijonazos en cada rendija entre las telas.

—Estás como una chota. ¡Y yo más! Por hacerte caso —logró gritar Aldair tras el trapo que se había atado al cogote para evitar tragarse el desierto.

—Aquí abajo —gritó el tabernero—, las ráfagas se revuelven en las columnas y la torre, pero —apuntilló levantando su único índice—, si alzas las velas, tendrás un tiro firme hacia el oeste. ¡Mira!

Señalaba al cielo encapotado. Y tenía razón, como un oleaje, al contraluz, se veía la arena correr hacia las montañas en manos del viento. Era como un gigantesco encaje de bolillos del que una mano poderosa tirase con rabia, se descorría sobre el alba empujado por ráfagas que aullaban en sus oídos.

Desde la puerta, junto a los almacenes, negando con la cabeza, Valdriz los miraba con expresión incrédula. Y la aversión que descubrió en los ojos del fraile cuando le echó un vistazo fue lo que más asustó a la montaraz.

—No creo que…

El tabernero no la dejó terminar.

—¡Escucha! —le gritó—. En el norte será aún peor. Allí, además de vientos como este, habrá mucho más… —Levantó el pañuelo que se había atado y echó a favor del viento un gargajo lleno de arena—. Cuando arrecia el tiempo, el mar se vuelve negro como una piedra de fuego. El cielo desaparece, todo se convierte en agua fría… Es mucho peor que esto. Las olas te pasarán por encima, la espuma te ahogará, trozos de hielo afilados rajarán el casco… Y si algo sale mal —terminó alzando aún más la voz—, los marrajos de humo estarán rondando para devorarte a dentelladas. —Se quedó un instante en silencio antes de continuar—: Y cuando lleguéis a los hielos del norte, bueno, allí descubrirás lo que es el viento…

Aldair estuvo a punto de decirle que aquello no ayudaba, pero Niobel no le dejó.

—Él lo hará bien. Es el mejor, jamás ha habido otro igual… Y yo, yo… Ya le he fallado a ese loco dos veces —le dijo con amargura—. Y no le fallaré una tercera. Si yo no puedo ser su timonel. Si yo no puedo ayudarle, me aseguraré de que tú lo harás bien. No volveré a fallarle, le debo la vida…

Por un instante, el tabernero se perdió en sus recuerdos.

—Tienes que hacerlo ahora —le exigió en cuanto se repuso—. Y tienes que hacerlo bien. Eso te dará confianza cuando las cosas se pongan feas —aseguró antes de volver a escupir.

Bajo los aullidos del viento, acribillada por la arena, le costó encontrar la sensatez en lo que aquel manco le decía. Sin embargo, en algún lugar de su fuero interno, Aldair supo que él tenía razón.

—Está bien, ¡vamos allá!

—Buena chica. Y saca toda la liña.

Los catavientos ya se levantaban haciendo restallar las cuerdas, se aupaban con cada revoltijo del viento y volvían a caer. Ella se acomodó en aquel remedo de barcaza con ruedas que Niobel había construido.

—Puedes hacerlo —le gritó el tabernero mientras se alejaba.

Se quedó sola.

Para recolocar las capas de ropa que el tabernero le había obligado a vestir, Aldair aleteó como un pez fuera del agua, esperando que las prendas se ajustasen un poco mejor. Tenía calor y había empezado a sudar, pero el miedo se ocupaba de espantar las incomodidades. Aseguró el nudo del paño que le protegía la cara. Trabó los cierres que la sujetaban al maderamen de aquel artilugio, probó con el talón el cáncamo que unía la polea y la liña, sujetó el fiador con ambas manos y miró hacia las drizas, que se revolvían como sierpes en la arena del claustro.

Esperó hasta que los pequeños catavientos cogieron viento y, cuando se alzaron gracias a una racha, usó el pie para liberar el pestillo del carrete y soltar línea. Empujados por las ráfagas cargadas de arena, los trapos cobraron vida y tensaron sus liñas.

Con un chirrido, empezó a moverse. Y fue soltando algo más de cuerda. Poco después, cuando los catavientos ya se habían

asentado en la corriente firme por encima de los muros, movió sus dedos con práctica y soltó los seguros de las anillas que replegaban las velas.

Fue como recibir una patada brutal. La cincha que le aseguraba la cintura tiró de ella con brutalidad. Sintió en el cuello la fuerza del viento adueñándose del trapo. Le costó mantener la cabeza en su sitio y no soltar el fiador.

Sin gualdrapear ni un solo instante, las velas, tensas a más no poder, preñadas de aquel aire rebosante de arena, tiraban de ella con toda la furia de la tormenta. Las liñas se veían firmes, rectas como angazos de Foz. Ella ganó confianza y fue soltando cuerda.

Pese a la mala visibilidad, podía distinguir la Torre de la Gema, el altar y, a lo lejos, intuía los soportales al otro lado del atrio. Pronto vio las tres manchas rojas en las cuerdas, las que Niobel había pintado como señal de treinta brazas.

Como el tabernero le había dicho, aunque ella podía sentir el viento apelotonándose en el espacio del patio, arriba, en las velas, todo era una corriente implacable que se movía hacia el oeste. Le bastaban muy pequeñas correcciones en el madero para que las líneas se mantuvieran tensas. Se atrevió a ir soltando más y más cuerda, siempre con los nervios picando bajo la piel. El pie a punto, junto al pedal que debía accionar para recoger. Sustos anteriores le habían enseñado a la fuerza; debía estar atenta para acortar liña si el viento vacilaba, porque si tardaba más de la cuenta en recuperar la tensión, entonces las líneas se enredarían.

Cuando vio pasar por las argollas la última de las cuatro manchas que marcaban las cuarenta brazas, la ansiedad empezó a cebarse en ella. Nunca había conseguido llegar a las cincuenta. O era tan precavida que el claustro se acababa antes de poder sacar toda la línea, o se aceleraba y provocaba un enredo, lo que ya había estado a punto de terminar con sus huesos rodando peligrosamente por el patio del monasterio.

Los ojos le ardían, apenas podía respirar, sin embargo, aquella increíble sensación de velocidad tenía algo liberador, algo que era capaz de aterrorizarla y de espolearla al mismo tiempo.

Movió el pie con cuidado, apartándolo del pedal con el que recogía línea y accionó la polea para, en su lugar, soltar un poco

más.

A medida que ascendían las velas, ganaba velocidad, pero también se volvía más complicado mantener las líneas tensas. Cuanto más cuerda, menos se perdonaban los errores.

—Tienes que sentirlo —le había dicho el tabernero cientos de veces—. No puede explicarse, no hay reglas. Debes sentirlo en los dedos, en los brazos, en el corazón.

Había aprendido mucho en las últimas semanas. Había descubierto cómo interpretar las ondulaciones del trapo y, en ocasiones, incluso acertaba a adelantarse cuando el viento flojeaba. Sus manos se habían fortalecido, el sinfín de argollas, cáncamos y demás artilugios que debía manejar ya le resultaba familiar. Y sabía que era posible, había visto a Ze hacerlo con facilidad pasmosa, y varias veces. Sin embargo, cuando reunió el valor, le bastó con ver la primera de las cinco manchas de las cincuenta brazas para empezar a dudar.

El tinte salía silbando por los ojales del fiador.

Le hizo falta toda la voluntad que fue capaz de reunir y, aun así, tuvo también que echar mano a un ápice de locura.

Pateó con fuerza y soltó toda la línea. Los trazos rojos salieron con prisa, desperdigando hebras al rozar las argollas. Sintió en el estómago el brusco tirón de la liña al llegar al tope anclado en la polea entre sus piernas.

Las velas se mantuvieron firmes, majestuosas. El viento silbaba incansable. La Torre de la Gema había quedado atrás, los soportales aún estaban lejos. Y la tensión que sentía en sus manos le dio alas a su confianza.

Lo había conseguido. Tenía toda la línea fuera y aún gobernaba aquel condenado trasto.

Todo iba tan bien, pero aún tenía que atreverse a algo más. Se recordó que Ze podía hacerlo con un gesto sencillo. Le había visto atravesar el atrio como una exhalación y controlar las velas con ademanes fluidos, él lo hacía parecer fácil. Pero Aldair sabía que le costaría; aun así, se atrevió. Tenía que maniobrar.

Había aprendido mucho, pero solo los dioses sabían si sería suficiente.

El norte sería implacable. Tenía que prepararse.

Usó toda su fuerza, cambió el peso en la cadera y, gruñendo, empujó con un brazo y tiró con el otro. Funcionó, con retraso, como si a las velas les diera pereza hacerse cargo, pero funcionó.

Uno de los dos trapos quedó un poco más atrás y más abajo que su gemelo. Y la diferencia en el empuje del viento hizo el trabajo.

El condenado trasto alzó las ruedas de un lado y empezó a virar hacia la izquierda.

Exultante, Aldair tardó un poco en inclinarse, tal y como le habían enseñado. Para no volcar, tenía que compensar siempre el tirón de las líneas cargando su peso al lado contrario, tanto que, según le había dicho Niobel, en ocasiones tendría que sostenerse con un pie colgando fuera de los maderos, estirando al máximo el cabo que la aseguraba al armazón. Como el viraje era suave, le bastó con desplazarse un par de pulgadas. Y, en cuanto lo hizo, percibió como todo parecía suavizarse. Era una locura, pero una locura maravillosa. Le gustaba.

La tormenta no se debilitaba y las arcadas del atrio aún estaban lejos, podía verlas a través del manto de arena. Así que Aldair repitió el ejercicio, esta vez virando hacia la derecha. Y pudo sentir cómo la práctica le ayudaba a usar todo su cuerpo a un tiempo, con movimientos fluidos, como lo hacía el remero. Todo iba bien.

Se sintió tan confiada que decidió arriesgar un poco más. Torció de nuevo hacia la izquierda, pero esta vez quiso cerrar el viraje. Oyó el chirrido de la tensión en las líneas, sintió la presión en las manos, el viento tenía tanta fuerza que el fiador parecía engrasado, a punto de saltar de entre sus dedos. Pero no se arredró, siguió apurando la maniobra.

Y pagó caro su atrevimiento.

Obligada, se había desplazado un poco más a la derecha en el endeble maderamen del carromato y, cuando el viento flojeó por solo un parpadeo, ya no tuvo tiempo de accionar el pedal con el que debía recoger línea. Antes de creer lo que sus ojos veían, la vela más baja se arrugó, las drizas se destensaron, la línea perdió fuerza y, finalmente, todo se convirtió en un ovillo de cuerdas y trapos.

Todo salió mal, rematadamente mal.

Sería un golpe tremendo. Pero no albergó miedos, se sintió orgullosa. Había sacado las cincuenta brazas, lo había conseguido. Y, lo que era más importante, le serviría de ayuda. El remero podría contar con ella.

Envuelto en arena y viento, en el tronar de la tormenta, llegó el impacto. Los dientes chocaron con un chasquido. El aire se escapó de sus pulmones.

Todo se volvió negro.

—¡Por Navia! ¡Vamos! —le gritó al fraile.

Mientras echaba a correr, Niobel espantaba el terror que le susurraba al oído.

—Está bien, tiene que estar bien —murmuraba para convencerse—. Como mucho, unos cuantos cardenales —jadeaba mientras corría—. Saldrá de esta.

Pero sabía que se estaba mintiendo.

A aquella velocidad. En medio de aquella tempestad.

—Bendito Caldas, obra tus milagros…

Renqueando, el frade elevaba sus ruegos al cielo. Niobel dudaba. Ya estaban cerca.

Probablemente, Aldair estaba muerta.

VI

La forja del deber

El frío se repartía en gotas de lluvia pesada. Calaba las ropas y helaba los huesos. Una frazada de nubes espesas cubría Dhum de un extremo al otro, por sus canales rugía el agua que los cielos desbordaban. Y la ciudad parecía apabullada por el chaparrón.

Achuchado por el mal tiempo, el mar rugía. Se estrellaba con fuerza contra las rocas de la costa. Los barcos, amarrados en el puerto, se acostaban sobre las olas como tentetiesos, amenazaban convertirse en astillas en cuanto el próximo embate los estampase unos contra otros.

En la parte alta de la capital, bajo las órdenes estrictas del nordés, unos cuantos segadores resignados aguantaban como podían el aguacero mientras patrullaban a la caza de conductas sospechosas. Sin embargo, junto a las dársenas del puerto, el único que se movía era un gato tiznado. Corría con una raspa robada entre los dientes. El animal, despeluzado, con las costillas asomando entre los regueros que le corrían por los flancos, se apuraba para evitar que le arrebatasen su trofeo.

Bajo la mirada vacía de un mascador de hierba de sal, cubierto con un capote encerado y sentado junto a una pila de nasas, el gato se escabulló entre cajas de pescado y, tras doblar la esquina de la cofradía, se escurrió hasta el callejón que daba a la trasera de uno de los peores tugurios de la capital. Una posada mugrienta de techos engrasados y suelos enlodados que tenía el nombre de Anzol y la fama de ser el lugar de reunión de todo buhonero, malcarado, boquirroto y contrabandista que diera con sus huesos en Dhum.

Por allí, entre cestas, restos de basura y mondas de patatas, escapó el gato por los pelos de la patada malhumorada de un hombre que corría bajo la lluvia sin más resguardo que un gorro de lana y las solapas levantadas del tosco abrigo.

El gato salió airoso y, poco más allá, encontró un rincón en el que comerse su botín. El marinero entró a toda prisa en la hostería y cerró la puerta con ansia, desperdigando gotas en todas direcciones.

—Ya era hora —le dijo uno de los que lo esperaban, sentado a una mesa en la que había un candil encendido con sebo y unas tazas de ese vino blanco, turbio y ácido que solo era un poco menos malo que el meslum.

El aludido se sacudió como un perro y pateó el suelo con fuerza.

—He tenido que dar un rodeo para evitar a unas cucarachas —dijo refiriéndose a los segadores—, últimamente se los encuentra uno hasta en la sopa.

Era un hombre afilado. Con el porte de una escalera, todo en él eran aristas. Tenía el cabello corto y negro, barba de varios días que le ensombrecía el rostro y ojos oscuros, del color de la madera de carvallo cuando se aceitaba. Se llamaba Cobas, pero lo conocían como *Bichero*, porque, tan delgado y con aquella nariz ganchuda que colgaba de su frente, eso mismo era lo que parecía, un bichero con el que agarrar los cabos.

—¿Se sabe algo de Ze? —preguntó a los tres que estaban a la mesa.

Al tiempo que hablaba se acercó. Tras de sí, dejó un rosario de pequeños charcos en los que titilaba la luz del candil. Porque el día era gris y las pocas ventanas, hechas con vejiga, estaban tan sucias que casi parecía de noche.

—Nada que se haya oído en las cocinas de la Casa del Nordés —le respondió el dueño del antro, un sureño que muchos años antes había abandonado las tierras de labranza para dejar atrás un pasado revuelto—. Y falta poco —concluyó aludiendo al mal tiempo, que presagiaba las primeras nieves.

—No servirá de nada, estáis haciendo el imbécil —terció otro de los parroquianos con fastidio, logrando que todos lo mirasen.

Era el mayor de todos, de pelo cano que se refugiaba en unas reservas escasas tras enormes entradas, algo que parecía compensar con enormes bigotes cuidados con esmero. Tenía las manos manchadas por la edad y el rostro cuajado de arrugas que desdibujaban sus tatuajes. A él lo conocían como Loudan. Y no solo en la posada, sino en cualquier rincón de Dhum, porque era uno de los patrones más venerados, el que movía los hilos en la cofradía y

el único que, aun pese a la cercanía del invierno, pensaba salir a pescar patudos en el norte.

Los otros dos en la mesa agacharon la cabeza, pero el dueño de la posada, que respondía al nombre de Monroso, intercambió una significativa mirada con el recién llegado. Porque ninguno dudaba de que hacían falta intestinos para llevarle la contraria al viejo patrón.

—Ya lo sabemos —le respondió Cobas tomando asiento junto al resto y alargando una mano para coger la taza que le había estado esperando—. Ya nos lo habías dicho. Pero él es nuestra única esperanza. ¿O acaso prefieres que ese desgraciado de Xallas siga agarrado a su escaño como una ladilla?

—Mira, muchacho —le respondió Loudan sin alzar voz, hablándole como si, en lugar de los cuarenta que ya calzaba, Cobas tuviera apenas veinte años—. He perdido hombres, he sido el último en abandonar más de un barco, he visto a la mar engullir una tripulación entera con una ola venida de la nada. He navegado entre los hielos del norte —en sus ojos, garzos, clareados por la edad, había recuerdos que los empañaban—. He visto cabos helados tronzarse con un golpe de viento. He sentido entre mis manos despedazarse una caña de timón en una tormenta que aullaba como el dragón de Trasulfe. Me han mordido congrios capaces de tragarse un becerro de un bocado —no miraba a ninguno de ellos, sino a sus dedos, de huesos comidos por los años; mientras, acunaba la taza casi llena entre sus manos—. He vivido más de lo que debiera, porque debiera haber muerto mil veces ya. Esa mar, condenada y caprichosa, timadora como la más barata de las furcias y presumida como la más educada de las camareras de la Casa del Nordés, ella me lo ha dado todo para quitármelo un instante después. Me sorbió la sangre y me dejó salitre en su lugar. He visto mucho, y he olvidado más…

En su voz había resignación. Sin embargo, aunque él no lo habría reconocido, en algún lugar escondido de sus ánimos, debía haber también esperanza. De no ser así, no estaría allí.

—Me he cruzado con tipos que te hubieran aplastado entre sus dedos como a una chinche —le dijo a Cobas mirándolo a los ojos, apartando las manos de la taza y haciendo el gesto de estampar un

bicho contra la mesa con un pulgar calloso y comido por las líneas de palangres—. Y todos, óyeme bien, todos eran una mierda al lado de Ze. En un cagajón de Ze hay más cojones que en todos vosotros.

Se tomó una pausa, como si quisiera que la verdad en sus palabras calase hondo en los ánimos de sus compañeros. Bebió un trago antes de continuar y, en lo que dijo a continuación, se entreveraba su absoluto convencimiento.

—Pero él no lo hará, lo sé bien. Yo le ofrecí trabajo en mi nave después de la regata. ¡Cómo para no hacerlo! Había vuelto del norte, tiene la tachuela de nácar. Además —añadió bajando el tono—, no mucho antes le había partido los morros a ese indeseable de Piorno cuando el otro tabernero perdió el brazo. ¿Os acordáis? Cruzó treinta millas remando, ¡con su amigo muriéndose! Me mandó a tomar viento —dijo negando con incredulidad—. Le prometí un porcentaje mayor, ¡un dieciseisavo! Y me contestó que lo agradecía, pero que no le interesaba. Le ofrecí ser el patrón cuando me retirase y se despidió de mí para marcharse al quinto infierno —respiró hondo antes de acabar—. No volvió hasta que Adhara murió.

Por un rato, el repicar de la lluvia llenó el silencio de los hombres, que o bebieron algún trago o encontraron algún lugar al que mirar que no fuera el rostro del viejo patrón.

Aunque aquella no era la primera vez que despotricaba contra sus planes, hasta entonces, sus quejas habían sido mucho menos airadas.

—Entonces, si tan seguro estás —había algo de furia rebelde en el tono de Cobas—, ¿qué hacemos?, ¿abandonamos?, ¿nos rendimos? —titubeó un instante antes de atreverse—. Nos resignamos a que nuestras hijas puedan correr la misma suerte que Adhara. A que nuestros hijos acaben como Ze. Sin más, ¿sin luchar? Tú tienes mucho que ganar después…

—Ni te atrevas —le interrumpió Loudan mirándolo con rabia—, no se te ocurra mencionarlo. Por mucho menos que eso he despellejado las espaldas de alguno con el rebenque que guardo en mi camareta —la amenaza no se le escapó a ninguno de los presentes, y todos sabían que el patrón tenía tanta fama de justo como de implacable con los hombres de su barco—. Es cierto

—concedió—, soy el primero que desearía deshuesar a ese apestoso de Xallas, y bien sabe el bendito Caldas que no soy el único. Si hay algo que ese malnacido hace bien, es buscarse enemigos.

Por un momento, el viejo patrón calló, quizá espantando el fantasma de aquel indeseable recuerdo que Cobas había despertado. Luego vació lo que quedaba en su taza y siguió hablando:

—Estoy aquí. Y os ayudaré. Ha llegado el momento. No habrá otra oportunidad mejor —reconoció Loudan, manteniendo la palabra que le había dado a Cobas tras la audiencia en el Gran Salón—. Sin embargo, hay que idear otro modo, Ze no tomará parte. Puede que mientras estén en los hielos haga el trabajo por nosotros y despedace a ese hideputa de Xallas, o que se lo eche a los marrajos de humo. Estoy seguro de que no le faltan ganas —dijo sacudiendo la cabeza para remarcar su certeza—. Pero, oídme bien, no aceptará para hacernos un favor, ni por las gentes de Dhum ni por nadie. Y si gana la regata, podéis apostaros vuestras pichas enclenques a que tomará el cargo de nordés; y lo único que hará será evitar que el bando se cumpla. No consentirá que Adhara sea olvidada, ¡eso es lo que le importa! En el resto no le va un bledo.

Monroso sabía que el patrón tenía razón. Hacía ya muchos años que el remero no acudía a las reuniones de la cofradía, que no hablaba con los demás marinos de los caladeros, que no compartía una jarra de vino en las tabernas del puerto.

—Pero él es nuestra única opción —rebatió Cobas—, y más después de lo que hizo en la ordalía. ¡Todos le apoyarán! ¡Como lo hicieron en el Gran Salón! Es más, si lo hacemos bien, no importará si gana o no la regata. Eso será lo de menos —tomó aire por un instante y luego calmó su voz—. Si queremos que la gente se juegue el pellejo contra los segadores, solo el respaldo de Ze los convencerá. ¡Y lo sabes! Es el único.

Fue entonces cuando el viejo patrón dejó ver sus mañas. Y quedó claro que llevaba tiempo dándole vueltas a aquel asunto, porque ya parecía tenerlo todo pensado.

—Puede que no. Mientras dura la regata hasta los desterrados tienen derecho a volver a Dhum, ¿no es cierto?

Era verdad, pero Cobas no entendía adónde quería llegar el otro.

—¿Y eso de qué va a servir?

—Pues porque hay otro que podría ser útil. Podríamos buscar al sastre, a Aldro.

—Pero…

Loudan sacudió uno de sus dedos para acallar a Monroso, que era quién había hablado.

—Esa montaraz, la muchacha que se presentó en la ordalía —dijo entonces el patrón—. ¿No lo recordáis? Debía de ser apenas un bebé cuando Xallas condenó al sastre, pero ella es su hija… Aldair, la hija de Aldro.

Hubo asentimientos, y palabras que se quedaron apenas bajo los bigotes.

—Si lo encontrásemos y le pidiésemos ayuda, quizá nos mandase al infierno, no se le podría culpar por ello —reconoció Loudan—. Pero no creo que sepa que su hija está a punto de jugarse el pellejo yendo al norte. Ahora bien —aclaró alzando el tono—, si alguien se lo contase, entonces… Entonces bastaría con asegurarle que, a cambio de su juramento, nosotros la traeremos de vuelta sana y salva —una sonrisa le culebreó en los labios—. Ya sé que hay muchos cabos sueltos. Para empezar tenemos que saber cómo vamos a detener la regata. Pero creo que, con un poco de suerte, aceptará.

Se siguió una pausa. Afuera, el viento envenenaba la madrugada, amenazaba a los patrones que quisieran atreverse a zarpar al amanecer.

—Preferiría convencer al remero, pero supongo que llevas razón —reconoció Cobas tras pensarlo un momento—. Podría salir bien. Hay muchos que recuerdan a Aldro.

Entre dientes apretados, Mandeo maldijo al remero y a su sombra. Porque si alguien tenía la culpa de que hubiera acabado en aquel aprieto, ese era Ze.

Aquella no era una situación en la que un trasgo de bien hubiera de verse jamás, porque los suyos, ante todo, no arriesgaban ni lo más mínimo a no ser que se supieran ganadores de antemano. Pero era mucho lo que le debía al remero.

Desde aquella primera entrevista en los despachos del nordés, no había surgido otra ocasión en la que Xallas y su hijo compartieran algo que no fuera un saludo frío por los pasillos. Y, aunque al trasgo le había pillado por sorpresa aquel asunto del paseo por la muralla, porque jamás se le hubiera ocurrido que alguien quisiera salir para enfrentarse al frío que campaba en los últimos días por la capital, Mandeo supo que no podía perder semejante oportunidad.

Camuflado entre los embutidos y los rollos de unto colgados en las vigas de la despensa, había escuchado el rumor. Dos jovenzuelas que ayudaban en cocinas, y que vivían muy pendientes del atractivo Xalo, lo habían dejado escapar entre risitas nerviosas. Pero las prisas, el hecho de que jamás había pisado la muralla antes y la necesidad de pasar inadvertido lo habían llevado a tomar unas cuantas decisiones arriesgadas, así había acabado en precario equilibrio. Todo por su deuda con el remero.

—¡Maldita sea mi estampa! —murmuró con enfado mientras sus pequeñas manos hacían lo que podían por no resbalar en las piedras, empapadas y heladas—. Acabaré convertido en desayuno de gaviota.

Poco había en su repertorio de artes mágicas que pudiera ayudarle en aquella situación. Allí no había ratoneras, alfombras, muebles ni pasadizos en los entramados del techo donde ocultarse. Y, si podía rogar por un pellizco de suerte, entonces Mandeo esperaba que nadie lo viera en maniobras tan poco dignas para un trasgo. Porque su cuerpo podía ser pequeño, pero su dignidad era casi tan grande como su orgullo.

—… las primeras nieves caerán de un momento a otro…

Era la voz de Xallas. Y también podía oír los pasos de ambos hombres por el adarve. Estaban cerca.

Acosado por un frío que cristalizaba el aire. Encaramado en el exterior de la muralla, sintiendo el batir del mar en la distancia bajo sus pies, con el pelo revuelto por el viento, mirando con desconfianza hacia las gaviotas que cruzaban el cielo, Mandeo se aupó apenas una pulgada para espiar al nordés y a su hijo.

Justo a espaldas de los hombres, en el lado de la muralla que corría sobre los acantilados de la costa, por encima del musgo que crecía en una de las piedras, apareció una gorra que se marchó volando en manos del viento, después brotaron los mechones revueltos de una melena pelirroja, luego una pequeña frente pecosa y, finalmente, los ojillos verdes del trasgo, cargados de enfado por haber perdido su querido tocado.

—Se te ha concedido una oportunidad —el tono era hosco—, ¡solo una! Para demostrar si tienes lo que hay que tener.

—Haré lo que sea necesario —repuso Xalo convencido, hinchando el pecho bajo el capote encerado que vestía.

—Y eso es lo que se espera de ti…

Por un instante, el nordés calló, como si necesitase tiempo para recopilar su discurso.

—Serás el juez —empezó de nuevo—. Tendrás que tomar decisiones. Algunas serán complicadas —sin detenerse, Xallas seguía escupiendo sus palabras—, sin embargo, el juez debe tener claro su deber —no miraba a su hijo, sino que, a medida que caminaba, registraba con sus ojos las nubes que campaban por el horizonte—. ¿Y cuál es su deber?

Xalo se contestó a sí mismo, sin darle tiempo a su hijo.

—Dhumbria. Ese es su deber —dijo con vehemencia agitando una mano enguantada—. ¡Ese es tu deber! Ese y ninguno otro. Justamente porque ahí radica el peso que conlleva gobernar —añadió con un aparente dejo de resignación—. No siempre se puede elegir lo que uno desea. Muy al contrario, hay que decidirse por lo que conviene a los marinos, los patrones, las hilanderas, las tejedoras de redes; a las gentes de Dhumbria…

A Mandeo, tal sarta de sandeces en boca de aquel tirano le sonó a broma, un timador debía saber cómo ponerle cara a la estafa. Aunque supuso que el hijo del nordés se lo tragaría. En todo el tiempo que llevaba en las dependencias del castro ejerciendo de espía, el trasgo había tenido pruebas más que suficientes para saber que Xalo estaba abrumado por haber sido llamado junto a su padre, y ciego al despreciable hombre que era en realidad el nordés.

—Nunca debes olvidarlo —insistió Xallas en tono admonitorio—. Y yo te pregunto: ¿qué crees que sucederá con esas personas si ese condenado rebelde vence en la regata?

El trasgo, echando miradas de desconfianza a una gaviota de pico gigantesco que se había posado en el adarve, a pocas brazas de donde él estaba, aprovechó que los hombres ya habían pasado de largo y avanzó con cuidado a espaldas de la conversación, que, para colmo de dificultades, el viento entrecortaba.

—Lindo final sería si acabase convertido en zurullo de gaviota —murmuró para sí antes de adelantarse un poco, siempre colgado del borde de las piedras de la muralla.

Se había perdido la respuesta de Xalo a la pregunta, pero no le costó imaginar lo que hubiera podido decir.

—… de eso se trata. Justamente —continuaba hablando el nordés—. Las consecuencias de algo así serían desastrosas.

A Mandeo le pareció que aquella conversación cobraba tintes que le gustaban aún menos que los ávidos ojos de la gaviota o que la rompiente bajo sus pies.

Desde quién sabía cuándo, los jueces habían salido de la casta de los segadores, y de ellos siempre se había podido esperar un apoyo, más o menos camuflado, hacia el remero que contase con el beneplácito de la Casa del Nordés. Pero en aquellas palabras melosas el trasgo empezaba a intuir que Xallas pensaba ir más allá.

—… no todos podrían comprenderlo. Hace falta estar hecho de una madera especial…

Al trasgo no le daban las manos para moverse a tiempo de no perder la conversación. Pero tuvo suerte, porque empezó a caer una lluvia helada que hizo detenerse a los hombres para prestar atención al cielo ceniciento.

—… necesito que hagas algo por Dhumbria, por sus gentes —decía el nordés mirando con ansia hacia el horizonte entre las fumarolas de vaho que salían de su boca cuando hablaba—, por mí.

En eso el trasgo hubo de darle la razón a Xallas, el frío anunciaba que podía ponerse a nevar en cualquier momento.

—Haré cuanto haya que hacer —aseguró Xalo.

—Bien, bien —asintió el nordés rascando con el mentón el mullido pellejo de tuso que le abrigaba la garganta—. Así debe ser, ¿acaso crees que ese bando sobre tu madre es de mi agrado?

El joven calló. Jamás se hubiera atrevido a preguntarle el porqué de aquella decisión.

—Es la decisión más dura que he tomado en toda mi vida —el trasgo no dudó de que el nordés fingía—. ¡La más dura! Pero había que hacerlo, y lo que pasó durante la ordalía no ha hecho más que ratificarlo. Por desgracia, el recuerdo de tu madre se ha vuelto peligroso.

El trasgo no comprendía cómo Xalo podía tolerar aquella ristra de mentiras, pero él no sabía que, mientras escuchaba a su padre, el joven pensaba en la devoción que había visto plasmada en la tumba de Adhara, limpia de malas hierbas y cuidada con esmero.

—Lo entiendo —corroboró Xalo vehemente.

El nordés lo miró largamente a los ojos.

—Bien. Entonces te diré lo que debes hacer.

Aunque hubo detalles que se le escaparon por culpa del viento, y aunque le costó creer que la sabandija del nordés se atreviese a pensar en semejante felonía, mucho antes de que Xallas terminase, Mandeo comprendió que, vencido por su codicia, aquel malnacido estaba dispuesto a poner en un brete la vida de su amigo. Y también entendió a qué venía aquel paseo por la muralla una mañana tan desapacible; allí el nordés se libraba de oídos indiscretos.

Tenía que correr hasta el Santuario Blanco para prevenir a Ze. No había tiempo que perder.

Sin embargo, aquella mañana traía más sorpresas. Mandeo también habría de llevar al remero una noticia más, porque justo en ese momento, mientras Xalo asentía severo, cayó el primer copo de nieve.

La gaviota echó a volar con un graznido malhumorado, el viento se aquietó y los cielos se abrieron. Mansamente, como plumones cayendo de un nido, una armada de copos esponjosos empezó a escurrirse desde las alturas.

Había llegado la primera nevada.

Leguas tierra adentro, lejos del esponjoso manto de nieve caído sobre Dhum, en el desierto, la arena se quemaba bajo un sol furioso. El aire reverberaba, se elevaba en columnas sinuosas que emborronaban las siluetas y, en el gran patio del santuario, Aldair comprendía la mentira de los espejismos.

En la sombra de los soportales frente al almacén, mientras acariciaba el cogote de Inaz, tumbada a sus pies, la montaraz contemplaba a Ze. El remero sacaba paladas de arena de las inmediaciones del altar, anegado por la tormenta.

Para contento de Valdriz, encantado de tener a quien mantuviese a raya la decadencia, Ze había estado dedicando parte de las últimas jornadas a la tarea de limpiar los aledaños de la torre. Pero un solo hombre necesitaba mucha paciencia, y mayores esfuerzos, para adecentar los estragos de la mayor tempestad que el frade podía recordar.

A espaldas de la montaraz, sentados en viejas cajas de madera, que en tiempos habrían traído frutas llegadas como ofrenda, estaban el fraile y el tabernero. Niobel trabajaba con el hilo de Rexos; preparaba los catavientos que habrían de usar en la regata. Y Valdriz, como siempre, tenía el hocico metido en su libro sagrado.

Era ya el final del día, y estaban cansados, el silencio se hacía un buen compañero. Todos sabían que las paladas continuarían hasta que la luz se agotase, solo entonces se retirarían, disfrutarían de una cena escasa y descansarían un poco. Era una rutina que se había hecho acogedora para ellos.

Esa tarde, sin embargo, el fraile se arrancó a hablar con el tono de quien hubiera dedicado mucho a pensar en cómo decir algo que llevara tiempo callando.

—Fue un milagro.

El tabernero echó un vistazo adonde estaba Aldair y siguió con sus labores.

—Solo eso puede explicarlo. Una buena obra de Caldas, bendito sea —insistió Valdriz.

—También se le puede llamar suerte —murmuró Niobel sin alzar los ojos del telar.

—¡Suerte! ¿Cómo? A esa velocidad. No, imposible. Fue un milagro. Salió sin un solo rasguño, sin una sola herida. Entera. Eso no fue cuestión de suerte.

Inaz alzó una de las orejas, atenta solo a medias a la conversación que ella oía y la montaraz no.

—Ha sido Caldas —insistió el frade—, os lleva a todos en su providencia. Lo he visto con mis ojos, y me he convencido. Lo supe en cuanto vi a esa bestia blanca —aclaró refiriéndose a la hembra de tuso—, y cuando la muchacha se levantó sin una magulladura, se espantaron todas mis dudas. Ha sido Caldas el que os ha traído hasta aquí, y es Caldas quien os cuida.

Sus charlas ya habían paseado por derroteros parecidos, y el tabernero se limitó a asentir vagamente, dándole la razón al fraile por no seguir escuchándolo.

Pero parecía que Valdriz tenía segundas intenciones, porque continuó hablando:

—Así que, si ese loco no se mata con tanto remar y tanto cavar, ¿puede ganar la regata?

Entonces Niobel sí reaccionó. Saltó como si le hubieran echado encima aceite hirviendo. Se le abochornaron los carrillos y su enorme nariz se encendió como un faro. A sus pies quedaron sus labores de tejedor y una maraña de aquel hilo traído de las minas.

—¡Claro que sí! Por supuesto —repuso airado—. Si alguien tiene opciones, es él. ¡Ya puedes apostarte esos colgajos blancos que tienes entre las piernas!

Aldair, sorprendida por el griterío, se giró. Inaz, que dormitaba, solo abrió un ojo para mirarlos con hastío.

—¡Cálmate, hijo! —respondió el frade entrecerrando sus ojos albinos—. No pretendía dudar de tu amigo, tan solo…

—¡Ni solo ni acompañado! Como vuelvas a decir algo así te despellejo como a una liebre —amenazó apuntando al fraile con un dedo.

—No creo que pretendiese ofenderte —terció Aldair acercándose hasta ellos.

—Entonces, ¿qué demonios ha pretendido este blancucho esmirriado, cagajón de paloma?

El monje no cedió a los insultos y mantuvo sus aires cachazudos.

—Y si gana…

—¡Ganará! Ya te lo he dicho.

A la montaraz se le escapó una sonrisa.

—Está bien —concedió Valdriz—, cuando gane, porque ganará —aseguró alzando los ojos—, se convertirá en nordés, ¿no es así?

Entonces toda la ira de Niobel se desinfló de pronto porque, hasta ese momento, no había escuchado a su amigo hablar ni una sola vez sobre lo qué haría una vez se ganase el derecho a gobernar.

El tabernero miró hacia Ze. Ni una sola vez había manifestado el remero el menor deseo de regir el destino de Dhumbria.

—Lo que puedes dar por hecho es que Ze machacará a ese malnacido —contestó al cabo.

—No, no lo hará. Va a perder —dijo de pronto una voz.

Miraron a todos lados intentando encontrar al dueño de aquellas palabras pero, como levantaba poco más de un palmo, tardaron un rato en ubicarlo.

Palmeándose el polvo de grano que le cubría la chaquetilla, con el pelo alborotado y sucio como una pocilga, desde las puertas junto al almacén, caminaba Mandeo.

De reojo, Aldair advirtió el ademán del fraile y se dio cuenta de que algo se le había quedado en el tintero a Valdriz. Pero no pudo saciar su curiosidad, porque al instante, envuelto en aquella polvareda, el trasgo insistió.

—Siento traer noticias así, pero me temo que es cierto —dijo contrito—. No ganará.

Estaban los tres estupefactos y, en su silencio, el recién llegado tuvo tiempo de caminar hasta ellos y derrumbarse en el suelo.

—Pero ¿quién eres tú?, ¿cómo has entrado aquí? —preguntó Valdriz.

—Un trasgo no revela sus caminos —dijo el aludido con una reverencia que su agotamiento dejó floja—, y eso mismo soy yo. Mandeo el trasgo. A tu servicio si eres amigo de Ze, el remero, a

quien debo la vida y algo más —intentaba sonar elocuente, pero había tragado tal cantidad de miasmas en los almacenes que sentía la boca llena de barro.

—¡Y qué diantres importa eso! —exclamó el tabernero lanzando una mirada furibunda al fraile por haberse preocupado en naderías—. ¿Cómo que no ganará? ¿A qué ha venido eso? ¿De qué estás hablando? ¡Explícate!

El trasgo miró a lo lejos y vio a Ze abandonar la pala y acercarse.

—Pues estoy hablando de que no ganará. Y no lo hará por el mismo motivo por el que no ganó la primera vez —aseguró el trasgo con pesadumbre—. Es imposible. Pero, si puedes contenerte, déjame respirar un momento mientras él llega —le dijo señalando hacia el remero—, así no tendré que contarlo dos veces.

Aldair estaba segura de que al menos una parte de la historia ya la conocía. Muy a su pesar, sabía de qué era capaz Xallas.

Ze, empapado en sudor, enjugaba su torso con los restos de una camisola. Sin abrir la boca, llegó hasta ellos y saludó con una inclinación del mentón.

El tabernero empezó a decir algo, pero su amigo lo retuvo con un gesto de la mano.

Pasó de largo para coger ropa limpia. Inaz se irguió enseguida para trotar a su lado y, con evidente contento, caminar hasta los almacenes junto a su amo. Mientras, los demás, imbuidos por las noticias del trasgo, miraron con repeluzno las enormes cicatrices del remero.

Bebió largamente de un barril que todos los días llenaban con agua de la laguna y, cuando volvió, traía un cuenco en sus manos. Antes de acomodarse, lo dejó en el suelo, al lado del trasgo.

—Imagino que traes nuevas —le dijo a Mandeo al tiempo que tomaba asiento en la misma caja que había usado el tabernero.

Primero se rascó la coronilla, revolviendo aún más las guedejas pelirrojas, luego suspiró y, finalmente, se decidió a hablar:

—Sí, las traigo. Pero me temo que son malas. Muy malas.

Ze esperó, mucho más cómodo en el silencio que sus compañeros.

—¿Alguna vez has pensado por qué perdiste? —preguntó el trasgo desconcertando a los otros cuatro.

El remero se tomó su tiempo. Las arrugas en torno a sus ojos se tensaron por un momento. En su cuello, los tatuajes temblaron cuando tragó.

Todos le miraban, incluso Inaz, tumbada junto a él. Y Ze echó su vista a rodar por el Santuario Blanco. Atravesó los soportales, el laberinto; ascendió por las Montañas Azules, llegó hasta el océano, navegó hasta el norte y se encontró con sus recuerdos.

—Soplaba una ventisca —empezó a decir—. Acabábamos de salir del hielo con las velas hechas andrajos. Y sabíamos que íbamos en cabeza.

Hubo un nuevo silencio. La noche lo aprovechó para ir alargando sus sombras al pie de las columnas del atrio. El

tabernero conocía bien a su amigo y supuso que no diría mucho más. Sin embargo, vio el gesto de ánimo del trasgo y, como pareció hacerlo el mismo Ze, entendió que había algo de suma importancia en la pregunta hecha por Mandeo.

Bajo las greñas pelirrojas las pequeñas manos se movieron para insistir.

—Confía en mí —le dijo el trasgo incitándolo a continuar con el relato.

—Fue solo mala fortuna. No debería haberse roto. Tendría que haber aguantado, no hay por qué hablar de ello. No volverá a pasar…

El trasgo negó despacio, moviendo su mentón con parsimonia, y luego clavó sus pequeños ojos titilantes en el remero.

—Recuerdo cuánto me dolían las manos —dijo al cabo Ze bajando la mirada hacia ellas—. Comidas por sabañones. Los días habían pasado sin más descanso que una cabezada ocasional. Pero llevaba su aliento conmigo —la montaraz se emocionó al darse cuenta de que era de Adhara de quien hablaba Ze—, me daba fuerzas. E íbamos ganando. La última vez que habíamos visto a Xallas… Había sido a nuestras espaldas, todavía en los páramos de hielo.

Niobel, que era quien más años llevaba junto al remero, no le había escuchado jamás hablar tan largamente.

—El viento silbaba —inclinó el rostro como si aún pudiera escucharlo—. Soplaba endemoniado… Recuerdo la lluvia helada, casi congelada. El viento era tan fuerte que las gotas no llegaban a caer, se las llevaban las ráfagas. Cabalgaban por encima de las olas. Se mezclaban con la espuma… Me golpeaban la espalda. Las manos me dolían mucho…

Aquellos detalles no estaban en el Acantilado Rojo. Eran los primeros en escuchar aquella historia y en Dhumbria nada había más importante que recordar, conocer lo pasado, escuchar.

No era el momento de hacer preguntas.

Ze dejó una caricia en el cogote agradecido de Inaz y luego recorrió con la yema de un dedo el antebrazo. Ascendió por los tatuajes con los caminos de las estrellas, pasó por la sangradura, donde la tinta dibujaba la costa mordida de Dhum y dos velas

gemelas que ahora le resultaban familiares a Aldair. El dedo siguió su camino hasta el comienzo de una cicatriz donde había un trazo que todos reconocieron. Era sencillo, apenas un remedo de ola y un pico oscuro que surgía del agua.

—Entonces vimos la primera aleta. Nadaba a estribor, a una braza de la amurada. Casi tan rápido como nosotros. Y era grande.

El dedo se detuvo un instante en el tatuaje y volvió al pelaje de Inaz. El animal, que percibía el dolor de su amo, se apretó contra la mano que le daba de comer y Aldair, que lo vio, sintió aún más cerca la pena que por tantos años había corrompido al remero.

—Se llamaba Cotá. Seguro que tú le recuerdas —dijo sin mirar hacia el tabernero—, se había embarcado con nosotros para la campaña de bonitos cuando Piorno reclutó grumetes. —Niobel lo recordaba, al muchacho y a aquel condenado patrón paticorto que lo hubiera dejado morir desangrado sin el más mínimo escrúpulo—. Yo… Yo hubiera ido solo. Pero no se podía, la ley lo prohíbe. Un remero y un timonel, eso dice la ley —había amargura en sus palabras y Aldair quiso decirle que él no había tenido culpa alguna—. Tú no estabas en condiciones —esta vez sí que alzó los ojos para mirar a su amigo, que no pudo evitar llevarse la mano al muñón—. Y él… Bueno, él…

Inaz lamió cariñosa el antebrazo de su amo.

—… Él se ofreció —ahora fue a Aldair a quien miró con los ojos encendidos—. Y yo estaba tan convencido de que ganaría. Acepté —añadió con una expresión sardónica—. Yo solo quería tener a Adhara. Y él quería abandonar la miseria para alcanzar la fama y la gloria, esperaba acabar trabajando en la Casa del Nordés —se le escapó un suspiro—. Nos dimos la mano, fuimos a la galería de tatuadores y cerramos el trato —aleteó con los dedos en el aire que empezaba a enfriarse, como si no tuviera importancia—. Estábamos seguros de que lo lograríamos.

Valdriz se arrebujó en su hábito, pero no se atrevió a decirles que convenía resguardarse. El relato de Ze los tenía atrapados.

—Estábamos tan convencidos de que íbamos a ganar. Navegábamos al sur, llevábamos la delantera.

Inaz volvió a lamer la mano de su amo y Ze la acarició, pero siguió con los ojos perdidos en el horizonte.

—Cayó la noche, arreció la lluvia —había emoción en la voz del remero—. No veíamos más allá de la luz que desprendían los faroles —el tabernero conocía la sensación, la llama empapada en sebo bailaba en los fanales y las sombras danzaban sobre las olas, no servía de mucho, pero era lo único que había—. Fue entonces cuando descubrimos que aquel condenado marrajo no estaba solo. Al poco había media docena de aletas cortando el agua junto a la borda… Aun así, estábamos tranquilos. A fin de cuentas, sabíamos de antemano que antes o después nos toparíamos con ellos. Y ambos los habíamos pispado junto a los barcos cangrejeros —aquello también Niobel lo había presenciado, en el único trabajo en la mar que había conseguido tras perder el brazo: había visto a uno de aquellos marrajos destrozar una nasa rebosante de patudos con una brutal dentellada que incluso acalló las maldiciones del patrón, un tipo austero que respondía al nombre de Loudan—. Recuerdo que Cotá gritó algo, pero el viento no me dejó escuchar.

Ya brillaban algunas estrellas en el horizonte sobre el santuario. Y la gema de la torre reunía la poca luz que aún quedaba en los cielos. Las bestias del desierto salían de sus escondrijos para disfrutar el fresco de la noche. En algún lugar del patio, un grillo empezó con su cantinela seductora.

—Entonces uno de ellos se lanzó contra el maderamen —para ilustrarlo, Ze batió palmas con fuerza y todos dieron un respingo—. Nos golpeó —eso era algo que los marrajos de humo hacían, golpeaban a sus víctimas, para atontarlas antes de despedazarlas a dentelladas—. ¡Hasta el último clavo retembló en su sitio! Y volvió a cargar contra nosotros. —Niobel recordó una ocasión de niño, cuando había visto a dos enormes bucardos de las montañas liarse a topetazos con sus cornamentas para decidir cuál de los dos tenía derechos sobre las hembras que los miraban encaramadas en las rocas de la ladera—. Y una vez más —Ze repitió el golpe.

Aldair podía imaginar el océano encrespado, las aguas plomizas mordiendo la barca, la lluvia azotando las velas, el viento soplando inmisericorde. Y aquellos monstruos salidos del abismo, enfebrecidos por la sed de sangre, lanzándose contra la barquichuela donde navegaba su almuerzo.

—Sabíamos que pasaría —cualquiera que navegase tan al norte era consciente de lo que le esperaba—. Lo que no sabíamos era que aquellas embestidas… La tablazón no aguantó —dijo el remero con la voz tomada—. Se resquebrajó…

La montaraz no pudo escuchar más. Ze siguió hablando, pero a ella no le hizo falta oír las palabras. Vio la sangre. La carne aserrada. Las fauces abiertas, la piel áspera, del mismo color que las piedras de fuego negro. El dolor.

No le costó imaginarlo. Había visto las tallas del Acantilado Rojo, las había leído muchas veces. Pero también había visto las cicatrices. Supo que había sido horrible.

—… murió. No pude hacer nada —aseguró el remero aplastado por la culpa.

A ella le pareció que algo así decía mucho de él. Porque no mencionó sus propias heridas, solo habló de su timonel.

—Pero nunca antes había pasado algo así —intervino Niobel—, las chalupas siempre han aguantado la regata. Esa fue la primera y la única vez. No volverá a suceder… ¿Qué demonios tiene eso que ver con él? —preguntó señalando a Ze.

El tabernero se había apropiado de buena parte del dolor y estaba disgustado con el trasgo por haber obligado a Ze a revivir el mal trago.

Pero cuando Niobel calló, nadie le tomó la palabra. Un silencio expectante se siguió, y solo el grillo que buscaba de quien enamorarse se atrevía a romperlo.

Tras un rato, fue el trasgo el primero en hablar:

—Volverá a pasar —dijo convencido.

—Pues más vale que te vayas explicando —le urgió el tabernero—, de lo contrario yo mismo me encargaré de ensartarte y cocerte a fuego lento como un espeto, ¿cómo que volverá a pasar? ¡Esa fue la única vez que una chalupa no aguantó!

—Xallas ha hecho llamar a su hijo de la frontera norte…

Aquel anuncio barrió con una mueca el rostro de Aldair, pero la montaraz hizo lo que pudo para disimular.

—… y lo ha nombrado juez de la regata…

En tanto el trasgo hablaba, la montaraz procuraba recomponerse para que ninguno de sus amigos descubriera la

verdad que se ocultaba entre ella y Xalo.

Cuando terminó de contarles lo que había oído en la muralla, el trasgo reconoció que había ciertas partes de la conversación que no había podido escuchar.

—Casi termino convertido en desayuno de gaviota. Pero no tengo dudas, ese malnacido va a sabotear tu chalupa —aseguró.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Cabrón malparido, solo podía ganar haciendo trampas. —Niobel echaba espumarajos.

Aldair no pudo evitar preguntar.

—Pero no lo entiendo, ¿cómo funciona?, ¿por qué eso va a provocar que la barca se rompa?

El tabernero miró a Ze y, como este no contestó, él mismo se cargó de paciencia para explicarse.

—Desde Palas, en honor a esa primera regata, se consiente que los cordajes y las velas los ponga el remero. Él había conseguido el hilo de Rexos y eso se convirtió en tradición —esa era una historia que conocía hasta el último niño de Dhumbria—. Sin embargo, es la Casa del Nordés la que proporciona las chalupas, eso dice la ley. Se supone que todas son iguales. Que deben ser iguales. Así, el resultado de la regata dependerá, únicamente, de la valía de cada remero.

—Sí, lo sé —aseguró Aldair confusa—, pero ¿qué pintan las algas en todo esto?

A Niobel se le fue la paciencia y se rastrilló el rostro con su única mano, y fue Valdriz el que contestó.

—Es un viejo truco de carpintero —todos se giraron hacia él, sorprendidos.

El frade los miró uno por uno y sonrió.

—No siempre he sido monje —reconoció con un dejo misterioso en la voz—. El caso es que hay que aprovechar los restos de las grandes ollas de los cufelos. Tras cocer el agua de mar, obtienen una capa de sal blanca y limpia, que es la que llega al mercado. Pero debajo, junto al fondo, queda una salmuera que se desecha cada noche. Y con un cubo de esa pasta es suficiente. Lo que hay que hacer es meter dentro un buen puñado de algas de velo, recién recogidas en marea baja. Después de un par de semanas se consigue un potingue que hiede a demonios, pero que se come los

clavos —afirmó con la seguridad de quien lo ha usado para desmantelar viejos muebles—. Cualquier metal que dejes ahí dentro acabará convertido en una cagarruta de herrumbre en pocos días.

—¡Hijo de mala madre!, ¡tú deberías ser el nordés!, ¡lo sabía!, ¡lo sabía! Ese desgarramantas revenido, ¡tramposo!, ¡sabandija!

El trasgo, escuchando las maldiciones de Niobel, asentía convencido. Pero Valdriz se dio cuenta de que el remero no entraba al trapo.

—Voy a arrancarle las uñas con unas tenazas al rojo, ¡no!, mejor le arrancaré los huevos…

El fraile vio la mirada triste en los ojos de Ze. Niobel consiguió detener su retahíla de juramentos. En su amigo veía las sombras de la amargura y la culpa; en la montaraz algo que no supo identificar.

—El pasado ya no puede cambiarse —dijo el remero.

No se escuchaba otra cosa que no fuera el soniquete del grillo. Y antes de que alguno de ellos pudiera hablar, Ze se puso en pie y echó a caminar hacia el altar.

Abatida, a Aldair le costaba aceptar lo que acababa de oír. Por un tiempo había albergado la esperanza de que todo aquello no fuera más que un sueño, había llegado a pensar que podrían quedarse en el Santuario Blanco por siempre. Que el condenado reloj era una mentira. Que tenían posibilidades de seguir con vida.

Y ahora el trasgo la había arrastrado a la realidad, una realidad dura y cruel.

—No sabe lo que dice —soltó el tabernero mirando a su amigo alejarse—. Lo que tenemos que hacer es marcharnos, ¡al este! Tan lejos como podamos. ¡Hasta las tierras de los segadores!

—Ofrecerse como remero y no presentarse a la regata se castiga con la muerte —advirtió el trasgo.

Era cierto, y la pena no solo iba en contra de aquel que faltaba a su palabra, sino también de su familia y allegados. Todos acabarían colgados en la Puerta de los Traidores.

—¡Cómo si eso tuviera que preocuparnos! Si lo que dices es verdad, ellos dos morirán igualmente…

Aldair se zafó del dedo del tabernero, que apuntaba hacia ella como la sombra de una guadaña, se levantó y salió en pos de Ze.

—Ya lo consiguió una vez, podría hacerlo de nuevo —le recordó Mandeo.

—¡Claro! Estoy seguro de que tú estarías encantado de mandar una nave que se deshará bajo tus pies para terminar entre los dientes de uno de esos condenados bichos… Y eso lo dice el que teme a las gaviotas…

—¡Eh! No te consiento que…

Mientras aquellos dos lenguaraces discutían con más ahínco a cada insulto que se le ocurría al contrario, el frade miraba hacia las espaldas de Aldair, que caminaba al encuentro del remero.

Si el trasgo y Niobel hubieran estado algo menos pendientes de tirarse trastos a la cabeza, quizá se hubieran dado cuenta de que Valdriz parecía cavilar.

En tanto, ya en el claustro, ajena tanto al berrinche de los otros dos como a los ensimismamientos del fraile, Aldair llegó al centro

del atrio.

Ze se había sentado junto al enorme altar tallado al pie de la torre, no muy lejos de donde había estado paleando arena. Abstraído, miraba al cielo.

Era noche de luna nueva, y hasta la más tímida de las estrellas se atrevía a brillar en el azabache que cubría el desierto. Él, con gesto ausente, repasaba con las yemas de sus dedos las líneas tatuadas en su antebrazo, las que representaban aquellas mismas constelaciones que tan bien podían verse desde allí, y que trazaban en su piel una copia del camino que recorrían en el firmamento a medida que las noches y las estaciones se sucedían.

Cuando advirtió que ella estaba a su lado, la miró largamente.

—Si quieres abandonar, lo entenderé —insistió con evidente sinceridad.

Aldair estuvo a punto de contarle la verdad. Quería decirle que a ella no le asustaba la muerte. Explicarle que había destinos mucho más oscuros. Pero el pacto se lo impedía.

—No abandonaré —le dijo convencida.

—Como ya he dicho. Si quieres abandonar, lo entenderé. Solo te pido que zarpes conmigo. En cuanto estemos lejos de Dhum, te dejaré en la costa y continuaré solo. No tienes por qué correr riesgos. Eso es lo que pensaba hacer con Niobel…

Si ya tenía pocas posibilidades de salir bien parado de la regata, menos aún sin un timonel. Y eso era lo que martirizaba a Aldair, porque a ella solo le importaba que él no se dejase la vida en el empeño.

No dijo nada.

Ante el silencio, él asintió, ella también. Y la montaraz hizo acopio de valor.

—¿Y tú?

El remero se giró para mirarla con incomprensión. Ella tomó asiento junto a él y porfió:

—¿No has pensado abandonar? ¿Ni por un momento?

La única respuesta fue una sacudida de aquel mentón robusto.

—Pero…

Había tantas cosas que quería contarle y no podía.

Él esperó.

—Pero ya has oído al trasgo…

En esta ocasión el remero contestó encogiendo los hombros.

—Es que…

La detuvo con un ademán de la mano.

El aire seco traía el olor calcinado del desierto y, bajo él, también distinguió el aroma recio de él; fuerte, varonil, agradable incluso tras un día de esfuerzos. Lo miró. Los años habían dejado su huella, pero el rostro seguía siendo atractivo; y los ojos, sus ojos azules, eran mares en los que batían temporales, había en ellos la sombra de la felicidad que pudo haber sido. De la vida que hubiera podido tener. De las oportunidades que le habían arrebatado. Él la miraba, y a punto estuvo de alzar una mano para tocar aquellos caminos de estrellas.

—No quiero abandonar. Pero temo por tu vida.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Si ese bando se cumple nada quedará que me retenga aquí —dijo finalmente.

Ella sintió la pena llegar tan hondo en su alma que creyó que se desvanecería.

—Pero ya has oído al trasgo. Perderás, volverás a perder…

Los ojos de él se entrecerraron un instante. Aldair sabía que aquellas habían sido palabras crueles.

—He de hacerlo —le respondió Ze.

Ella negó. Había tanto que le gustaría poder contarle.

—Morirás —le advirtió.

Él la miró a los ojos.

—Di mi palabra.

Entonces, ante aquella firmeza, Aldair se atrevió a dar un paso más.

—Creo que ella lo hubiera entendido —le susurró con dulzura—. Creo que ella hubiera preferido que siguieras con vida.

Él dejó caer su mentón. No dijo nada.

—Mi madre me contó que ella siempre hablaba de ti —mentir parecía lo más fácil, y Aldair sabía que en el fondo había también algo de verdad en aquello—. Decía que solo cuando te mencionaba podía sonreír. Ella te siguió amando hasta el último de sus días, estoy segura de que fue así. Incluso junto a Xallas. Y si te amaba

como creo —le dolía no poder sincerarse—, si te amaba tanto, estoy segura de que lo último que ella querría es que murieses en esa estúpida regata.

Él volvió a alzar su rostro para mirarla. Había tristeza en su mirar. Había dolor en su expresión. Pero siguió en silencio.

—¡Qué importa el bando! Tú la recordarás —le dijo arrebatada de emoción—, para ti seguirá existiendo. ¡Nadie puede arrebatarte lo que sientes! ¡Nadie! Pero, si sigues adelante solo conseguirás una cosa —las lágrimas nacieron para rodar por sus mejillas—, solo una, ¡morirás!

—Basta con que zarpes conmigo, luego te dejaré en algún lugar seguro —insistió él.

Aldair lloraba desconsolada. Inaz apareció junto a ellos, gañó, preocupada por lo que percibió, y repartió arrumacos ansiosos rozando su cabeza contra las piernas de los dos. El remero correspondió y, aunque la montaraz no lo percibió, los dedos de él temblaron de emoción.

—¿Por qué? No hace falta que lo hagas. Ella seguirá viva en tus recuerdos —argumentó la montaraz entre sollozos—. Nadie puede arrebatártela.

Él suspiró. La miró inclinando el rostro de un lado a otro, como un cachorro.

—Siempre llegaba tarde —empezó a decir él con la voz tomada—. Cuando se ponía nerviosa se le atropellaban las palabras y yo… yo no lograba entenderla —se le escapó una sonrisa amarga que contaba recuerdos—. Se equivocaba con los nombres, cada vez que intentaba contarme algún chisme de sus compañeras en las mesas de atado yo… yo terminaba tan liado que era incapaz de comprender quién era quién y qué había hecho cada cual…

Hubo un silencio breve. La brisa revolvió el polvo sobre la arena.

—Y por si no hubiera sido suficiente perderla… Sé muy bien que se sacrificó por mí. De no haber sido porque accedió a casarse con ese maldito Xallas, me hubieran ejecutado. Esa hubiera sido la primera orden del nordés. Y a mí no me hubiera importado… Aun así, ella lo evitó…

Aldair esperó. La arena ansiosa del desierto se bebía sus lágrimas. Oía la pasión entrecortada en la voz de él.

—Así era ella. Dispuesta a darlo todo.

Bajo los dedos de Ze, Inaz dejaba que le atusasen la pelambre.

—Siempre estaba sonriendo… Era preciosa —continuó el remero lleno de nostalgia—. Te hacía sentir como el amanecer abrazando el mar tras la tormenta. Con ella llegaba el calor y se olvidaba el miedo. Tan linda… Nunca llegué a comprender cómo pudo llegar a amarme. Yo no era más que un marinero. Ella podía haber… Podía…

Él sacudió su cabeza y Aldair vio el brillo furtivo del llanto en aquellos ojos tallados en azul profundo.

—… Cuando me miraba, yo me avergonzaba como un chiquillo travieso. Ella era mis sueños y era mis esperanzas. Cuando la tenía entre mis brazos me sentía el más afortunado. Era mi cordura. Espantó mi soledad. Era el antes y era el después. Lo era todo. Y como yo no lograba creer que ella pudiera quererme, le pedía siempre que no se olvidase de mí…

»Cada día que pasamos juntos fue un regalo. Y cada día le rogaba que no se fuera a olvidar de mí… Apenas estuvo a mi lado un instante, pero entonces y ahora. Mañana, y por siempre. Lo único que queda de mí es lo que ella dejó atrás…

Inaz gimió preocupada y lamió las manos de su amo.

—Te equivocas —le dijo ahora con vehemencia—. Yo no puedo morir en la regata… Yo ya perdí cuanto podía perder. Llevo muerto treinta años… Porque al perderla a ella lo perdí todo —aseguró con rotundidad—. No quedó nada. ¡Nada! Yo llevo muerto treinta años, pero ella no debería morir nunca… Ella debe vivir por siempre.

Ze volvió a mirar las constelaciones tatuadas en sus brazos, las acarició por un instante. Y ella, que nada sabía de las conspiraciones que se cuchicheaban en las tabernas de Dhum, creyó entender buena parte de lo que significaba cuanto el remero le dijo a continuación:

—Ella es una de esas estrellas —siguió él señalando al cielo—, ella me ayudó a llegar a casa… Y su recuerdo debe seguir viviendo. Debe seguir vivo, por siempre. Porque es ella la que marca el

rumbo para volver a puerto… Ella será la luz que guiará a muchos. Su recuerdo lo hará. Y así vivirá por siempre.

Para presentarse a tiempo, debían llegar a Dhum antes de la luna llena, y eso significaba que apenas contaban con un par de semanas. Pero el escaso margen no era su único problema. Ahora que planeaban el regreso, el olvidado temor a la compaña renació.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó el tabernero mientras Mandeo devoraba una inmensa ración de gachas.

Nadie respondió. Ze se había ido con Inaz. En su escudilla, Aldair había encontrado un lugar en el que perderse y miraba fijamente el mejunje harinoso. Y el fraile, ya concluida su frugal porción, repasaba su libro sagrado.

—No encontraríamos el camino de vuelta bajo las minas ni hartos de meslum —siguió hablando Niobel, aunque nadie le prestaba atención—. Y si atravesamos las montañas seremos presa de las ánimas. Así que, repito, ¿cómo diantres vamos a hacerlo?

Como ninguno de los otros dijo nada, el tabernero dejó naufragar su cuchara en el cuenco y resopló con fastidio.

—Ya sé que mi opinión no se tiene muy en cuenta —añadió, mirando como las gachas se tragaban la cuchara igual que arenas movedizas—, pero sigo pensando que lo mejor sería marchar hacia el este. Si fuera por mí, eso deberíamos hacer. Irnos, y mandar a los infiernos a la regata, al nordés y todo Dhumbria.

—Eres libre de hacerlo.

Niobel alzó los ojos para encontrar de vuelta a Ze. En su expresión no había rencor.

—Yo partiré mañana al amanecer. Y si no hay más remedio, lo haré solo —en su voz no había el más mínimo reproche.

Ambos amigos se miraron y sobraron las palabras. Por pocas que fueran sus posibilidades de llegar a salvo hasta el puerto de Dhum, sus suertes estaban ya echadas, y no les quedaba otra que confiar en que podrían evitar las maldiciones de los espectros negros durante el trayecto.

—Quizá haya un modo —soltó de pronto Valdriz sorprendiéndolos a todos.

—¿Hablas en serio? —preguntó el tabernero ansioso.

El aludido asintió y sus ingobernables cabellos blancos revolotearon alrededor de sus orejas.

—¿Y puede saberse cuál es? O vas a callártelo hasta que termines tus oraciones…

Bien surtido de paciencia, el frade no se tomó a mal la pulla de Niobel.

—No voy a callármelo, pero antes me gustaría contaros algo.

—Claro, a fin de cuentas nos sobra el tiempo, de hecho también podríamos…

De no ser porque Ze lo mandó callar con un gesto de la mano, Niobel hubiera seguido despotricando.

El remero tomó asiento en una de aquellas cajas sobadas e Inaz se tumbó junto a él.

—Habla —le dijo al fraile.

—Desde los tiempos de Palas —empezó solemne—, desde antes incluso, este ha sido un lugar sagrado, el más grande, el más importante. De todos los rincones del mundo conocido llegaban peregrinos que tomaban los votos de Caldas. En las catacumbas que rodean el lago subterráneo hay razas enterradas que no han sido vistas en estos pagos desde antes de que muriera el dragón de Trasulfe. Junquinos, sureños, montaraces, marineros, segadores… Vinieron en busca de paz. Incluso trasgos —añadió echando una significativa mirada a Mandeo—. Y quién sabe cuántos más.

Calló por un momento, atrapado por su propio relato. Sus manos acariciaban con mimo las tapas de su libro sagrado.

—Fue así y puede volver a serlo —continuó Valdriz—. Hasta que Xallas se hizo con el poder, todos los nordestinos habían favorecido al Santuario Blanco. Llegaban donaciones, mano de obra, hasta bardos; ansiosos de componer romances que se cantaran en honor de Caldas. Fue Xallas el que denostó este lugar y le quitó sus privilegios. Y todo porque dimos refugio a Aldro en los tiempos en los que los rumores de revolución se colaban hasta en los cubos de carnada.

Hizo el fraile una pausa y todos miraron hacia Aldair, pero ella no intervino en la conversación. Parecía distraída.

—Y lo que un nordés nos arrebató, solo un nordés puede devolverlo —terminó con intención, mirando fijamente a Ze.

—¡Mira el fraile! Nos ha salido ambicioso —chistó Niobel con una sonrisa cínica.

Valdriz hizo caso omiso, como siempre, y siguió pendiente de las reacciones del remero.

—Yo solo quiero evitar que el bando se cumpla —dijo al cabo—. El resto me importa un bledo.

El fraile suspiró.

—Pero si ganas la regata serás nombrado nordés, ¿o no?

Ze bajó el rostro y centró su atención en Inaz. La bestia, agradecida, se dio la vuelta para mostrarle la barriga.

—He estado dándole vueltas. Y creo que le cedería ese honor a ella —dijo señalando hacia Aldair y dejándolos boquiabiertos.

Con un respingo, la montaraz se puso en pie dispuesta a protestar. Pero el trasgo no le dio opción.

—Jamás una mujer ha sido nombrada nordés —soltó Mandeo.

Y Aldair quiso hablar entonces, pero se le adelantó el tabernero.

—Hace mucho que lo vengo diciendo, has perdido la chaveta —le tascó al remero señalándolo con su única mano—. Es la única explicación.

Y, cuando por fin la montaraz pensó que podría meter baza, el fraile volvió al ataque.

—Me parece bien, puedes volver conmigo al santuario si lo deseas. Pero a mí me da igual quién de los dos termine sentándose en el escaño del nordés, lo único que me importa es si aceptáis o no mi oferta.

—¿Y cuál es esa oferta? —preguntó Ze antes de que Aldair pudiera protestar.

—Creo sinceramente que Caldas me ha bendecido con mi larga vida para hacer algo. Creo que he sido llamado para eludir la muerte hasta este mismo momento y poder hablar en su nombre. —Niobel resopló con evidente escepticismo, pero la mirada severa del remero mantuvo su boca cerrada—. Creo que es mi deber devolver su grandeza a este lugar santo. Y creo que vosotros habéis traído la esperanza —añadió mirando el pelaje blanco de Inaz.

Mantuvo a todos expectantes mientras tomaba aire para darle dignidad a su discurso.

—He estado leyendo, y meditando. Y he rezado mucho. Si aceptáis devolverle al Santuario Blanco sus privilegios, os ayudaré a eludir a los espectros negros.

—Ya, seguro que sí, y además una buena bolsa de monedas para ti también —soltó Niobel sin poder aguantarse por más tiempo.

Una vez más, Valdriz aguantó el embate.

—No, no quiero nada para mí, aunque te cueste creer lo contrario —le respondió al tabernero—. Solo deseo que el santuario vuelva a recibir el estipendio de la Casa del Nordés —tal y como había ocurrido durante generaciones de remeros, después de que el Templo de Rinlo cayera en desgracia—, que tengamos derecho al cobro del diezmo por el paso y, sobre todo, que cualquier peregrino que llegue hasta aquí y se quede cuarenta días entre los hermanos de Caldas, adquiera la ciudadanía de Dhum. Como fue en los viejos tiempos —así había sido desde la primera regata, hasta que Xallas decidiera recuperar el antiguo culto a Rinlo y darle buena parte de su poder a los hermanos de la orden—. Ni más, ni menos.

Mordido en su orgullo, Niobel calló por una vez. Y fue el remero el que preguntó.

—Entiendo, pero si accedemos, ¿cómo vas a conseguir que estemos a salvo de las ánimas?

—Pues es muy sencillo, nos llevaremos el Santuario Blanco a cuestas —explicó dejándolos a todos estupefactos.

VII

El precio de la venganza

Si lo descubrían, podía ser que los segadores mantuviesen la boca cerrada a cambio de un pellizco, pero también cabía la posibilidad de toparse con un joven orgulloso de su tabardo recién estrenado y en ese caso la idea de un soborno solo servía para terminar encerrado en las mazmorras que había en los subterráneos del castro. Sin embargo, el riesgo merecía la pena, porque la hierba de sal arrojaba enormes beneficios y Monroso estaba convencido de que, si la causa valía la pena, el fin justificaba los medios.

Aunque si algo le preocupaba al dueño del Anzol, no eran los segadores, sino el viejo patrón, porque si Loudan se enteraba de que él y Cobas estaban metidos en el contrabando para financiarse, entonces no habría agujero en el que esconderse.

Necesitaban la influencia de Loudan en la cofradía, porque la palabra del viejo era ley entre los pescadores, pero también debían reunir fondos con los que armar a los rebeldes.

Caminaban sobre el filo de una navaja oxidada, y lo sabían. Aun así, no iban a detenerse, porque pasara lo que pasase en la regata, ambos estaban entregados a la causa. Había que acabar para siempre con la saga de los nordestinos y los dos, como tantos otros, habían jurado aceptar los riesgos.

Además, ya faltaba muy poco para que sus planes se pusieran a prueba, como les recordaba la nieve que podían ver en las laderas de las montañas. De hecho, esa noche, muchos aguardaban ansiosos las noticias que había de traerles uno de sus contrabandistas.

Los canales de la capital rumoreaban llenos de agua. Apenas unos momentos antes, los cielos habían dejado escapar los últimos ramalazos de un chaparrón que había comenzado al amanecer y había seguido castigando la ciudad durante todo el día.

A la entrada del negocio de Monroso, el cartel de madera de palo de fierro en el que se había tallado el nombre de Anzol goteaba sobre las piedras de la calle. Y junto a él, colgada de un cáncamo oxidado, una señal ajada que raramente se veía allí era el testigo de que no quedaban habitaciones libres en la posada. Pero

no era cierto, porque una de ellas estaba vacía, aunque no podía decirse que esa fuera la única mentira que rondaba por semejante tugurio.

—¿Está todo listo? —le preguntó Cobas.

—Sí, sí, todo —contestó el posadero ansioso—. Solo hace falta que él venga, porque vendrá, ¿no?

Estaban sentados a una de las cochambrosas mesas de la planta baja, donde Monroso mantenía un remedo de sala en la que servir potajes rancios y caldos de berzas a los aventureros que se atrevían a dormir en sus habitaciones, pese a las legiones de chinches que acampaban en los viejos colchones de lana.

Cobas echó un trago de la inevitable taza desportillada de vino.

—Tranquilízate, llegará en cualquier momento.

Se habían visto en situaciones similares muchas otras noches como aquella, y los nervios de Monroso tenían siempre la costumbre de alterarse cuando esperaban una entrega. Pero en esa ocasión el posadero estaba más alterado de lo habitual, porque no solo aguardaban la llegada de un cargamento de hierba de sal traído desde las junqueras del este.

Tras la implacable sierra de las Montañas Azules se abría el desierto, pero al norte de las arenas, aprovechando las escorrentías del deshielo, se extendía un valle pantanoso donde, entre las ciénagas, crecía un mar de juncos que cada primavera se infestaba de unos hierbajos parásitos que los consumían. Era un lugar bañado de miasmas que borboteaban en aguas enlodadas.

Allí no vivían más que los desesperados, algún cufelo escapado de la esclavitud y aquellos que habían sido desterrados de Dhum. Y no lo hacían por el barro pestilente, el calor bochornoso, los jejenes cuya picadura se ulceraba y provocaba terribles dolores o las víboras a las que apodaban «*siete pasos*», porque eso era todo lo que un desgraciado podía caminar después de sentir los colmillos clavarse en un tobillo. Lo hacían porque aquellos hierbajos salitrosos les permitían ganarse malamente la vida. Una onza de tallos prensados y secos podía venderse en los callejones de Dhum por diez piezas de cobre, y aquel era un jornal más que suficiente para espantar el hambre.

Desde allí recibía el posadero su mercancía, y también allí, malviviendo en los juncales, habían encontrado a Aldro, el sastre que tantos años atrás había hecho tambalearse el poder del nordés Xallas llevando a las almas de Dhumbria el suspiro de una rebelión.

Les había costado dar con él. Habían enviado recado a todos los rincones conocidos y solo semanas después, cuando los nervios de Monroso tenían más nudos que los cabos de un viejo pesquero, les trajo noticias un junquino tuerto que vendía hierba de sal tan cortada que solo la compraban los que ya habían masticado tanta como para que sus sesos no fueran otra cosa que salmuera.

Aprovechando las idas y venidas de sus contrabandistas, Cobas y el dueño del Anzol habían enviado y recibido recado. Los nervios de Monroso habían estado a punto de saltar en pedazos en más de una ocasión, pero al fin había llegado el momento.

—¿Funcionará?

Cobas resopló reuniendo paciencia.

—Si Loudan llega hasta el paso, entonces funcionará —dijo pensativo.

Cansado de tantos recelos, Cobas se echó al coleto lo que quedaba en su taza y miró fijamente al posadero.

—Seguiremos adelante, sea como sea —aseguró con firmeza—, ya no hay vuelta atrás. Es lo que habíamos esperado, la mejor oportunidad de acabar con Xallas. Lo colgaremos en la Puerta de los Traidores y la libertad volverá a Dhumbria.

En ese instante, se oyó el chirrido de las bisagras y, tras el eco que se perdió en la grasa garrapiñada en las telarañas del techo, entró Loudan por la puerta trasera.

En cuanto vio al patrón, Monroso se puso en pie con aire complaciente.

—Todo listo. Solo queda una habitación libre —dijo atropellado—. Y estamos solos, los demás están ya durmiendo, ¿quieres una taza?

El viejo se sacudió el agua del sobretodo encerado con sus manos castigadas. Escudriñó un buen rato en derredor, como si no se fiase de la palabra del posadero. Y, al cabo, tomó asiento junto a los otros dos.

—Sirve algo que caliente los huesos —le dijo a Monroso antes de mirar hacia el otro marino—, ¿todo bien?

El dueño del Anzol no se tomó a mal que le hicieran de menos, estaba acostumbrado. Sabía que el patrón no se fiaba ni de su sombra, y no olvidaba que, de entre todos los que se habían involucrado, Cobas era el único que había sido capaz de ganarse un asomo de la confianza del viejo lobo de mar. Así que el posadero se agenció unas brasas y quemó un poco de orujo al que añadió unas cucharadas de miel. Esa era una de las debilidades del cangrejero y Monroso lo sabía.

—Hasta ahora sí —contestó Cobas—. ¿Y en el norte?

Antes de responder, Loudan se tomó su tiempo. Se acicaló los bigotes, se masajeó las sienes y esperó hasta que Monroso terminó de preparar su bebida. Después, echó unos tragos, refunfuñó algo ininteligible y, solo tras haber pedido un poco más, se dignó a hablar.

—Están listas, justo al borde de los hielos. En el mismo paso. Y por poco no lo cuento, ya sopla duro por allí arriba —les relató sacudiendo el rostro con la mezcla de melancolía y frustración que solo podían permitirse los que han vivido mucho y olvidado más—. A cada año que pasa, el mal tiempo comienza antes y más al sur. No me gustaría estar en el pellejo de los remeros…

Entonces se quedó un instante pensativo.

—… Aunque más vale que sea el nordés el que llegue primero, si no… Si no, lamentaría perder a esos dos locos. Además, si la muchacha muere, quizá Aldro se eche atrás.

Palabras que Monroso recibió con un asentimiento cómplice que, al verlo, hizo sonreír al viejo patrón.

—Parece que pinta bien —se animó Loudan.

—Sí, claro que sí. No puede salir mal —corroboró el posadero.

El que calló fue Cobas. Porque ninguno de sus compañeros sabía que, en realidad, saldría mal.

Esa misma madrugada, en cuanto abandonase la posada, acudiría al Templo de Rinlo para hablar con Tambre, el bispo. Pues como para muchos que habían conocido el hambre en Dhumbria, la codicia podía valer mucho más que el honor.

Porque la realidad era bien distinta. Los había engañado a todos. Cobas no era más que un vil traidor vendido a la Casa del Nordés.

Nada quiso saber Mandeo sobre los planes de sus amigos para el viaje. Entre aspavientos, maldiciones al linaje del tabernero, promesas de cumplir con su palabra, y alientos para que se mantuvieran firmes si topaban con la compaña, el trasgo marchó hacia Dhum por los ignotos caminos que solo los suyos conocían.

Y los cuatro que quedaron en el Santuario Blanco tuvieron que estirar su paciencia, porque aún necesitaron otro día más de preparativos. Les hicieron falta todas las horas desde el amanecer al ocaso para poner en práctica la idea de Valdriz para evitar a los espectros negros.

Cuando al fin cruzaron el pasadizo bajo la Torre de la Gema, lo hicieron siguiendo las indicaciones del fraile, en cuyas manos habían puesto sus vidas.

Y todo empezó con aires de buenaventura, porque, gracias al monje, el dédalo de corredores que rodeaban el templo fue un cómodo paseo. No conocieron la sed ni la angustia. Apenas dos jornadas después de abandonar el monasterio estaban ya en la salida. Una inmensa arcada que el fraile les señaló orgulloso.

Tallada con cientos de símbolos en la lengua muerta, la bóveda se abría sobre una rampa que ascendía lentamente para escapar del laberinto hacia las planicies de arena del desierto. Valdriz les explicó que, en aquellos signos labrados, estaban los acertijos cuya respuesta desvelaba el secreto del laberinto a quienes desearan atravesarlo.

—Justo a tiempo —había dicho un sardónico Niobel—. Sí, porque estaba pensando en volver a pasear por esos condenados corredores en cuanto termine la regata. No se me ocurre un momento mejor para saber cómo atravesar este laberinto hideputa y malnacido…

La dejaron atrás para errar el por desierto, y solo el tabernero se volvió a mirarla para escupir por el hueco de aquel colmillo que le faltaba.

Aprovecharon los consejos del frade y se beneficiaron de la fresca del amanecer para seguir camino. Cada mediodía

descansaron a la sombra de las velas tejidas con hilo de Rexos.

Y pronto empezaron a percibir los cambios en los páramos. Primero las arenas blanqueadas por el sol se fueron haciendo guijarros, luego aparecieron arbustos salpicados a un lado y otro, más tarde, las piedras porosas y claras cedieron paso a las rocas negras. El desierto se fue diluyendo en la serranía.

Apenas cinco días después de abandonar el templo, habían llegado a las estribaciones de las Montañas Azules.

Era el final de la primera etapa en su regreso a Dhum.

Las nubes descorrían sus velos sobre el sol y, en los suelos del bosque, las sombras se alargaban y encogían, persiguiéndose unas a otras al pie de los árboles. Más allá, la imponente sierra se alzaba ante ellos y, desde donde se habían detenido, veían claramente el camino que serpenteaba negociando la pendiente. Cientos, miles de pisadas habían curtido aquella tierra en los años de bonanza.

—Esta era la ruta que peregrinaba hasta el santuario desde la costa —les anunció el fraile señalando aquella cicatriz en el terreno.

Junto al paso, allí donde apuntaba el dedo de Valdriz, a la vera del camino, antes de que el terreno comenzara a ascender, se veía también un enorme humilladero. Un gigantesco montón de piedras coronado por un poste de metal cubierto de inscripciones y óxido.

—Antiguamente, se dejaba un guijarro al ir hacia el templo —les enseñó Valdriz—, y se recogía al regresar. Por eso hay tantos, porque fueron muchos los que peregrinaron hasta el Santuario Blanco y, una vez allí, decidieron abrazar las enseñanzas de Caldas y quedarse a vivir sobre la laguna.

De casi una cuerda de alto y tan grande como un almiar tras la cosecha, Niobel dudaba que aquel gigantesco humilladero estuviera hecho únicamente con cascajos olvidados, pero, por una vez, se abstuvo de mencionarlo.

—Haremos noche aquí —anunció el fraile—, pues hasta aquí llega la protección del santuario.

Los demás asintieron y las tareas se repartieron.

Ze calzó el mismo carro que había servido para las prácticas de la montaraz. El tabernero lo había reconvertido y ahora les servía para transportar sus bastimentos. Inaz trotaba a su alrededor.

Niobel se encargó de la lumbre y Aldair de conseguir algo de leña. Cuando el remero terminó, Valdriz trasteó en el carromato para hacerse con algo de harina para las gachas.

No hablaron, porque en todos ellos pesaba la incertidumbre de lo que vendría al día siguiente. Cuando la influencia del suelo sagrado que estaban a punto de abandonar se perdiese.

—¿Estás seguro de que funcionará? —preguntó Niobel cuando ya estaban sentados alrededor de la fogata—. Aún estamos a tiempo de pedir clemencia a la Reina de Rexos, quizá nos permita volver a usar las galerías de la mina… O mejor aún, nos olvidamos de toda esta locura y marchamos hacia el este, lejos del desierto, del santuario, de la regata, del nordés y… Y de los espectros negros.

Ze intercambió una mirada con Aldair y ambos esperaron la respuesta del fraile.

—Funcionará, estaremos a salvo —contestó Valdriz sin fastidio—, solo debes tener fe —añadió señalando hacia la carga del carromato—. Estamos en manos de Caldas, y él nos protegerá.

El remero, sentado junto a Niobel, le apoyó una mano en el hombro.

—No me gusta, no me gusta nada —insistió el tabernero—. Quién sabe si la idea de ese loco servirá de algo —añadió señalando primero al carro en el que viajaba la ocurrencia y luego al fraile que la había tenido—. No, no me gusta. Y la verdad, no me apetece pasarme la eternidad vagando en compañía de las ánimas en busca de desdichados a los que condenar.

Al oír aquel comentario, Aldair no pudo evitar tocar el reloj de arena. Y un escalofrío le reptó por la espalda dejando un rastro de miedo.

Fue para todos una noche intranquila.

Estaban tan preocupados por los espectros negros que se olvidaron de que en los bosques de las Montañas Azules había muchas más cosas a las que temer.

Fueron ascendiendo, inmersos en el bosque y sus luces ocres de invierno, siempre por el camino tallado por generaciones de peregrinos. Espantaron una manada de caballos salvajes que pastaba entre los tojos, y el semental que la mandaba, un garañón bayo de largas crines, amenazó con cocear a Inaz cuando la bestia salió corriendo tras los potros sin otra intención que la de jugar. Al segundo día atravesaron un desfiladero imponente; hecho de enormes columnas de aquella roca negra y áspera de las Montañas Azules, tan estrecho que apenas cupo el carromato. Allí, el fraile les habló de aquel lugar encantado; recibía el nombre de Paso de los Gigantes, y parecía obra de aquellos seres, pues cada una de las columnas era tan grande como el tronco de un carvallo. Se atrevieron a cruzarlo, y no echaron más que unas pocas miradas nerviosas a la brutal caída, pues la muerte les aguardaba si se despeñaban por aquella garganta.

Sus dos primeras noches transcurrieron sin otra novedad que los cuidados que pusieron en evitar dormir al pie de los árboles de palo de fierro.

Por eso montaron el tercero de sus campamentos en un repecho en la pendiente. Un altozano salpicado de rocalla y musgo donde el agua de escorrentía se acumulaba en pozas y charcos. Era poco más que un cenagal, pero allí, en lugar de palos de fierro, crecían, esqueléticos, unos manzanos salvajes, que siempre eran señal de buenos augurios. Junto a uno de ellos calzaron el carromato, prendieron la fogata y prepararon sus lechos.

La noche era un crespón y las ramas de los árboles tejían una niebla que se pegaba al suelo. Una pizca de luna, escondida en algún lugar entre las nubes, les concedía tiempo para llegar al puerto de Dhum antes de que se cumpliera la fecha para que partiera la regata.

Las llamas crepitaban en la hoguera, pero el resplandor vacilante de su calor apenas dejaba distinguir más allá de unos pocos pasos. El aire pesaba con la humedad del lugar y, en la lejanía, se escuchaban los ruidos del bosque dormido.

Niobel, envuelto en una frazada, sentado junto a la lumbre, hacía guardia.

Los demás dormían y él se mantenía despierto a duras penas. Fue entonces cuando sucedió y la suerte que habían tenido de cara se volvió contra ellos.

Empezó con un borboteo que alertó enseguida al manco. Algo gorjeaba en una de aquellas pozas salpicadas entre la hojarasca.

Niobel se giró hacia aquel ruido extraño y, para su asombro, en la luz que arrojaba su hoguera, vio un nuevo reflejo. Bailaba entre las hojas húmedas y el barro. Un destello verdoso que fue creciendo hasta convertirse en una llama. Flotaba por encima del lodo.

—¡Que me aspen! —susurró.

Candelillas, luces de duendes, fachos en la lengua muerta. Eran los fuegos fatuos que engañaban a los cándidos y presagiaban desgracias. Y cualquiera que hubiera nacido en Dhumbria había escuchado las leyendas. Había que cuidarse de ellos y, si danzaban en los humedales, jamás debían seguirse, pues el desgraciado al que se le ocurriese acabaría malográndose. Ahogado en el cenagal.

Todos sabían que nada bueno podía esperarse de aquellas misteriosas llamas. Niobel también. Pero nada pudo hacer para evitarlo.

La miró embaucado. Atraído hacia ella igual que una polilla encandilada, revoloteando ante una vela hasta quemarse. Algo incomprensible tiraba de él hacia aquella lengua de fuego verde que titilaba sobre la poza.

Sintió la boca seca e intentó tragar. Sus labios chascaron. Sin darse cuenta, se puso en pie y la manta resbaló por sus hombros y cayó a su espalda, aunque a Niobel no le importó. Había empezado a sentir un calor intenso que le subía desde las entrañas. Un cosquilleo le reptaba por la nuca.

En sus sesos resonaban todas las advertencias que había oído desde niño, le pasaron por la memoria cuentos sobre lobisones, ánimas, niños perdidos en los bosques, incluso relatos de marinos viejos que juraban haber visto a la fata morgana llamándolos entre las olas. Pero sus pies no le obedecieron y empezó a alejarse del campamento.

Las hojas crujían bajo sus botas. Ante él, gracias al frío, su respiración entrecortada dejaba puntillas de vaho.

Y, cuando pensó que apenas le faltaban un par de pasos más, la llama titiló. Danzó sobre el barro. Y empezó a alejarse.

Niobel sabía que no debía seguirla, pero lo hizo. Caminó tras ella por entre las piedras y las pozas, atraído sin remisión. Dejó atrás los manzanos.

Más allá había un camino de guijarros sueltos, una vera escondida entre los troncos de los palos de fierro, oscura como boca de lobo. Ascendía por los recovecos de la montaña y allí, a un lado, cubiertas de légamo, las rocas rodeaban una charca en la que bailaban ovas y hojas arrancadas por el otoño. La charca crecía en una oquedad entre las piedras, bajo un repecho cubierto de musgo en el que temblaban helechos aún verdes. La luz de aquel fuego fatuo fue suficiente para que el tabernero viera todo aquello, fue tanta que quedó ciego al peligro.

Antes de poder evitarlo había sorteado el cerco de rocalla. Su pie cayó en el agua helada y el cieno del fondo se levantó formando un temporal que pintó la charca y quedó prendido en las algas. Muy al fondo de su consciencia, creyó oír un burbujeo.

Dio un paso más. Y otro. Tras aquella llama verde que se movía sobre la superficie por donde navegaban las olas que el tabernero provocaba. La candelilla seguía su camino, a esconderse bajo el repecho de roca, como una figura santa corriendo a resguardarse en la hornacina de un altar.

Atrapada por el barro, una de sus botas quedó atrás. Sin embargo, Niobel no se detuvo. Tironeó entre jadeos. Porfió hasta que su pie quedó libre y desnudo. Continuó.

Y no fue hasta que el agua le llegó a la cintura que salió de su estupor con un escalofrío. Justo en el momento en el que, por virtud de quién sabía qué encantamiento, su faro se extinguió tan rápidamente como había aparecido.

—Pero ¿qué?, ¿cómo?

Aquella llama verdosa ya no estaba, solo quedaba la oscuridad.

—¿Dónde se ha…?

Entonces cayó en la cuenta. El frío que sintió se lo susurró y el horror le recorrió el espinazo.

Se estaba hundiendo en aquella charca infecta. Iba a ahogarse.

Apretó los dientes. Maldijo su vergüenza por haberse dejado engañar. Apartó la incredulidad y empezó a forcejear. Intentó sacar sus pies del cieno, salir de aquella trampa de agua, algas y barro. Pero no consiguió otra cosa que hundirse unas pulgadas más, y el terror que sentía pugnó por descontrolarse.

—¡Por Navia! ¡Por Caldas! —exclamó acordándose del fraile albino—. Por todos los dioses, pero ¿cómo he podido ser tan imbécil?

El pesado tufo de la podredumbre flotaba a su alrededor, sobre las ovas, los hierbajos y las hojas amontonadas. Se contorsionó. Estiró su único brazo e intentó auparse en el limo de la orilla, pero sus dedos solo arrancaron pedazos de la tierra empapada y el esfuerzo sirvió para que se hundiera un poco más. El agua le llegaba ya a la altura del muñón. En las pantorrillas sentía el cepo del barro, haciendo fuerza contra su piel.

Si lograba espantar la vergüenza, podía gritar pidiendo ayuda. Quizá le oirían, aunque no estaba seguro de cuánto se había alejado del campamento. Con un poco de fortuna lo sacarían de aquella trampa.

Sin embargo, si acudían a rescatarle, entonces, sus amigos se alejarían del carromato, de aquel remedio inverosímil que Valdriz había traído con ellos.

—Maldita sea mi estampa —se le escapó en un susurro lleno de frustración.

El agua ya le llegaba al pescuezo. Y Niobel sintió el rondar de la muerte en las cercanías. Aun así, lo que más lamentó fue haberle fallado a su amigo. Una vez más.

—Quedaría bonito en las inscripciones de tu lápida, ya puedo imaginarlo: Niobel, el marino que se ahogó en una charca.

Sorprendido, el tabernero alzó los ojos para descubrir a Ze, en pie junto a la poza. Con una antorcha en la mano y una sonrisa cínica atravesada sobre el rotundo mentón. A su lado estaba también Inaz y, para fastidio del tabernero, la expresión de la bestia parecía burlona.

—¡Aquí! ¡Lo he encontrado! —gritó a la noche antes de mirar de nuevo hacia abajo y dirigirse a su amigo—. Anda, vamos —le dijo agachándose y tendiéndole la palma abierta—. Debemos regresar junto al carromato antes de que a ese frade chiflado le dé un síncope.

—¡Fue una candelilla! ¡Existen! —se explicó Niobel con ansia en tanto hacía esfuerzos por asirse a la ayuda que le ofrecían.

El fraile y Aldair, provistos de teas, llegaron desde lados opuestos. A tiempo de ver cómo el remero negaba con la cabeza y desechaba las cuentas del tabernero.

Pudo quedarse en una anécdota que narrar en las noches de tormenta, acodado en la barra de la taberna. Un relato como tantos otros sobre los fuegos fatuos. Pero antes de que Niobel tuviera los dos pies fuera de la poza, todos escucharon el rumor de las voces. Un rasgueo sordo y ominoso que les puso la piel de gallina.

Una niebla espesa reptaba por el suelo del bosque, apurándose hacia ellos. Los animales callaron y todos los murmullos de la noche se apagaron. Un aire helado lo envolvió todo.

—¡Están aquí! —gritó Valdriz.

No hicieron falta más explicaciones, todos sabían a qué se refería. Incluso el instinto de Inaz, que empezó a gruñir masticando espumarajos.

—Vamos, ¡vamos! Hemos de volver al carromato, allí estaremos a salvo.

Para aquello habían retrasado su salida del Santuario Blanco. Por eso habían necesitado traerse aquel endemoniado trasto sin siquiera un borrico que tirase de él. Allí, entre los maderos viejos, bajo la manta, habían acomodado el cofre de plata. Un increíble trabajo de orfebrería de tiempos pasados que habían arrancado de las entrañas de la laguna. Eran las santas reliquias de Caldas, y eran su única esperanza para librarse de los espectros negros. Tenían que volver hasta ellas. Hasta la protección que prometían.

—Vamos, no hay tiempo que perder —insistió el monje.

Las sombras se movían entre los árboles. Se oía el desgajarse de vestiduras y el repicar de los huesos. Estaban cerca. Las ánimas malditas los cercaban para cobrarse el precio del nordés.

Echaron a correr, todos ellos. Pero el barro lastraba los pies de Niobel.

La montaraz echó la vista atrás y, más allá de los esfuerzos del tabernero, vio a los espectros; apenas esqueletos descarnados envueltos en brumas, humo deshilachado que caía sobre huesos.

No tenían un instante que perder. Aquellas almas condenadas no conocían el cansancio. No se detendrían. Y estaban cerca, tanto que incluso llegó hasta ellos el fétido olor de la muerte. Los manes masticaban el frío de la noche con jaculatorias incomprensibles, farfullaban maldiciones que sonaban a aullidos, querían a su presa. A la que llevaban tanto tiempo buscando. Iban a alcanzarlos.

Fue la culpa la que sacudió el alma de Niobel.

Se detuvo.

—No, esta vez no.

Se acordó de la primera regata. Y del relato que había hecho Aldair de la ordalía en el Gran Salón.

—No volveré a fallarte —susurró a la espalda de Ze.

En su cabeza resonó el lamento de las ánimas condenadas.

—El remero…

Un bisbiseo espeluznante que le atravesó la sesera como una aguja. Era la voz de los muertos anegando el bosque.

—El remero…

Casi podía palparse la inquietud que movía a aquellas ánimas, malditas por toda la eternidad.

Aldair se dio cuenta de que el tabernero se quedaba atrás. Sin dejar de correr volvió el rostro para mirar y descubrió con horror que Niobel no solo se había detenido, sino que ya se estaba dando la vuelta para encarar a los espectros.

Iba a echarse hacia él cuando una mano la retuvo con una fuerza descomunal.

Era Ze. Pero no le prestaba atención a ella. Tenía los ojos clavados en su amigo. Y en ese instante, Niobel miró por encima de su hombro y los vio. Se limitó a asentir. Y Aldair advirtió cómo, por toda contestación, el remero también sacudía el mentón.

Entonces comprendió con un crujido de dolor. No iba a luchar contra lo imposible. Iba a sacrificarse, para regalarles un instante precioso que les diera la oportunidad de resguardarse al abrigo de las sagradas reliquias de Caldas.

Inaz pareció entender lo que sucedía y gañó con tristeza.

El tabernero volvió a asentir. Y una sonrisa radiante le llenó el rostro, único freno ante la avalancha de horror que se le echaba encima. Pues más allá, en las tinieblas del bosque, entre la bruma, ya se veía el telón de muerte y maldiciones que se abalanzaba sobre él.

Ze imitó el gesto una vez más y tiró de la montaraz. Inaz trasteó con sus manos, dudando si seguir a su amo.

Las lágrimas anegaron sus ojos, Aldair se sintió inmersa en la culpa y el frío. En la certeza de su terrible destino y del precio que había pagado para poder estar allí, junto al remero.

Lo dejaron atrás, a merced de aquellas pesadillas, y corrieron hacia el carromato.

—¡Venid aquí! ¡Malditos bastardos! ¡Aquí! ¡Os estoy esperando!

Aquellas fueron las últimas palabras que oyeron. Y no tuvieron tiempo de lamentarlo, porque solo disponían de una oportunidad para acogerse a sagrado.

Eso, siempre y cuando aquel fraile medio loco que habían encontrado en el corazón del desierto llevara razón.

La suspicacia prendía como yesca en los rincones de Dhum. Los rumores de rebelión se agazapaban en las esquinas, bajo los trazos de tiza que dejaban los niños en sus juegos por las calles. Los murmullos corrían, desde el puerto hasta las murallas.

Al regresar de faenar, enmascarados por las cantinelas de las subastas en la lonja, los patrones cuchicheaban. En la cofradía, mientras repasaban las redes o ataban los palangres, las mujeres intentaban consolarse unas a otras, sabiendo el riesgo que correrían sus familias. Y todos se mantenían alerta, no fuera que los sorprendiese el oído atento de un segador.

Se aventaba la desgracia y, mientras los más rebeldes soplaban los rescoldos de una revolución largo tiempo esperada, los más temerosos cargaban penosamente con sus miedos a las consecuencias.

En tanto, el invierno se descorría y una luna, casi llena, anunciaba la regata. Ya solo faltaba un día.

Era de noche. Una madrugada sin nubes que respiraba un frío cortante. En las telarañas quedaban prendidos perdigones relucientes de escarcha. Un brillo resbaladizo se extendía por los adoquines de los callejones. En los remansos de los canales se iban engrosando espejos de hielo. La ciudad, desierta, era para los mascadores de sal, arropados con arpilleras viejas en los soportales. Para los gatos que rondaban en busca de pelea. Para las ratas que exploraban los desagües del puerto.

Y para dos sombras terciadas con capotes que se acercaban a la trasera del Anzol.

La puerta chirrió en sus goznes y el tufo a fritanga se escapó hacia la noche. Monroso, tras la barra del salón de la planta baja, se frotó las manos con el paño que colgaba de su delantal y miró hacia su único parroquiano: el viejo cangrejero. Sentado a una de las mesas desvencijadas, bajo los ojos cuajados de nervios del posadero, el patrón había estado despachando una jarra de orujo quemado mientras aguardaba. Ahora, su espera había terminado.

El espigado Cobas fue el primero en entrar. Aunque, apenas cruzó el umbral, se hizo solícitamente a un lado, con deferencia, para que su acompañante pudiera pasar para arroparse con algo del calor que desprendían los braseros. Se quedó atrás y pareció encargarse de cerrar el postigo. Sin embargo, el gesto pasó desapercibido. Ninguno de los otros dos se dio cuenta de que, en realidad, Cobas estaba haciendo algo bien distinto.

Antes de que los recién llegados pudieran desprenderse de las capas, rígidas por la helada, el viejo Loudan se irguió. Echó atrás el taburete con un gesto hábil del pie y se acercó hasta ellos.

—Bienvenido seas, te esperábamos —anunció dirigiéndose al hombre de aires taciturnos que acababa de entrar en el Anzol.

El interpelado se retiró la capucha con manos arrebatadas por el frío. Tenía las mejillas enrojecidas, pero se adivinaba la sombra espesa de la barba. Su rostro era amable, aunque tejido de arrugas tristes. El cabello, corto, apareció entrecano y revuelto, a juego con un largo bigote que caía sobre las comisuras de sus labios.

—Pero al fin está aquí —intervino Cobas adelantándose desde la puerta y desembarazándose también de la capa—, ¿por qué no nos sentamos y le contamos lo que hemos conseguido hasta ahora?

El cangrejero asintió, espantó su impaciencia y le dio una palmada en el hombro a su invitado.

—Y este posadero rácano podría ponernos algo que beber —le dijo alzando la voz, para hacerse oír por Monroso—. Aldro, me alegro de que hayas venido —afirmó mirándolo a los ojos—. Me alegro mucho.

El sastre asintió. Y se dejó guiar hasta la mesa, con cierto aire de resignación.

—El mensaje no explicaba mucho —respondió con voz ronca—, pero si es cierto que podéis acabar con ese malparido de Xallas, podéis contar conmigo. Sea lo que sea —en su voz rasgada había una certeza que se palpaba, su tono destilaba odio.

—Ahora tendremos tiempo de ponerte al día —le aseguró el cangrejero.

Ya con una jarra de vino blanco para compartir, más del gusto de todos que el fuerte bebedizo al que tan aficionado era Loudan, los detalles de la conspiración se fueron desgranando entre largos

sorbos que amilanaban el frío. Afuera, el viento silbaba entre las piedras gastadas de Dhum.

En silencio, Cobas bebía. Junto a uno de los braseros, Monroso retorcía una y otra vez el sucio paño con el que, de tanto en tanto, esparcía las migas de las mesas con gestos nerviosos. Aldro, taciturno, escuchaba con atención, pero apenas intervenía. Era de esa clase de hombres a los que las penas les habían arrebatado las palabras.

—La regata no terminará —le aseguró Loudan—. Yo mismo instalé trampas de cadena al borde del paso, no podrán cruzarlo. Allí atraparemos a Xallas —afirmó convencido—. Mi barco ya está listo para ir tras ellos. Pararemos la regata y lo capturaremos. No habrá nordés. Y sin nordés, no habrá ley. Entonces tendrás tu oportunidad…

—¿Y mi hija?

El desterrado arropaba con ambas manos la desportillada taza de porcelana blanca. Miraba el vino con tanta intensidad que parecía a punto de recordar algo de suma importancia. Apenas había levantado la vista mientras Loudan y Cobas hablaban. Esa era su primera pregunta.

—Estará a salvo, tranquilo —le respondió Loudan—. No acabará la regata, detendremos su chalupa a tiempo de evitar las cadenas, te lo garantizo. Estoy seguro de que Xallas será el primero en llegar, y tendremos tiempo. Para ocuparnos de ella y del juez. No te apures. Lo único que debe preocuparnos es apresar al nordés —dijo convencido—. Ese es el modo de asegurarnos que, una vez de vuelta, podamos contener al bispo, a los segadores y al consejo de hombres espejo. Ellos no se atreverán a hacer nada si Xallas es nuestro rehén.

—Entiendo —repuso Aldro—. Pero ¿estás seguro de que se trata de mi hija? Esa joven que será timonel de Ze, ¿mi hija?, ¿estás seguro?

Confundido, Loudan titubeó por un instante.

—Sí, claro —dijo sin tenerlas todas consigo—. Aldair. Llego de las montañas, ¿no fue adónde marchó tu esposa después de que te condenaran?

El sastre asintió.

—No podía venir conmigo, así que decidió quedarse lo más cerca posible de la frontera. Aguardó a que los ánimos se calmasen en la Casa del Nordés, ahorró unas cuantas piezas y, un par de años después del destierro, lo abandonó todo. Aunque yo le escribí para rogarle que no lo hiciera.

Confundido, Loudan echó una mirada cómplice a Cobas, pero no recibió otra respuesta que un encogimiento de hombros.

—Tendría que haberse quedado aquí, con la pequeña…

Su voz era tan baja que apenas era un susurro, se notaba que, pese a todo el tiempo transcurrido, sus heridas seguían abiertas.

—Ganaba unas cuantas monedas con trabajos de costura que le enviaban de las dependencias del castro. Antes de que Xallas se… Se ocupase de Adhara, ella lo había dejado todo bien dispuesto. Se portó tan bien con nosotros —dijo con melancolía—. Y yo le enviaba cuanto sacaba con el contrabando. Y en un par de ocasiones incluso reunimos lo suficiente para sobornar a los segadores y que ella pudiera cruzar hasta las junqueras —sus ojos miraban más allá de la grasa, la madera y las piedras, más allá de la posada y de la noche—. Aún recuerdo a la pequeña Aldair corriendo tras las mariposas —hablaba despacio, saboreando las palabras y la nostalgia, aferrándose a aquellos recuerdos felices—. Era tan bonita, tan inocente.

Entre Cobas y el viejo Loudan volvió a cruzarse un gesto cómplice de incomprensión, pero ninguno de los dos se atrevió a interrumpir al sastre.

—Y ese es el problema en todo este embrollo. Aldair era una niñita preciosa, y muy espabilada —dijo con orgullo triste—. Era lo mejor de mí. Y lleva muerta veinte años.

Al viejo Loudan casi se le cae el bigote, y a Cobas se le cayó la taza de vino.

—¿Cómo que…? ¿Qué demonios estás diciendo? Si yo mismo…

Los balbuceos del cangrejero fueron interrumpidos con un gesto desapacible.

—Fue por mi culpa —terció Aldro ansioso por terminar su historia—. Si no hubiesen ido a vivir… Si yo… Aldair enfermó de fiebre de las montañas. Se le comió los huesos. Murió al tercer invierno.

Había muchas preguntas que hacer y más de una respuesta que encontrar. Pero no tuvieron tiempo.

—Sea quien sea, la timonel de ese loco de Ze… Sea quien sea, no es mi hija Aldair.

—Pero ¿de qué hablas?

—Mi hija murió. Esa montaraz no es Aldair…

Y ya no pudo añadir nada más, porque en ese mismo instante la puerta que Cobas debería haber cerrado se abrió de golpe.

Desde las frías sombras de la noche surgieron los segadores.

Entraron en tromba. En un abrir y cerrar de ojos la posada se convirtió en un griterío lleno de astillas, brasas humeantes, golpes y hoces que centelleaban.

La conjura había terminado. Una vez más, Xallas se había salido con la suya.

De lo que no se dio cuenta Aldro, tampoco Cobas ni ninguno de los detenidos, ni siquiera los segadores que registraron hasta el último rincón de la posada, fue de que una pequeña sombra se escurrió por el entramado de vigas que sostenía la techumbre.

VIII

Cadenas en el hielo

Ya no había más plegarias que elevar a los dioses. Ya no quedaban milagros que esperar. La suerte estaba echada.

La regata había comenzado.

Atrás había quedado la fanfarria. Y la soberbia del nordés, hinchado como un sapo mientras, ante un puerto abarrotado bajo la luz plateada de la luna llena, barbotaba su discurso sobre la ley. Frente a él, escoltado por el bispo y el consejo de los hombres espejo, habían quedado treinta y tres desdichados, aherrojados y apaleados, encadenados a los bolardos de los atracaderos; eran los condenados por traición. Serían ahorcados a su vuelta. Y entre ellos no había rastro de Cobas.

El viejo Loudan, ensangrentado, cubierto por las señales que habían dejado los segadores, no agachó la cabeza ni un solo instante. Hierático, orgulloso en la derrota, solo se movió en una ocasión, para cruzar un leve gesto de su mentón con Ze cuando el remero y la montaraz embarcaban. Durante el resto de la celebración, los ojos del cangrejero habían estado clavados en los de Xallas, mientras el señor de Dhumbria, pagado de sí mismo, hablaba de cómo mantendría el orden y la prosperidad, de cómo guardaría la ley, de cómo vencería en la regata para garantizar el bienestar de aquellas gentes que le escuchaban.

Aquella pantomima duró hasta que el amanecer se anunció por encima de las Montañas Azules. Y, mientras las dos lorchas zarpaban, bajo los rostros ceñudos de los segadores, a la sombra del Acantilado Rojo, todo el puerto estalló en ovaciones y alabanzas.

Los remeros habían partido.

Y el destino de toda Dhumbria estaba en las manos de unos pocos.

O de uno solo, porque el juego sucio de Xallas ya intervenía en el sino de los remeros.

A poco más de diez millas del embarcadero, Ze cambió el rumbo ajustando sus bogadas y encaró la costa. Tenían algo que hacer antes de continuar hacia el norte.

Más que una playa era un recoveco de arena gruesa. El aliviadero de un torrente que caía desde las montañas para estamparse en una estrecha franja encajonada entre las rocas negras y afiladas que cercaban Dhum.

Allí, gruñendo por el esfuerzo, estaba Ze. Con el agua por la cintura y la cabeza gacha, el remero se había cruzado una soga por el pecho y tiraba de la chalana. Aldair vigilaba la popa. Meciéndose en las olas, a unas cien brazas mar adentro, aguardaba la nao del juez.

—¿Estás seguro? —le gritó ella.

Y Ze echó un vistazo por encima de su hombro, pero no contestó hasta que sintió cómo la tablazón del fondo se asentaba en la arena con un crujido.

—No nos queda otra.

La montaraz miró hacia el norte, aún se veía la popa de la lorcha que Xallas comandaba, les cobraba ventaja y aún ganaría más. Ya que ellos tendrían que esperar durante horas.

—¿Y qué va a hacer él? —preguntó mientras saltaba a tierra por proa.

Ze, entendiendo, miró hacia el jabeque de Xalo y se encogió de hombros.

El juez era el hijo del nordés, no movería un dedo mientras su padre siguiera cobrando ventaja. Se quedaría al pairo, esperando a que ellos terminasen sus tareas. Y más les valdría no hacer nada sospechoso, porque, de lo contrario, acabarían presos bajo cualquier acusación infundada. Por mucho que le doliera a Aldair admitirlo, Xalo no estaba de su parte.

De hecho, tras la detención de todos los implicados en la conjura, tras la muerte de Niobel, sin noticias de Mandeo, estaban más solos que nunca.

—No podremos zarpar hasta que vuelva a subir la marea, ¿recuperaremos medio día de ventaja?

Ze, que trasteaba en el tambucho de proa para hacerse con los baldes que había preparado Valdriz, no levantó el rostro para responder.

—Lo intentaremos —dijo el remero sin que su voz desprendiese otra cosa que resignación—, lo intentaremos.

Llena de frustración, Aldair luchó de nuevo con su deseo de traicionar el pacto y confesarle la verdad al remero. Miró hacia el barco de Xalo; se volvió hacia Ze, que cargaba con los dos cubos hacia el tramo seco del playón. Se limitó a palpar el reloj de arena que abultaba en su bolsillo y, sin abrir la boca, caminó tras su compañero. Cargaba con tantos secretos que dolía.

Cuando la marea bajase, tendrían que repasar todas las juntas y cada una de las cabezas de los clavos con la mezcolanza que había preparado para ellos el fraile en el primero de los cubos. Aquel remedio del carpintero convertido a santurrón evitaría que el sabotaje de Xallas desmantelase su chalana. Pero también debían encender un fuego, para embrear de nuevo la lorcha con la estopa y la pez que llevaban en el segundo balde. De borda baja, no era más que una barcaza plana que no llegaba a las cuatro brazas de eslora. Lo que más ocupaba, aparte de ellos mismos, era el tenderete para las velas y el cordaje; no era una nave grande, pero necesitarían suerte para acabar a tiempo. Tendrían que terminar antes de la pleamar, cuando las olas pondrían de nuevo la chalupa a flote y, listos o no, estarían obligados a zarpar en pos de Xallas.

Mientras tanto, en su propia nave, el hijo del nordés los observaba acodado en la amura de estribor. Uno de sus hombres, un segador taciturno con los aires de un barril, se le aproximó:

—¿Arriamos un bote para acercarnos?

Xalo, que había adivinado a qué se dedicaba el remero en aquel playón, ya había tomado una decisión tiempo atrás, pero fingió meditarlo.

—No, no será necesario.

Él mismo se había encargado de cumplir con las órdenes de su padre. Y desde la noche en que había cepillado la chalana y embadurnado el claveteado con salmuera, los remordimientos habían estado carcomiéndolo, tan rápido como aquella mezcla que oxidaba las junturas de la barca.

Había obedecido, y lo había hecho porque había vivido siempre bajo la larga sombra de su padre. Pero, en los últimos tiempos, había empezado a albergar ideas peligrosas. El mito del relato tallado en el Acantilado Rojo, de aquel inmenso tapiz que decoraba los despachos de la Casa del Nordés, empezaba a resquebrajarse. Y

aunque Xalo entendió la detención de los participantes en la conjura, no comprendió la crueldad de su padre.

—Serán despellejados en cuanto termine la regata —le había dicho.

Pero el hijo del nordés no había visto más que la sombra del hambre asomando en mejillas consumidas. La desesperación de gentes sin otra solución que rebelarse. Sus años en la frontera lo habían alejado de la realidad de un pueblo cargado de penurias. Y buena parte de aquellas desgracias no tenían otro culpable que el mismo Xallas.

Por eso mismo, estaba dispuesto a darles una oportunidad al remero y a la montaraz.

Sin embargo, pese a sus reflexiones, Xalo no tenía la más mínima idea de cuánto le unía a aquellos dos locos. Tampoco de que Xallas también le había engañado a él. Porque el nordés no había ligado el destino de la regata a las manos de su hijo; tenía algo más preparado.

Todos ellos estaban a punto de sufrir bajo la falta de escrúpulos de Xallas.

Viento y nieve. La ventisca se enterraba en las olas plomizas, la marejada los zarandeaba y la descomunal fuerza de Ze apenas bastaba para que la barca avanzase. Y Aldair se las veía y deseaba para mantener el rumbo en aquel vapuleo constante.

Siete días llevaban surcando aquella condena. Hacia el norte, siempre al norte, dejando las sombras de la costa a su derecha y el gris del mar invernal a su izquierda. El cielo cubierto y el océano encabritado se fundían en lo que parecían las entrañas de alguna máquina de los tiempos de los reyes. Solo se echaba de menos el pesado olor del fuego negro, quemado por aquellas generaciones que disfrutaron de los días grandes de Dhum, antes de que llegaran los nordestinos y las regatas.

Pese a las capas de ropa y a las telas enceradas, incluso con guantes y manoplas, el frío calaba sus huesos empapados. Ahora que lo sufría en sus propias carnes, Aldair no podía entender cómo Ze había reunido los redaños para someterse a aquel tormento por segunda vez.

Y, sin embargo, allí estaba, en el banco frente a ella, encorvado sobre los remos que chirriaban en los toletes, de espaldas a la proa. Balanceándose adelante y atrás, una y otra vez, adelante y atrás, incansable. De tanto en tanto, entre los resoplidos de esfuerzo, se le escapaba un susurro, y a Aldair se le encogía el corazón.

—No me olvides —se le escurrió de nuevo entre labios fruncidos al remero.

La montaraz lo escuchó entre los silbidos del viento y sintió una punzada de dolor. No quiso mirar hacia el rostro congestionado. Los esfuerzos habían aguzado los huesos. La piel cenicienta se veía tensa en el resquicio entre el gorro y la barba crecida. Era aquella una locura. Y, por lo que Aldair sabía, aún no habían llegado a mitad del camino. Sus dedos se apretaron en torno a la caña del timón.

—¡El paso! —gritó al distinguir en el horizonte la sombra ahorquillada de las montañas.

Nubes oscuras corrieron de un lado a otro, y Aldair temió que cuanto había visto no fuera más que una ilusión.

Ze no dejó de remar, pero miró por encima del hombro.

Antes de que tuviera tiempo a sacar los remos del agua, volvió a aparecer la silueta del Paso del Hielo.

—¡Allí está!

—¿Ves la chalana? —logró preguntarle Ze al tiempo que se echaba hacia delante y giraba las muñecas, preparando las palas de los remos para otra bogada más.

La ventisca no daba tregua, pero, de tanto en tanto, el viento y la nieve dejaban huecos que permitían ver más allá de unas pocas brazas.

—No, no los veo —reconoció Aldair.

Pese a todas las privaciones y al esfuerzo derrochado, la ventaja seguía siendo enorme. Habían perdido algo más de mediodía en reparar su barca y su rival lo había aprovechado al máximo.

—Ya debe haber cruzado —aventuró la montaraz.

Por toda respuesta no hubo más que el gruñido de Ze al echarse hacia atrás, cargando en sus espaldas toda el agua que los remos desplazaban.

—Pues habrá que apurarse —logró decir cuando alzó de nuevo las palas.

Lo que ninguno de los dos sabía era que, de seguir en aquel rumbo, directos al paso, terminarían convertidos en pasto para los marrajos de humo. Sin embargo, muy a su pesar, Xalo sí lo sabía. Él mismo había dado las órdenes para que su nave guiase la chalana del nordés. Había sido él quien le había indicado a su padre cómo desviarse hacia el oeste para evitar las trampas.

—Nunca imaginé que vería algo así —le dijo el contramaestre con un tono que denotaba admiración.

El hijo del nordés asintió; incluso viéndola con sus propios ojos le costaba creerlo. Pese a las reparaciones, Ze estaba recuperando el tiempo perdido. Sin otra cosa a favor que su tesón. Y todo para evitar que se borrase para siempre la memoria de Adhara.

—Apenas ha parado para echar una cabezada, no sé cómo puede seguir remando a ese ritmo, es inhumano —insistió el

contramaestre, un segador baqueteado por los años y el mar que tenía la costumbre de tironearse de las patillas en todo momento.

Xalo miraba por la borda. Su barco era el jabeque de la Casa del Nordés. Mucho más grande y estable que la chalana que aquel remero sin juicio empujaba hacia el norte y, aun así, la mar picada vapuleaba la nave y hacía esforzarse a los marineros, que, bajo los gritos del patrón, no daban abasto para mantener el rumbo, achicar la cubierta y recoger el trapo según mandaba la ventisca.

Su respeto por Ze había ido aumentando con los días. Y no podía alejar de sí las dudas que le asaltaban al pensar que, si las palabras de aquel loco eran ciertas, estaba haciendo todo aquello por salvar la memoria de Adhara. De su madre.

—Se acercan a las trampas —rumió el contramaestre con regocijo.

Cuando su padre le había hablado del plan de los rebeldes para desbaratar la regata, lo primero que Xalo había pensado fue que, como juez, su responsabilidad sería navegar a toda prisa hacia el Paso de Hielo para desarmarlas. Pero Xallas lo había detenido.

—Ahí, ahí —gritó el contramaestre estirando tanto como podía un índice encorvado por la reúma y los años—, ahí está el primero de esos hideputas. Es como si esos cabrones oliesen la sangre.

Enfrascado en sus cavilaciones, a Xalo le costó comprender, pero cuando miró hacia donde apuntaba el otro, vio una aleta rompiendo la pendiente de una ola. Era del color de la pizarra húmeda, afilada como una guadaña y bajo ella se intuía el lomo de un monstruo de más de seis brazas, mayor que la chalana. Llegó la cresta, cubierta de espumillones que se mezclaban con el aguanieve, y por un instante, el flanco de la bestia se vio relucir entre las aguas, oscuro como una noche sin luna. Aunque lo más impresionante no fue la legión de dientes aguzados que asomaban en el hocico apuntado, sino el ojo vacío y sin vida que pareció mirarle. Era poco lo que se sabía de aquellos engendros, solo que tenían un apetito voraz, que habían acabado con cientos de marineros a lo largo de generaciones y que, por algún oscuro misterio, aunque nacían con dos ojos negros como azabache, en algún momento se apagaban y de ellos colgaban los repelentes cuerpos de algún parásito que vivía a su costa. Aunque su ceguera

no evitaba que fuesen unas imparables máquinas de matar, capaces de despedazar en un abrir y cerrar de ojos al desdichado que cayera por la borda arrastrado por la línea de una nasa para los cangrejos. Cuando el monstruo se perdió en las profundidades, la aleta que desapareció bajo el agua enfilaba hacia la lorcha de Ze. El hijo del nordés tomó una decisión.

—Que larguen trapo —le espetó al contramaestre.

El marino lo miró largamente, con incredulidad, sopesando las implicaciones de aquella orden.

—Yo soy el juez de la regata —insistió Xalo.

Los ojos del joven bullían y su rostro severo no daba opciones a la réplica. El contramaestre, a regañadientes, hizo amago de asentir.

En tanto, mientras el marino dudaba entre obedecer o no, ajenos a la muerte que les aguardaba al frente, Aldair y Ze continuaban rumbo al norte. Junto a la frágil chalana ya podían verse tres aletas; testimonio de que habían llegado a los bordes mismos de las banquisas de hielo, a su territorio de caza.

Y Aldair las miraba con ojos llenos de horror. No podía olvidarse de las cicatrices que remendaban la espalda de Ze.

Tenían sobre ella un efecto hipnótico. Como un adivino cubierto de pieles que encandilase a las matronas en las noches de tormenta, mientras sus hombres se juegan la vida en el mar. Aldair no podía dejar de mirar cómo aquellas aletas araban las olas. Eran la premonición de una desgracia.

—Olvídate de ellos —le dijo Ze con un gruñido—, presta atención a los témpanos.

Tanto el remero como el desaparecido Niobel se lo habían repetido miles de veces. El problema no eran los marrajos, sino el hielo, porque los pedazos que se desprendían de las planicies del norte vagaban a la deriva, a merced de corrientes y galernas. Y aquellos témpanos se mantenían afilados gracias al frío. Eran capaces de rajar la borda de su chalupa y condenarlos a naufragar. Si chocaban con uno de aquellos asesinos helados, ese sería el momento de preocuparse por aquellas repelentes bestias de los abismos, cuando el agua fría entrara a raudales por la brecha. Entonces no tendrían la más mínima oportunidad.

Así que la montaraz se esforzó por distinguir aquellos traicioneros escombros de hielo y maniobrar con el timón para evitarlos.

Ya pronto llegarían al paso.

—¡Allí, allí! —gritó Aldair señalando con la mano enguantada uno de aquellos pedazos de hielo.

Maniobraron para evitarlo y siguieron rumbo al norte, bajo el azote de la ventisca, acercándose a la silueta del paso.

El témpano se escurrió a dos palmos de la borda. Y, a más de cien brazas de la chalana, los dos hombres junto a la amura del jabeque mantenían un silencio incómodo.

—Xallas va a despellejarnos…

El hijo del nordés no le dejó terminar.

—Contramaestre, basta —le dijo sin alzar la voz, aunque su tono resultó más intimidatorio que cualquier grito—, yo asumo la responsabilidad —por primera vez en su vida, estaba desobedeciendo las órdenes, faltando a la memoria de su padre—,

les indicaremos el camino —tal y como habían hecho horas antes para Xallas.

El marino se encogió de hombros y echó a andar por cubierta hacia su patrón. Xalo vio a los dos hombres discutir entre ademanes exagerados y supo que estarían hablando del mandato que su padre había dado antes de zarpar, pero él era el juez, la ley avalaba sus decisiones. Y en Dhumbria se cumplía la ley.

Tras largas miradas indecisas, los dos marinos parecieron entender que no tenían opción. El patrón gritó las órdenes. El contramaestre las repitió, aderezándolas con improperios y juramentos dedicados a los tripulantes y a sus malditos parientes. El hombre espejo, bien aleccionado por Tambre, se contorsionó con el escándalo, pero iba tan abrigado y se le veía tan incómodo sobrellevando sus gorduras en la nave que, tras la mirada severa del hijo del nordés, fingió tener algo muy interesante que observar a poniente. Y Xalo suspiró aliviado.

Las velas restallaron y el viento aulló en las drizas. El jabeque cobró impulso como un potro encabritado y la proa apretó las olas. El barco fue cobrando velocidad y el patrón mandó ceñir para navegar de bolina, contra las ráfagas de viento. Era una nave cumplidora y no les costó adelantarse a la chalana. Poco después ya encaraban los hielos que se esparramaban una cuarta a babor del paso.

Antes incluso de que Aldair lo advirtiese, Ze ya se había dado cuenta. Con el rabillo del ojo vio al jabeque largar trapo y tomarles ventaja.

—¿Qué estarán tramando? —preguntó escamado.

Dejó de remar por unos momentos y observó como la nao del juez avanzaba. El jabeque orzó antes de tomar el viento de través y navegar su primera bordada. Poco después los marineros se apuraron con los cabos, las relingas se tensaron y el barco, entre chirridos de esfuerzo, volvió a virar.

Como avanzaba en contra del viento, la poca experiencia de Aldair no le dejó verlo, pero, para cuando el jabeque llevaba ya varios tramos ciñendo, Ze sí lo vio.

—Si siguen así, no llegarán a la bocana del paso —dijo con aire enigmático—. Se están desviando. A poniente.

Aldair había observado las evoluciones del barco de Xalo. Miró hacia el cañón y la lengua de hielo que emergía de él. Ahora que estaban más cerca podía verlo con detalle. Era como la desembocadura de un río helado.

Las estribaciones de las Montañas Azules se adentraban en el mar, cayendo hacia el oeste para morir en el océano, siguiendo una hilera de picos afilados que terminaba abruptamente, formando un amplio valle entre dos montes que parecían emerger de las profundidades. Un cañón solado por una llanura de hielo que escapaba de entre los dos picos para desparramarse sobre el océano y continuar hacia poniente, hasta el horizonte. Allí, la roca y los páramos helados se mezclaban en un mosaico de negros, grises y blancos, incluso azules, pues había hielos en aquel páramo que se habían solidificado mucho antes de que los primeros reyes de Dhumbria gateasen. Ese era el final de la sierra y desde allí, tanto hacia el norte como hacia poniente, ya no había otra cosa que hielo.

—¿Por qué? —preguntó al fin confusa.

Ze volvió a tomar los remos y empezó a bogar a buen ritmo.

—Están ciñendo, para navegar contra el viento.

Tras unos momentos observando las fatigosas maniobras del jabeque, Aldair creyó entender.

—Acabarán al oeste del paso —resolvió con poca confianza, sin dejar de mirar hacia el jabeque.

Por toda respuesta solo recibió un asentimiento del remero. Lo que no sirvió de mucho para resolver sus dudas.

En aquel silencio de la montaraz, el primer impulso de Ze fue el de desconfiar de Xalo; al fin y al cabo, el juez era el hijo del nordés. El jabeque debería haberlos seguido hasta su llegada al paso y luego esperar al último de los remeros en regresar de los hielos para acompañarlo hasta el puerto de Dhum. Esa era la labor del juez. Lo lógico era que hubiera atracado en las cercanías del páramo helado después de que ellos mismos hubieran desplegado sus velas para deslizarse en las planicies del cañón. No había motivo para que los adelantase, y menos aún para que se desviara.

En el jabeque, Xalo rogaba a los dioses porque el remero se diera cuenta de que le estaba intentando salvar la vida.

Desde la borda, el hijo del nordés veía los progresos de la chalupa, rodeada de marrajos hambrientos. De tanto en tanto, variaban su rumbo para evitar un témpano afilado, pero continuaban directos hacia el paso, hacia las trampas.

Había tomado una decisión, fueran cuales fueran las consecuencias, desobedecería a su padre. Ejercería como juez. Ese era el sentido de la regata. Para su desgracia, habían sido tantas las mentiras que la verdad misma tenía el tufo del engaño. Y Xalo se estrujaba los sesos pensando en cómo diantres avisar a los dos desdichados de que debían virar al oeste, igual que había hecho el nordés.

Podía sentir los ojos del patrón clavados en su nuca, relamiéndose ante la perspectiva del castigo que Xallas idearía para su rebelde hijo. Pero no se echaría atrás.

Había comprendido, dolorosamente, que toda su vida había sido un engaño.

—Queda algo de aceite para los faroles.

Sorprendido, Xalo se volvió para descubrir al dueño de aquella voz. Era menudo. Tenía un rostro armonioso y la nariz era recta, aunque pellizcada en el puente. Llevaba mal afeitada la barba escasa, y justo por encima de los caños sin rasurar, sobresalía un lobanillo en la mejilla derecha. Tenía los ojos claros y caídos, aunque brillaban entre las arrugas que había dejado el salitre bajo cabellos castaños que escapaban de un grueso gorro de lana. Era uno de los marineros rasos, uno de los pocos a bordo que no era también un segador.

—¿Qué quieres decir?

El otro, un gaviero al que ahora Xalo recordaba haber visto jugándose el pellejo en lo alto del mástil de la mayor, suspiró. Echó un vistazo en derredor para descubrir que solo el contramaestre les prestaba atención bajo una mirada hosca.

—Mientras faenan, hay ocasiones en que dos pesqueros próximos necesitan comunicarse los rumbos, para no enredar los palangres o para evitar una liña de nasas. Siempre se han usado faroles…

Se tomó Xalo unos instantes para sopesarlo. No tanto las palabras sino al hombre. Porque el hijo del nordés sabía que, con

su última decisión, había cruzado una frontera, y hasta ese momento, creyó que lo había hecho solo. Sin embargo, en los ojos del gaviero vio la misma rebeldía que en los presos del puerto.

—Yo le vi sacudirle al patrón, largar un esquife y cargar con Niobel —le dijo el marino como si hubiera intuido sus tribulaciones—. Le vi regresar… Cuando perdió la primera regata —añadió como si confesase un pecado—. Y navegué muchas mareas a las órdenes de Loudan —terminó.

Era fácil recordar la imagen vapuleada del viejo patrón, engrilletado y condenado. Y cuánto significaba su derrota para todos los que, como él, habían esperado poner fin, de una vez por todas, a los abusos del nordés.

—Gracias…

Cuando todo estuvo listo, el gaviero, que se había presentado como Ulloa, empezó a hacer señales tapando con la mano la boca de un fanal encendido. El contramaestre y el patrón los miraban con suspicacia y, de tanto en tanto, cuchicheaban cargados de mala baba. Xalo decidió ignorarlos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Aldair al ver el parpadeo de aquella luz en la borda del jabeque.

Ze miró hacia donde señalaba la mano que la montaraz había soltado del timón. Y al poco, dejó de remar.

El mar vapuleó la chalana, el viento resopló y los marrajos, ansiosos, achicaron su cerco. A pocas brazas al norte, entre los claroscuros que dejaban la espuma, las olas y el aguanieve, bajo el mar batido, se intuía la sombra de una malla ondulando bajo la superficie. Y poco más allá había otra. Y otra más. Las trampas de cadena eran uno de los restos crueles que habían quedado en Dhumbria desde los tiempos en que el hierro era ley y la sangre condena. Porque si había algo que los hombres aprendían con rapidez, era a matarse.

Las trampas de cadena eran una sucesión de mallas trenzadas con eslabones de metal que, como redes, pendían de un entramado de relingas con flotadores que se mantenían justo bajo la superficie gracias a que podían rellenarse con agua a conveniencia para variar la proporción de aire en su interior. No importaba el calado del barco, cualquier nave que intentase atravesarlas acababa

enredada en una maraña de cabos y metal que se iba apretando más y más a medida con cada ola. Entre las mallas corrían liñas que iban y venían de las plomadas, con cada sacudida se iban acortando, pues la polea de sujeción tenía muescas que trababan los nudos de la línea; y esta solo podía correr para hacerse menor. En los viejos tiempos eso ponía al enemigo a merced del que hubiera tendido la trampa; en la regata, servía en bandeja el almuerzo de los marrajos.

Aldair vio la incredulidad en la expresión ceñuda del remero.

—O viran de inmediato o caerán en la trampa —dijo compungido Ulloa, bajo el viento que le revolvía el flequillo—. No les queda tiempo.

—Repite el mensaje.

Sus ojos estaban fijos en la chalana, y toda su voluntad puesta en el timón que manejaba la joven. La chalupa tenía que virar. Pero Xalo comprendió que su pasado, que su historia, que la vida de su padre pesaban demasiado, eran un lastre del que era imposible desprenderse y Ze había sido engañado demasiadas veces. El hijo del nordés supo que nunca le creería, que aquel hombre taciturno con los hombros cargados por la pena, jamás confiaría en él. Lo había visto en el puerto. Antes de zarpar. Y además de la tristeza que se adivinaba, también se podía ver una determinación a toda prueba.

—Deben virar —insistió Ulloa.

Como todos los que tenían redaños para dedicarse a trepar por los cordajes de un navío con el mar embravecido, el gaviero era un hombre valiente.

—Hay que hacer algo —dijo con angustia, revelando un apego al remero que le hubiera podido costar una condena de escucharlo oídos indebidos—. Van a matarse…

Fue entonces cuando, por primera vez en su vida, Xalo no actuó regido por la disciplina, ansioso por complacer lo que se esperaba de él, movido por el deber inculcado. Por primera vez en su vida hizo lo que le dictaba su corazón.

Xalo dejó caer su capa sobre la cubierta y saltó por la borda.

A medida que las jornadas de la regata se fueron desgranando, los ánimos de las gentes de Dhum se escurrieron por los sumideros de los canales. Y la certeza de que el nordés había destruido sus esperanzas caló incluso entre los más optimistas.

Al principio solo unos pocos encontraron consuelo, sin embargo, según pasaron los días, a los primeros se fueron uniendo unos cuantos más, como si todos los desesperados de la ciudad hubieran adivinado que, al caer la noche, encontrarían a otros igual de derrotados en el lugar donde todo había empezado.

Así, aquella noche, en el Anzol no cabía un alma. La posada estaba atestada, pero solo se oía el zumbido de las moscas, porque ni uno solo de los parroquianos abría la boca. Faltaba un puñado de los habituales, los que habían terminado con Loudan en los calabozos, aguardando el fin de la regata para ser ajusticiados en la Puerta de los Traidores. Aun así, eran muchos los que se daban cita cada noche en la hospedería de Monroso, regentada ahora por su afligida esposa.

Allí, todos callaban sus miedos sobre las tazas de aquel vino ácido y rasposo de tonos verduzcos que daban las viñas blancas del sur. Compartían en silencio su desdicha por la revolución fracasada. Desde la traición de Cobas, el único de los rebeldes que no había terminado engrilletado en el puerto y del que no se conocía paradero, eso era a todo lo que se atrevían: a mantenerse unidos en el silencio incómodo de la espera, hasta que la regata terminase.

—Puede que ese loco de Ze gane —decía de tanto en tanto alguno con un susurro.

Y unos cuantos alzaban sus bebidas. Saludando a su única esperanza de que Xallas desapareciese para siempre. Sin que importase si se perdía en los hielos del norte, lo devoraban los marrajos o algún alma caritativa lo despeñaba por la furnia del puerto. Porque el alzamiento podía haberse ido al traste, pero todos en Dhumbria mantenían la secreta ilusión de que las cosas cambiasen.

Y ese fue el panorama que se encontró Valdriz al entrar en el Anzol. A su lado pasó también Inaz, que no dejaba de mover la cabeza, olisqueando con desconfianza los aires cargados de la posada, a la que parecía incapaz de acostumbrarse.

El frade dejó en el aire un saludo cordial que no llevó el nombre de ninguno en concreto, y muchos de los parroquianos le respondieron, casi todos le conocían, pues era difícil olvidar su peculiar estampa en el puerto, acompañado de la imponente bestia, despidiéndose de Ze y Aldair poco antes de que zarpasen los remeros.

Cuando uno de los segadores a las órdenes del juez había descubierto el hilo de Rexos, los cuchicheos habían corrido por las dársenas como una marea. Entre la admiración y la incredulidad, los hombres del jabeque habían discutido largo y tendido al respecto. De hecho, poco había faltado para que la hembra de tuso le arrancase un brazo a uno de ellos, y como la bestia no había obedecido al fraile, había tenido que intervenir Ze para que el animal soltara su presa. En ese momento todos en Dhum conocieron la relación entre el fraile, la montaraz y el remero. De ahí que, cada noche, Valdriz fuera bien recibido en el Anzol.

Tan llena estaba la posada que el fraile no encontró otro lugar donde sentarse que no fuera compartiendo mesa en un taburete que le ofreció un marinero con aspecto de yunque y manos como zarpas.

—Aquí hay sitio para un hombre santo —le dijo haciéndose a un lado.

Valdriz bebió con mesura y encargó una escudilla con algo de asado para Inaz, pero la bestia, como era habitual en los últimos días, apenas probó bocado. El fraile había llegado a conocerla, y sabía que el animal echaba de menos a su amo.

En tanto, algunas velas consumieron todo el sebo, la madrugada se fue haciendo mayor, envuelta en una vigorosa nevada. Y Valdriz habló lo justo y escuchó todo lo que pudo. Desde que zarpara la regata, muchos acudían a su lado para contarle sus miserias, pues veían en él un resquicio gracias al cual congraciarse con sus esperanzas. Además, la notoriedad que había cobrado el fraile del Santuario Blanco había levantado ampollas en la hermandad de

sacerdotes; esa era otra de las habladurías que llegaban desde el castro, el templo y aledaños. Pero, al menos hasta entonces, Tambre no se había atrevido a tomar cartas en el asunto, quizá porque esperaba el regreso del nordés.

Fuera como fuese, el monje blanco, con su enigmático carácter y su incansable campaña a favor del santuario, se había ganado muchas simpatías, especialmente porque siempre parecía dispuesto a escuchar y sus consejos resultaban mesurados. Incluso les pedía paciencia a los que abogaban en voz baja por soplar en las brasas de la rebelión. Muchos querían prender de nuevo aquellos fuegos, inspirados por la valentía de Ze y por sus hazañas, acrecentada la leyenda tras haber seguido los pasos del mismo Palas y haberse presentado a la regata con el regalo de la Reina de Rexos. Había sido fácil advertir que el espíritu de Ze alimentaba los sueños de muchos hambrientos, hartos de la tiranía de Xallas.

Esa madrugada, mientras repartía su atención entre todos los que a él se acercaban y la cabezota de Inaz, en la que dejaba de tanto en tanto una palmada cariñosa, Valdriz escuchó buena parte de los temores de Dhum, algunos de rostros que ya le eran conocidos y otros de gentes que se acercaron a él por primera vez. Pero no fue hasta que la noche estaba madura, cuando ya apenas quedaban unos cuantos borrachines incondicionales repartidos por las mesas mugrientas, cuando escuchó algo que jamás hubiera imaginado.

La esposa del posadero era una mujer con el armazón de uno de los cargueros que, en tiempos de los reyes, transportaran quintales de fuego negro. Ancha y rotunda, con antebrazos gruesos y puños del tamaño de jamoncillos, los trapos entre sus dedos parecían restos deshilachados de labores de costura. De pelo ensortijado y grandes ojos oscuros, tenía el corpachón de un remero, pero su voz era suave y dulce. Muchas eran las noches en que alegraba los entresijos del Anzol con sus cantares, alegres si la pesca había ido bien, melancólicos si alguna de las barcas no había regresado de la marea; pero siempre tan atinados que las viejas bolilleras decían que incluso sanaban de los malos aires. Y, con aquel hablar melodioso, Deza, que así se llamaba, le fue desgranando al fraile

sus miedos por Monroso, el esposo preso en los calabozos bajo los suelos del castro.

—Les llevo todos los días unos pocos mendrugos de pan y las sobras, pero los segadores se reparten la mayoría de la cesta y no les dejan más que migajas —le decía consternada.

Valdriz escuchaba, asentía y, de tanto en tanto, ofrecía palabras de consuelo. Su preocupación estaba puesta en asuntos que había escuchado un par de noches antes, cuando le explicaron lo de las trampas de cadena que el viejo Cobas había tendido en el paso.

Aunque el fraile era hombre piadoso y asumía la responsabilidad de solazar las almas de los desesperados, desde que había descubierto las pocas posibilidades que Ze tenía de triunfar, apenas podía apartar de sí el miedo al fiasco de sus planes. Había esperado con ansia la victoria del remero para garantizar el resurgir de su amado Santuario Blanco.

—Aldro, el sastre, es el que más pena me da. El pobre vino desde los juncales… No ha conocido otra cosa que desgracias.

En aquellos días, el frade ya había tenido ocasión de escuchar versiones de aquel otro intento de rebelión que terminara con el exilio de Aldro. Pero no se lo dijo a Deza, porque presintió que ella necesitaba de su silencio.

Y así se fue desgranando lo que quedaba de la noche. Sin novedad hasta que, entre las palabras de la mujer del posadero, se coló algo.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó mientras, muy a su pesar, una terrible idea empezaba ya a tomar forma.

—Que Monroso me contó lo de su pequeña —ella no se molestó por tener que repetir su discurso, solo sonrió y volvió a explicarse—. Murió de fiebres hace años. Loudan había pensado que la montaraz era la hija de Aldro, y que ese era un buen argumento para convencerle. Pero resultó que no podía ser su hija…

Valdriz solo escuchaba con la mitad de sus caletres, porque el resto de su ingenio estaba puesto en el tiempo que había pasado con la montaraz en el Santuario Blanco. Y ahora vislumbraba las respuestas a preguntas que entonces se le habían ocurrido. Pero esas respuestas apuntaban a algo inconcebible.

—¡Cómo se ha atrevido! ¡Pobre! —se le escapó entre dientes—. Por eso salió entera el día de la tormenta, ¡claro!

Deza detuvo sus explicaciones y miró al fraile.

—Perdón… No entiendo.

Valdriz no dijo nada, rumiaba furiosamente la avalancha de alocadas ideas que le asaltaban. Le costaba creer que fuera verdad.

Solo había un modo de comprobarlo.

—Tengo que ir a las catacumbas del templo —le dijo finalmente a la esposa del tabernero.

Ella se sacudió como pudo la sorpresa.

—¿Adónde?

No le aclaró el fraile sus dudas, sino que siguió ensimismado. Se le había ocurrido algo más. Si ella se había atrevido a tanto, ¿por qué no podía él seguir su ejemplo? Quizá fuera el momento de hacer algo más que orar fervorosamente.

—Te acompañaré mañana, cuando vayas a los calabozos. Desde allí podré llegar a la capilla…

Si era cierto lo que pensaba, ahora Valdriz podía explicar mucho de lo que había visto en Aldair.

Era una locura inmiscuirse en una rebelión así. Pero, en su fuero interno, pese a los riesgos, el frade sabía que podía hacer algo más que esperar acontecimientos.

Así consumió la noche, reuniendo el valor y las ideas para llevar a cabo sus planes.

Él se ocuparía del bispo. Para el resto, habría que confiar en que el fuego se extendiese desde la yesca que había decidido prender.

Aldair gritó con desesperación.

Tras dejar los remos, Ze miró una vez más hacia donde ella señalaba, en esa ocasión, mucho más allá del cerco de marrajos en torno a la chalupa. Vio el agua abriéndose para engullir a Xalo.

—¡Tenemos que salvarlo! —chilló la montaraz en un reflejo incontenible.

Por un momento, todo fue quietud, hasta el viento amainó y las olas se dieron un descanso. Incluso el aguanieve pareció detenerse por arte de algún encantamiento. Pero aquella paz momentánea terminó de repente. Justo cuando vieron emerger la cabeza del hijo del nordés de las aguas plomizas. Entonces la ventisca arreció. Y cuándo Xalo empezó a nadar hacia su chalupa, también advirtieron cómo las aletas abandonaban los alrededores de la barca.

—¡Lo van a atacar! ¡Hay que hacer algo! ¡Lo despedazarán!

Desde la nao del juez solo unas pocas manos señalaban con preocupación. Incluso a aquella distancia, el remero percibió que no todos a bordo simpatizaban con el hijo del nordés.

Ella tenía razón. Él sabía bien de lo que eran capaces aquellas bestias.

Y tuvo una revelación. Había hecho sufrir a demasiados, estaba arrastrando en su caída a los infiernos a mucha gente. Eso no era lo que Adhara hubiera querido.

No podía ganar a cualquier precio.

Miró hacia el paso, pensó en cuánto trabajo le había costado cobrarse algo de la ventaja que Xallas les había tomado, soltó un reniego y cogió de nuevo los remos.

Puso en cada palada todo su empeño. Y Aldair maniobró con el timón para encararse con el nadador.

Cuando la marejada se lo permitía, veían las brazadas de Xalo cortando el mar, y también los marrajos acercándose. Y, cada vez que la cresta de una ola lo ocultaba, a Aldair se le escapaba un suspiro atormentado.

Retorciendo el cuello, con el rabillo del ojo, Ze pudo ver que a bordo del jabeque se discutía airadamente. El patrón aún no había

ordenado virar para rescatar al hombre perdido.

—¡Están junto a él! —gritó Aldair refiriéndose a los marrajos, que habían alcanzado al juez.

El remero sabía que aún tenían tiempo, no mucho, pero quizá suficiente. Primero lo rodearían. Luego atacarían.

Gruñendo por el esfuerzo, Ze echó el resto y la chalupa cabeceó con el brutal impulso que salió de los brazos del remero.

Uno de los marrajos lomeó a una braza de Xalo. Con horror, Aldair vio el hocico entreabierto bajo la superficie, y las ristras de dientes afilados de aquel cepo que la bestia tenía por boca. Iban a atacar de un momento a otro, y aún les faltaba un trecho. Fue entonces cuando Ze dejó de remar. Y ella, tan asustada que no logró articular palabra, lo vio levantarse y desengarzar uno de los remos del tolete.

Xalo seguía nadando con todas sus fuerzas y al remero le gustó ver la calma en los ojos del joven.

Iba a gritarle que siguiera remando, pero antes de que Aldair pudiera hacerlo, Ze descargó el remo en el agua con toda la fuerza de sus enormes espaldas. Y volvió a levantarlo antes de dejarlo caer una vez más.

Los marrajos abandonaron a Xalo y rodearon la chalana para, en la otra borda, amontonarse con frenesí. En ese instante, Aldair vio los borbotones de sangre y comprendió.

—Tendrá una sola oportunidad —dijo Ze.

Se volvió, abandonó el remo y se echó sobre la amurada con el brazo extendido hacia el hijo del nordés.

Los brutales golpes del remero le habían abierto la cabeza a uno de los marrajos y sus iguales, atraídos por la sangre, despedazaban el cuerpo con dentelladas que podían oírse incluso en la ventisca. Eran sonidos guturales, grotescos.

Pero Aldair también escuchó el ruido seco de la palmada que resultó del choque entre las manos de los dos hombres.

—¡Arriba! —gritó Ze con un gruñido al tiempo que apuntalaba los pies y tiraba del nadador.

Los dientes se cerraron a una pulgada escasa de la bota de Xalo. La montaraz vio a la bestia caer, justo tras el hijo del nordés, sin otro premio en las fauces que aire. Pasó de largo con un coletazo

furioso que mandó salpicaduras de agua fría a la bañera de la chalupa. Entre los remolinos de espuma, también vio el ojo mutilado de la bestia, inmóvil. Espeluznante.

Xalo cayó estrepitosamente, de bruces entre las bancadas de la chalana, colgado en la borda como un saco. Medio cuerpo a bordo y las piernas sobre el agua. Resollaba con fuerza, su pecho temblaba pidiendo una tregua tras el esfuerzo. Y tiritaba con violencia. Ze intentaba auparlo cogiéndolo por los sobacos.

Aliviada, más de lo que podía confesar sin traicionar el pacto que había hecho, la montaraz contenía su alegría.

Estaban los tres tan ocupados que no vieron el peligro. Otra de aquellas bestias salió del agua como una trucha cebándose en un arroyo, antes de que ninguno de ellos pudiera hacer nada, el marrajo había cerrado sus fauces en la pierna de Xalo.

—¡Sujétalo! —le gritó el remero a Aldair.

Ella reaccionó de inmediato y se echó hacia delante para atrapar las manos del hijo del nordés y, en tanto, Ze volvió a coger el remo. Lo alzó con facilidad sobre su cabeza.

La montaraz tiraba de Xalo, el marrajo intentaba arrastrarlo hacia las profundidades. Él gruñía, transido de dolor.

—Hay… —Temblaba con tanta fuerza que apenas podía articular las palabras—. Hay trampas de cadena en la… en la boca del paso… ¡Trampas!

Asombrado, Ze oyó aquellos balbuceos. Pero no era el momento de hablar. No tenía tiempo que perder. Sus dedos se abrieron y cerraron en la madera, aferró el remo y lo descargó con todas sus fuerzas en el lomo de la bestia. Hicieron falta dos estacazos más. Pero el marrajo soltó su presa y se perdió en la ventisca.

Aldair y el hijo del nordés, libres de pronto de los tirones de la bestia, cayeron hechos un ovillo en la bañera de la chalana.

Conservaba las dos piernas, pero en el muslo izquierdo podía verse la retahíla de cortes profundos que habían dejado las quijadas del monstruo. Sangraba en abundancia.

—Hay trampas en la boca del paso —apenas se le entendía entre el castañetear de sus dientes—. Las puso ese cangrejero… Eran para Xallas, ellos…

Ze se agachó junto al hijo del nordés y, antes de prestar atención a las feas heridas, lo miró a los ojos y habló.

—Lo he oído. Tranquilo —le dijo con serenidad—. Gracias.

Xalo descubrió los reflejos de aquellos profundos ojos azules que lo observaban, y se preguntó, una vez más en los últimos tiempos, por qué su padre odiaba tanto a aquel hombre.

Antes de que fuera demasiado tarde, el remero empezó a trabajar. Le dio a Aldair unas cuantas órdenes, organizó sus escasos medios y, en la ventisca, rodeados de marrajos que seguían cercando la chalupa, Ze le salvó la vida al hijo de su enemigo.

IX

Hielo y viento: la prueba

Era un infierno congelado.

Habían llegado al norte. Pasados los caladeros donde se jugaban la vida los cangrejeros. Al lugar de las leyendas. Más allá solo se aventuraban los locos y los que estaban dispuestos a morir por sentarse en el escaño del nordés.

Todo era hielo y viento.

Frente a ellos no había otra cosa que inabarcable desolación. Las banquisas. Los páramos helados. Hasta donde alcanzaba la vista.

—Allí —gritó Ze—, allí está.

Señalaba al frente, a lo lejos, y Aldair creyó intuir una pequeña mota oscura alejándose hacia el horizonte. Tenía que ser Xallas.

—Intenta descansar —le dijo entonces, ofreciéndose con el gesto a relevarla.

Xalo había sido recogido por los segadores del jabeque, vivo, aunque maltrecho. Junto a él, para alivio de Aldair, habían quedado silencios y secretos.

Pero la regata no se detenía. Habían sorteado las trampas de cadena, como hiciera Xallas antes que ellos. Habían dejado atrás el Paso de Hielo. Habían cruzado el cañón de las montañas sobre el océano. Y llevaban tres días deslizándose por el hielo. Tras las marcas dejadas por la lorcha del nordés.

Los esquifes de la regata no tenían quilla, por eso cada remero necesitaba un timonel. Y por eso su gobierno en la mar era una pesadilla, pero la ley era la ley, y debían de ser así, porque las ligeras embarcaciones no solo debían cruzar el océano, sino que también tenían que patinar por aquellas planicies de hielo.

Allí, su fondo plano las convertía en rápidos trineos tirados por velas gemelas que aprovechaban el viento a treinta brazas de altura. Un viento que, en aquel páramo, en aquellas interminables banquisas, soplaba con fuerza porque no había obstáculos que lo frenasen. Y allí, gracias al regalo de la Reina de Rexos, estaban recuperando buena parte del tiempo perdido. Por primera vez

desde que se habían detenido a calafatear la chalupa, volvían a soñar con alcanzar al nordés.

Derrotada por la fatiga, Aldair le cedió el fiador y los pedales de la polea al remero. Se acurrucó en la bañera, entre las bancadas, y cayó rendida en cuanto se echó por encima la gruesa frazada que sacó del tambucho.

El día terminaba y, en el norte, durante el invierno, las noches eran eternas. La luz del mediodía duraba apenas un suspiro. Muy al contrario, el alba y el ocaso envejecían lentamente, en una interminable sucesión de ocres y morados, rezumando penumbras. Y, en esa media luz, sin el sol para guiarlos, era prácticamente imposible orientarse. Pronto tendrían que detenerse, porque una vez caída la noche, solo las estrellas podían ayudarlos a navegar. Por desgracia, cuando Ze miró al cielo, no vio otra cosa que un tapiz de nubes, y los tatuajes de sus antebrazos de poco servían sin las constelaciones a la vista.

Para colmo, al bajar el rostro, encontró las marcas en el hielo de la chalupa del nordés, la confirmación de que el tiempo apremiaba; seguían por detrás.

Y al remero se lo llevaba la desesperación. Aún tardarían dos o tres días en alcanzar el pozo. Y una vez allí, Aldair no podría ayudarle, todo dependería de la fuerza, lo que daba una ventaja más a Xallas y a su timonel sureño. Lo tenía todo en contra, pero aprovecharía hasta el último rayo de sol para continuar siempre hacia el norte, dejando aquellos ocasos perezosos a babor siempre a babor.

—No me olvides —le susurró al viento y a la noche—, no me olvides.

Estaba agotado. Y, una vez más, recurrió a sus recuerdos. Pensó en ella. En su sonrisa, en el lunar junto a su boca que hacía malabarismos cuando ella reía, en el modo en el que prendía mechones de pelo entre sus dedos finos. En las tardes junto al sombrajo. En los silencios que se llenaban con una mirada. La seguía amando con todo su ser.

Y siempre la amaría.

—No me olvides…

Fue entonces cuando se dio cuenta de que algo había cambiado.

Arropado en su memoria, le había pasado inadvertido. Pero bastaron un par de vistazos para cerciorarse. Las huellas se desviaban a estribor. Por primera vez, desde que habían entrado en los hielos, no se deslizaban junto a las marcas dejadas por el nordés.

Hasta donde le alcanzaba la vista, podía distinguir cómo el rastro de aquel indeseable derivaba hacia el este.

Podía ser que hubieran tenido un problema con las velas, quizá una de las liñas se había roto. Cuando se largaban demasiadas brazas los fuertes vientos sometían al aparejo a una tensión tremenda. De haber estado más atento, a lo mejor hubiera visto una vacilación en las huellas, un indicio de que Xallas había sufrido un contratiempo.

Mil cosas podían ir mal durante la regata. El frío, el hielo, el agotamiento. Todo estaba en contra. La mayoría de los que lo intentaban no regresaban. Y Ze se dejó llevar por una esperanza tan apetecible. Si el nordés mantenía ese rumbo, ellos podrían llegar primeros al pozo de las piedras de hielo.

Se le ocurrieron muchas explicaciones, y cualquiera de ellas significaba que tenía una oportunidad de salvar la memoria de Adhara.

Lo malo era el dolor. El frío de las montañas le había carcomido los huesos y ahora estaba pagando el precio de aquellos años de soledad. Ze sabía que se le acababa el tiempo, estaba condenado. Se lo decían los aguijonazos en los codos, en las rodillas, en la cadera. Y de no haber sido por sus dolores, de no haber estado tan cansado, también hubiera podido caer en la cuenta de que cabía otra posibilidad.

Nombrar a su hijo como juez. Las trampas de cadena. El remero debería haber imaginado que la razón de aquel desvío era mucho más oscura.

Sin embargo, Ze no lo hizo.

Lo habían conseguido.

Ze accionó la polea y recogió liña para arriar el trapo. Con un siseo, la barca perdió velocidad hasta detenerse. Ya podían distinguir las postrimerías del pozo, abierto en el hielo. Y no había rastro de Xallas.

Habían llegado antes que el nordés.

—Démonos prisa —le dijo Ze a la montaraz.

Antes de que Aldair asimilase lo que veía, el remero ya saltaba por la borda. En las manos, abrigadas por manoplas, llevaba un pico, un lazo de sirga con cuarenta brazas y el armazón de uno de los toletes de la chalupa.

—Vamos —insistió él.

Y ella balbució una afirmación, sin dejar de contemplar, admirada, la inconcebible falla que se abría en las banquisas.

Resquebrajando el hielo como una herida, apenas veinte pasos al frente, comenzaba una grieta. Allí estaba, ante ellos, rodeada por esqueletos retorcidos de las máquinas de tiempos antiguos. Una brecha irregular en la que se desperdigaban montoneras de rocalla negra, cercada por mástiles y riostras de las que colgaban carámbanos. Estaba cubierta de una grava cenicienta entre la que surgían fumarolas de humo espeso y maloliente. Apenas con una cuerda de ancho, su silueta cuarteada se hundía en el horizonte, y desde donde se encontraban no podían ver hasta dónde se extendía aquel prodigio. De proporciones gigantescas, era como un tajo mellado en las banquisas.

Al acercarse distinguieron el fondo; allí, difuminado por la humareda, se adivinaba un charcal de aguas verdosas cuya superficie dejaba entrever enormes poleas, calandrias y mecanismos, todos rotos y desvencijados.

Aldair pensaba que era imposible. Imaginó que era un espejismo. Pero cuando dio unos pasos tímidos tras el remero, se dio cuenta de cómo podía ser cierto aquel prodigio de encontrar agua en la inmensidad del hielo. Lo sintió en las mejillas heladas, lo único expuesto en su rostro, entre el ribete del gorro y el cuello

alzado de su zamarra. Además de aquel aspecto amenazador, desde aquel agujero en medio de los páramos de hielo emanaba también calor. En vaharadas acres que los abofetearon. Era como si la tierra misma, corrompida, hubiera enfermado de pústulas que supuraban su pestilencia. Incluso parecía pulsar con vida propia.

—Ese…, ¿ese es el pozo?

Cuanto Niobel le había contado no había servido para prepararla. Después de las minas de Rexos, el desierto blanco y el santuario, no esperaba encontrarse con un prodigio que empequeñeciese cuanto había visto.

Echando de tanto en tanto miradas nerviosas sobre el borde, Aldair siguió al remero mientras avanzaba por la cornisa que hacía de frontera con el hielo. La caída por la pendiente de grava era una amenaza palpable. Una cuesta pronunciada, sembrada de rocas afiladas, que terminaba en aquellas aguas lodosas a punto de hervir.

Supo que él buscaba algo, pero el esfuerzo y las miasmas pestilentes que trepaban desde la grieta le robaban a la montaraz el aliento para preguntar algo más.

—Aquí —dijo de pronto Ze, deteniéndose.

Señalaba a su izquierda: un socavón en el friso de grava. Un hueco entre dos andamiajes que el tiempo, el hielo y el viento habían hecho colapsar.

—No ha cambiado mucho en estos años —añadió el remero dejando su mirada caer por la acusada pendiente.

Aldair alternó unas cuantas miradas entre Ze y aquella grieta. Él parecía perdido una vez más en sus recuerdos, probablemente revivía lo que había sucedido treinta años antes. Porque si algo había aprendido ella de él, era que el remero seguía sufriendo intensamente por los fantasmas de su pasado.

Dio tiempo a que el viento colgase en las fumarolas las esquirlas de hielo que robaba en los páramos. Aldair sintió incluso que empezaban a sobrarle algunas de las prendas que llevaba, pues, aunque parecía inconcebible en aquella inmensidad de hielo, tenía calor.

—Solo hay un modo de hacerlo —dijo Ze.

Aldair movió los pies en el sitio, inclinando la cadera y cambiando el peso de una pierna a la otra. Se quitó el gorro. Y miró cómo rodaban pendiente abajo unos guijarros desprendidos.

—Está allí abajo —explicó el remero confirmando los miedos de Aldair.

Los guijarros continuaban con su caída, golpearon unas cuantas piedras, que se tambalearon, perdieron asidero y se precipitaron también. En el derrumbe, a la montaraz le pareció distinguir los brillos azules, pedazos de lo que Ze llamaba hielo viejo. Poco a poco, el desprendimiento se convirtió en una avalancha borrosa. Finalmente, se hundió entre salpicaduras en las aguas espesas del fondo. Sonó como un beso lascivo e indecente.

—Tenemos poco tiempo, podrían llegar en cualquier momento —dijo Ze aludiendo a Xallas—. Mejor será que nos pongamos manos a la obra.

Aldair no podía más que intuir a qué se refería él. Pero asintió agitando sus cabellos trigueños.

—Asentaremos la cuerda y yo descenderé —explicó el remero a la vez que, tras dejar el pico, empezaba a anudarse en torno a la cintura uno de los cabos de la sirga—. Tú te quedarás aquí y te harás cargo si hiciera falta.

Aldair miró de nuevo hacia el abismo, podía notar las gotas de sudor que pegoteaban su flequillo en la frente. Costaba creer que sintiera aquel bochorno.

—¿Cómo que si hiciera falta?, ¿qué es lo que tengo que hacer?

El remero inclinó el rostro y la miró con sus ojos, de aquel azul tan profundo como el océano que habían cruzado. Había en ellos verdad, y si tenía alguna duda, a Aldair le bastaba con recordar las piedras que acababa de ver mientras se despeñaban ladera abajo.

—¡Pero eso es una locura! Yo nunca podré auparte si te pasa algo. No tendré fuerzas —exclamó la montaraz con desesperación—. Y si… Si te caes —hablaba con atropello, sin poder dejar de imaginar a Ze estampándose en aquel charcal pestilente—, todo habrá sido inútil…

A la montaraz no le cabía duda de que era una locura.

—¡Es imposible! Jamás podría alzarte —insistió.

Y el asentimiento mudo que Ze le devolvió era confirmación más que suficiente de que ella llevaba razón, pero que él estaba decidido a hacerlo a su modo para que ella no corriese riesgos innecesarios.

—Lo haré yo —le dijo resuelta.

Él agitó su mentón para negar y demostró que no tenía intención de cambiar de opinión al seguir faenando con la cuerda. La estaba asegurando a su cadera como un arnés armado con nudos.

—Sabes que es cierto —insistió Aldair más calmada—. Si yo bajo tendremos más posibilidades de salir los dos de aquí.

Él hizo caso omiso y se agachó. Echó las lazadas de sirga a un lado y, como si fuera un martillo, usó el canto del pico para clavar el armazón del tolete en la grava suelta. Los golpes resonaron como campanadas. Pero aun con la fuerza descomunal del remero, era evidente que, en aquellos guijarros, la ocurrencia de Ze no aguantaría.

Aldair pensó en asegurar la cuerda a los postes herrumbrosos que surgían del suelo. Sin embargo, no necesitó preguntar por qué Ze no lo había hecho. En cuanto rozó con los dedos una de aquellas varas, se le quedó en la piel de la manopla una constelación de migajas de robín. Estaban completamente corrompidos, parecían mantenerse en pie por encantamiento.

—Podríamos desmontar la polea del velamen —dijo entonces sin alzar la cabeza, mirando aquel polvo oxidado que se había pegado en la gamuza.

Pero Ze no respondió. Hubieran perdido mucho tiempo en una tarea así. Anularían la ventaja que tan duramente habían conseguido.

—Lo haré yo —rebatió ella—, sabes que es el único modo.

Era la ley. Solo los remeros llegaban hasta la falla del hielo. Nadie más en toda Dhumbria podía hacerlo. Estaba prohibido. Era la ley.

En los tiempos de los reyes allí había despertado la codicia, y la codicia había crecido alimentándose de la corrupción, y había parido las guerras que asolaron el mundo conocido. Por eso la ley prohibía a todo aquel que no aspirase a convertirse en nordés a que viajase hasta la antigua grieta en el hielo.

Bastaron los titubeos de unos pocos pasos para que se arrepintiera.

El improvisado arnés le ceñía las piernas. Su propio peso ahogaba los nudos contra su piel y los muslos habían empezado ya a dolerle. El olor, acre e intenso, le arañaba la garganta. Se había quitado las manoplas para contar con dedos ágiles, pero la ganancia había sido escasa, porque se estaba despellejando las manos al alternar entre la áspera sirga y las rocas afiladas. Además, solo podía asirse a la cuerda con una, porque la otra la tenía ocupada con el pico, y a tan precario equilibrio tampoco ayudaba que sus pies no dejasen de resbalar en aquella gravilla suelta de la pendiente. A mayores, a cada pulgada que avanzaba el calor se hacía más y más palpable, estaba empapada en sudor.

Y, para terminar de desbocar sus miedos, tanto si miraba pendiente arriba como si dejaba caer los ojos hacia los charcos, sentía un vértigo opresivo que le robaba la respiración.

—Cálmate —le gritó Ze desde el borde del precipicio, diez brazas más arriba.

No era una orden fácil de acatar. Sin embargo, Aldair supo que debía mantenerse serena. No solo para evitar una mala caída, sino porque también tenía que ocuparse de algo más. Estaba inmersa en aquella locura para encontrar una de las piedras de hielo. Uno de aquellos brillos que había visto despuntar entre la rocalla durante el desprendimiento.

—Debes continuar —oyó que el remero le decía—, necesitas bajar unas cuantas brazas para encontrar las vetas.

Escuchar a Ze romper tan a menudo su habitual silencio, más que tranquilizar a la montaraz, la agobiaba. Porque sabía que era síntoma de la preocupación por ella. Cientos de cosas podían salir mal.

Sintió en las caderas que la cuerda se destensaba y dio otros dos pasos antes de que él tuviera que largar un poco más.

—Ya casi estás.

Se lo había explicado con detalle. Para picar debía esperar hasta haber descendido a las cercanías del charcal. Allí se apreciaba un cambio de color en la grava y la rocalla, que pasaban de tonos gruesos a algo como la herrumbre.

—Falta poco. Presta atención, a veces están en la superficie. Quizá no tengas que cav…

No escuchó cómo terminaba la frase, porque una de aquellas fumarolas expulsó una vaharada pestilente apenas una braza por encima de Aldair. Sobre ella cayeron las miasmas de aquel hedor y, aunque cerró los ojos a tiempo de evitar males mayores, sintió cientos de pequeñas brasas arder sobre ella hasta consumirse. Y por eso la montaraz no vio como el remero apretaba los dientes y fruncía el ceño.

El humo le había dado de lleno a la sirga y Ze supo de inmediato que la cuerda se habría debilitado. Treinta años antes, colgado en aquel mismo precipicio, algo similar había estado a punto de costarle la vida.

El remero dudó solo un instante, y fue la memoria de Adhara la que acudió en su rescate; ella no hubiera querido que nadie acabase mal parado. Iba a gritarle a Aldair que se preparase para subir cuando ella le interrumpió.

—Creo que veo algo —chilló desde el fondo del barranco.

Aquella revelación hizo que el remero titubease. Los músculos de uno de sus brazos empezaron a tensarse para cobrar cuerda y traer de vuelta a la montaraz antes de que la sirga se rompiese.

—Sí, creo que sí —insistió Aldair balanceándose hacia los lados con la intención de alcanzar algo que Ze no podía distinguir.

Lo que sí podía ver era el gurruño de hebras que se amontaban en el punto de la cuerda que había quedado encima de la fumarola.

Con el vaivén, las fibras rozaban en la grava afilada y el problema crecía.

Se oyó el primer golpe del pico. Aldair lo estaba usando para anclarse y poder desplazarse hacia un lado.

—¡Hay algo!

Ze era consciente del riesgo.

—¡Olvídalo! Va a romperse —le gritó—. Sube y volveremos a intentarlo.

Ella lo rebatió enseguida.

—¡No! ¡No! Espera. ¡Estoy a punto!

Los ojos le picaban. El agua de los charcos borboteaba de manera siniestra. El calor empezaba a volverse insoportable. Las lazadas que le apretaban las piernas le provocaban un dolor tan agudo que había perdido la sensibilidad. Pero estaba segura de que había distinguido el brillo de una de las piedras de hielo.

La misma fumarola volvió a eructar su pestilencia. Y el humo hirviente castigó una vez más la cuerda, que solo estaba a unos palmos del agujero, los que la montaraz se había movido para alcanzar la prueba que debía terminar adornando el escaño del nordés. Ze empezó a tirar de ella para sacar a la montaraz de la grieta y Aldair notó el empujón de la sirga al tensarse.

—¡Espera! ¡Espera! —chilló ella con desesperación.

La terrible sensación del desastre próximo planeaba sobre ambos, pero todo se sucedía tan aprisa que era difícil evitarlo.

Entre el revoltijo de piedras que quedó tras levantar el pico, estaban las aristas llenas de brillo de la prueba que se requería a los remeros para demostrar que habían alcanzado el norte.

Sin embargo, teniéndola ya al alcance de la mano, Aldair entendió las advertencias que Ze le había hecho. No podía equivocarse, si lo hacía, lo pagaría caro. Podía sentir el bochorno que desprendía aquel charcal pestilente, y también el calor rabioso que emanaba de la misma tierra, lo notaba en las plantas de los pies.

—¡Apúrate!

La urgencia le llegó rodando pendiente abajo, acompañada de piedras sueltas y polvo, que aún seguían cayendo desde las huellas que ella había dejado en su descenso.

Tenía un brillo azulado. Como agua de manantial.

No era más que una piedra, pero en ella estaba encerrada la ambición de los hombres, el celo del poder, las guerras olvidadas que destronaron a los reyes, la sangre de huérfanos y viudas, la llamada que había llevado hasta allí a los codiciosos.

—¡Vamos! ¡Date prisa!

Acercó la mano y la alejó con miedo, la grava alrededor de la piedra parecía arder como brasas.

—¡Vamos!

Atrapó la piedra entre sus dedos temiendo sentir el mordisco del calor, sin embargo, para su sorpresa, estaba fría. Al contrario que cada uno de los guijarros de su alrededor, que parecían absorber el calor que emanaba de las entrañas de la tierra, la piedra de hielo no quemó su piel. Y no era su única virtud. Cazaba hasta la última migaja de sol que atravesaba las nubes. Brillaba con intensidad, atrapando la luz en su interior y devolviendo reflejos infinitos de todos los colores imaginables.

Unas hebras más se rompieron en la sirga y Aldair cayó bruscamente unas pulgadas. En ese momento, Ze ya no esperó más y comenzó a tirar con todas sus fuerzas, aprovechando la amplitud de sus brazos para recoger toda la cuerda posible con cada gesto.

Aldair percibió cada tirón en el arnés, sacudiendo su cuerpo. Entre los dedos de su mano estaba la piedra. Tenía el color y el aspecto de un trozo de hielo, pero era mucho más pesada.

—¡La tengo! ¡La tengo! —le gritó al remero llena de contento.

Aunque Ze no la escuchaba, toda su atención estaba dedicada a subirla desde el fondo del precipicio. Le faltaban algo más de diez brazas. Pero esa no era la distancia que le preocupaba al remero, sino las cinco que aún tenía que recoger hasta aquel embrollo de hebras deshilachadas por el que la cuerda podía romperse en cualquier momento.

Aldair se había guardado la piedra e intentaba ayudar usando sus pies para impulsarse.

Estaba tan cerca como para ver el ceño fruncido de Ze y la expresión de su rostro, distorsionada por el esfuerzo. Un velo de sudor hacía brillar el azul de sus tatuajes. Al borde del precipicio,

su silueta se recortaba contra la extensión mortecina de las nubes, rodeado de aquellos esqueletos oxidados de las viejas máquinas.

En la siguiente ocasión que el remero echase su mano adelante para sujetar la cuerda, habría alcanzado el tramo debilitado.

Se rompió con un chasquido.

Vencido por su propia fuerza, Ze cayó hacia atrás con el cabo deshilachado bailando sobre él como una sierpe. Aldair sintió en el estómago el tirón del vacío y, sin poder evitarlo, chilló.

Esperándola estaban las rocas afiladas, la grava suelta, las fumarolas ardientes y aquellos charcos de lodo verdoso.

Pero Aldair no lamentó haberse ofrecido como timonel. Tampoco el precio que tendría que pagar por el pacto que había hecho. Lo que le dolió fue saber que él seguiría sufriendo; que al quedarse sin ayuda, sería imposible que Ze regresase a Dhum con vida, ganase o perdiese la regata.

Entonces sus reflejos tomaron el mando. Reaccionó. Clavó el pico en la pared de rocalla con tanta fuerza como fue capaz.

La herramienta entró con facilidad en la grava suelta, pero le costó encontrar donde agarrarse. Apartando guijarros como una quilla en el agua, el metal abrió la tierra sin servir para otra cosa que ralentizar la caída de Aldair. Pareció que no iba a funcionar, pero después de que una de aquellas rocas afiladas golpeara su pecho, el pico se trabó por fin en una arista.

En tanto ella luchaba, Ze había tenido tiempo de incorporarse. Se asomaba al borde del precipicio para descubrir con alivio que la montaraz había logrado detener el desastre.

Y estaba tan pendiente de ella que no se percató. Algo a sus espaldas había cambiado.

Se había abierto una brecha en la mejilla, y ya empezaba a hincharse dolorosamente. Aun así, tras recobrar el aliento, logró mirar hacia arriba. Esperaba ver la silueta del remero, enmarcada en aquel manto de nubes que se aferraba a un palmo de las banquisas.

Y allí estaba Ze. Recortado contra el cielo encapotado. A su alrededor se veían los cadáveres desvencijados de las máquinas y artilugios que habían quedado olvidados desde los días de los reyes. Y también algo más.

—¡Mantén la calma! —le chilló él.

Ella no tuvo tiempo de gritar una advertencia.

Tras el remero, agachado sobre la cornisa, mirándola con angustia, habían aparecido dos siluetas. Eran inconfundibles.

Se trataba de Xallas y su timonel, aquel sureño grande como un buey.

Quedó atenazada por el miedo. Y le faltó el aire para gritar. Antes de que pudiera alertar al remero, antes de que pudiera aceptar lo que veía, Leomel cargó contra una de aquellas carcasas herrumbrosas.

No duró más que un parpadeo, aun así, la angustia de la montaraz ralentizó la escena. Lo vio moverse como si atravesara melaza, con todo detalle. En manos del bigardo sureño aquellas máquinas corrompidas se doblaron con un chasquido mudo, como el espinazo de un boquerón. Polvo y pedazos salieron despedidos allá donde el metal se desgarró. Los viejos forjados se lamentaron, temblaron un instante, dudando en el viento igual que una semilla de diente de león.

Ze reaccionó. Comenzó a volverse. Pero ya era tarde. Leomel empujaba con todas sus fuerzas. Los hierros se humillaron con estruendo. Cayeron en avalancha. Y al remero apenas le dio tiempo a alzar las manos como única defensa contra el quintal de forja que le caía encima.

Gritó Aldair con desesperación. Ya ni tan siquiera le preocupaba su precaria situación.

Solo pensaba en Ze.

Se había acabado. Estaba muerto. Lo había perdido todo.

Vio que Xallas se asomaba por encima de la cornisa. El nordés la encontró en la pendiente de grava y la miró largamente. Sonrió e, incluso desde donde estaba, Aldair percibió la malicia que aquel hombre destilaba. Para su desgracia, ella había conocido la profundidad del rencor que carcomía a Xallas.

No se rebajó a pedirle ayuda, sabía que algo así solo serviría para complacer al nordés. A su enorme ego. Pero no le salvaría la vida.

También Leomel se inclinó sobre el abismo y la observó. Aldair miraba hacia ellos con desesperación.

De algún rincón perdido, apareció un cormorán pechiblanco. Cruzó el cielo sobre ellos con amplias vueltas, sacudido por el viento, con alas cansadas. Quizá estaba enfermo, también podía

haberse desorientado, porque a los hielos, a no ser por la locura de los remeros, no se iba a otra cosa que no fuera a morir.

Y entonces los dos hombres le dieron la espalda. Se marcharon. La dejaron sola.

Sin más.

Aldair estuvo entonces segura de que podía abandonar toda esperanza. Ze estaba muerto. Y ella hundió el rostro en la grava.

Lloró. Tenía tantas lágrimas guardadas. Ya no importaba el tiempo que le concedía aquel maldito reloj. Ni el pacto que la había condenado. Tampoco los esfuerzos derramados desde aquella mañana en el cementerio del acantilado. Todo había sido inútil.

Desde la cornisa llegaron nuevos chirridos y una retahíla de chasquidos. El peso de los forjados se asentaba. Se desprendieron racimos de gravilla que cayeron rodando sobre Aldair. Y la montaraz pensó que todo acabaría pronto, los amasijos de herrumbre y metal terminarían de colapsarse y, con el próximo golpe de viento, se precipitarían pendiente abajo para aplastarla a ella también.

No podía apagar su llanto. El dolor reverberaba en todo su cuerpo.

Le ardían los hombros. El arnés le ahogaba las piernas. Se había despellejado las manos para conseguir la piedra de hielo. Y el brazo con el que sujetaba el pico parecía a punto de desgarrarse; le daba la impresión de que su carne se estaba fundiendo como grasa arrimada a la lumbre.

El cormorán volvió. Probablemente porque en leguas a la redonda no había otra cosa que la nada más absoluta, esparcida en las banquisas de hielo.

Echó un graznido como si penase por la desdichada colgada en el abismo. El viento siseó bajo sus alas. Dio un par de vueltas buscando acomodo. Y, finalmente, lo encontró en una percha entre los hierrajos, donde empezó a acicalarse concienzudamente. Usando el mismo pico afilado con el que atrapaba anguilas en las ensenadas, se hurgaba en los costados con aires huraños. Aunque era un trabajo inútil, porque era un bicho viejo y baqueteado por los años, tenía las plumas desleídas. Aun así, porfió en sus esfuerzos y el tiempo se escurrió.

Por el cielo fueron pasando rodillos de nubes. El viento jugó a perseguirse. El día se fue apagando. Derrotada y exhausta, con el brazo derecho insensible, hubo momentos en los que Aldair perdió la consciencia y, al llegar la tarde, era un guiñapo que alternaba momentos de lucidez con otros en los que divagaba.

Los días en el norte duraban poco más que un suspiro. Pronto llegaría la noche y, si le quedaba la mínima esperanza de que Ze aún estuviese vivo, el frío del norte la pulverizaría.

Bastaba con dejarse caer. Todo acabaría.

Él le había enseñado a perseverar, a tragarse la hiel y mirar al frente. A no rendirse jamás.

Por eso, no pensaba hacerlo.

Aguantaría, por él; por su recuerdo.

A lo largo del Paseo de los Arimios, la capital vivía en sus gentes. En la parte alta una pareja encopetada con pieles de tuso y rasos paseaba de la mano. Pendiente abajo, en las casitas más humildes, las sillas frente a la puerta acomodaban a las viudas que mantenían en vilo el soniquete de sus bolillos. Y en los aledaños del puerto, un puñado de niños abrigados con retales jugaban alocadamente a la billa. Entre gritos y risas, golpeaban con una larga vara de fresno un taco ahusado hecho con palo de fierro. Si la tarascada era buena, justo en una de las dos puntas afiladas del trozo de madera, este rebotaba con fuerza en el suelo y se alzaba un par de palmos, entonces, para júbilo de los críos, los más mayores, que eran los que tenían más práctica, le arreaban otro estacazo en el aire para enviarlo lejos. Lo más lejos que pudieran. Así corrían arriba y abajo por la antigua travesía al pie de la muralla. Había también un par de niñas que ni siquiera pensaban en que serían mujeres, jugaban bien y le pegaban largo a la billa, porque tenían la tenacidad de enfrentarse siempre a los chicos para hacerse valer. Y un corrillo de otras tres, algo más mayores, se mantenían apartadas, muy dignas, queriendo mostrarse adultas e interesantes a los ojos de los muchachos que ya eran casi hombres, aunque estos, borrachos de juventud, estaban demasiado ocupados con sus bravuconadas. Más allá estaban los más pequeños, ajenos a las tribulaciones del resto de los zagales; jugaban a ver quién era el valiente que se atrevía a toquetear con un palo una salamandra escondida entre las piedras de uno de los canales. Se recordaban unos a otros los conjuros y las magias que habían oído en sus casas sobre aquel misterioso animalillo, y se retaban entre risas.

Todos ellos eran los únicos que mantenían la fe, porque eran jóvenes, no habían conocido otra cosa que la miseria y habían aprendido a espantarla con su alegría infantil. El resto de los hombres y las mujeres de Dhumbria temían los años por venir casi tanto como lamentaban los que ya habían vivido.

No faltaba mucho para que los remeros regresasen, si es que lo conseguían. Y solo los más optimistas se atrevían a albergar alguna

esperanza de que Xallas acabase en la panza de los marrajos.

Sobre los juegos de los niños, el cielo estaba cubierto. El día era del mismo gris que los braseros apagados. El frío mordía. Los canales de Dhum rugían a punto de desbordarse y en toda la ciudad se dejaba sentir el ánimo impaciente de la espera.

—No saldrá bien, acabaremos despellejados —le susurró la mujerona al frade entre labios fruncidos para fingir una sonrisa.

Con las ideas calientes y las manos heladas, caminaban bien abrigados, con capas de lana prieta teñida con agalla de carvallo. Acababan de abandonar el Paseo de los Arimios.

—Tranquila —le respondió Valdriz disimulando unas toses—, Caldas proveerá.

Bajo sus pies crujía la nieve, que ya había ahorrado invierno de sobra para cuajar en capas espesas que incluso cubrían los lugares más transitados. Ya habían pasado el portalón. Atrás habían quedado las galerías de los tatuadores. Y también el secarral en que se habían convertido los Jardines de la Reina, ahora invisibles bajo el manto nevado. Junto a ellos dos, trotaba Inaz, que miraba incómoda a todos lados.

Ya pasaban al pie de las agujas detenidas en lo alto de la Torre del Reloj y, a un lado del Gran Salón, apenas a tiro de piedra, quedaba el patio de armas de los segadores. Más allá se alzaba el parapeto donde se ubicaba la entrada exterior a los calabozos, apenas una garita de piedras desgastadas. En su interior, para dar servicio durante las guardias, se acomodaban un par de mesas, unas pocas sillas, unos cuantos catres y algo de despensa. Además de dar acomodo a los carceleros, era también el lugar donde las visitas debían soportar la humillación de ser cuestionadas y cacheadas, penitencia inevitable antes de que se les granjease el paso a las largas escaleras por las que se descendía hasta las mazmorras.

—¡Oh! Esto desmejora a cada paso. Ese de ahí es el peor de todos —insistió la mujer del posadero descolgando de reojo sus palabras—. Es un mal bicho… Deberíamos abandonar —sugirió temerosa.

Entre los segadores, aquel era un trabajo mal visto, o bien se lo quedaban los novatos para curtirse, o bien los viejos resentidos que

no habían progresado. Y, desde que habían encerrado allí a Monroso, su esposa había tenido ocasión de conocer bien la catadura de los guardias. Por eso, al ver a Rundo, los nervios se habían agarrado al estómago de la mujerona.

El tal Rundo era, para desdicha de muchos, un tipejo malcarado. Un descastado entre los suyos que apretaba a los segadores más jóvenes y eludía a los más veteranos. Razones por las que pasaba muchas guardias en las mazmorras. Tiempo que, más que ninguna otra cosa, dedicaba a holgazanear y a procurarse algún trapicheo gracias a las visitas de los presos.

Y, para desgracia de los planes que habían hecho la mujerona y el fraile, allí estaba. Repantingado en una silla de la que colgaban sus pies, con el respaldo apoyado en la fachada de la garita y dos de las patas del asiento en el aire. Su sombrero de tres picos, sucio y descuidado, lo tenía encajado en una de las rodillas. Y su cabeza rapada brillaba en la luz apagada de la mañana. Se arreglaba las uñas con aires indiferentes, usaba el pequeño filo de una navaja que había conocido tiempos mejores. Y, de tanto en tanto, chascaba la lengua contra el paladar intentando estrujar las hebras de carne del almuerzo que se le habían enredado entre las muelas. Barbilampiño, como casi todos los segadores, las viruelas le habían estropeado el rostro, que era de mentón afilado, nariz pequeña y orejas gachas. Tenía la constitución escasa de un adolescente y no era un hombre querido por los suyos, pero todas las habladurías decían que era el más rápido con la muerte, y el más despiadado. No había entre los segadores nadie como él a la hora de manejar las hoces. Y estas eran lo único aseado en la fría figura del guardia. Colgadas al cinto, las dos hojas relucían como piedras engastadas en el escaño del nordés.

—Será mejor que demos media vuelta, con algo de suerte aún no nos habrá visto. Ya volveremos mañana —dijo Deza compungida, antes de que el fraile pudiera responderle que no podían esperar, que debían hacerlo antes de que terminase la regata.

Aunque, para estropearle las intenciones, el segador alzó su rostro picado y se quedó mirando a la extraña pareja que se acercaba a la garita.

—Los dioses se apiaden de nosotros —murmuró la mujerona—. No nos va a creer. Acabaremos alimentando los cuervos de la Puerta de los Traidores. ¿Y si prefiere el meslum? ¿Eh? ¿Qué haremos si desecha el orujo?

Valdriz, con algo más de cuajo, procuró sonar de lo más sereno al responderle:

—Ten fe, se quedará con lo mejor… Y, si no es así, entonces, Caldas proveerá. Ten fe.

Y sin que pudiera buscar mejores argumentos, Rundo se dejó caer hacia delante. Las patas de su silla golpearon el suelo y algo tintineó en la faltriquera que llevaba al cinto, junto a las hoces. Los miraba fijamente.

—¡Vaya, vaya! Tú otra vez por aquí —le dijo a la mujer—. Y traes al albino del que tanto he oído hablar…

El frade y Deza siguieron acercándose.

—¿Y qué ofreces hoy en esa cesta? —preguntó sin dejar de mirar al monje.

La costumbre era que los segadores en la cantina decomisasen buena parte de cuanto familiares y amigos traían a los presos. Cuanto más suculento el soborno, más elástico podía volverse el tiempo que a uno le dejaban para consolar a los suyos.

Rundo los miraba con un pulgar prendido en las hebillas del tabardo. Tenía el aire cachazudo de un perro viejo. La posadera había venido cada día desde que encerraran a su esposo, y siempre traía buenas vituallas que agenciarse, pero la inesperada presencia del fraile era para él motivo de desconfianza. Los privilegios de visita para los presos eran pocos, y si a alguno se le ocurría pedir consejo espiritual, solo había una opción. Tenía que llamarse a uno de los sacerdotes de la hermandad de Rinlo.

Como Ze le había enseñado, sin que nadie se lo ordenase, Inaz se quedó fuera. Se sentó en la nieve, a un par de pasos del umbral, mirando con atención hacia el magro interior de la garita.

Dentro, un fuego crepitaba, sin embargo, servía de poco para combatir el frío. Allí no había puerta que cerrar y el paso a la escalera estaba guardado por el enrejado de una cancela asegurada con cerrojo, así que las corrientes de aire frío eran las dueñas del lugar y los leños que ardían con fuerza en el hogar solo ayudaban

si uno se arrimaba. Como habían hecho los otros segadores que cumplían turno en la garita. Junto al fuego, en torno a la tosca mesa, con los naipes echados en medio de una partida, el resto de los carceleros discutían la última mano. Y, como apostaban la soldada, no les dedicaron más que una mirada distraída, absortos como estaban en el juego y la historia que uno de ellos contaba: algo de que su esposa sufría del que llamaban mal de las paletillas.

—Veamos que has traído —le dijo Rundo a la mujer una vez cruzaron el umbral, aunque fue a Valdriz a quien miró.

El fraile sintió el peso del escrutinio. Era obvio que el carcelero recelaba de él. Pero el monje blanco seguía decidido. Tenía dos tareas por hacer y estaba dispuesto a morir en el intento.

Con la cesta apoyada en la mesa libre de naipes, Rundo trasteaba en el interior con deleite y Valdriz miró a la esposa del posadero. Ella parecía a punto de echarse a temblar, y él intentó generar algo de confianza con un asentimiento.

Deza se tomó el gesto como la señal convenida. Cerró los ojos con fuerza, se secó el sudor que le perlaba la frente y, con la misma voz melodiosa con la que recitaba las gestas de Palas para entretener a los parroquianos de su posada, le habló al segador:

—He traído algo de pan, unto, queso, congrio seco, unas jarras de orujo y también meslum… Y también mantecados recién horneados —añadió adelantándose para destapar el lienzo que cubría los pastelillos.

Aquel era el momento de la verdad. Si querían tener la más mínima probabilidad de éxito, estaban en manos de la codicia de los guardias.

Habían hablado sobre ello y habían decidido que la cesta no podía llamar demasiado la atención, no podía ser mucho más espléndida que en ocasiones anteriores, solo un poco más. Pero necesitaban tener la suerte de su lado.

Rundo alzó la vista. Con una de las manos en la cesta, palpaba el tasajo de congrio para catarle la calidad. Pero con sus ojos intentaba ver más allá.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué espléndido banquete!

Deza tragó saliva. Miró a la canasta revisando por centésima vez que nada llamaba la atención. Habían incluido todo lo

habitual, incluso algo de harina de haba, un par de piezas de jabón tosco y unos cuantos paños.

—Me… Me preguntaba si tendrías la bondad de dejar al frade Valdriz bajar conmigo —logró decir sin apenas balbucear—. Creo que les convendría rezar un poco.

—Oh, me temo que eso es algo que solo el bispo puede ordenar —repuso Rundo con una sonrisa maliciosa—. No va a ser posible.

Esa era la respuesta que esperaban, fue entonces cuando Deza, tal y como habían previsto, rebuscó entre la capa y el mandil con el que cubría el vestido.

Bajo la mirada golosa del segador, la posadera sacó del laberinto de telas los únicos ahorros que habían podido reunir entre ella y el fraile, apenas unas piezas de cobre que tintinearon en una escarcela de gamuza.

Al carcelero le cambió la expresión y el gesto tornó la gula en avaricia. Le echó mano a las monedas mirando con fiereza a la otra mesa y las escondió con agilidad en uno de los bolsillos de su tabardo.

—Supongo que alguno de los de ahí abajo bien podría ser pariente de este desgraciado —dijo con sorna mirando al fraile—, entre los monjes siempre ha habido mucho bastardo —tascó con una sonrisa lobuna para hacerles una advertencia—, pero nada de rezos o ceremonias.

Entonces sacó de la cesta una buena selección de sus contenidos y dejó en la mesa las jarras de orujo, casi todo el pan, buena parte del congrio y el pedazo más grande de queso.

—¡Teol!, llévales abajo —le ordenó al más joven de los que jugaban a los naipes.

Deza y el fraile se miraron con disimulo y respiraron aliviados. Por el momento, todo marchaba según lo planeado.

El aludido se levantó de la mesa entre las pullas de los suyos y, antes de encaminarse a la cancela, echó un vistazo impaciente al botín de Rundo.

—Por aquí —les dijo al tiempo que hurgaba en el cinto para encontrar el aro con las llaves.

Deza apenas podía creerlo. Lo habían conseguido. Y, como habían previsto, todavía tenían las jarras de meslum.

Aún les quedaba mucho por hacer para conseguir que tres docenas de soñadores desdichados escapasen de las mazmorras bajo el Castro de Dhum. Pero habían empezado con buen pie.

En eso pensaban el frade y la esposa del posadero. Y los segadores, o se ocupaban de los naipes, o desconfiaban, como en el caso de Rundo. Por eso nadie advirtió la pequeña sombra que se alejó escalones abajo cuando Teol acercó la llave al candado de la cancela.

A la penumbra le siguieron tinieblas. Había llegado la noche. Y con ella vino de la mano el terrible peso de lo sucedido.

Ze estaba muerto.

Lo que había hecho, cuanto había sufrido y hasta el último de los padecimientos, todo había sido en vano. Había arriesgado lo poco que le quedaba y había perdido. Sola, sin esperanza, sin redención. Aldair agotaba sus lágrimas.

Por primera vez desde que cruzaran el paso, el cielo estaba despejado. Una puntilla de estrellas se extendía sobre el hielo, y la luna creciente arrojaba haces de luz plateada en las banquisas. No soplaba el viento, todo era calma, y no se oía otra cosa que el borbotear del charcal.

Aquel viejo cormorán regresó una vez más. Y volvió a posarse en el mismo doblez de los antiguos forjados. La montaraz lo miraba, el animal correspondía el gesto. Allí abandonada, no tenía otra cosa que hacer.

El calor que desprendía el fondo de la grieta era lo único bueno. Tenía el hombro descoyuntado, las manos le ardían, los pies le temblaban por el esfuerzo. Y lo peor era saber que allí se quedaría hasta que el último grano del reloj hubiera caído. Sería una tortura lenta y terrible, sobre todo porque el cuerpo de Ze estaba allí arriba, a apenas unas pocas brazas de distancia.

Por eso tomó la decisión de volver a intentarlo. Nada tenía que perder.

Si lograba trepar hasta la cornisa podría ocuparse de él. Con esfuerzo podría liberar el cadáver de la jaula de hierros, podría cavar una tumba apropiada y, si encontraba un forjado adecuado, podría usar el pico para tallar una lápida. Una que contase la vida de Ze.

Y esa idea le dio ánimos. En cada regata, los remeros verían la tumba improvisada, leerían la historia de aquel que había sobrevivido a los marrajos de humo y había embarcado para correr una segunda vez, conocerían la leyenda del que había remado dos

veces hasta el Paso de Hielo. Así no sería olvidado. Su memoria viviría por siempre. Sus gestas se contarían como las de Palas.

Ze sería recordado.

Mordió con fuerza, espantó el sufrimiento e intentó acomodarse para liberar el pico y empezar la escalada.

Enterró las puntas de sus botas en la grava, todo lo que pudo. Y sintió el hormigueo que recorrió los dedos al cambiar de postura. Con la mano libre rebuscó entre la gravilla hasta que un pedazo de roca, justo al límite de su alcance, le pareció tan asentado como para servirle de asidero. Respiró hondo, cerró los ojos. Y tiró con fuerza del pico. Pero se había atorado y tuvo que sacudirlo hasta liberarlo. Cuando la herramienta se soltó, le faltó muy poco para caerse.

A partir de entonces, el ascenso se convirtió en la batalla más terrible que jamás hubiera librado. No solo tenía que pelear contra el cansancio y el dolor que corroía su cuerpo, también debía lidiar con la escurridiza grava y el difícil terreno.

Y todo para cobijarse en el fútil consuelo de construir una tumba para el hombre que amaba. Muerto sin que ella hubiera tenido la oportunidad de contarle la verdad.

El cormorán la observaba con la cínica expresión de su extravagante rostro. De tanto en tanto miraba a lo lejos, se ahuecaba un par de plumas o se hurgaba con el pico entre las patas. Pero siempre volvía a girarse para calibrar los lentos progresos de la montaraz. Y, en cada ocasión que Aldair se tomaba un pequeño descanso para recobrar aliento, le devolvía la mirada.

Le faltaba solo una braza, ya estaba a punto de alcanzar la cornisa, cuando un chirrido metálico la obligó a detenerse.

El cormorán echó a volar con un graznido de enojo y Aldair, por un instante, temió que la tierra se estuviese moviendo bajo sus pies. Los restos de las máquinas se habían tambaleado.

Algo había hecho que aquellos esqueletos oxidados cimbrearan como juncos al viento. La montaraz temió que, ahora que estaba tan cerca de su meta, un amasijo de hierros le cayese encima.

No quería quedar atrapada en la pendiente. Cuando volvieron a sacudirse, ella sacó fuerzas de flaqueza para cubrir el último trecho tan rápido como fuera posible.

Se desprendieron pedazos de las piezas más altas. Con las sacudidas, algunos pasaron sobre Aldair y se hundieron en las pozas al fondo de la grieta.

Cuando por fin clavó el pico en la misma cornisa, un trozo de entramado se desplomó tras ella, apenas a un palmo. El suelo retumbó y el aire a su alrededor se llenó enseguida de polvo y esquirlas. Aun no se había apagado el estruendo cuando la montaraz, desesperada, intentaba alzar la pierna por encima de su cintura para reptar fuera del abismo. Entonces los hierros se inclinaron y empezaron a deslizarse, arrastrando piedras y grava.

Ya casi lo había conseguido. Estaba a punto de poder tumbarse en el friso que rodeaba la grieta cuando la tierra bajo ella se abrió.

Y cuando ya no esperaba otra cosa que acabar en los lodos malolientes de los charcos, algo tiró de ella con tal fuerza que casi le descoyuntó el brazo.

Al mirar hacia arriba las lágrimas volvieron a correrle por las mejillas. Cada una dejaba un reguero limpio en el rostro tiznado de polvo.

Era él, era Ze.

Herido. Maltrecho, con la sangre asomando y el rostro congestionado. Pero estaba segura, era Ze, vivo.

Aldair sintió el consuelo de su fuerza, sujetándola con aquella mano grande y curtida por la mar, tirando de ella con los músculos que habían labrado tantos años de faena, salvándola.

Había sido él quien provocara el derrumbe del entramado al librarse de la jaula en la que había sido apresado. Por eso había visto aquel amasijo de hierros sacudirse. Ze había tenido que luchar para salir de su encierro.

El remero jaló de ella y ambos cayeron rodando, deslavazados.

Resollaban. Se quedaron donde estaban, enredados. Sin pudor. Aldair recordó tiempos mejores. Por un momento, aplacada entre los brazos del remero, sintiendo su calor, oliendo su virilidad, percibiendo en su mejilla la barba áspera. Solo por un momento se olvidó del reloj de arena, del pacto, de los secretos. Incluso bajo las capas de ropa, notaba la dureza de los músculos de su pecho, y el corazón que latía agitado.

Él estaba vivo y ella era feliz.

Estuvieron así hasta que la polvareda se aquietó y los hierros cejaron sus lamentos. Entonces volvió el cormorán, que encontró una nueva percha en la que apoyarse, pues la de antes había terminado hundiéndose en el charcal.

El pájaro los miró desde su atalaya.

—Te parecerá bonito —le gritó al bicho entre resuellos—, ya podrías haberme avisado.

Pero el ave solo torció la cabeza de un lado al otro y descargó lo que quedaba de su última comida. Un cagajón que cayó sobre una plancha metálica y sonó a repicar de campanas.

Ambos rieron, agarrándose los costados magullados. Rieron. Y compartieron su felicidad.

En los tiempos de los reyes las máquinas proveían. Las forjas quemaban fuego negro. Hasta la capital llegaban las piedras de hielo. Desde los sureños a los montaraces, todos conocieron la bonanza.

De las riquezas de Dhumbria apenas quedaban los recuerdos que contaban los hombres espejo, pero, si había un testimonio de aquellos tiempos sin hambre, ese era la fortaleza dentro de la ciudad amurallada: el Castro de Dhum.

Generaciones de monarcas habían ido ampliando sus habitaciones, aumentando las maravillas de sus dominios. Habían construido salones de juego, grandes torres como la del reloj, laberintos de setos podados en los Jardines de la Reina, mausoleos que empequeñecían hasta la más noble de las tumbas en el cementerio del acantilado.

Fueron tiempos de prodigios en las entrañas de la capital.

Grandes calderas soplaban vapores calientes por suelos alzados que se cubrían con intrincados mosaicos. No solo corría el agua por los canales y acueductos, sino que en cualquiera de las dependencias del castro podía abrirse un grifo del que manaba caliente o fría según el gusto. Desde las caballerizas hasta las despensas, pasando por las habitaciones de la Casa del Nordés. En un anexo del extremo norte del recinto se instaló un taller real donde se soplaba vidrio de tal calidad que servía como pago a los trabajos de los herreros de Guitirin. Los reposteros tejían tapices de increíbles colores en los que se contaban las gestas del progreso. Las ansias de grandeza no tenían fin. Y, como la muralla apretaba la ciudad cercando su crecimiento, hubo de recurrirse a las máquinas para gastar los dineros acaudalados, porque aquellos fueron días en que las monedas jamás se ahorraban. Así, en la parte norte de Dhum, donde las aguas subterráneas no los inundaban, las viviendas de los más ricos se ampliaron con enormes sótanos y, bajo los suelos del castro, se excavaron pozos y galerías. Infinidad de ellos.

Bodegas, almacenes para la cilla, enormes despensas, silos rebosantes, catacumbas llenas de estatuas y tallas, cámaras de tesorería. Bajo la Casa del Nordés, bajo el patio de armas, bajo el Gran Salón, bajo las galerías de los tatuadores; en el suelo del Castro de Dhum se extendía un auténtico mundo subterráneo del que ya no se conocían más que retazos.

Algunos túneles se habían colapsado, y en los últimos años, azuzados por la miseria, más de un hombre había perdido la vida buscando las fortunas enterradas con los antiguos reyes en los recovecos. Pero buena parte de aquel submundo seguía en pie, empapado por las filtraciones, resbaloso por el légamo que supuraban las piedras, pero en pie.

Cuando abandonaron el último escalón, se encontraron en un túnel abovedado. Con prisas por volver a su partida de naipes, el guardia guiaba al frade y a la esposa del tabernero a través de un pasadizo. Era un lugar lúgubre, la única luz provenía de hachos que ardían malamente.

Los pasos de los tres resonaban con ecos confusos y, tal y como ya le había advertido Deza al fraile, tuvieron que caminar un trecho hasta llegar a un zaguán. Allí los techos eran más altos y había un nuevo retén de guardias. Diez brazas bajo tierra, no era tan distinto a la garita que habían dejado arriba.

—La posadera otra vez —dijo Teol con desgana—. Rundo dice que el frade también puede quedarse —añadió.

Hacia él se volvieron media docena de rostros. Un par de ellos desde la mesa que allí había, sentados con unas tabas entre ambos. Otro desde una pila en la que parecía dedicarse a lavarse la ropa. Y tres más desde los catres.

—Está bien, está bien —repuso al cabo, con aún más apatía, uno de los que estaban sentados a la mesa.

Ninguno de ellos parecía sorprendido por la visita. Al menos hasta que Deza saludó y unos cuantos advirtieron la cesta que cargaba la posadera.

—¿Nos ha dejado algo Rundo? —preguntó el que ya había hablado.

Teol resopló. Compuso un gesto de indiferencia y empezó a darse la vuelta.

—Algo encontrarás —dijo echándose a andar para subir de nuevo a la garita.

—Pues veámoslo…

Deza y el frade cruzaron una mirada. Había llegado el momento de la verdad y a la posadera le tocaba intervenir.

—Por favor, dejadme al menos unas jarras de meslum para ellos —rogó señalando con la mano libre hacia los corredores donde se alojaban las celdas.

Un par de los segadores continuaron en los catres, los demás se acercaron hasta la mesa y, como ya había sucedido escaleras arriba, esquilmaron la canasta.

Y no fue hasta que los guardias se hicieron con su botín que uno de ellos tuvo a bien acompañarlos. Así atravesaron la sala y doblaron un par de esquinas oscuras, hasta el calabozo donde los rebeldes compartían miseria.

En cuanto el postigo se abrió, el hedor del hacinamiento los sacudió.

—Tenéis hasta el cambio de guardia —les dijo el segador antes de abandonarlos en la penumbra del umbral.

La puerta, hecha con palo de fierro y reforzada con travesaños de forja, se cerró pesadamente. Oyeron la llave, grillando en la cerradura hasta que el resbalón corrió, y quedaron en silencio. Estaban encerrados.

La luz era escasa. Solo la que atravesaba un boquete enrejado que se abría en la puerta. Apenas distinguían las bovedillas a lo largo del techo y las paredes; más que otra cosa, se intuían en las sombras. Probablemente, en tiempos de bonanza, aquello había sido un pequeño almacén, y resultaba escaso para que treinta y tres hombres adultos convivieran.

A medida que los ojos del frade se acostumbraron a la oscuridad, además de descubrir las siluetas encorvadas de los reos, encontró pilas de paja, unos cuantos cubos repartidos por el suelo mugriento y el brillo desvaído de unas pocas escudillas. En una de ellas, alguien había improvisado un candil con grasa y un jirón de ropa; la llama ardía con pereza.

Oyeron las pesadas botas del segador alejándose y enseguida se les acercaron las migajas de los rebeldes. Aquellos hombres

llevaban casi una luna presos, y solo las visitas diarias de Deza los habían salvado de morir.

Estaban muy desmejorados. Y tan necesitados de lo poco que aún sobrevivía en la cesta de la posadera que a ninguno se le ocurrió preguntar por el fraile. Simplemente, se abalanzaron sobre lo que la mujerona les ofrecía.

Apenas el magro botín estuvo repartido, Monroso se abrazó a su esposa y el frade, incómodo ante aquella intimidad, fue moviéndose por la celda mientras preguntaba por Aldro.

Lo encontró en una esquina compartiendo con otros dos las únicas lascas de congrio que habían escapado a los segadores.

Y no le llevó mucho confirmar lo que ya había oído de labios de Deza.

—No te cabe ninguna duda, ni la más mínima, ¿no es así?

El otro, apesadumbrado, contestó:

—Ni la más mínima. Ojalá fuera mi hija, pero no lo es.

—Está bien, está bien —le repuso Valdriz en tono conciliador.

Era cuanto necesitaba. Lo había escuchado de los mismos labios de Aldro. Y los guardias se habían quedado con las jarras de meslum. Ya no había vuelta atrás.

—¿Dónde está el patrón? Ese al que llaman Loudan —le preguntó entonces al sastre.

No le hizo falta respuesta, porque el cangrejero, a pocos pasos, le hizo una seña de aquiescencia. El marino partió el currusco que tenía en las manos, le ofreció uno de los trozos a un hombre que ni siquiera se había levantado y se acercó para presentarse.

—Yo soy Loudan, hijo de Loio.

El frade vio en el rostro del cangrejero que la prisión no le había arrebatado el orgullo.

—Mejor hubiera sido conocerse en otra ocasión, pero me temo que tenemos poco tiempo —se apresuró Valdriz a decirle después de haberse presentado—. Hay que ponerse en marcha.

Ante la mirada de incomprensión de Loudan, el frade tuvo un instante para acordarse una vez más del lenguaraz Niobel.

—Los guardias se han quedado con unas jarras de meslum con matabueyes —le dijo de carrerilla—. Pronto caerán y tenéis que

salir de aquí a tiempo de evitar el cambio de guardia. Es cuanto hemos podido hacer.

El patrón había lidiado con muchas tormentas y sabía mantener la cabeza fría. Miró a los ojos del fraile y fue directo al grano.

—¿Y la puerta?

—Fui carpintero. En las pastillas de jabón tengo lo que necesito para sacaros de aquí.

—¿Y la garita?

—No quisimos arriesgarnos… Había demasiadas complicaciones…

No era el momento de perder el tiempo explicándose. Pero aquel era un asunto que Deza y el frade habían hablado largamente. De haber puesto matabueyes en el orujo, cualquiera que se acercara a la garita hubiera descubierto lo que sucedía. Un riesgo que no se atrevieron a correr.

—Me temo que, de los de ahí arriba, tendréis que ocuparos vosotros —reconoció finalmente el frade.

Loudan digirió aquello y terminó por asentir convencido. El cangrejero sabía que solo hacía falta chispa y yesca para que prendiera el fuego. La yesca la había estado secando el nordés con treinta años de abusos, y ellos serían la chispa. Aunque solo fueran una panda desharrapada de presos famélicos, si lo hacían bien, la rebelión comenzaría. Si salían de allí y llegaban hasta la cofradía, podían conseguirlo. Allí habían almacenado armas y pertrechos. Si las palomas que enviase el juez traían buenas noticias.

Mucho estaba en el aire, pero, con un poco de fortuna de su lado, para cuando Xallas regresase, Dhumbria ya no estaría bajo el control de los segadores.

—Gracias —le dijo con sinceridad a Valdriz—, muchas gracias.

El frade asintió.

—Pues pongámonos manos a la obra —respondió resuelto.

Pero el cangrejero lo retuvo con un ademán.

—¿Por qué?

Había muchas respuestas, no solo una. Podía explicarle que creía fervientemente que el Santuario Blanco se merecía una nueva oportunidad. Pese al riesgo, pese a la posibilidad de que acabasen pudriéndose en la Puerta de los Traidores. Pero, aparte de su

propia ambición, había otras razones que tiraban de los hilos del fraile.

—Porque hay alguien que me ha demostrado que merece la pena sacrificarse.

El cangrejero sopesó aquellas palabras y terminó por asentir.

—Está bien, ¡vamos!

Y, para sorpresa de Loudan, el fraile cumplió lo prometido. Con las ganzúas escondidas en el jabón, desbarató pronto la cerradura. En el zaguán encontraron a todos los guardias inconscientes y el camino expedito. Se repartieron las hoces de los segadores, se hicieron con unas llaves para la cancela. Y se dispusieron a iniciar la revuelta.

Pero cuando iban a ascender por el primer escalón, Loudan se dio cuenta de que el frade se alejaba en dirección contraria.

—¿Adónde vas, monje? —le preguntó alzando la voz por encima de los susurros excitados de sus hombres.

Valdriz se volvió.

—Yo soy hombre de paz, la guerra está en vuestras manos… Es vuestra causa. Además, yo he de averiguar si lo imposible ha sido posible —respondió dándole la espalda a la turbamulta.

En algún lugar de aquellos pasadizos estaba la entrada a las catacumbas del templo. Y allí estaban las respuestas que Valdriz necesitaba para conocer la verdad; en la piedra de Rinlo.

Sin otra luz que la de la luna creciente y la poca ayuda del candil que llevaban en la chalupa, Aldair se las apañó para remendar las heridas del remero con útiles de los bastimentos. Una aguja gruesa, algo de hilo para zurcir las velas, y un poco de orujo para lavarlo todo.

—Jamás pensé que cometería el mismo error por segunda vez.

Al alzar el rostro de sus tareas, la expresión de Aldair dejaba claro que no había entendido aquellas palabras.

—Darme por muerto —dijo Ze, arrugando el ceño por mor de una puntada que se resistía—. Igual que hace treinta años…

Compartieron un rato más de silencio, bajo el escrutinio del cormorán, que seguía inclinando su cabeza de tanto en tanto como si calibrase la importancia de lo que allí se hacía. Ya habían descubierto por qué no se había alejado mucho de ellos. Resultó que el pajarraco se las había apañado para robarles unas raciones de pulpo seco de la chalupa.

—¿Qué más da? —dijo finalmente la montaraz, dejando de mirar de reojo al bicho y centrándose en el comentario que había hecho Ze.

El remero no compartía esa idea. Conocía lo suficiente a Xallas. Era rastrero y viperino, alguien del que nada bueno se podía esperar. Sin embargo, no tenían tiempo que perder. Debían ponerse en marcha cuanto antes.

—Me temo que va a depender de ti —dijo el remero mirándose los vendajes y tensando dolorosamente los magullados brazos—. Tendrás que largar las cincuenta brazas si queremos tener una oportunidad.

El lamentable estado de Ze refrendaba sus palabras. Por mucha fuerza que tuviera, difícil sería que solo remando recuperasen la ventaja que el nordés habría tomado. Porque, para falta de males, esa estaba siendo la regata más rápida de todas las inscritas en el Acantilado Rojo. Nunca antes había terminado una de ellas tan pronto como aquella apuntaba. Con la persecución que se traían entre manos, era muy probable que embocasen el puerto antes de

la siguiente luna llena, y jamás se había visto algo semejante. Si lo lograban sería insólito. Una proeza.

De conseguirlo, sus nombres serían la semilla de una nueva leyenda que los hombres espejo contarían por generaciones. Aunque a Aldair le daba lo mismo. A ella le importaba él.

—No hace falta que sigas —le dijo—. Ella lo comprendería —se atrevió—. Estoy segura de que Adhara no hubiera…

Algo como la rabia torció el gesto del remero. Pero enseguida se convirtió en pena. Ella lo vio en sus ojos, en ellos naufragaban recuerdos. Y eran retales de memoria que estaban llenos de desesperación. Aldair comprendió que nunca le convencería.

También se dio cuenta de algo más. Ya no se trataba de la memoria de Adhara, el remero buscaba el modo de perdonarse a sí mismo.

—Haré lo que pueda…

Él asintió y ella leyó en su rostro el agradecimiento.

—¿Crees que lo conseguiremos? —le preguntó Aldair.

Ze se tomó un tiempo para considerarlo. Lo aprovechó para probar los vendajes y costurones, moviendo los brazos y cambiando de postura varias veces.

—Al ritmo que lleva, Xallas llegará al puerto antes de la luna llena. Eso es algo que no se ha hecho nunca. Y, para vencer, nosotros tendremos que ser aún más rápidos que él…

Cerró los ojos un instante antes de añadir algo más.

—Será duro, muy duro.

Y pronto se demostró que el remero tenía razón.

La tregua que les había dado el tiempo se terminó de golpe con una nueva ventisca. La nieve se alternaba con un granizo fino y duro que hacía daño incluso a través de sus ropas. Los vientos racheados convertían la chalupa en un trineo prácticamente ingobernable. Las velas restallaban. Las líneas amenazaban con romperse. El traqueteo parecía capaz de partirles los dientes. Y eso fue solo la primera noche.

Al siguiente amanecer, un remero cada vez más débil se esforzaba por marcar el rumbo. Mientras los doloridos brazos de Aldair hacían lo que podían para no desgarrarse bajo la tensión de las cincuenta brazas de hilo de Rexos cazando el viento que barría

los hielos. Su cuerpo estaba agarrotado, desleído por el cansancio y, lo que era un peor, atenazado por el miedo. La montaraz había largado toda la línea, pero no las tenía todas consigo.

Cada vez que movía sus manos para corregir el rumbo, las consecuencias de su gesto tardaban en llegar. No solo había que lidiar con todo el peso y la fuerza de líneas tan largas, sino que había que estar pendiente de la pereza con la que los mandos obedecían sus órdenes. En todas y cada una de sus maniobras, Aldair descubría un nuevo temor, ya no solo se trataba de que las liñas se enredasen, sino de que podía reaccionar demasiado tarde si una roca solitaria aparecía en el hielo. Y si abusaba pidiéndole mando a las velas, entonces la tensión podía hacerles capotar.

—No abandonaremos nunca sus huellas —gritó Ze bajo el viento en una ocasión—. No podemos fiarnos.

Así continuaron, pisando el rastro que había dejado la chalupa de Xallas, incluso cuando era evidente que el nordés había estado derivando. No querían jugársela. Temían una nueva trampa. Y confiaban en la ligereza del hilo de Rexos.

—Si nos ponemos a la par antes del paso… Quizá tengamos una oportunidad —aseguró en otra ocasión—. Si lo conseguimos, todo dependerá de quién aguante más a los remos —remató con fiereza, como si estuviera convencido de que, pese a su pobre estado, podría vencer al sureño que remaba para Xallas.

Serían los remos y el océano los que se encargarían de elegir a un ganador.

No se tomaron un solo descanso. No hubo días. Tampoco noches. Todo se redujo a horizontes helados que cambiaban de tonalidad, al sonido frío del esquife deslizándose por la banquisa bajo los aullidos del viento. Parecía que llevasen haciéndolo una eternidad y que estuvieran condenados a seguir haciéndolo otro tanto.

Maltrecho, Ze no era capaz de relevarla más que por breves periodos, y Aldair llegó al convencimiento de que cualquier otro ya se hubiera rendido para abandonarse al frío y morir. Pese a haberlo visto tantas veces, aún le costaba creerlo. Ahora que ella estaba viviendo aquella pesadilla, no podía comprender cómo alguien

albergaba el valor de enfrentarse a semejante tormento por segunda vez.

Sufrieron una tortura. Pero todos sus esfuerzos surtieron efecto.

Cinco días después de partir desde la brecha, ya tenían a la vista las cimas del paso. Y algo más. Justo en la línea del horizonte podían ver la chalupa de Xallas alejándose hacia el sur.

Podían conseguirlo.

X

El secreto del pacto

En más de una ocasión, Valdriz se había recriminado a sí mismo las ansias que albergaba por devolver su grandeza al Santuario Blanco. En el fondo de su ser, sabía que estaba cayendo en los pecados de la codicia y la soberbia. Y eso le había atormentado.

Ahora tenía, sin embargo, un bálsamo para su conciencia. Había dejado la rebelión en manos de unos cuantos locos desharrapados. Y la regata en las espaldas de un desesperado roto por su pasado. Sería la providencia de Caldas la que decidiría.

Él había ido en busca de su propia penitencia.

Si era cierto lo que intuía, quizá pudiera hacer algo para recompensar el esfuerzo de tantos. Si era verdad, quizá había una oportunidad de salvarla. Solo una, y remota. Pero una al fin y al cabo.

Por eso llevaba ya un buen rato intentando orientarse en los pasadizos subterráneos bajo el castro. Tenía que encontrar las catacumbas del templo.

Un susurro lo sobresaltó mientras avanzaba por uno de los corredores. Se detuvo y escuchó con atención, preocupado por si se habría acercado demasiado a algún lugar indebido donde pudiera toparse con un retén de segadores.

Cuando volvió a escucharlo se le heló el espinazo. Dio unos pasos tentativos, muy atento. Y el ruido se oyó de nuevo escurriéndose en la oscuridad. Intranquilo, el frade murmuró una plegaria para Caldas antes de continuar. Además, para colmo de sus desdichas, su única fuente de luz, una antorcha que había cogido de la sala de los guardias, empezaba ya a flaquear.

Nada sabía de aquellos subterráneos a excepción de que, por allí cerca, estaban las catacumbas y, por tanto, el sanctasanctórum del templo de la Orden de Rinlo. Era posible que algún encantamiento maligno protegiese el lugar. Incluso los mismos espectros de la compaña estuvieran acechándolo. De la hermandad y de Tambre no sabía tanto como quisiera, pero Valdriz estaba seguro de que tenía motivos para temer al bispo.

Aunque el miedo se marchó tan pronto como había llegado en cuanto descubrió a su perseguidor.

—¿Qué haces tú aquí?, ¿eh?

La vio al girarse. Era Inaz, que lo miraba con expresión contenta, aparentemente satisfecha porque no la regañasen tras haber abandonado su puesto.

—Menudo susto me has dado.

Acariciaba la cabeza del animal con cariño cuando Inaz se volvió bruscamente y empezó a olfatear el aire con desconfianza.

Eso hizo que el frade volviera a recelar, quizá los ruidos que le asustaran no habían sido cosa de la bestia. Podía haber algo más allí. Algo terrible. El alma en pena de alguno de los desdichados que había terminado sus días en aquellos sótanos, torturado por los sacerdotes de la hermandad.

Inaz empezó a gruñir. Dio unos pasos hacia un cruce de corredores. Y, en las sombras de su antorcha, Valdriz creyó ver cómo sus peores pesadillas cobraban vida.

Pero se llevó una nueva sorpresa.

—Me debes una pieza de cobre —oyó que alguien le decía.

Se volvió nervioso, tratando de identificar el origen de la voz. Inaz, sin embargo, olisqueó un poco y lanzó un sonoro bufido.

—Había apostado a que te perderías.

Se dio la vuelta una vez más y descubrió a Mandeo. Colgando de un viejo herraje que pendía de la parte alta de la pared, el trasgo sonreía.

—¿Se puedes saber en qué andas metido?

Se soltó de su percha improvisada y cayó con gracia hasta el suelo. Entonces echó a caminar hacia el frade y la hembra de tuso, pero antes de que Valdriz pudiera contestarle, el trasgo siguió hablando:

—Te he seguido desde que salió la regata, he estado guardándote las espaldas —dijo engolando con suficiencia su voz aflautada—. Ya sabes, por si acaso… Y sí —afirmó sacudiendo una de sus pequeñas manos para acallar al fraile antes de que interviniese—, ya me he enterado que tú solo has comenzado una revolución. Hasta ahí, lo entiendo todo. Pero lo que no comprendo es qué diantres haces aquí abajo.

Valdriz cerró la boca y, cuando iba a revelarle al trasgo sus intenciones, cayó en la cuenta de algo mucho más importante.

—¿Conoces este lugar? ¿Sabes cómo llegar a las antiguas catacumbas del templo?

Mandeo sonrió con expresión pícara.

—Necesito llegar hasta los sótanos del templo, al lugar donde se reúnen los hermanos —insistió el monje.

—¿A la piedra? ¿Estás hablando de la piedra de Rinlo? ¿Estás loco? No se puede ir allí. Solo el bispo puede entrar, ni siquiera el resto de los sacerdotes tienen permiso, ¡ni el nordés!

Al sanctasanctórum del templo, muchos le llamaban así. La leyenda decía que allí había nacido Dhum.

Perdido el rebaño, desorientado por la tormenta, después de vagar por las Montañas Azules, hambriento y herido, Rinlo había llegado hasta la costa y había fundado la ciudad al recibir la señal de Navia, pues en aquella roca, en las estribaciones de la sierra, había caído un rayo que al pastor le había servido de epifanía. Las comadres decían que, en tiempos, los hombres espejo hablaban del lugar y de su poder, el mismo que había traído la prosperidad a Dhumbria.

—¿Acaso no conoces el camino?

Mandeo pareció escandalizarse ante aquella pregunta del frade.

—¿Y eso qué tiene que ver? No se trata de llegar hasta allí —explicó el trasgo con ademanes exagerados—. Se trata de que es un lugar prohibido. Está protegido por sortilegios. La hermandad lo ha vuelto peligroso, nada queda allí de lo que Rinlo encontró, solo el veneno de esos bastardos. El mismo que envenenó a los reyes y condenó a Dhumbria. Han vuelto y son más hideputas que en los viejos tiempos —era evidente que el pequeño Mandeo creía firmemente hasta en el último de los rumores que corrían por las esquinas de la ciudad—, ¡mira a ese malnacido de Tambre!

Lo único cierto en esos días era que los sacerdotes de la hermandad, denostados en el pasado, se habían convertido, una vez más, en poderosos. Y que cualquiera que pretendiese violar su recinto se exponía a morir.

—No pongas excusas —le dijo entonces el fraile—, si no quieres ir es porque no conoces el camino, ¿no es así?

Fue como si le hubiera lanzado una puñalada al trasgo, el magro cuerpecillo se agitó con indignación.

—Un trasgo nunca se pierde —le soltó Mandeo con orgullo.

El frade sopesó aquella baladronada y decidió que valía bien poco.

—¿Lo sabes? ¿O no lo sabes? —preguntó Valdriz con gravedad, serio el gesto.

Fingiéndose ofendido, Mandeo miró a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse de que nadie pudiera oírle.

—He usado muchas veces los sótanos. Podría ir a cualquier parte. Incluso conozco túneles que llevan hasta el puerto desde el castro.

Aquella declaración le quitaba algo de magia a los dichos que hablaban sobre los caminos ignotos de los trasgos, pero aquel no era el momento de entretenerse con fruslerías.

—Pues entonces debes ayudarme, no nos sobra el tiempo.

La regata estaba por terminar. No podía adivinarse cómo acabaría la revuelta del cangrejero. Y, fuera como fuese, si era verdad lo que había imaginado, a Aldair solo se le habría concedido un plazo que, una vez cumplido, la pondría allende cualquier salvación. Sin embargo, los temores de Mandeo no se habían desvanecido sin más, la piedra de Rinlo era el lugar más secreto y sagrado de Dhumbria; y había sido corrompido por los hermanos de la orden. Con que solo la mitad de las habladurías fueran ciertas, también sería el más peligroso.

—Está bien, tranquilo. Eres amigo de Ze, así que te ayudaré —accedió Mandeo—. Pero, explícamelo, ¿qué estás haciendo aquí? Si vamos a jugarnos la vida, quiero saber si las razones por las que voy a morir merecen la pena.

El fraile sabía que le convenía un aliado. De modo que se lo contó.

No le sobraba el tiempo, pero se explicó con paciencia, hablándole de todas las señales que no había sabido interpretar en el Santuario Blanco y, sobre todo, de su descubrimiento. Aldair no podía ser la hija del sastre.

En tanto, Inaz los miraba a uno y a otro según quien tuviera la palabra, tan atenta que parecía comprender cuánto se estaba

jugando allí para su amo.

Y Mandeo fue haciendo preguntas, hasta que el frade le reveló sus intenciones.

—Entonces, si toda esa sarta de locuras es cierta, ¿puedes evitarlo?, ¿puedes salvarla?

Valdriz no contestó a la ligera. Tomó aire antes de responder y rogó brevemente por la providencia.

—Si Caldas así lo quiere, sí —afirmó—. Puedo salvarla.

La pequeña mano del trasgo se alzó hasta la coronilla y rascó entre las greñas revueltas haciendo que el nuevo bonete que se había agenciado se escurriera hacia delante como un flequillo rebelde.

—Está bien, vamos.

Contento, Valdriz iba a agradecérselo, pero el gesto del trasgo lo detuvo.

—Lo hago por Ze, no por ti —le dijo al frade severo—. Aunque no saliera de aquí con vida, le debo más que eso. Y él no se merece sufrir más.

Antes de ponerse en marcha, como si hubiera entendido cuanto se había dicho, Inaz le dio un lametazo tan fuerte al trasgo que lo dejó despatarrado en el suelo del corredor.

—Menos mal que ya no puedo encoger mucho más —tascó Mandeo recogiendo el bonete caído—. ¡Estoy empapado!

Dándole unas palmadas al animal, Valdriz sonrió viendo al trasgo recomponerse tras el descalabro.

Por un momento, todos se olvidaron de los peligros que les aguardaban.

Una ventisca tras otra, la mar no daba tregua. Las olas rugían con fuerza y masticaban el casco.

Tan cerca del paso, los vientos se encañonaban entre las montañas y dejaban tras de sí estelas de remolinos que sacudían el jabeque con rabia.

Sin otro remedio, Xalo confiaba a regañadientes en el patrón, que había largado dos cabos gemelos por popa para que el peso de las maromas empapadas ayudase a estabilizar la nao. Sin embargo, aun dejando su vida en manos de los marinos de a bordo, lo había hecho porque no le quedaba otra salida, ya que, en el fondo, de toda la dotación del jabeque, solo se fiaba de un hombre: del gaviero Ulloa.

Llevaban días aguardando a que una de las dos chalupas apareciese en el Paso de Hielo. Y la espera se estaba volviendo insufrible.

Probablemente, cojearía hasta el día en que muriese, pero, contra todo pronóstico, Xalo seguía con vida. Estaban a popa, resguardados malamente bajo unas lonas. Ulloa atendía a los vendajes en la pierna herida del hijo del nordés y, de tanto en tanto, ambos miraban con ansia hacia la bocana del paso, esperando ver al primero de los esquifes.

—Aún es pronto —dijo el marino sin alzar la vista de sus trabajos de curandero.

Xalo permaneció en silencio, fijos los ojos en el Paso de Hielo.

Las heridas sanaban bien, no había hinchazón, calenturas o malos humores, pero las cicatrices serían terribles. Aunque no tanto como las del remero. Y ese era un vínculo entre los dos que lo atormentaba. Como hijo de Xallas, pese a la dureza de la vida que se le había ordenado vivir, incluso aunque la actitud de su padre hubiera rozado el desprecio, Xalo había procurado el amor del nordés. Y ahora, después de las trampas y los engaños, tras haber catado la codicia de su padre, descubría que el hombre a quien debía odiar le había salvado la vida. Ni siquiera se sentía cerca de los segadores que navegaban en el jabeque. Llevaba días

sin hablar con otro que no fuera el gaviero. Y lo que el marinero le había contado sembraba aún más dudas en su ánimo.

Hijo de marinos, nieto de marinos; hasta donde los hombres espejo podían recordar, en su clan no había habido otra cosa que hombres bregados en agua salada. Ulloa incluso contaba que uno de sus abuelos había nacido a bordo de una barcaza bonitera. Pero el gaviero también le había relatado el hambre y la miseria, los diezmos en las capturas, las noches en vela esperando la llegada de los segadores para que se llevaran a quien el orujo había soltado la lengua en la taberna del manco.

A través de los recuerdos de Ulloa, para su pesar, Xalo había descubierto que el gobierno de su padre estaba plagado de terror. Y esa verdad era una losa.

—Nadie ha regresado tan pronto de los hielos —insistió el gaviero.

Pero, cuando Xalo se levantó para tentar la pierna, ya había brazos que apuntaban por encima de la borda.

—¡A la vista! —gritó alguien.

Los ramalazos de aguanieve entorpecían la visibilidad. Y las olas, además de sacudir el jabeque, escondían el horizonte.

—¡Ya vuelven! —le siguió otro antes de que el viento le cerrara la boca.

Xalo cojeó hasta la amurada y forzó los ojos contra la ventisca. Tuvo que sujetarse con fuerza para mantener la postura.

—¡Es el nordés! ¡Es Xallas!

Y, entre las ráfagas de la tempestad, se oyeron vítores. No sonaron efusivos, pero sí convincentes; servían para aparentar ante las miradas atentas de los segadores en cubierta.

Allí estaba su señor. Mantenía el ritmo, remaba con fuerza y avanzaba con sus buenos nudos pese a la mala mar. Y, como Xalo sabía, aún le quedaba un as en la manga, en cuanto quisiera un relevo, el nordés contaba con los músculos del sureño para seguir bregando.

—Es lógico —dijo Ulloa en tono neutro, como si no pudiera esperarse otra cosa que la victoria del nordés.

Tras los gritos del contramaestre, los marinos se volvieron para atender la faena en el velero.

—Si mantiene el ritmo, llegará antes de la próxima luna —conjeturó el gaviero, que, como Xalo, seguía mirando hacia el paso con la esperanza de ver aparecer la lorcha del remero.

Por algún motivo que no supo reconocer, aquello le dolió al hijo del nordés. Una victoria así, con una marca semejante, auparía el ego de su padre, le daría excusas para montarse en la sombra de Palas. No le gustó.

Ya nadie a bordo prestaba atención, a excepción de Xalo y Ulloa.

El gaviero era consciente de que su pequeña alianza con el hijo del nordés era muy peligrosa, más aún vistos los acontecimientos. Pero no iba a echarse atrás. Había navegado con Loudan, conocía a Ze. Y el orgullo de sus antepasados le había obligado a dar un paso al frente. Antes de ser colgado en la Puerta de los Traidores miraría a sus hijos y sabría que les habría dejado un legado que merecía la pena.

—¡Allí! ¡Allí! —gritó de pronto Ulloa, señalando con su mano encallecida por cientos de escaladas en los cordajes.

Los que lo oyeron se giraron con ademanes tímidos, para no llamar la atención de los segadores.

Xalo forzó la vista, pero no distinguía la chalupa.

—Lo ha conseguido. ¡Aún puede ganar!

La excitación colmaba al gaviero. Y también a Xalo, aunque este procuró mantener las apariencias. Ellos no sabían lo mal que estaba Ze, daban por hecho que el remero conseguiría anular la escasa ventaja del nordés.

—¡Contramaestre!

O se hizo el sordo o no oyó el grito. Pero Xalo no se enfureció, no quería darle excusas al patrón para tomar una decisión radical.

—¡Contramaestre! —gritó con más fuerza.

Cuando el marino se acercó, Xalo hizo lo que se esperaba de él como juez.

—No sé si el pobre bicho lo conseguirá, pero soltad una de las palomas con el mensaje.

Esa era una de las obligaciones de su cargo. Siempre se esperaba a que los remeros regresasen de las banquisas, informar antes podía ser inútil, porque la mayoría no conseguía llegar tan

lejos. Pero había llegado el momento de que en Dhumbria se supiera lo que estaba sucediendo en la regata.

—¿Cuál es el texto?

Xalo lo meditó un momento, luego decidió que ya poco le importaba lo que pudiera pensar el bispo cuando cobrase el mensaje del palomar en lo alto de la Torre del Reloj. A esas alturas, todos sabían que las lealtades del hijo del nordés temblaban igual que hojas al viento.

—Ze, hijo de Zas, de los Zíes ganará la regata si recupera una ventaja de menos de una milla.

Al contramaestre casi se le cae la dentadura que algún artesano había labrado para él en palo de fierro. Pero después de dudarlo unos instantes, se tironeó de las patillas, sonrió y, finalmente, asintió.

Se estaba matando.

Se consumía. Era inexplicable que siguiera remando. Un milagro. Pero el inmenso precio que pagaba a cambio se hacía patente. Su rostro ya no era otra cosa que un pellejo tenso sobre los huesos.

Todo en el remero se veía roto.

Cada vez que Aldair lo miraba, el alma le caía a los pies. Ze se estaba destrozando. Lo único que aguantaba eran sus ojos, que seguían hirviendo con determinación; más allá del hambre, del agotamiento, de aquel martirio eterno.

De tanto en tanto, sin preocuparse ya por el juez, Aldair cogía los remos para que Ze pudiera echar una cabezada. Pero la amarga realidad era que, aun tan desmejorado como estaba, él era capaz de mantener un ritmo mucho más veloz que el de ella. Ambos lo sabían y ambos lo callaban, porque si querían alcanzar la chalupa del nordés, no tenían otro remedio que seguir, pasara lo que pasase.

Así, aunque parecía imposible, fueron arañando la ventaja que Xallas les llevaba. Pulgada a pulgada, braza a braza. Dejándose la vida en migajas esparcidas sobre las olas de un mar implacable.

Tenían los labios cuarteados. Las manos plagadas de llagas. Los estómagos vacíos. Y los brazos, enflaquecidos, dolían tanto que en ocasiones ni siquiera les permitían conciliar un sueño ligero.

Además, las ventiscas no cejaban. Y, para colmo de desgracias, no quedaban más que unos cuantos granos del reloj de arena. Si no llegaban pronto a puerto, todo habría acabado para ella. En vano.

Cayeron en largos silencios llenos de desánimo, y solo Ze los rompía susurrando de tanto en tanto, pidiéndole a Adhara que no le olvidase. Y cada vez que Aldair lo escuchaba, sentía dentro de ella como un pedazo de su corazón se desgarraba. De no haber sido por el pacto que la obligaba, le hubiera dicho ya la verdad mil veces.

Sin embargo, pese a tanto sufrimiento, lo estaban consiguiendo. Ze lo estaba logrando. Y en la chalupa del nordés lo sabían.

—Se están acercando —dijo Leomel desde las sombras de la capucha.

Vencido por el agotamiento, azuzado por su enemigo, rehén de la edad, hacía ya una jornada que Xallas había abandonado la bancada de los remos. Incapaz de mantener el ritmo.

Sin soltar la caña del timón, el nordés se volvió y miró durante un buen rato a popa. Pese a la prohibición, tal y como había planeado, era el joven sureño el que bogaba con su fuerza de toro. Era él quien debía llevarle hasta las cercanías del puerto, donde volverían a intercambiar posiciones.

—Puede que nos alcancen —añadió Leomel sin detener los remos.

Las olas batían y la ventisca acortaba el horizonte. Pero allí estaba, cada vez más cerca. El sureño llevaba razón. Aunque parecía imposible, si aquel malnacido no se mataba en el intento, podía vencer.

Cuando Xallas se giró de nuevo para mirar a proa, no dijo nada, y el sureño, que había esperado alguna indicación, tardó un rato más en sincerarse.

—No… No creo que pueda aguantar mucho más —reconoció Leomel con alientos cansados.

Le hizo falta reunir todas sus agallas para admitirlo. Si el sureño temía a alguien ese era el nordés. Pero estaba tan agotado que no pudo callar. Sentía el frío taladrando los huesos. El dolor de todos y cada uno de sus tendones amenazando con desgarrarse a cada palada.

—No sé cómo puede hacerlo, es imposible. Está herido. Y, sin embargo, no se detiene, ¡no lo entiendo!

Xallas no abrió la boca. Y ahora que se había atrevido a expresar sus dudas por primera vez, Leomel siguió hablando.

—Si me lo hubieran contado… Yo… Yo no lo hubiera creído —el tono del sureño estaba transmutándose, empezaba a pasar del susurro de una confesión al reconocimiento de la admiración que había despertado Ze—. Debería estar muerto… Pero continúa remando.

Los segadores habían recorrido Dhumbria de norte a sur y de este a oeste buscando al timonel del nordés, hasta el último rincón

del territorio se había peinado hasta encontrar al más fuerte.

Leomel había crecido en una familia humilde de labradores, no había conocido otra cosa en su vida que la pobreza de una tierra magra cuyos frutos se cultivaban para la Casa del Nordés, pues de todos los ferrados que labraban, solo tenían derecho a quedarse con lo que apenas servía para alimentar a los suyos si las sequías y las heladas lo permitían. Por eso, cuando un recio segador de nombre Rundo había puesto en la mesa una bolsa llena de piezas de cobre, Leomel había mirado a su padre con orgullo y, bajo el manto de lágrimas de su madre, había accedido a marchar con los guardias a la capital para convertirse en el timonel del nordés a cambio de aquellas monedas. Ese sería el pago si lo lograba.

Leomel no se lo había pensado mucho. Y ni siquiera cuando Ze se había presentado a la ordalía llegó a dudar. Él era joven, el más fuerte de los suyos, acostumbrado a trabajar de sol a sol; y el otro, aunque se hubiera ganado el tachón de nácar, era un viejo, estragado por los años.

Aceptó todos los abusos del nordés. Incluso empujó aquellos hierros para aplastar a Ze, obedeció porque las promesas de Xallas le habían llenado los oídos. El sureño pensó que podía llevar la bonanza a su familia. Pero ahora ya solo quería vivir.

Sabía que el ritmo que llevaban lo mataría. Como hijo de las castas más humildes, Leomel había aprendido a tener cerca la derrota, y ahora aceptaba que, de manera incomprensible, Ze iba a vencer. Y él ya no podía más.

—No creo… No…

Las bogadas se habían ralentizado. Leomel sabía que solo faltaban dos o tres jornadas para llegar al puerto de Dhum. Pero ya no tenía fuerzas para más.

—No sé cómo él puede aguantar, pero yo no… No soy capaz…

En la madera de los remos había una costra de la sangre de sus manos, destrozadas.

Xallas lo miró. Se volvió para echar un vistazo más hacia la chalupa de Ze. Podía sentir cómo iban perdiendo velocidad a medida que Leomel se desinflaba.

Mantenía un gesto neutro, pero el sureño le estaba sacando de quicio. Y no porque se estuviera derrumbando después de los

esfuerzos hechos, sino porque estaba mostrando admiración por el maldito Ze.

—Necesito tomarme un descanso —se atrevió a decir Leomel de corrido.

Con cada palada, el lapso que los remos pasaban fuera del agua se hacía más y más largo.

El nordés se sacó las manoplas con las que se abrigaba y se volvió de nuevo hacia su remero.

—Está bien, está bien —dijo en tono conciliador.

Sonreía con un tajo frío en el rostro. Metió una mano bajo el capote con el que se cubría y rebuscó algo cerca de su cintura.

—Claro, yo te relevaré —añadió ampliando su sonrisa como una grieta en el hielo.

Desconcertado, Leomel no supo bien como recibir aquellas palabras. Dejó por completo de remar, sostuvo las palas en alto, apoyadas en los toletes.

El sureño era fuerte, humilde, cumplidor. Y si había hecho algo malo lo había hecho únicamente por su familia. Pero no era muy listo. Ni siquiera intuyó lo que se avecinaba. Aunque la inesperada amabilidad del nordés era sospechosa, no supo verlo.

Xallas fue rápido. Su mano salió de entre los pliegues de tela.

Era una hoja de Guitirin. El corte fue tan limpio que Leomel apenas sintió el soplo de aire que el gesto arrastró sobre la piel de su garganta. Pero la daga era tan buena que no solo se llevó la carne del pobre desgraciado, sino que incluso sajó los bordes de la capucha.

Impertérrito, el nordés mantuvo el equilibrio cambiando el peso de un pie al otro y, acto seguido, limpió el filo de la daga en el hombro del sureño.

Leomel intentó respirar, boqueó igual que un pez, la sangre empezó a manar. La vida se le derramaba sobre el pecho y formaba un charco en la bancada de la chalupa.

Entonces, antes de que la muerte se lo llevara, el nordés apoyó un pie en el hombro del sureño y empujó con fuerza. El cuerpo quedó sobre la borda, Leomel gorjeaba. Y con el siguiente golpe de mar, Xallas aprovechó la inercia para volver a empujar. Lentamente, el corpachón se deslizó y cayó al agua.

Xallas se volvió una vez más hacia el norte. Allí estaba la lorcha del remero, negociando como podía los embates del océano.

Aunque era extraño verlos tan al sur, la sangre del remero llamó la atención de los marrajos. Aquellas bestias implacables aparecieron de algún lugar de las profundidades y rodearon al moribundo. Xallas ni siquiera miraba cuando uno de ellos lanzó la primera y brutal dentellada.

El agua se convirtió en un hervidero sanguinolento. Las bestias despedazaban al sureño y todas sus esperanzas de sacar adelante a su familia. Sus padres ya no podrían gastar aquellas piezas de cobre que habían brillado sobre la mesa de la humilde casa de los Leiro.

Impávido a la masacre, Xallas seguía mirando fijamente hacia el norte. Tras la chalana, con poco trapo, navegaba también la nao del juez.

—Puede que llegues primero, pero no vencerás —le dijo a la chalupa de Ze.

En el puesto fronterizo del norte, tal y como Xalo había averiguado muchos años antes, las guardias en la barbacana exterior nunca eran plato de buen gusto. En el adarve de la fortificación, a la intemperie, el único modo de combatir el frío era aprovechar cada paso para estampar en las piedras cubiertas de nieve un fuerte pisotón. Aun así, en los últimos días, algunos se ofrecían para hacer esa ronda.

Los remeros llegarían de un momento a otro.

Y allí estaban dos de los más veteranos de la guarnición, esperando ver las chalupas y pasar la voz. Las apuestas llevaban días cruzándose y muchos en el puesto estaban ansiosos por celebrar su acierto y cobrar, tanto que las reyertas se habían vuelto habituales.

Sin embargo, ni uno solo de los segadores en la barbacana hubiera imaginado, jamás, que debían haberse jugado el cobre de la soldada a lo que vieron pasar esa mañana.

La chalupa del nordés fue la primera en aparecer. Y no había rastro del sureño con hombros de buey. El nordés estaba solo.

—¡Que me aspen! —se le escapó a uno de ellos.

Después distinguieron la nao del juez. A medio trapo. Y, casi inmediatamente, la chalana de Ze.

—¡Por Navia! Ese loco malnacido va a ganar. No hay manera de que el nordés le aguante. Ese maldito chalado va a conseguirlo…

En ese mismo instante, aunque mucho más al sur, en el palomar de la Torre del Reloj, con los ojos entrecerrados por el olor acre de los excrementos de las mensajeras, Tambre llegó a la misma conclusión mientras arrugaba entre sus dedos las pocas palabras enviadas por Xalo. Tan mal le sentó lo leído que la acidez que carcomía sus tripas le subió hasta el cogote.

El bispo había llegado hasta el poder que ostentaba en connivencia con el nordés. Ladinos, ambos se debían multitud de favores que habían hecho caer a muchos. Todo había empezado en la anterior regata, había sido Tambre quien le había dado al futuro nordés las dos soluciones con las que el joven Xallas había colmado

sus ambiciones. La salmuera que pudriría la chalana de su contrincante y el veneno con el que deshacerse de su timonel antes de que lo delatase.

No le tenía ningún aprecio, pero no podía consentir que Xallas fracasase. Porque la caída de uno conllevaba la del otro.

—Los mataré yo mismo —les dijo a las palomas entre dientes—, a todos.

El miedo a perder sus privilegios había espoleado el ingenio de Tambre.

—Si no hay nordés…

En un abrir y cerrar de ojos, su tono se había vuelto melifluo, sin la aspereza de la ira.

Salió del palomar mezclando el revuelo de su capa con el aletear asustado de los pájaros. Cuando bajó el primer escalón ya había empezado a sonreír, y antes de alcanzar la planta noble, asentía moviendo el pico que tenía por nariz.

—Puedo hacerlo, claro que sí —se dijo entonces.

Y su contento se apagó en un soplo. Porque para hacer lo que se proponía tenía que asumir un grave riesgo.

No había vuelto a las catacumbas desde el pacto hecho con la compaña para que fuera tras el remero. Y el bispo sabía que las ánimas nada querrían saber de nuevos encantamientos. Las almas en pena eran avariciosas. Medraban a costa del dolor de los vivos y de la penitencia de los muertos. Tambre temía el precio que habría de pagar a cambio.

—Voy a hacerlo —intentó reafirmarse—, lo haré.

Ya se veía sentado en el escaño engarzado con las piedras de hielo. Todos morirían: el remero, la montaraz, el nordés. Todos.

Y él gobernaría Dhumbria.

Como cada día, en el zaguán de la planta principal le esperaban los hombres espejo. Ansiosos por recibir noticias del palomar. Pero Tambre ni siquiera se tomó el tiempo de saludarles. Hecho un gurruño, les tiró el mensaje del juez y siguió su camino escaleras abajo.

Tenía mucho por hacer. Era preciso llegar a la piedra de Rinlo y usar una vez más la fuente.

Y también en ese mismo instante, aunque mucho más abajo, en la oscuridad de los pasadizos que recorrían los sótanos, tres sombras se movían.

—¿Estás seguro de que sigues queriendo meterte en la boca del lobo?

Gracias a las habilidades del trasgo, estaban ya a punto de llegar a su destino. Sin más contratiempo que el rato que tuvieron que esconderse tras el enrejado del colector de una cloaca en tanto una patrulla de segadores hacía la ronda. Y el frade le estaba agradecido. Pero, siendo aquella la centésima vez que el asustado Mandeo preguntaba lo mismo, Valdriz tuvo que ofrecerle una plegaria a Caldas y acudir a toda su paciencia para evitar mandar al trasgo a colgarse de alguna de las muchas telas de araña que pendían de las esquinas.

—Sí, estoy seguro.

—Pero ¿cómo…?

—Caldas proveerá —le interrumpió el fraile.

Se miraron y Mandeo hizo ademán de decir algo más.

—Se lo debemos —insistió Valdriz con vehemencia.

El trasgo asintió, sabiendo desde el fondo de su corazón que el fraile llevaba razón.

—¿Y no hay otro modo? —preguntó Mandeo en voz baja.

Inaz, con expresión divertida, los miraba alternativamente.

—Sabes que no.

Y el trasgo volvió a afirmar con un gesto de su mentón puntiagudo.

—Lo sé, pero no por eso me gusta…

—Caldas proveerá —insistió machaconamente Valdriz—. Ya lo verás —añadió confiado—, Caldas proveerá.

La brisa mecía las ramas del sombrajo. La marea las salpicaba con gotas diminutas. Y el sol, brillando con fuerza, las convertía en delicados abalorios; cuentas doradas prendidas en las diminutas flores que abarrotaban el árbol.

Estaban juntos.

El mar acunaba sus cuerpos. La tarde los arropaba con calidez.

Pero en cuanto abrió los ojos, todo desapareció por ensalmo.

El viento aullaba. El cielo era un amasijo gris. El océano rugía endemoniado. El frío atravesaba los huesos.

Todo era dolor.

Con cada palada, un pedazo de él se ahogaba en el agua oscura y revuelta. Llegar hasta el paso había sido un martirio. Cada tendón y hasta la última de sus articulaciones lo lamentaban.

Los hierros habían mellado su cuerpo. Los remos le habían robado lo poco que quedaba.

Nadie más. Ni siquiera en las historias que podían contar los hombres espejo. Nadie había soportado un castigo semejante.

Los remos subían y bajaban.

Una y otra vez, una y otra vez.

Subían. Bajaban.

—No me olvides, no me olvides, no me olvides…

Por ella. Porque ella lo había amado sin importarle quien era o qué sería de ellos. Porque ella lo había hecho rico. Porque ella le había regalado el deseo para no dormirse cada noche y la voluntad de ponerse en pie cada mañana. En ella habían vivido las promesas de los hijos que nunca tendrían; las caricias que ya no compartirían, los besos que ya no se darían, los perdones que ya no se susurrarían.

Era increíble, pero mantenía el ritmo. La cadencia. Y ya no había otra cosa que no fueran los remos. Subiendo y bajando.

Una y otra vez.

—No me olvides, no me olvides…

Ella le había enseñado cuánto podía contar una mirada. Había barrido las cenizas de su alma. Había espantado las culpas y

detenido la lluvia. Había hecho trizas la soledad.

Ella lo había amado.

—No me olvides…

Las lágrimas no regresarían. Las heridas de su corazón no sanarían. Ya no tenía remedio. El sombrajo florecería cada primavera, pero ella no estaría.

Sin embargo, todo, absolutamente todo, merecía la pena. Incluso la más terrible de las penitencias. Por ella.

Merecía la pena.

—¡Lo estás consiguiendo! —gritó Aldair.

Le costó escapar de sus recuerdos. El agotamiento y el dolor se lo habían llevado lejos. Para soportar aquel tormento, Ze había escapado, estaba perdido en los rincones de su memoria, para no enloquecer. Pero cuando ella lo repitió, el remero miró en derredor.

—¡Lo estás consiguiendo!

Allí estaba la otra barca. Unas brazas a babor.

—Vas a lograrlo, ¡vas a lograrlo!

De donde no quedaba nada manó un poco más. El dolor se desvaneció. Y en la siguiente palada puso más, mucho más de lo que creía posible. Los remos se alzaron dejando rosarios de gotas que se enredaron antes de fundirse en el océano. El viento los sacudió una vez más con toda la furia del invierno. Y Ze encontró voluntad donde no había más que fatiga. Por ella. Porque se habían amado. Porque él la seguía amando. Porque la amaría siempre.

Y siguió remando.

No flaqueó. Ni un solo instante. Una tras otra, vertiendo en ellas hasta la última migaja. Una palada tras otra.

Lo habían conseguido. Ahora, la chalana de Ze cobraba ventaja. Si no desfallecía, si aguantaba, llegarían los primeros al puerto de Dhum. Pese a las trampas, pese a tenerlo todo en contra, vencerían. Ganarían la regata y salvarían la memoria de Adhara. Ella viviría por siempre a través de las piedras que llevaban tatuada su vida, sería recordada por los hombres espejo. No se apagaría.

Solo tenía que tragarse todo el sufrimiento y continuar.

Y lo haría. Lo soportaría. A cualquier precio. Por ella. Porque la amaba.

Quizá, de no ser por el cansancio, si no estuviera herido, si hubiera tenido un instante para pensar en ello, quizá el remero hubiera caído en la cuenta de que, mientras lo adelantaban, Xallas no se enfurecía. Solo los miraba impasible, sin mostrar ni un ápice del odio que tan bien sabía cuidar.

Por desgracia, ni Ze ni Aldair intuyeron que el nordés tenía otro as en la manga.

A espaldas de los terrenos del castro, anejo a la Casa del Nordés y al Gran Salón, se alzaba el enorme Templo de Rinlo. Lo que muchos no sabían era que aquella magnífica construcción, testimonio del poder de los antiguos reyes, había comenzado siendo la sencilla ermita de un piadoso.

Solo los más viejos entre los hombres espejo eran capaces de recordar la historia. Pero mucho antes de los reyes y sus máquinas que engullían fuego negro, cuando nada había en Dhumbria, todo empezó con el prodigio que presenció un humilde pastor.

En las estribaciones de las Montañas Azules, mientras apacentaba a sus ovejas, Rinlo vio el agua manar de la piedra y, movido en el alma, se convirtió en un ermitaño.

Así se había fundado Dhum, la capital que creció al amparo de las piedras de hielo que llegaban desde el norte y que conoció el esplendor. En esos días, los sacerdotes, herederos del legado de Rinlo, incluso se habían acercado a la corona. Muchos entre los suyos se habían aupado en el poder. Los hermanos de la orden habían sido validos, habían regido el destino de Dhumbria. Y su ascendencia sobre los reyes había continuado. Hasta que llegaron los días del hambre, el hierro y la sangre. Aquel fue el fin de una era y el comienzo de otra. Y fue entonces cuanto la hermandad cayó en desgracia, como la misma corona a la que servía. Porque, para cuando se impuso la ley y comenzaron las regatas, ya nadie quería recordar el esplendor del Templo de Rinlo. Palas incluso lo convirtió en caballerizas. Y las gentes de Dhumbria, contentas de librarse del yugo de la corona y la orden, acudieron en sus rezos a Navia, o a Caldas, y los peregrinos viajaron al Santuario Blanco. Porque durante generaciones nadie quiso dar pie a que volvieran las guerras.

Así fue cómo de los hermanos y de su antiguo imperio apenas quedó vestigio. Hasta que Xallas se aupó en su escaño y devolvió el poder a la orden.

Por eso, la vieja capilla de Rinlo, olvidada durante generaciones, había vuelto a abrirse. Ahora había de nuevo un

elegido de la hermandad que tenía la llave de la ermita.

Tras dar la noticia a los hombres espejo, en lugar de pasar por el Gran Salón, deseoso de evitar cualquier encuentro fortuito y las preguntas que se seguirían, Tambre descendió hasta los cimientos de la Torre del Reloj, usó una de sus viejas llaves para granjearse el paso y se internó en el dédalo de subterráneos que, como madrigueras, recorrían el suelo bajo el Castro de Dhum.

En las catacumbas, llenas hasta reventar de los huesos de los sacerdotes de la hermandad de Rinlo, sonó el eco de los revuelos de la capa del bispo y del tintineo de su llavero. Tambre tenía prisa.

El mensaje que Xalo había enviado le dejaba muy pocas oportunidades, y estaba decidido a resolver su destino por sí mismo. Sabía que, si Ze ganaba la regata, los tiempos de gloria que tanto había disfrutado terminarían de golpe. La Orden de Rinlo caería una vez más.

Se hizo con un candil que había sobrevivido a las guerras entre los reyes y prendió la mecha gracias a la chispa arrancada a un pedernal con eslabón; y toda aquella parafernalia salió de los rincones oscuros de su larga capa, donde parecía capaz de guardar un mundo y todos sus miedos.

El bispo conocía bien el lugar y no dudó en una sola de las esquinas que dobló. Ansioso, con la acidez de sus tripas royéndole la garganta, Tambre estuvo pronto en el corredor de la capilla.

A ambos lados, apoyados contra las piedras que servían de cimientos al templo que se alzaba sobre aquel mismo lugar, se apilaban los osarios de los hermanos. Cientos de ojos huecos lo miraron pasar desde las calaveras descarnadas.

A la luz del candil, Tambre se las apañó para encontrar la llave y abrirse paso. Y se preocupó de cerrar la puerta a sus espaldas. Poco o nada quedaba allí del lugar en el que Rinlo presenciara el milagro. Los hermanos de la orden lo habían corrompido con la más oscura de las magias.

Adoquines gastados recibieron sus pisadas. Olía a humedad. A riachuelo y a piedra mojada. El solado rezumaba un verdín espeso, más evidente hacia el centro, donde se abría para contener una alberca. Un remedo de aljibe en cuyo fondo se adivinaban arenas

espesas de tonos añiles, similares a las que usaban los tatuadores para obtener en sus morteros las tintas azules de sus trabajos. Allí, emergiendo de la misma agua que manaba de sus entrañas, estaba la roca sagrada, la piedra de Rinlo.

La estancia era pequeña, apenas una docena de pasos antes de toparse con los muros, hechos con grandes sillares de granito oscuro que se extendían más allá de un cielorraso tallado con cientos de garabatos. Era un galimatías incomprensible para muchos, pero aquellos símbolos místicos componían el calendario pergeñado por los sabios en los tiempos de los reyes. Así era como el elegido de la hermandad hacía cábalas para averiguar en qué años se celebraría la regata, porque allí, en el sanctasanctórum de su orden, estaban grabados los misterios de las estrellas y los eclipses. Además, Tambre sabía que, si pudiera ver a través de aquella bóveda, se encontraría con los suelos de la crujía oriental del templo, donde las vistas eran mucho más prometedoras. Allí, la luz que atravesaba las vidrieras arrastraba halos dorados que señalaban las Montañas Azules. Y, para el bispo, sus antecesores habían acertado al erigir aquella monumental iglesia, mucho más impresionante para los creyentes que el humilde lugar donde se encontraba. La ermita de Rinlo contenía la magia, todo el poder de la orden, pero era la grandeza del templo la que atraía a los feligreses como la miel a las moscas.

Seguido por el tintineo de su inmenso llavero y los revuelos de su capa, aguantando los regüeldos que le trepaban por la garganta, Tambre, temeroso, se acercó hasta el aljibe.

Se arrodilló frente a la piedra, al borde mismo, y miró las aguas quietas. Como siempre, hasta que empezaban las invocaciones, lo que vio le transmitió paz.

A la escasa luz del candil, en la superficie del agua se formaron imágenes de los momentos más felices de su vida.

Tambre había huido de su hogar tras matar a su hermano pequeño. Había sido un accidente mientras jugaban a la billa. O eso se repetía a sí mismo las pocas veces que pensaba en ello. Pero el pequeño Tambre no había querido esperar a que su padre regresase de faenar, se había escapado.

Pasó días deambulando por las calles de la ciudad sin más compañía que las ratas. Hasta que un desahuciado lo encontró. Era un hombre viejo y enfermo, uno de los últimos sacerdotes de la orden que seguía con vida, un despojo adicto a la hierba de sal.

Fue cruel. Abusó del niño, y lo utilizó como un esclavo. Pero le mostró las enseñanzas, le habló de Rinlo, le recitó las pócimas y los encantamientos, y los trucos que encandilaban a los feligreses. Le explicó el culto que había estado junto a los reyes, y el pequeño Tambre aprendió que podía aspirar a una vida mejor que vagar por los callejones húmedos de Dhum.

Cuando Xallas se preparaba para la regata, Tambre había hecho un pacto con él, le enseñaría cómo deshacerse de su rival a cambio de lealtad. Y en el mismo momento en el que Xallas entraba en el puerto sin su remero, en un callejón tras la cofradía, Tambre estrangulaba a su mentor.

Eso le mostraba ahora el aljibe en la piedra. Los ojos desorbitados de aquel viejo cruel y sodomita, preso del miedo, a punto de morir.

Allí, en aquel lugar, estaba la verdadera magia de Dhumbria. Agua y piedra. Siempre agua y piedra, incluso en el santuario escondido en el desierto. El templo sobre su cabeza no era más que un engañabobos que mantenía a los ilusos alejados del verdadero poder. El poder del agua y el poder de la piedra.

Allí era donde se había descubierto el lugar del que traer el fuego negro. Allí había visto Rinlo dónde buscar las piedras de hielo. Pero eso era un secreto, de eso se había ocupado la orden desde la era de los reyes. Las gentes de Dhumbria podían creer que el milagro había sido el de la fuente manando de la piedra, pero el auténtico prodigio fue el de que un simple pastor conociese la verdad.

Aunque siempre había un precio, siempre. La magia exigía sus pagos.

Por eso solo los hermanos de la orden sabían que el mismo Rinlo había terminado condenado, penando por siempre en compañía de las ánimas negras.

En el aljibe se formó la imagen de un Tambre joven. La nariz aún no se había convertido en el pico de una rapaz, los ojos aún no

estaban hundidos bajo la frente, y a su lado, en aquel mismo lugar, estaba Xallas, ambos celebraban su victoria. Tendrían Dhumbria a sus pies.

Tambre suspiró.

—Estoy dispuesto —le dijo a la fuente.

Y comenzó el ritual. De los entresijos de su capa sacó un paño limpio que sumergió en el aljibe. Lo escurrió y se limpió el rostro con él para tenderlo en la piedra.

—Conozco el pago y estoy dispuesto. Sé dónde estarán…

Entregaría su alma, pero tenía mucho que ganar a cambio. Con un poco de suerte, él gobernaría Dhumbria.

El pequeño Mandeo era un ladrón experto. Como buen trasgo, tenía dedos ágiles, mente inquieta e ingenio de sobra. Pero aquel lugar maldito lo estaba sacando de sus casillas.

Las falacias de la orden eran palpables allí. Se lo susurraba el vello erizado en su nuca. Percibía el mal que allí se escondía. La codicia de los hombres había destapado las pesadillas de aquel sitio.

Aun así, le debía mucho más al remero de lo que podría pagar en toda su vida. Por eso no puso pies en polvorosa. Se concentró y, con todo sigilo, acabó desenganchando la llave del aro que el bispo llevaba al cinto.

—… regaladme la vida y yo os daré la muerte…

Bajo las salmodias de Tambre. Con todo el peso del templo y lo que eso significaba sobre su pequeña cabeza, Mandeo evitó un estremecimiento como pudo y echó a andar hacia la puerta, tan rápido como se atrevió para no hacer ruido.

—Apresúrate, entra con él. Consigue la llave —le había dicho el frade cuando vieron pasar aquel cuervo a toda prisa por el corredor—. Debes conseguirla.

Y no había sido tan difícil para un trasgo colarse entre los revuelos de la capa del bispo.

Ahora, Mandeo caminaba de espaldas, vigilando a Tambre. La llave le pesaba tanto como a Ze pudo haberle pesado el remo de la ordalía. Y el miedo a que el hombre se volviera y lo descubriese atenazaba sus pequeños pies. Por lo que sabía de aquel lugar y de aquel sacerdote, un gesto suyo podía servir para fulminarlo. Allí hervían conjuros peligrosos y el trasgo no quería descubrirlos.

Se le hizo eterno, pero lo consiguió.

Tambre continuaba sus jaculatorias. Se acunaba junto a la cisterna, al tiempo, el volumen de sus salmodias iba subiendo. Del agua había empezado a surgir un resplandor verdoso que iluminaba la vieja capilla. Mandeo estaba a punto de girar la llave, para lo que debía colgarse de ella con sus pequeños brazos, pues no había otro modo de que hiciera fuerza suficiente.

Bajo el bonete le picaban las greñas desordenadas y en su rostro diminuto se veían arrugas por el esfuerzo. Se descolgó, rogando para que la cerradura no hiciera otra cosa que susurrar un chasquido.

Al principio no funcionó. Ni todo el peso de su cuerpo sirvió para que la llave accionase las agujas del mecanismo. Así que, desesperado, Mandeo se alzó como pudo, igual que una lagartija escalando una pared. Y, cuando sus brazos ya no dieron más de sí, se dejó caer para hacer palanca.

Poco a poco, las entrañas de la cerradura empezaron a moverse. La llave estaba girando.

Al otro lado de la puerta, Inaz enseñaba los colmillos con los belfos arrugados. Valdriz, entre dientes apretados, con una expresión tan fiera como la de la bestia, rogaba a Caldas.

El frade estaba preocupado, podía sentir la fuerza del lugar. Y, del mismo modo en el que percibía la paz que irradiaba el relicario en la laguna del Santuario Blanco, allí se hacía patente la avariciosa maldad que manaba de la piedra.

—Vamos, ladronzuelo —susurró Valdriz sin dejar de mirar fijamente el ojo de la cerradura.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, los denodados esfuerzos de Mandeo surtieron efecto. La llave terminó de girar y el resbalón corrió por el interior.

A partir de ese momento, todo sucedió muy rápido.

El trasgo patinó en su precario asidero y cayó al suelo. La puerta se abrió de golpe. Inaz gruñó y pasó por encima de Mandeo mientras este intentaba recomponerse del descalabro. Valdriz gritó. Y el bispo se volvió hacia los intrusos.

—¡Maldito seas! ¡Estúpido entrometido! —aulló Tambre al identificar al frade del que tanto había oído hablar en los últimos tiempos.

Rotas las invocaciones, el aljibe dejó de brillar y la capilla quedó en brazos de la única luz que allí había: el candil que el bispo había traído. Las sombras se adueñaron de los rincones.

—¡No puedes salvarla!

No le hizo falta oír el nombre. Aquello fue para Valdriz confirmación suficiente de sus sospechas. Pero ahora tenía que

preocuparse de sí mismo. Si salía con vida, ya habría tiempo de expiar los pecados de la montaraz.

—¡Y tampoco a él! ¡Está condenado! Las ánimas le encontrarán en cuanto eche el pie a tierra.

Cautelosa, Inaz avanzaba despacio hacia el centro de la capilla. Valdriz la seguía, entre sus dedos sudorosos apretaba el libro de Caldas con tanta fuerza que le blanqueaban los nudillos. Si tenía alguna posibilidad, solo sería gracias a su fe.

—¡Los dos están condenados! ¡Los dos! Y tú —le gritó el bispo apuntándolo con su nariz de rapaz y con un dedo sarmentoso—, tú también —aseguró Tambre antes de sonreír con tanta malicia que resbalaba por el mentón como un gargajo—. No sabes lo que has hecho. ¡No saldrás de aquí con vida! —insistió acusándolo con aquel dedo que parecía la garra reseca de un buitre—. Morirás, y tu alma vagará por siempre, ¡condenada hasta el fin de los tiempos!

A Mandeo le temblaban hasta las pestañas. Pero no se arredró, siguió tras el frade y la bestia. En tanto caminaba, recitaba su linaje, disponiéndose a morir en el intento.

—¡Hereje! Bastardo entrometido. ¡Morirás! ¡Y ellos! ¡Y esa bestia! ¡Y ese lerdo de un palmo! ¡Todos moriréis!

Entonces el bispo alzó los brazos como si fuera a echarse a volar con aquel cuerpo de pajarraco y empezó de nuevo a recitar salmodias. Algún conjuro oculto en los orígenes de la Orden de Rinlo. Y las aguas del aljibe se agitaron y comenzaron a brillar. Jirones de niebla espesa salieron de entre las sombras y zigzaguearon hacia ellos.

El conjuro fue alzándose por encima de los murmullos de la fuente. La expresión de Tambre se fue afilando y sus ojos se empequeñecieron. Su voz reverberaba en la capilla con una cantinela tenebrosa que daba dentera y horadaba los oídos.

Mandeo pensó agradecido que, al menos, había tenido tiempo a recitar su linaje completo. Ridículamente, Valdriz levantó su libro sagrado. Se hubiera sentido mucho más seguro de haber podido traer consigo el relicario.

El trasgo y el frade imaginaron en un parpadeo cien formas distintas de que sus vidas acabasen allí mismo, segadas por la magia oscura de Rinlo.

Se vieron perdidos.

Como una exhalación, inmune al miedo que le erizaba la pelambre, Inaz salió corriendo y se tiró al cuello del bispo con las fauces abiertas y los belfos cubiertos de espumarajos.

Tuvieron oportunidad de ver cómo el rostro de Tambre se contorsionaba por la sorpresa, justo antes de que el animal le hincara los colmillos en el pescuezo.

Hombre y bestia cayeron hechos un revoltijo. Inaz mordía con furia y el cántico del bispo se convirtió en un borboteo ahogado.

Cuando fue evidente que todo había acabado, Valdriz y el trasgo se miraron llenos de asombro. Sin saber qué decirse, el silencio se hizo hueco entre ellos mientras las aguas del aljibe volvían a apagarse.

—Como se te ocurra decirme que Caldas provee, le prendo fuego a ese hábito mugriento que llevas —dijo el trasgo cogiendo el sobado dobladillo con una de sus manos.

Valdriz amagó una carcajada y Mandeo lo miró enfurruñado.

—Ríe cuanto quieras, pero lo he dicho muy en serio. Por Navia, casi me cago en los calzones. Pensé que no lo contábamos…

—¡La fuente! —exclamó el frade interrumpiéndole.

Pasado el revuelo, Valdriz había recordado de pronto qué los había traído hasta las catacumbas del templo. Y se volvió hacia la piedra de Rinlo. Quería, de una vez por todas, averiguar la verdad.

Poco después, las aguas le mostraron las respuestas que buscaba.

—Pobre muchacha —dijo con verdadero disgusto al ver confirmados sus peores temores—. Está condenada. Puede que ya se le haya terminado el tiempo concedido, quizá ni siquiera llegue al puerto. Es terrible, ¿cómo ha podido tener el valor de hacer algo así? —preguntó pensando en lo que le había sucedido a Niobel—. No sé cómo ha podido reunir el coraje.

Mandeo también lo había visto. Ahora sabía tanto como el frade. La montaraz lo había entregado todo por Ze. Se quitó el gorro y lo sujetó sobre su brillante chaleco sacudiendo la pequeña cabeza con aflicción.

—Cuando se sepa, se convertirán en leyenda. Nadie jamás había hecho algo semejante —aseguró compungido—. Él lo ha perdido

todo, ¡todo!, ¡por salvar el recuerdo de la mujer que amaba! Y lo ha hecho sin saber… Y ella…

Mientras suspiraba, Valdriz acarició el cogote de Inaz. Luego miró al trasgo.

—Y ella lo ha entregado todo por impedir que muriese el hombre al que amaba —añadió el frade.

Se acomodaron una vez más en el silencio, hasta que Mandeo quiso saber algo más.

—¿Qué pasará?

—Pues, si no rompe el pacto. En cuanto se le termine el tiempo que le han concedido…

No pudo acabar la frase. Se acordó una vez más de Niobel.

—¿Y no hay nada que podamos hacer?

La pregunta tardó un poco en calar. Sin embargo, cuando lo hizo, elevó los ánimos del fraile. Aunque lo había callado, ya desde que empezara a barruntar todo aquello en la posada, Valdriz había estado pensando. Había una posibilidad, pequeña, pero una al fin y al cabo.

—Puede que sí, pero tenemos que llegar a tiempo a las reliquias de Caldas…

Sobre sus cabezas, el viejo patrón cangrejero acababa de empezar una revolución. En las calles de Dhum se estaría ya luchando. La regata podía terminar en cualquier momento, Xallas podía aparecer. Y no tenían idea de si el tiempo de la montaraz había terminado o no. El frade reflexionó sobre todo ello y estaba a punto de añadir algo más cuando el trasgo alzó su pequeña mano y lo interrumpió:

—Ya, no me digas más —le dijo con aires de hastío—, Caldas proveerá.

XI

La última traición

Unas calles al sur del puerto, no lejos de la cofradía, había un par de tienduchas regentadas por alfareros. Lugares modestos con familias humildes que se ganaban la vida modelando cadufos para la pesca del pulpo. Eran negocios fáciles de distinguir, en las trastiendas amontonaban las tinajas que fabricaban, listas para que los patrones escogieran las que más les convenían. Pero los impuestos de la Casa del Nordés apretaban todos los bolsillos y, pese a la tradición de aquel arte de pesca, para espantar el hambre había que ayudarse de otros menesteres.

Por esa razón, después de echar una mano con la colada, cernir la arcilla, pelar patatas para la cena y barrer el taller, la pequeña Coela quiso aprovechar el final del día. Faltaban dos semanas para que fuera su cumpleaños, serían once ya, y su padre le había prometido que, si ahorraban lo suficiente, el próximo Navir le compraría unos aretes al hojalatero que siempre acudía al mercado. Y la niña ya se sentía ansiosa por verse con aquellas alhajas, por modestas que fueran.

Ilusionada con su regalo, Coela cogió un cubo y uno de los angazos que había en el taller de su padre. Tarareando una tonada que había escuchado a los estibadores del puerto, cargada con los pertrechos, atravesó la puerta de la muralla que se abría a las dársenas y puso rumbo a la cala que había un poco más al sur. Justo al pie del Acantilado Rojo.

Con marea baja, buena parte de la arena en la pequeña playa se veía húmeda, teñida de gris por la luz del sol poniéndose sobre el mar. Aun sabiendo que le esperaba un trabajo duro, el ánimo de la niña no desfalleció.

Tal y como le había enseñado su madre, Coela fue cuidadosa con sus únicos zuecos. Junto a los calcetines doblados, los dejó en una roca que sobresalía, donde se mantendrían secos. Luego arrolló el ruedo de la falda y el mandil, para que no se mojasen. Entonces empezó a rastrillar pacientemente la arena en busca de almejas y berberechos.

Mientras terminaba la tarde, imaginando cubos llenos de conchas que vender en la lonja, la niña trabajó hasta que un ruido extraño llamó su atención y miró hacia la muralla. Los dos segadores de guardia en la puerta también lo habían oído, y se habían vuelto hacia la ciudad.

Cuando iba a ponerse de nuevo a la faena, la pequeña vio a los dos centinelas echar a correr, entre aspavientos y gestos de alarma. Salieron como una exhalación hacia donde estaba la cofradía. Y por unos instantes, se dio cuenta de que se había quedado completamente sola, no se veía a nadie, ni siquiera en los barcos atracados en el puerto. Entonces volvió a oír ruidos que no supo identificar. Casi inmediatamente reapareció uno de los segadores. Echaba la cabeza atrás y resultaba evidente que le perseguían, lo vio pasar, ascendía a toda prisa hacia el Paseo de los Arimios y la barriada del castro.

Y antes de que Coela tuviera tiempo de preguntarse qué estaba pasando oyó los gritos. Entonces llegó la turbamulta. Al menos una docena de hombres corría tras el segador, llevaban bicheros, cuchillos, y un par de ellos se habían hecho con viejos arpones.

Coela no era más que una niña, pero comprendió enseguida qué era lo que estaba sucediendo. Había oído los susurros preocupados de los mayores. Y no le cupo duda. Sin embargo, lo que no sabía era lo que ella debía hacer. Se volvió en todas direcciones. Por un instante el rumor de las olas lo llenó todo.

En el adarve de la muralla aparecieron otros dos hombres. Forcejeaban entre gruñidos y hasta Coela llegaron los insultos que se proferían. Sus ropas los delataban, eran un segador y un patrón al que la niña conocía, aquel hombre acudía de tanto en tanto a la tienda a comprar los falsos refugios que su padre fabricaba para engañar a los pulpos de roquedal.

Los segadores se entrenaban para matar desde que no eran más que niños. Pero estaban siendo superados, porque ni un alma en toda Dhumbria había renunciado a la llamada de Loudan. Treinta años de abusos de Xallas habían granjeado demasiados enemigos a la Casa del Nordés.

Aquella violencia petrificó a la pequeña. Los dos contendientes parecían haber perdido sus armas y se sacudían un golpe brutal

tras otro. Danzaban de forma macabra. El segador se las había arreglado para atrapar entre sus manos el cuello de su oponente e intentaba ahogar al marino, que, de mala manera, estaba tirado de espaldas sobre el pretil con el torso fuera de las piedras de la muralla.

La pequeña Coela tapó el grito que quiso escaparse con una de sus manos y el angazo cayó a la arena.

El marinero perdió la batalla. Braceando, se precipitó al vacío y, para horror de la niña, se estampó contra el empedrado que hacía de cimientos a la muralla en la frágil arena de la playa.

No quiso verlo. Se volvió a tiempo para evitarlo y, sin pensar en lo que hacía, la pequeña salió corriendo hacia las dársenas del puerto. Asustada. Preocupada por su familia. Llena de dudas. Coela se escabulló por los pantalanes y terminó por lanzarse al interior de una barcaza atracada. A bordo, se acurrucó entre los aparejos, cerró los ojos con fuerza y esperó. Aunque en su fuero interno sabía que se estaba mintiendo, no era más que una niña, y no pudo evitar repetirse una vez tras otra, en voz muy baja, que pronto acabaría todo.

Pero, pese a los ruegos de la pequeña, la violencia no se detuvo. No tardó mucho en escuchar, cada vez más cerca, las reyertas entre los segadores y los marinos. El barullo subía y bajaba de intensidad, la rodeaba, y Coela se apretó contra los aparejos, cobijando la esperanza de que nadie la vería.

Al rato escuchó pasos. Alguien se aproximaba. Estaba muerta de miedo.

—¡No tienes adónde ir!

Coela dio por sentado que le hablaban a ella y cerró los ojos con fuerza.

—¡Voy a destriparte!

—Ven si te atreves —gritó otra voz.

La niña temblaba con fuerza.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es eso?

Hubo un silencio que se hizo eterno.

—¡Están llegando! ¡Es la nao del juez!

—Morirás igualmente, y ese malnacido de Xallas también… Lo colgaremos en la Puerta de los Traidores…

Coela comprendió que no se dirigían a ella. Eran al menos cuatro hombres discutiendo entre ellos. Y era evidente que la regata estaba a punto de terminar.

—No seguirá gobernando. Y los vuestros moriréis, ¡todos! —Ese tenía que ser uno de los rebeldes.

—No tienes lo que hay que tener…

Oyó unos pasos que se alejaban y pronto una de aquellas voces se escuchó más allá.

—¡No es Xallas! ¡No es Xallas! —La alegría era casi palpable.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—¡Es Ze! Ese condenado loco va a ganar, ¡es Ze!

La noticia tardó unos instantes más en recorrer la ciudad, pero no mucho después la alegría de unos y la estupefacción de los otros sirvieron para detener la violencia. Al poco, los rebeldes rugieron coreando el nombre del remero y Coela se dio cuenta de que muchos habían venido corriendo hasta el puerto para ver, con sus propios ojos, cómo lo impensable se hacía realidad.

Y la niña se atrevió a mirar por encima de la borda.

El día se agotaba. Al oeste, el sol ya se había arropado bajo las olas, no quedaba más luz que la de un ocaso que se humillaba ante una luna a la que le faltaban un par de noches para verse llena. Nunca remero alguno había logrado algo así.

Pero Coela lo vio.

A un lado el jabeque de los segadores, al otro, la chalana de Ze, a quien ella había visto en la ordalía.

Y, tras ellos, el nordés Xallas.

Todos jaleaban. Las puertas y los postigos se abrieron de par en par a lo ancho y largo de la ciudad. Solo en las mansiones de la zona alta, entre la barriada del castro y la parte norte de la muralla, permanecieron cerradas a cal y canto. Y a nadie le extrañó, solo los allegados al nordés podían permitirse los lujos de aquel vecindario. El resto de los hombres, mujeres y niños de Dhum coreaban el nombre del remero y, como ya había sucedido durante la ordalía en el Gran Salón, hasta el último de los corazones de la capital estaba del lado de Ze.

Los que no estaban en el puerto se habían subido al adarve de la muralla, e incluso unos muchachos treparon al arco de piedra donde estaban inscritos los patrones.

—¡Recuérdalo! ¡Recuérdalo bien! —le gritaba un marino a un hombre espejo.

Sin miedo a los segadores o a los sacerdotes de la orden, todos se sentían liberados.

Ze no solo estaba ganando la regata, estaba conquistando su libertad.

—No puedo creerlo —dijo Loudan en poco más que un susurro.

Lágrimas de alegría corrían por sus mejillas arrugadas y cubiertas de tatuajes. Y el posadero Monroso, a su lado, no sabía qué le resultaba más increíble, si la victoria del remero o el llanto del viejo lobo de mar. Y como no se le ocurrió qué podía decir, se limitó a soltar la hoz que le había arrebatado a un segador y cogió entre sus manos las de su esposa. Cuando las sintió temblar, la miró y descubrió que ella también lloraba.

—Ese bendito loco va a conseguirlo, ¿verdad? —logró balbucir Deza.

Contestó el cangrejero:

—Ya todo terminó. Xallas no tiene salida. Se acabó…

El jabeque del juez se adelantó. Su patrón maniobró con pericia y la nave amuró en los atracaderos.

Ya no había más luz que la de la luna. Aparecieron antorchas y candiles. Aunque el día cedía, los vítores no. Los niños,

contagiados, incluso empezaron a correr de un lado a otro. Loudan, mirando en derredor, vio como una pequeña de rizos negros salía corriendo de una barcaza en el puerto para encerrarse en el abrazo de un alfarero que conocía.

Con la ayuda del gaviero Ulloa y una muleta improvisada, Xalo desembarcó para recibir a las chalupas en el puerto. El hijo del nordés se sentía confuso, consumido por los acontecimientos. Porque en su vida con los segadores le habían enseñado disciplina y rigor para superarse a sí mismo, pero no a aceptar algo así. Había comprendido que, en unos momentos, iba a renegar de su padre.

En la chalupa, Aldair miraba hacia el puerto, tan confundida como el hijo del nordés. Todo acabaría pronto, pero la montaraz no estaba segura de que hubiera merecido la pena. Desde el primer momento nada había salido como había pretendido. Ella no debería estar ahí. Ze no debería estar ahí. Aldair había creído que iba a convencerlo para que no volviera a remar. Pero todo se había torcido.

Al menos, Ze seguía vivo.

Aunque era incomprensible. Había perdido dos piedras de peso. Estaba demacrado y herido. Pero seguía remando. Nada lo hubiera detenido. El amor del remero por Adhara lo había llevado hasta allí y, por inconcebible que fuera, lo llevaría aún más lejos.

Conmovida, echó un vistazo al reloj de arena y ni siquiera disimuló, porque Ze tenía la cabeza gacha, concentrado únicamente en dar una palada tras otra. Quedaban solo unos pocos granos, no solo la regata iba a terminar, sino también su tiempo.

—No me olvides —susurró Ze una vez más—, no me olvides.

Aldair tenía el corazón roto. Pero los vítores que comenzó a oír por encima del ruido de los remos la sacaron de su abstracción.

Percibió enseguida que algo sucedía. La multitud congregada en el puerto se atrevía a jalear el nombre de Ze sin miedo a los segadores. Y cuando distinguió a una pareja de ellos, los vio alejándose lentamente, como si quisieran huir sin que nadie lo advirtiera. Aldair no entendió muy bien qué pasaba, pero tampoco le importó demasiado. Ahora tenía que preocuparse de que atendieran a Ze antes de que desfalleciese, luego la condena que

había aceptado a cambio de aquella oportunidad vendría a buscarla.

Algunos de los marineros se echaron al agua y nadaron hacia la chalupa de Ze. A unos cuantos pasos, Loudan se dio cuenta de que varios sacerdotes de la hermandad ya se acercaban, pero no vio al bispo por lado alguno.

El puerto estaba abarrotado. Las voces de toda la capital vitoreaban al remero.

Y de no ser porque un par de los que se habían echado a nadar lo detuvieron, Aldair tuvo la certeza de que Ze hubiera seguido remando más allá de Dhum.

Todo ocurrió en un suspiro. Antes de que la montaraz pudiera hacer nada, los habían sacado a ambos de la chalupa y los llevaban a hombros hacia donde Xalo aguardaba.

La ley era la ley.

El juez declararía a Ze vencedor.

Y le concedería la venia de convertirse en nordés de Dhum. Al fondo se veía la muralla, y un poco más allá, el Acantilado Rojo, que esperaba paciente a que los canteros dejaran en su piel la historia del remero que había vuelto por segunda vez de los hielos.

Todos en el puerto seguían jaleando. Nadie podía creerlo. Incluso viéndolo con sus propios ojos.

Aldair se percató de que tenía que hacer algo más y rebuscó entre sus ropas hasta dar con la piedra de hielo. Se la entregó al remero y, al hacerlo, acarició por un momento los robustos dedos encallecidos.

Tomando el testimonio de la regata, Ze, tambaleante, se aproximó hasta los hombres del jabeque.

Coela apretaba con fuerza la mano de su padre, le habían prometido que le comprarían sus aretes. Y era la única en toda Dhum que no miraba con asombro hacia el remero.

La piedra fue entregada. Y Ulloa hubo de soltar un codazo.

—Soy Xalo, hijo de Xallas, de los Xanceda —empezó tras sentir el golpe en las costillas—. Soy el juez de la regata —continuó, emocionado, dando vueltas en su mano libre a la piedra de hielo—. Y la ley dice…

La solemnidad pesaba sobre la capital.

Aldair miró con ternura a Xalo y deseó unos instantes de intimidad para hablar a solas con Ze. Pero no se atrevió, aun siendo consciente de que la arena se terminaría en breve. A falta de algo mejor, buscó la mano de él con la suya y la tomó entre sus dedos.

—… en Dhumbria se cumple la ley —prosiguió alzando ahora el testimonio para que todos vieran que Ze había llegado hasta los hielos del norte—. La ley espanta los tiempos del hambre y el hierro. Sin la ley, el caos reinaría —trabajosamente, Xalo giraba a un lado y a otro; alzaba la voz tanto como podía—. Los espectros regresarían, las bestias enloquecerían, las cosechas se pudrirían, el mar se secaría —todos esperaban expectantes a que el juez pronunciara al fin el nombre del remero—. ¡Obedecemos la ley! Y la ley es justa.

Hubo una pausa en la que el hijo del nordés tomó aire y los demás aguantaron la respiración.

Iba a decirlo.

Bajo la luz plateada de la luna y el resplandor vacilante de los candiles de grasa, se abrió el silencio entre los congregados. Por primera vez en treinta años había razones de peso para tener esperanza.

—Acorde a la ley, el vencedor es…

—¡Ha hecho trampa! —gritó una voz consiguiendo que todos se volvieran.

Era el nordés. Era Xallas.

—Ese malnacido —chilló señalando al remero—, ese bastardo no ha ganado la regata. Puede que haya llegado en primer lugar. Pero no tiene derecho a sentarse en el escaño de Palas. ¡No ha cumplido la ley!

Fue tal el asombro que no hubo quien encontrase palabras. Incluido el propio Xalo.

—¡Ha hecho trampas! Y yo acudo a la ley —clamó Xallas alzando aún más la voz.

Nunca había sucedido algo así. En la gran mayoría de las regatas solo uno de los remeros llegaba a puerto, y buena parte de las veces ni siquiera acompañado del timonel. En contadas ocasiones se había dado el caso de que más de uno regresase de los hielos del norte, y jamás se había aludido a la ley para dirimir la victoria.

—Reclamo la victoria para los míos, para los Xanceda —insistió el nordés—. Este malnacido ha utilizado hechicería.

Esa era una acusación aún más severa. Y peligrosa.

Se remontaba a los tiempos de los reyes. Y nadie en Dhumbria salía con vida de algo así. Los aojamientos, las maldiciones, los conjuros no tenían otro castigo que la muerte. Esa era la ley.

Movido por el deber que le había sido inculcado desde niño, Xalo habló al fin:

—Esa es una denuncia muy grave, ¿cuáles son las pruebas?

—¡Que registren la chalupa!

Y, de inmediato, un segador de aspecto rudo con una brecha abierta en la ceja saltó a la lorcha de Ze. No pudo Deza evitar el involuntario paso atrás; era Rundo.

Todo el mundo prestó atención mientras el guardia revolvía entre las bancadas y las poleas. El único que no miraba cómo el segador procedía con el registro era Xalo, que no podía apartar los ojos de su padre. Y eso fue lo que cambió el devenir de los acontecimientos, porque la impaciencia le pudo al nordés. Tras unos instantes rebuscando, cuando el tiempo se alargó sin que Rundo encontrase nada que justificase la acusación, el segador miró de reojo hacia Xallas y su señor le respondió con un leve gesto.

Solo Xalo lo vio, pero el nordés inclinó el rostro con disimulo para señalarle a su esbirro dónde buscar.

Rundo siguió a lo suyo, fingiendo no saber dónde hurgar. Pero había advertido el ademán y, después de trastear un poco más, abrió el tambucho de proa.

—¡Lo tengo! ¡Lo he encontrado! —dijo alzándose con algo en la mano.

—Ahí, ahí está, ¡hechicería!

Se escucharon admiraciones y susurros. Nadie en Dhumbria dudaba de la existencia de la magia. Incluso aunque jamás hubieran visto prueba alguna, pero todos la sentían como algo lejano, propio de las leyendas que contaban los hombres espejo. El hambre les había dado otras cosas en las que creer.

Aldair, estupefacta, se olvidó incluso del reloj de arena.

—Ahora entiendo lo de aquel cormorán —dijo de repente Ze, sorprendiéndola.

Y la montaraz también comprendió. Allí, en los hielos, junto a la brecha, aquel pajarraco despelucado se había quedado junto a ellos, incluso a pesar del estruendo que Leomel había provocado. Y lo había hecho porque el tambucho de proa, abierto, le había granjeado acceso a las provisiones que allí llevaban. La única comida disponible en leguas a la redonda. Aquel bicho viejo y lamentable había picoteado un pellizco de suerte y no la había abandonado.

—¡Claro! —exclamó ella.

—Ahí tienes la prueba —se impuso la voz del nordés—. Y yo reclamo justicia.

Ante la mano tendida del juez, Rundo le pasó su hallazgo.

Era un trozo de cuerda con siete nudos. Y Xalo se la mostró a los congregados, como había hecho con la piedra de hielo.

Nadie podía creer que aquel amuleto hubiera decantado la victoria de Ze. Eran historias de viejas que muchos temían cuando caía la noche y estaban solos, pero que nunca hubieran reconocido junto a sus compadres ante una taza de vino en las mesas de la taberna. Muchos patrones llevaban cuernos de vacaloura en las bitácoras, algunos incluso visitaban la furnia antes de zarpar y arrojaban una vieja pieza de cobre, todos escupían por la borda si un nudo rompía el palangre, la mayoría embarcaba siempre con el pie derecho y, por supuesto, jamás largaban cordada alguna las

noches de Caldair. Las supersticiones habían tenido años de miseria para engordar. Y la ley era la ley, sin embargo, nadie creyó la acusación del nordés.

—Y el testimonio —añadió el nordés ofreciendo su mano con la piedra de hielo traída del norte—. Yo he vencido.

Tal y como las olas iban y venían, también bailaban los ánimos de todos los congregados en el puerto de Dhum. Y las luces de los candiles, reflejadas en el agua, danzaban al compás de la marea. En el playón, el mar ya había engullido el angazo y el cubo olvidados por la pequeña Coela. El frío convertía en fumarolas los alientos contenidos de todos los que esperaban a saber qué sucedería entonces.

Los ojos estaban clavados en Xalo, juez de la regata y, acorde a la ley, responsable de tomar una decisión que, antes de ser pronunciada, ya alimentó el miedo de muchos y apagó la esperanza de tantos otros.

—No —dijo entonces Xalo con dignidad—. No —repitió.

Y los murmullos se cruzaron con la ira que reventó en el rostro de Xallas.

—No lo creo —insistió el hijo del nordés levantando gritos de aprobación en la multitud.

Cansado, agostado por todos los esfuerzos, Ze esperaba. Ya había tomado la decisión de que, si no quedaba otro remedio, le partiría el pescuezo al nordés con sus propias manos, aunque fuera con su último aliento, y aunque eso significase que los segadores lo mataran allí mismo.

Pero no tuvo ocasión. A su lado, percibió como Aldair se movía y, cuando la miró, vio el horror en los ojos de la montaraz.

—Soy Xallas, hijo de Xiá. ¡Y soy el nordés! —berreó con el rostro congestionado de rabia.

El ceño fruncido de su hijo anunciaba la firmeza de la decisión que había tomado.

—¡Yo he vencido! ¡Yo! ¡Él ha hecho trampa! Ese malnacido ha perdido de nuevo.

Se le había acabado el tiempo. Le sobraban dedos para contar los granos de arena azul que quedaban por caer. Mirando anonadada el sello de su pacto, aquel condenado reloj, Aldair se

dijo a sí misma que no podía permitir que aquello terminara así. Xallas parecía a punto de dar la orden de que mataran a Xalo. Y ese era un equipaje demasiado pesado para llevarse en la condena que le aguardaba.

Apenas quedaban unos pocos granos. No tendría oportunidad de hacer nada.

—¡Yo he ganado la regata! Soy y seré el nordés de Dhum. ¡Gobernaré Dhumbria!

—No —repuso Xalo vehemente.

Aldair vio como el nordés escondía la mano entre sus ropas. No le había visto acuchillar a Leomel, pero la montaraz supo lo que iba a suceder. Entonces llegó el dolor. Una agonía como un relámpago le atravesó el vientre deshaciéndole las entrañas. El reloj de arena cayó al suelo y se rompió. El precio que había acordado venía a cobrarse. La vida que le habían prestado se escapaba.

La turba gritaba. Empezaron nuevas peleas. La marea acunaba olas que rompían contra las dársenas. La tensión pesaba sobre el puerto de Dhum, la capital del oeste, del fin del mundo conocido. Más allá no había otra cosa que las infinitas aguas del océano. Al norte los hielos, al sur los campos, al este las tierras baldías del desierto.

Encorvada por las garras de su dolor, Aldair estuvo a punto de caer. La recogieron los brazos del remero. Fornidos, forjados en el trabajo, tatuados de estrellas, cálidos como el hogar tras la nieve.

—¿Qué te pasa?

Ella vio una vez más sus ojos azules.

Profundos, plagados de recuerdos, llenos del amor perdido. Y su rostro, recio, firme. Apenas había cambiado. O puede que sí, que el tiempo y las penurias lo hubiesen maltratado, pero a ella no le importaba, ni lo más mínimo.

Era él. Y ella seguía viendo en él a aquel marinero noble que se había jugado la vida para salvar la de un amigo. A aquel muchacho apuesto y fornido que la miraba abochornado en la cofradía. A aquel joven que apenas logró espantar el miedo para recitarle por primera vez que la amaba. A aquel hombre que le enseñó el amor envolviéndola con besos tiernos. A quien le había mostrado cómo en la pasión se podía ser brusco y cariñoso a la vez. Él seguía allí. Ella ya no estaba y nunca podría estar.

Y él merecía saber la verdad. Le amaba, siempre le había amado y todo cuanto había hecho lo había hecho por amor.

—Nunca te he olvidado…

Fue apenas un susurro, el dolor escarbaba en sus vísceras. No tuvo fuerzas para más. Su condena había venido a buscarla y no le importaba.

Nada peor podía pasarle. Decirlo al fin fue una liberación. Aquellas palabras que tantas veces se habían quedado prendidas del abismo de sus labios le dieron paz. La paz que necesitaba para irse.

Él la miró estupefacto, intentando comprender. A su alrededor el mundo se derrumbaba. La violencia se había desatado de nuevo. Las hoces de los segadores volvían a silbar. Los marineros ofrecían sus vidas para salvar a los niños que ya corrían a esconderse.

Pero ellos estaban solos, junto al sombrajo, amándose. Bajo la luz de la luna y las estrellas, al arrullo del mar. El uno para el otro. Llenándose el uno al otro.

—Nunca te he olvidado… Mi amor, nunca te he olvidado —balbució ella apartando el dolor.

Él comprendió por fin. Pasó del asombro al miedo, y del miedo al horror. Ella le había dicho más de una vez que no siguiera

adelante, había intentado protegerlo. Había intentado convencerlo de que no importaba si se cumplía el mandato del nordés. Había querido ponerlo a salvo. Había cuidado de él, desde las minas de Rexos hasta los hielos del norte.

Y la tormenta, cuando todos pensaron que era imposible salir bien de semejante fiasco. Si el bispo la hubiera cortado a ella durante la ordalía, del tajo no hubiera caído una gota. Ella sí era un espíritu encarnado. Y para hacerlo había condenado su eternidad. Después de la muerte, una vez más, ella había entregado cuanto tenía, y lo había hecho por él.

—Adhara…

No le hizo falta preguntar, Ze estaba ya seguro. Era ella. La mujer a la que había amado con toda su alma. Más allá de la miseria y de la muerte. Y él se sintió abrumado, conmovido por el amor que ella había demostrado. Se vio indigno de aquel sacrificio.

—Yo, yo…

Ella había hecho tanto por él. Y el remero se sintió un bobo inútil, incapaz de devolver siquiera una parte de cuanto había recibido.

—Adhara, mi amor —le dijo acariciando una mejilla que se volvía etérea.

La vida que le habían prestado se esfumaba. Pronto llegarían los espectros negros a buscarla. Se la llevarían para vagar eternamente en busca de desdichados. Pero había valido la pena. Volvería a hacerlo. Había estado con él una vez más. Habían compartido silencios y palabras. Y ahora estaba de nuevo entre el calor de sus brazos, sintiéndolo. Amándolo. Como había hecho desde aquel primer día junto a las mesas donde se ataban los palangres. Mirándolo una vez más a los ojos.

—Nunca te he olvidado. Te amo…

En el rostro de ella, Ze vio como la carne se desvanecía y, tras la máscara de la montaraz, estaba la de Adhara, envuelta en halos de misterio. La vio a ella una vez más. Estaban juntos, de nuevo.

—Te amo —repuso él luchando contra las lágrimas.

Se iba desvaneciendo y apenas le pesaba ya. El remero atesoraba cada instante y la miraba empapado en devoción. La tenía entre sus brazos. Por un momento efímero, volvían a ser dos

amantes contemplando las estrellas bajo la silueta del sombrajo. Eran de nuevo uno.

Adhara soportaba el dolor. Porque mucho más duro había sido perderlo a él. Había soportado la humillación de verse arrastrada a la Casa del Nordés. Había sobrellevado el sello de un destino al lado de un ser despreciable que le había arrebatado cuanto le importaba. Y había visto al remero marchar para no volver. Nada de lo que pudieran hacerle las ánimas sería comparable.

Y ella tenía la absoluta certeza de que volvería a hacer cuanto había hecho. Sin dudarlo.

Pero debía aguantar un instante más. Al menos, para retener durante un parpadeo el don concedido. Porque tenía algo más que decirle antes de que fuera tarde.

Él se merecía toda la verdad. Toda.

—Nunca… Nunca te he olvidado —cada palabra le robaba un pedazo—. Jamás —se estaba apagando—. No podía.

Ze la miraba sobrecogido. Las lágrimas bañaban su rostro. Las manos le temblaban.

—Me re… Me regalaste mucho… Mucho más que tu amor…

Le susurró unas pocas palabras más mientras la revuelta volvía a prender y la muerte campaba por el puerto de Dhum. Por primera vez en muchos muchos años, los hombres no morían en la mar, o por antojo del nordés, sino a manos de otros hombres.

Terminara como terminase aquella noche, con el amanecer comenzaría una nueva era. Porque el remero había cambiado el curso de la historia; la rebeldía de un solo hombre había prendido en el corazón de todo un pueblo.

Ahora ardía con una fuerza devastadora.

Ella logró contarle el último resquicio de verdad. Le desveló el último de los secretos y él lloró al saber que había perdido mucho más de lo que imaginaba. Pero cuando ella le pidió algo, él no dudó. Lo haría.

El remero prometió lo que ella le rogó. A tiempo de agacharse un poco más y depositar el aleteo de un último beso en la mejilla.

Mientras los primeros fuegos ardían en la ciudad y las antorchas de los marinos buscaban ya la Casa del Nordés, entre los brazos de Ze no quedaban más que las ropas que ella había vestido.

Se había ido. Una vez más.

Y el llanto de Ze se desconsoló. Nunca sobre la faz de aquella tierra del fin del mundo hubo nadie más pobre que, teniendo tan poco, hubiera perdido tanto; no una, sino dos veces.

Sin embargo, el remero llevaba años luchando. Había trasegado el mar embravecido. Había cruzado los hielos. Había llegado más allá. Y tenía una promesa por cumplir.

Cuando logró alzar la vista lo vio.

A los pies de Xalo desfallecía, con la garganta abierta, Rundo el segador, que había hecho lo indecible por cumplir la orden del nordés y se había topado con una hoja más rápida que la suya. A pocos pasos, Xallas sujetaba la misma daga con la que había matado a su propio timonel. A su alrededor se habían desatado los infiernos.

Dhum se consumía entre los gritos de los rebeldes.

Xalo estaba herido. No solo arrastraba el maltrato de los marrajos, sino que había recibido las cuchilladas de Rundo. Y el nordés Xallas se dirigía hacia su propio hijo con el filo de su arma sediento de sangre.

Miraron hacia el norte y vieron el resplandor de las llamas comiéndose la parte alta de la capital.

—No sé si llegaremos a tiempo —farfulló Valdriz sin aire por la carrera.

—Más nos vale, más nos vale —le respondió el trasgo, que iba montado en el pescuezo de Inaz.

Antes de entrar en la capital, habían dejado a buen recaudo las reliquias de Caldas, y allí se dirigían. A la misma covacha donde todo había empezado, donde Niobel se había reunido con el remero y conocido a la montaraz.

Y el frade no dejaba de darse ánimo a sí mismo. Había caído en la cuenta de que, durante toda su vida, se había estado preparando para algo así, todos sus años en el Santuario Blanco lo habían traído de la mano hasta ese momento decisivo en el que tenía que demostrar que era un digno discípulo de Caldas.

Al mismo tiempo, en el puerto de Dhum, como si estuviera naufragando en la peor de sus pesadillas, Xallas veía como su mundo se derrumbaba, estaba perdiendo cuanto tenía.

Todo había salido mal. Incluso el fiel Rundo, que siempre había sido capaz de obedecer hasta las órdenes más terribles, había fallado. Y nada sabía del cuervo de Tambre. Menos aún de sus hermanos, poco antes había echado el último vistazo a uno de los sacerdotes de la orden, que con la capa recogida en sus manos blancuzcas corría hacia la muralla a toda prisa.

Con todo lo que había hecho por ellos, ahora le traicionaban, le abandonaban o se rebelaban. Él que era nordés de Dhumbria. Y el peor de todos era ese bastardo de Xalo.

Tal era su rabia que se sentía hervir.

—¡Tú! ¡Es culpa tuya! —le gritó señalándolo.

Al juez de la regata le había fallado la pierna herida. Se había derrumbado junto a Rundo e intentaba ponerse en pie. Pero no lo conseguía. Aunque su mala condición no era lo peor de la situación, lo verdaderamente malo era que estaba desarmado, su hoz estaba clavada en el pecho del segador. Y no podía alcanzarla.

—¡Todo es culpa tuya!

Xallas se echó hacia delante siguiendo su daga. Llevaba el deseo de matar grabado en la expresión. Y ya alzaba el brazo para asestar su puñalada.

Tuvo ocasión Xalo de sentirse a gusto con la decisión que había tomado. Si tenía que morir, estaba seguro de que había hecho lo correcto. Partiría en paz.

Ya encima de su víctima, el nordés descargó la hoja, directa al corazón.

Antes de que el filo llegase a su destino, una tenaza de hierro detuvo su muñeca con firmeza. Cuando se giró, allí estaba el remero.

—Bastante daño has hecho ya —le dijo Ze.

Sorprendido, tras haberse dado ya por muerto, Xalo miró a su salvador con agradecimiento. Sin darse cuenta de que le estaba haciendo un flaco favor.

Ze estaba consumido por la regata y sus propias heridas. Aun así, su mano era una prensa que amenazaba con romper en pedazos los huesos del nordés. Pero sus reflejos eran algo bien distinto, en parte por el castigo sufrido y en parte porque, mientras mantenía la mirada de Xalo, no dejaba de pensar en lo que Adhara le había dicho. Por eso no se dio cuenta de que alguien más se movía. Xallas sí lo hizo y se apartó a tiempo.

Le habían dado por muerto, y no le faltaba mucho, pero Rundo era hueso duro de roer y también perro fiel del nordés.

La hoja le entró a Ze por el costado y le robó el aire. Aunque el remero reaccionó con rapidez, apretó con fuerza, desarmó al nordés, se hizo con el puñal y contraatacó descabellando al segador con un tajo certero al pescuezo. Con lo que el remero, sintiendo ya el sabor de la sangre en su boca, se derrumbó, a merced de Xallas, quien pensaba aprovechar la oportunidad que se le presentaba.

Xalo no tuvo tiempo de hacer otra cosa que gritar:

—¡No! —aulló con desesperación.

Y si poco antes se había dado por muerto a sí mismo, ahora el hijo del nordés pensó que era el remero quien no tenía escapatoria.

De nuevo con el arma en la mano y una sonrisa que era un tajo cruel en su rostro, el nordés se dispuso, una vez más, a matar a su

enemigo y cobrarse la venganza que tanto tiempo había alimentado con su odio.

En más de una ocasión, el niño que había sido Xalo había temido la mueca de ira que veía ahora en el rostro de su padre. Porque la crueldad del nordés no era nueva para él. Muchos habían sido los ratos que el chicuelo se había escondido en los recovecos de la Casa del Nordés, huyendo de las palizas que, indefectiblemente, seguían a los ataques de ira de su padre.

Justo cuando la hoja iba a caer, la cabeza del nordés se movió con violencia. En sus ojos se pintó el desconcierto.

—¡Cabrón malnacido! —gritó alguien más.

Un reguero de sangre manó de las narices de Xallas y los párpados empezaron a caer. Se volvió a sacudir y el extremo forjado de un bichero apareció atravesando la mejilla.

Cuando el nordés cayó, de la nuca sobresalía el astil de madera pulida y, detrás, la figura de un hombre. Era Loudan, el viejo cangrejero, que escupió con desprecio sobre el cadáver y se inclinó enseguida sobre Ze.

Tras despabilarse el desconcierto. Xalo imitó el ejemplo del marino y se arrastró hasta el remero para topárselo agonizando.

Ze lo tomó por uno de los hombros y, nada más tocarlo, el joven sintió como la fuerza se iba escapando de las manos callosas. Loudan presintió que se fraguaba algo que no era de su incumbencia y, tras escupir una vez más sobre el cadáver de Xallas, el cangrejero arrancó el bichero de su macabro tajadero y se volvió para seguir con su revolución.

Apremiado por el tirón que Ze le dio, el hijo del nordés se agachó sobre el moribundo.

El remero sabía que había llegado el momento. Había burlado la muerte muchas veces y conocía bien a la vieja zorra avariciosa. Pero no le importó, porque la había visto a ella. Porque, por última vez, habían podido decirse que se amaban.

Reunió fuerzas y habló:

—Hay algo…

Se atragantó con su propia sangre y tosió con fuerza. Xalo recogió la cabeza del remero entre sus manos e intentó reconfortarlo. Y cuando Ze logró tragar, volvió a intentarlo.

El hijo del nordés escuchó al fin la verdad de la que le habían privado durante toda su vida. Y como ya había hecho el remero, lloró desconsoladamente al conocer el secreto que su propia madre le había ocultado por su bien.

Xalo escuchó con el corazón encogido.

Y, antes de morir en paz, envuelto en un resplandor blanquecino en el que se oían las voces de aquellos a quien había amado, el remero cumplió su última promesa.

Tras ellos, Dhum ardía.

No cabía un alma. A excepción de los marinos, que habían zarpado al amanecer, todo aquel capaz de tenerse en pie estaba allí, en el Acantilado Rojo.

Se veían cabestrillos y vendas, algunas muletas; restos de la rebelión que había convertido la Casa del Nordés en un montón de cenizas humeantes y escombros renegridos. Por primera vez en días no había alharaca y jolgorio. Lo único que quedaba de las celebraciones era alguna resaca suelta y la sonrisa del posadero Monroso, que había hecho sus buenos dineros. Pero, de buen grado, todos habían dejado atrás aquella felicidad de verse libres del yugo de Xallas para honrar aquel momento solemne. Incluso los más pequeños habían escuchado las explicaciones de sus padres. Incluso los cufelos estaban allí, porque eso había ordenado el nuevo nordés, porque nadie, nunca más, sería considerado un esclavo, e incluso ellos tendrían derecho a ser recordados.

Empezaba, para todos, una nueva vida, y todo se lo debían a un hombre cuyo nombre perduraría, para siempre.

Y era su nombre el que sonaba sobre la piedra en ese mismo instante.

Sobre la gigantesca mole de roca, parapetado en el andamio que se había levantado, el maestro de los canteros hacía repicar el cincel para terminar la tarea.

Para siempre quedarían grabados los nombres. Ze y Adhara, no Aldair, esa había sido la orden. Ze y Adhara, unidos para la eternidad en las venas de la piedra y la memoria de los hombres.

Inseparables.

Tal y como habían merecido sin lograrlo.

Porque solo más allá de la muerte habían conquistado al fin el deseo que los hados les habían negado en vida. Estaban juntos. Sellados sus destinos con el mismo lacre. Y su historia se contaría por los años de los años; esa había sido la primera orden del nordés.

Y allí estaba él, sintiéndose usurpador y orgulloso a un tiempo. Aplastado por la melancolía.

Desde el estrado levantado por los carpinteros, donde el vencedor debería haberse bañado de honores, Xalo miraba los trabajos del cantero con el corazón encogido. Y de no ser por el bastón de una mano y el brazo de Ulloa en la otra, dudaba de que pudiera seguir en pie. Había conocido la verdad sin tiempo para asimilarla. Sin la oportunidad de disfrutarla. Sin embargo, pese a la enormidad de la pena que le recorría el alma, algo dentro de él le susurraba que todo, al fin, había caído en su lugar.

—Falta poco —le dijo el gaviero en un susurro, mirando al sol.

Xalo también buscó en el cielo con la vista y agradeció el espléndido día que anunciaba una primavera cálida. Llevaba razón Ulloa, el momento se acercaba. Casi en su cénit, el astro rumiaba el mediodía.

Muchos más se dieron cuenta. Pronto sonarían las campanas. Los mayores se descubrieron y más de una gorra acabó inservible entre manos que estrujaban la lana. Alguna moza, que soñaba con un amor tan verdadero como el de Adhara, echó una lágrima. Y las madres más severas advirtieron a los rapaces para que estuvieran callados.

Mar adentro, acariciando el timón y sintiendo en los pies descalzos el vaivén de su barco, Loudan también estaba preparado. Ni uno solo de sus hombres se movía, todos guardaban la compostura y esperaban la orden. Del guindaste por el que subía la liña de nasas pendía una de ellas, repleta de cangrejos recién capturados.

Y no mucho más allá había otro cangrejero, también al pairo, también aguardando con uno de los garlitos listo en la polea. Y más al sur, los patrones del palangre tenían preparadas líneas que no habían sido cebadas. Todos los marinos estaban con su amante más celosa: la mar. Porque eso sería lo único que no cambiaría en Dhumbria, la mar seguiría siendo la señora de sus destinos y única dueña de la vida y la muerte.

Puntual, el cantero dio los últimos golpes y se apartó para mirar su obra.

El sol marcó el mediodía. Brillaba en un cielo limpio en el que solo se habían entretenido unos jirones de nubes blancas. Sobre el acantilado volaban los charranes. La brisa cazaba espumas de las

olas que rastrillaban la costa. Y desde la Torre del Reloj, milagrosamente en pie, sonó la primera campanada.

Por primera vez en años retumbaba el bronce forjado en los tiempos de los reyes. Y había costado encontrar a quien lo hiciese tañer, solo quedaba un viejo montaraz que mascaba hierba de sal y que vivía de prestado, pero que, pese a las dudas de Xalo, hizo bien su trabajo.

Tocó a rebato. Y, tras una pausa en la que hubo tiempo de enjugar lágrimas, el vejancón hizo llorar también a la campana, sacándole las notas del quiebro fúnebre que no habían sonado desde la muerte de Palas.

En el mar, demasiado lejos para oír los tañidos del bronce, pero justo al mismo tiempo que el viejo montaraz tiraba de la cuerda, Loudan dio la orden para que la ofrenda se entregase a la mar.

—¡Larguen! —le gritó a sus hombres.

En el cangrejero y en todos los barcos se soltaron los seguros y se destrabaron las liñas. Ese día no habría capturas y se le devolvió al océano lo que le pertenecía.

En nombre del remero. Nada llegaría a la lonja a la mañana siguiente.

—Va por ti, bendito loco —susurró Loudan apretando el timón—. Gracias…

Y en la sombra del Acantilado Rojo, cuando los ecos del bronce se apagaron, Ulloa le habló a su amigo.

—Ha llegado el momento.

Xalo asintió gravemente. El gaviero tenía razón. Había llegado el momento de asumirlo. La ley era la ley. Y Xalo tenía que ocupar el lugar que le correspondía.

Se volvió para encarar a la multitud, pero miró hacia poniente, por encima de las cabezas de todas las gentes de Dhumbria que habían llegado hasta allí. Y, conteniendo el llanto, habló con la voz tomada.

—Soy…

Tuvo que tomarse un respiro y sentir el aliento de su amigo junto a él.

—Soy… Soy un sin nombre…

Una vez más, le faltaban las palabras.

—Soy… Soy Ze, hijo de Ze, de los Zíes…

Todos corearon el nombre.

La ley era la ley.

La ley era justa.

Si el remero moría, solo su hijo podía auparse al escaño del nordés.

Los tatuadores tuvieron mucho trabajo durante algún tiempo. Los vientos soplaron. La primavera dio paso al verano. La campaña del bonito no dejó viudas ni huérfanos. Los hielos volvieron y los cangrejeros atracaron para dejar pasar el frío. Los hombres espejo hubieron de aprender nuevas gestas que relatar. Y cada Navir se abrió el mercado.

La vida en Dhumbria continuó.

Habían llegado peregrinos. Cientos. De todos los rincones conocidos. Bastó con que la voz de la revuelta cabalgase en las carretas de los buhoneros, los trastos de los caldereros y las pieles de los tramperos. La historia de la victoria de Ze ya se cantaba incluso en el este.

Además, la caída de la Casa del Nordés había arrastrado a la Orden de Rinlo a la desgracia, nada se sabía de la hermandad o de sus miembros. Y el hombre que ocupaba ahora el escaño había devuelto los antiguos privilegios al Santuario Blanco.

Enfrentado a los últimos años de su vida, Valdriz volvía a ver con asombro y cariño como su querido hogar volvía a nacer. Y ya no se bastaba para hacerse cargo de todas las labores. Primero fue un cillerero, al poco tuvo que nombrar a un par de adjutores para los que desempolvó libros de Caldas con los que pudieran transmitir las sagradas enseñanzas. Con el tiempo hubo que elegir también a un agostero, y a un portero.

Para su deleite y orgullo, con el paso de las estaciones, el Santuario Blanco volvía a funcionar como era debido y Valdriz sentía que tenía buena parte de sus obligaciones bajo control.

Todas menos una.

—Pero ¿dónde se ha metido? —se preguntó a sí mismo, girándose de un lado a otro para buscarla.

Estaba junto a la Torre de la Gema, en el atrio del patio central, y le bastaron dos vueltas sobre sí mismo para rendirse a la evidencia de que se había vuelto a escapar.

Cargando con sus años, descendió hasta la laguna, donde sabía que la encontraría. Y no se equivocó. Allí estaba.

Tumbada en la pequeña dársena donde permanecía atracada la misma barquichuela en la que Ze había remado sin descanso, esa que había usado para devolver las reliquias a su lugar. Allí estaba Inaz.

—Eh, ¿te sentías sola otra vez? —le preguntó al animal con voz cariñosa.

La hembra de tuso apartó sus ojos del centro de la laguna, miró hacia el frade y gañó lo que pudo ser un asentimiento.

Valdriz terminó su descenso. Y, como había hecho tantas veces en aquel tiempo pasado, se sentó en el último de los escalones, junto a Inaz, y la acarició cariñosamente entre las orejas. A lo que ella respondió con una especie de ronroneo complacido, pero enseguida volvió a girarse para mirar hacia el promontorio que surgía del agua calma y ascendía hasta el techo de la enorme cueva. En aquel momento se veía preciosa. La luz que recogía la gema en lo alto de la torre viajaba a través del grueso fuste y se esparcía sobre la laguna, llenándolo todo de un blanco puro que parecía nacer de los mismos cimientos, donde estaban depositadas las reliquias.

—¿Sabes? Pronto vendrá Mandeo, y seguro que traerá algo de ese congrio seco que tanto te gusta…

Con el paso de los días, Valdriz había tomado la costumbre de hablarle al animal. En ocasiones, hasta le consultaba sobre los asuntos del santuario. Había perdido mucho y había recuperado buena parte de cuanto se atreviera a soñar. Pero, tal y como le había sucedido al remero, el frade había aprendido a distinguir que en la leal hembra de tuso tenía a una verdadera amiga que nunca jamás le fallaría. Como estaba demostrando allí mismo.

Siguiendo la mirada del animal, sin dejar de acariciarla, Valdriz volvió a posar sus ojos en la laguna.

Era una maravilla que nunca dejaría de asombrarle. En medio del desierto había agua. En el interior de la tierra había luz. Era sin duda el lugar más bello del mundo.

—Tú puedes verlos, ¿a que sí? ¿Están ahí?

Inaz lo miró de reojo y volvió a gañir suavemente. Y el frade, pensativo, no estuvo seguro de qué clase de respuesta era esa. Quizá no podía verlos, pero, tal y como también le sucedía a él,

podía sentirlos. Allí en la laguna, junto al relicario. La fuerza de Ze. La bondad de Adhara. El amor de ambos.

—¿Verdad?

Ahora el animal se volvió y el frade hubiera jurado que en sus ojos vio más alma de la que había en muchos hombres conocidos a lo largo de su vida.

—Pues puedes estar tranquila. Están a salvo. Los espectros negros nunca podrán alcanzarlos aquí —le dijo en tono tranquilizador—. Aquí están a salvo.

Inaz dejó caer la cabezota y quedó tumbada con el morro apoyado sobre una de sus manos dobladas. El frade seguía regalándole cariños. Y el animal cerró los ojos, suspiró y pareció relajarse.

—Sí, lo están —dijo mirando de nuevo hacia el centro de la laguna—. Juntos para siempre.

FIN

Tras la marea

Normalmente, a medida que escribo mis historias, voy pincelando un cuaderno con notas en las que hablo de la documentación y la verdad que se esconde tras las páginas que dejo. Pero eso era algo que no tenía sentido aquí. Este es un cuento inmerso en un mundo de fantasía. Sin embargo, hay algo que, así lo siento, debo compartir.

Soy hombre de montañas y ríos. Nací en el interior y vivo rodeado de bosques, pero siempre he disfrutado de la mar.

Hace algunos años, mi buen amigo Santi Almuíña, excelente conversador y mejor cocinero, me habló por primera vez del Gran Sol. Me contó historias de aquellos marinos, de aquellos «*hombres de hierro en barcos de madera*» y sembró una semilla.

Así, durante algún tiempo, pensé escribir una historia sobre una saga familiar a finales del siglo XIX en la que hubiera aventuras, amor y la mejor novela posible con el Gran Sol de fondo. Sin embargo, a esa idea se fueron anudando otras, inspiraciones nacidas en la misma tierra de donde partían esos marineros. Sentí, irremediablemente, que debía dejar que esa *otra historia* floreciese. Que necesitaba ser contada. Así nacieron estas páginas.

Cuando era solo un niño conocí uno de esos cementerios plagados de huérfanos y viudas. Fue mi padre el que me explicó que a los hombres se los llevaba la mar. Y ese se convirtió en un recuerdo que me persiguió enconadamente durante años. Para mí, aquel camposanto en las montañas atlánticas contaba algo sobrecogedor. Algo que pesaba sobre mi conciencia cuando empecé a documentarme para mi novela sobre el Gran Sol.

Y, bajo ese impulso, empecé a buscar información sobre esas aguas implacables. Leí, hablé con patrones y marineros. Y resultó que no solo me encontraba con olas enormes, terribles tormentas, hielos implacables y naufragios terribles, sino que también me topé con los aojamientos, las rachas de suerte, las costumbres heredadas por superstición.

Me di cuenta de que la historia que yo quería contar no tenía que ver con la realidad de los pescadores gallegos que tuvieron el

valor de faenar donde otros no se atrevían siquiera a navegar, sino que la historia que debía contar era aquella en la que la magia de Galicia se hacía realidad.

Así, buena parte de lo que aparece en estas páginas no es más que una recopilación de cuentos y leyendas populares de la tierra que me vio nacer, retocados para que cuadrasen en un argumento común, pero, sin duda alguna, testigos igualmente del maravilloso sincretismo de esas *tierras del fin del mundo*.

La compaña, las furnias, los aojamientos, las meigas, los congrios gigantes, los sortilegios, los males de aire, los humilladeros… Haberlos, haylos…

Como siempre, gracias, querido lector, por haberme acompañado tan lejos, muchas gracias. Espero haberlo hecho bien; le puse todo el cariño y mucho trabajo.

Gracias. Estoy a su disposición en francisconarla@francisconarla.com

FRANCISCO NARLA (Lugo, 1978) es aviador y escritor de larga trayectoria en el género histórico. En 2012 publicó *Assur*, una novela con una gran acogida entre la crítica y el público y que lo situó entre los nombres más prometedores del género. Su éxito se ha ido consolidando desde entonces con títulos como *Donde aúllan las colinas* o *Laín. El bastardo* (Premio Edhasa de Narrativas Históricas 2018). En 2024 debutó en Grijalbo con *El buen vasallo* y ahora nos presenta *Ze. Hielo y viento*, su primera obra de fantasía.